

## **NOTA SOBRE EL MANUSCRITO**

Mi amigo Harrison Smith, un joven abogado de la ciudad, me ha dejado hace poco un segundo manuscrito que, al parecer, procede de Tarl Cabot. Su deseo era que enviara este segundo documento a un editor, de la misma manera que había ocurrido con el primero. Esta vez, sin duda, debido a las cartas y preguntas a que dio origen el primer manuscrito titulado “El guerrero de Gor”. Le he pedido a Smith que escribiera una especie de prólogo a este informe; que nos aclarara su propia participación en el asunto, y que nos relatara algo más acerca de Tarl Cabot a quien yo aún no he tenido la suerte de conocer personalmente.

John Norman.

### **1**

## **EL RELATO DE HARRISON SMITH**

Conocí a Tarl Cabot en un pequeño college en New Hampshire donde ambos éramos profesores. Él enseñaba Historia Inglesa, mientras que yo me desempeñaba como profesor de gimnasia, una materia que, para mi fastidio, Cabot nunca consideró propia de una institución educacional.

Nos hicimos amigos, organizábamos programas, discutíamos y nos batíamos. Simpatizaba con el joven inglés. Era tranquilo y agradable, a pesar de que en algunas ocasiones parecía estar extrañamente absorto, algo retraído, quizás a la manera de muchos de sus compatriotas.

El joven Cabot era bastante alto, ancho de hombros y tenía una manera elástica de caminar, que quizá debía atribuirse al hecho de proceder de los muelles de Bristol. Sus ojos eran celestes, de mirada franca y directa. Tenía la piel clara y era pelirrojo. Solía andar con el pelo revuelto y pongo en duda que tuviera un peine. En conjunto respetábamos a Tarl Cabot como a un joven y amable inglés de la Universidad de Oxford. Pero más tarde ya no estuvimos tan seguros de este juicio.

Con gran sorpresa mía, compartida por todo el college, Tarl Cabot desapareció poco después de terminar el primer semestre. Estoy seguro de que éste no era su propósito, ya que Cabot es de los hombres que cumplen con sus compromisos.

Cabot decidió ir a acampar a las White Mountains, próximas al lugar donde nos encontrábamos, muy hermosas en esa época, en el blanco esplendor del febrero de New Hampshire. Yo le presté mi equipo para acampar y lo llevé en coche hacia las montañas, dejándolo en la autopista. Me pidió, y lo dijo en serio, que volviera a buscarlo a los tres días al mismo lugar. Desgraciadamente no acudió a la cita. Esperé varias horas; regresé luego, al día siguiente a la misma hora, pero tampoco apareció. Alarmado, informé a las autoridades y esa misma tarde se comenzó una búsqueda a gran escala.

Al fin se encontró la ceniza de su fogata; eso fue todo. Más tarde me enteré de que Tarl Cabot habría regresado algunos meses después sano y salvo de las montañas. Aunque con un shock, que le produjo una amnesia con respecto al tiempo de su ausencia.

No regresó a nuestro college, para alivio de algunos colegas mayores que probablemente opinaban que ése no era su lugar. Poco tiempo después yo llegué a la misma conclusión con respecto a mí mismo, y dejé el college. Recibí un cheque de parte de Cabot con el que me pagaba el equipo de acampar que aparentemente había perdido. Fue un gesto amable de su parte, pero yo habría preferido que me hubiera venido a ver. Así lograría averiguar qué le había ocurrido.

De algún modo, el relato sobre su amnesia me había resultado extraño. Era demasiado simple; no bastaba como explicación. ¿Cómo había vivido en estos meses, dónde había estado, qué había hecho?

Casi siete años después volví a verlo en las calles de Manhattan. En aquella época ya hacía tiempo que había ahorrado el dinero necesario para mis estudios de Derecho y ya no enseñaba desde tres años atrás. Prácticamente había concluido mis estudios y me faltaba poco para el examen final.

Cabot apenas había cambiado —si es que hubo algún cambio—. Corrí detrás de él y sin pensarlo dos veces lo agarré del hombro. Lo que ocurrió entonces fue increíble. Con un fuerte grito de rabia se volvió rápidamente como un tigre, me gritó algo en un idioma extraño, y me sentí en poder de unas manos de acero que me tumbaron en el suelo.

Me soltó de inmediato y comenzó a disculparse precipitadamente, aun antes de reconocermelo. Horrorizado me di cuenta de que su proceder había sido un mero reflejo; algo así como el parpadeo del ojo o la contracción de la rodilla bajo el

martillo del médico. Era el reflejo de un animal que, al dictado de su instinto, debe ser el primero en atacar para evitar ser aniquilado, o de un ser humano entrenado a matar en forma rápida y salvaje si es que pretende sobrevivir. Yo estaba empapado en sudor. Sabía que había estado cerca de la muerte. ¿Era éste el dulce y tranquilo Cabot de mis días de college?

—¡Harrison! —exclamó— ¡Harrison Smith!

Me levantó sin el menor esfuerzo a la par que me hablaba de forma atropellada, tratando de tranquilizarme. “Lo siento muchísimo”, decía una y otra vez. “¡Discúlpame, discúlpame, viejo amigo!”

Nos miramos y me tendió la mano impulsivamente, disculpándose. Yo también le di un apretón de manos, pero temo que éste fuera un poco débil y que mi mano temblara, —Sinceramente lo siento muchísimo —dijo.

Algunos transeúntes se habían detenido y nos rodeaban a una distancia prudencial.

Sonrió como solía hacerlo, de forma ingenua y juvenil, una sonrisa que yo todavía recordaba bien de nuestra época en New Hampshire. —¿Quieres tomar algo? —preguntó.

Yo también sonreí. —No me vendría mal —dije.

En un pequeño bar en el centro de Manhattan, poco más que un vestíbulo y un pasillo, Tarl Cabot y yo reanudamos nuestra amistad. Rozamos muchos temas, pero no hablamos sobre su reacción abrupta frente a mi saludo, así como tampoco acerca de los meses en que había desaparecido en las montañas de New Hampshire.

En los meses que siguieron nos vimos a menudo; tanto como mi estudio me lo permitía. Parecía muy necesitado de contacto humano, pues evidentemente se sentía solo y, por mi parte, también me sentía muy feliz de poder llamarme su amigo, a pesar de que, desgraciadamente, yo parecía ser su único amigo.

Presentía que llegaría un momento en que Cabot me hablaría de sus experiencias en las montañas. Pero tenía que partir de él; él era el que tenía que determinar el instante apropiado. Yo no estaba interesado en inmiscuirme en sus asuntos o en sus secretos. Me bastaba con ser otra vez su amigo. De vez en cuando me interrogaba a mí mismo por qué Cabot no se expresaba libremente sobre ciertos temas, por qué guardaba tan celosamente el secreto de aquellos meses. Ahora sé por qué no me habló antes de ciertas cosas. Temía que le tomara por un loco.

Una noche a principios de febrero nos reunimos nuevamente en el pequeño bar en el que en una soleada tarde, hace algunos meses, habíamos tomado nuestro primer trago. Afuera estaba nevando. Cabot parecía agobiado. Recordé que la otra vez había desaparecido en febrero, hace ya algunos años.

—Quizá sería mejor ir a casa —dije.

Cabot seguía mirando fijamente por la ventana y observaba la nieve.

—La quiero —dijo de repente como dirigiéndose al vacío.

—¿A quién? —pregunté.

Sacudió la cabeza, sin apartar la vista de la ventana.

—Ven, vamos a casa —dijo— Es tarde.

—¿Dónde está mi casa? —preguntó Cabot, mirando su vaso a medio llenar.

—Tu apartamento está muy cerca de aquí —respondí. Quería que viniera conmigo, que saliéramos de ese lugar. Nunca lo había visto así y empecé a preocuparme.

Cabot no quería dejarse distraer. Retiró el brazo sobre el que yo había apoyado mi mano. —Es tarde —dijo, con lo cual aparentemente me daba la razón, aunque quizá se estuviera refiriendo a otra cosa—. No tiene que ser demasiado tarde —prosiguió, como si hubiera tomado una decisión, como si por propia voluntad pudiera detener el fluir del tiempo, la secuencia accidental de los acontecimientos.

Me recliné en mi silla. Cabot se iría a casa cuando estuviera dispuesto a hacerlo. Yo sentía su silencio, el zumbido de las voces a nuestro alrededor, el tintinear de los vasos, el ruido de los pies en el suelo.

Cabot alzó su whisky y lo sostuvo delante de sí, inclinó el vaso y dejó caer algunas gotas sobre la mesa. Mientras lo hacía murmuraba palabras en aquel extraño idioma que hasta entonces sólo había escuchado una vez, cuando temblaba atrapado entre sus manos.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Ofrezco una libación —dijo— Ta-Sardar-Gor.

—¿Y eso qué significa?

—Significa —dijo Cabot y se rió amargamente—: ¡A los Reyes Sacerdotes de Gor!

Se levantó tambaleante. Luego, de improviso, lanzó un violento grito de rabia y estrelló su vaso contra la pared. Se rompió en innumerables trozos relucientes, que cayeron al suelo con estrépito. Y en medio de un silencio de desorientación y temor le escuché murmurar roncamente: —¡Ta-Sardar-Gor!

El propietario del establecimiento, un hombre gordo y pesado, se acercó a nuestra mesa. En su gruesa mano sostenía un corto garrote de cuero, lleno de perdigones. El tabernero señaló hacia la puerta. Luego repitió el gesto. Cabot, que era bastante más alto que él, no parecía comprenderlo. El hombre alzó el garrote con gesto amenazante. Cabot cogió el arma y sin esfuerzo aparente se la arrancó de la mano mirando el rostro sudoroso y asustado de éste.

—Has levantado el arma contra mí —dijo—. De acuerdo con mi código yo ahora te puedo matar:

El tabernero y yo contemplamos aterrorizados cómo las grandes y fuertes manos de Cabot despedazaban el garrote haciendo saltar la juntura, de la misma forma que yo hubiera roto un rollo de cartón. Algunos perdigones cayeron al suelo y rodaron debajo de las mesas.

—Está borracho —dije dirigiéndome hacia el tabernero.

Tomé a Cabot del brazo. Su furia parecía haberse disipado y me di cuenta de que no deseaba dañar a nadie. El contacto de mi mano debió de arrancarlo de su

extraño estado de ánimo. Compungido, le devolvió al tabernero el garrote retorcido.

—Lo siento —dijo—. De verdad.

Metió la mano en el bolsillo y le dio al hombre un billete. Eran cien dólares.

Nos pusimos nuestros abrigos y salimos a la calle.

Delante del bar permanecimos un instante en silencio en medio de la nieve. Cabot, que aún estaba medio ebrio, miró a su alrededor, absorbió la brutal geometría eléctrica de la gran ciudad, las figuras oscuras, solitarias que se movían bajo la nieve; los pálidos y relucientes faros de los coches.

—Una gran ciudad —dijo Cabot—, pero que no es amada por sus habitantes. ¿Quién habría de morir aquí por su ciudad? ¿Quién habría de defender sus límites? ¿Quién se dejaría torturar por ella?

—Estás borracho —dije sonriendo.

—Esta ciudad no es amada —dijo— O no sería utilizada, mantenida de esta manera.

Tristemente se puso en camino.

De algún modo tuve la sensación de que esa noche me enteraría del secreto de Tarl Cabot. —¡Espera! —grité.

Cabot se volvió y creí percibir que se alegraba de que le llamara, que esa noche precisamente, mi compañía significaba mucho para él.

Fuimos a su casa, donde en primer lugar, me preparó un jarro de café. Luego sin decir palabra se fue a su habitación y apareció trayendo una caja fuerte. La abrió con una llave que llevaba consigo y sacó un manuscrito, escrito con su letra clara y decidida, sujeto con un cordón. Colocó el manuscrito en mis manos.

Se trataba de un relato sobre sucesos que, utilizando las palabras de Cabot, se referían a la Contratierra, la historia de un guerrero, del sitio de una ciudad y de su amor por una muchacha. Quizá usted conozca ese texto bajo el título de “El guerrero de Gor”.

Cuando terminé de leerlo poco después de que amaneciera, miré a Cabot, que durante todo ese tiempo había estado sentado junto a la ventana, contemplando la nieve y absorto en sus pensamientos.

Se dio la vuelta: —Todo eso es cierto, pero no tienes por qué creerlo —dijo.

No sabía qué decirle. Por supuesto la historia no era creíble, aunque por otra parte, yo considerara a Cabot uno de los hombres más honestos de este mundo.

Entonces mi mirada recayó sobre su anillo, al que por cierto ya había visto mil veces, y que llevaba el sello de la familia Cabot.

—Sí —dijo Tarl— Este es el anillo.

Señalé el manuscrito. —¿Por qué me has enseñado esto? —le pregunté.

—Quiero que alguien esté enterado —respondió Cabot sencillamente.

Me levanté. Por primera vez sentí el efecto de la noche de insomnio, de la lectura, el alcohol y el café amargo. Sonreí.

—Será mejor que me vaya. Así que hasta mañana.

—Adiós —dijo Cabot y me ayudó a ponerme el abrigo— Pero mañana no podremos vernos. Iré nuevamente a las montañas.

Sí, era febrero; y había desaparecido un febrero, hace siete años.

Me sentí alarmado. —No vayas —dije.

—Iré —respondió.

—¡Entonces déjame acompañarte!

—No. Quizás no regrese.

Nos dimos la mano y tuve la extraña sensación de que tal vez no volvería a ver a Tarl Cabot. Mi mano se aferró a la suya y la de él a la mía. Yo había significado algo para él y él para mí, y ahora íbamos a separarnos sin más y quizás nunca volveríamos a estar juntos.

Me encontré en el pasillo blanco y frío, frente a su apartamento, mirando la bombilla del techo. Luego caminé durante algunas horas, a pesar de mi cansancio, pensando acerca de las cosas extrañas que acababa de leer.

Entonces me di la vuelta repentinamente y volví corriendo a su casa. Había abandonado a mi amigo, si bien no tenía la menor idea de lo que le ocurriría. Golpeé con ambos puños la puerta de su apartamento, pero no recibí contestación. La derribé y arranqué la cerradura. Corrí a través de las habitaciones. ¡Pero Tarl Cabot había desaparecido!

Sobre la mesa de la pequeña sala se encontraba el manuscrito que había estado leyendo hacía unas horas, en un sobre con mi nombre y dirección. Dentro de él se encontraba un trozo de papel. “Para Harrison Smith, si le interesa tenerlo”. Deprimido abandoné la casa, llevando conmigo el manuscrito, que más tarde fue publicado como “El guerrero de Gor”. Esto y mi recuerdo era todo lo que me quedaba ahora de mi amigo Tarl Cabot.

Llegó la época de mis exámenes, que aprobé con todo éxito. Más tarde fui admitido como abogado en el Estado de Nueva York y comencé a trabajar en una de las grandes oficinas jurídicas de la ciudad. En medio de la jungla que era mi trabajo complicado y agotador, el recuerdo de mi amigo Cabot se fue borrando lentamente. Por lo tanto no queda mucho que decir, aparte del hecho de que no he vuelto a verlo desde entonces. No obstante tengo la impresión de que está vivo.

Al regresar una noche a mi casa, después del trabajo, encontré sobre la mesa delante del sillón un segundo manuscrito, cuyo texto se leerá a continuación. No sé cómo llegó hasta allí, ya que las puertas y ventanas estaban cerradas.

Quizá sea cierto lo que Tarl Cabot comentó alguna vez: “los agentes de los Reyes Sacerdotes se encuentran entre nosotros”.

## REGRESO A GOR

Una vez más yo, Tarl Cabot, recorría los verdes campos de Gor.

Me desperté desnudo entre la hierba azotada por el viento, bajo aquella estrella ardiente, que es el sol de mis dos planetas, de la Tierra y de su hermana secreta, Gor, la Contratierra.

Me incorporé lentamente. Cada fibra de mi cuerpo vibraba en medio del viento intenso; mis cabellos ondeaban. Me dolían todos los músculos, que se alegraban de poder realizar los primeros movimientos libres desde hacía algunas semanas, ya que en las White Mountains había subido al disco plateado que era la aeronave de los Reyes Sacerdotes, el vehículo para los Viajes de Adquisición. Al ascender a la aeronave me había desvanecido. Y en ese estado, como ya había ocurrido otra vez hacía muchos años, había llegado a Gor.

Permanecí de pie durante algunos instantes, y dejé que el milagro de mi regreso repercutiera sobre todos mis nervios y sentidos.

Volví a experimentar la menor fuerza de gravitación del planeta, una sensación que desaparecería en cuanto mi cuerpo se adaptara al nuevo ambiente. Debido a esa menor fuerza de gravedad, esfuerzos corporales que sobre la Tierra hubieran parecido sobrehumanos, en Gor eran completamente naturales. El sol, tal como lo recordaba, era un poco más grande de lo que parecía visto desde la Tierra, pero no era muy sencillo estar seguro de esta apreciación.

A poca distancia distinguí manchas amarillas, algunos bosquecillos de Ka-lana, como los que se encuentran a menudo en los campos de Gor. Más hacia la izquierda se extendía un magnífico campo de Sa-Tarna, que se mecía plácidamente en el viento, aquel grano grande y amarillo que es un componente esencial de la alimentación goreana. A la derecha se veían a alguna distancia montañas, de forma imprecisa, borrosa. De acuerdo con su forma y su altura me pareció que debía tratarse de las montañas de Thentis. Y desde allí, podría encontrar mi camino hacia Ko-ro-ba, aquella ciudad de los cilindros a la que hace años había empeñado mi espada.

De pie, expuesto a los rayos del sol, alcé sin pensar, los brazos en una plegaria pagana a los Reyes Sacerdotes, que nuevamente me habían traído de la Tierra a este mundo. Su poder ya me había alejado una vez de Gor en cuanto había concluido mi misión. En aquella ocasión me habían separado de mi padre y de mis amigos, así como de la joven que amaba, de la hermosa Talena de cabellos negros, la hija de Marlenus, ex Ubar de Ar, la ciudad más grande en toda la extensión conocida de Gor.

Mi corazón no sabía de amor hacia los Reyes Sacerdotes, aquellos misteriosos habitantes de las Montañas Sardar, quienesquiera fueran, pero sentía agradecimiento frente a ellos o frente a los poderes extraños que los guiaban.

El hecho de haber sido traído nuevamente a Gor, para visitar una vez más mi ciudad y a mi amada, seguramente no era un gesto espontáneo de generosidad o justicia, como podría parecer a primera vista. Los Reyes Sacerdotes, guardianes del Lugar Sagrado en las Montañas Sardar, aparentemente familiarizados con todo lo que acontecía en Gor, dueños de la terrible muerte llameante, que podía aniquilar todo lo que les disgustaba, no se dejaban guiar por motivos tan toscos como los hombres, no se sometían a las reglas de la decencia y del respeto, que pueden influir en los actos humanos. Ellos tenían sus propias metas, misteriosas y remotas, y para el logro de dichas metas los seres humanos eran usados como meras marionetas. Corría el rumor de que los Reyes Sacerdotes utilizaban a los hombres como si fueran piezas en un juego y que, cuando una pieza ya había desempeñado su papel, era descartada o, como en mi caso, alejada del tablero, hasta que los Reyes Sacerdotes sintieran ganas de volver a jugar. A algunos pasos de distancia se encontraban unos objetos sobre la hierba. Distinguí un casco, un escudo y una lanza, y junto a esto un zurrón. Me arrodillé y examiné mi hallazgo.

El casco era de bronce, trabajado al estilo griego y en la parte anterior presentaba una única abertura en forma de Y. No llevaba la insignia de ninguna ciudad y el escudo de armas estaba vacío.

El escudo redondo, formado por capas de cuero endurecidas, superpuestas concéntricamente, sujetas por ganchos de latón, con una correa doble, a través de la cual se pasaba el brazo izquierdo, aparecía igualmente sin marca. Generalmente un escudo goreano es multicolor y tiene insignias, gracias a las cuales se puede reconocer la ciudad de origen del guerrero que lo porta. Si este escudo me estaba destinado a mí, que en realidad yo no lo ponía en duda, debería llevar las armas de Ko-ro-ba, mi ciudad.

La lanza también era típicamente goreana. Pesada, de unos dos metros de largo, con una punta de bronce de unos cuarenta centímetros de largo. La lanza es un arma terrible y, debido a la menor fuerza de gravitación propia de Gor, puede ser arrojada con una fuerza inconcebible, y traspasar un escudo a poca distancia o clavarse treinta centímetros en una madera dura. Con este arma los hombres se atreven a internarse en la Cordillera Voltai, habitada por el larl, y dar caza a esta fiera increíble, parecida a una pantera, que en posición vertical mide más de dos metros.

En efecto, la lanza goreana es tan eficaz que muchos guerreros desdeñan las armas arrojadas más pequeñas, como por ejemplo el arco o la ballesta, las que igualmente se encuentran con bastante frecuencia. Lamenté, por cierto, no encontrar un arco entre las armas que se hallaban a mis pies, ya que había desarrollado cierta destreza en su manejo en mi última estancia en Gor, así como una afición por él, que había escandalizado a mi instructor de entonces.



Recordaba con afecto a Tarl el Viejo. Tarl es un nombre frecuente en Gor. Me alegraba mucho la perspectiva de volver a encontrarme con ese hombre robusto, barbudo y orgulloso como un vikingo, un extraordinario espadachín que me había adiestrado en el manejo de las armas y convertido en un guerrero goreano.

A continuación abrí el zurrón. Contenía una túnica escarlata, unas sandalias y una capa, o sea la vestimenta propia de un miembro de la casta guerrera goreana. Y esto me regocijaba, ya que yo pertenecía a esa casta, desde aquella mañana en que mi padre, Matthew Cabot, Administrador de Ko-ro-ba, me había entregado las armas y había adoptado como mía la Piedra del Hogar de esta ciudad.

Para un goreano, aunque hable raramente de tales cosas, una ciudad es algo más que ladrillos y mármol, algo más que cilindros y puentes. No es un simple lugar, un simple punto de referencia geográfico, en el cual los hombres han construido sus viviendas. El goreano cree que una ciudad no equivale simplemente a la suma de sus partes; para él es casi un ser vivo o algo más. Es un ser dotado de historia, es un ser con una tradición, una herencia, hábitos y costumbres, carácter, intenciones, esperanzas. Si un goreano dice, por ejemplo, que es de Ar o Ko-ro-ba, esto significa más que una simple información acerca de su lugar de residencia.

En general, los goreanos no creen en la inmortalidad, aunque existen excepciones, en particular en la Casta de los Iniciados. Pertenecer a una ciudad significa, en consecuencia, que se es parte de algo menos precedero que uno mismo, de algo divino en el sentido de inmortalidad. Naturalmente, como sabe todo goreano, también las ciudades son mortales, ya que pueden ser destruidas. Pero este hecho, quizás aumente aún más su cariño por las ciudades. Su amor por una ciudad se concentra en una piedra, que se conoce bajo el nombre de Piedra del Hogar y que, por lo general, se conserva en el cilindro más elevado de una ciudad. La Piedra del Hogar a veces es poco más que un tosco trozo de roca proveniente de una época remota, cuando la ciudad no era más que un simple grupo de chozas a orillas de un río, mientras que otras veces puede ser un cubo de mármol o granito espléndidamente tallado. Esta Piedra del Hogar constituye el símbolo de la ciudad. Pero tampoco el término símbolo es totalmente adecuado. Casi parecería que la ciudad misma se identificara con la Piedra del Hogar, como si la Piedra fuera para la ciudad lo que la vida es para cada hombre. Las leyendas afirman que una ciudad sobrevive mientras cuenta con su Piedra del Hogar.

Pero no sólo las ciudades tienen sus Piedras del Hogar, también los pueblos pequeños y modestos y las chozas más primitivas de estos pueblos contienen sus propias Piedras, como asimismo las habitaciones ricamente decoradas del Administrador de una ciudad tan grande como Ar.

Mi Piedra del Hogar era la Piedra de Ko-ro-ba, la ciudad a la que ahora deseaba regresar.

En el zurrón también encontré una bandolera, junto con la espada corta de los goreanos. La desenvainé. Estaba bien equilibrada, con doble filo, de casi cincuenta centímetros de largo. La empuñadura me resultaba conocida, y reconocí asimismo

algunas ralladuras en la hoja. Era el arma que había utilizado durante el sitio de Ar. Me invadió una sensación extraña al volver a sostenerla en la mano y sopesarla; la curva conocida entre los dedos. Con esta espada me había abierto camino hacia el cilindro central de Ar, cuando liberé a Marlenus, el discutido Ubar de esta ciudad. Esta arma se había cruzado con el arma de Pa-Kur, el Jefe de los Asesinos, con quien tuve que luchar por Talena, mi amada. Y ahora volvía a sostener la espada en mi mano. Me preguntaba cómo había podido suceder esto y sólo sabía que respondía a los deseos de los Reyes Sacerdotes.

Dos objetos que había esperado encontrar no se hallaban en el zurrón: un aguijón y un silbato de tarn. El aguijón de tarn es una vara pequeña, de unos cincuenta centímetros de largo. En su mango tiene también un pequeño interruptor, que cuando entra en funcionamiento, electrifica a la barra y lanza un sinnúmero de chispas. Se la utiliza para controlar a los tarns, esas aves gigantescas, semejantes a halcones, muy difundidas en Gor y utilizadas como cabalgaduras. Los tarns son entrenados desde pequeños para reaccionar frente a las indicaciones del aguijón de tarn.

El silbato de tarn se utiliza para llamar al animal. Generalmente los tarns sólo reaccionan ante un único sonido: el silbido de su amo. Esto no sorprende si sabemos que son amaestrados por los miembros de la Casta de Criadores de Tarns para reaccionar así. Cuando se le deja o vende el tarn a un guerrero, el nuevo jinete recibe el silbato. Por consiguiente, el tarnsman cuida este objeto con sumo cuidado, pues si llegara a caer en manos enemigas habría perdido su cabalgadura.

Me puse las rojas vestiduras propias del guerrero goreano. Me desconcertaba el hecho de que mi ropa, así como mi casco y escudo, no llevara insignias. Esto contradecía las costumbres goreanas, ya que por lo general sólo los proscritos, hombres sin ciudad, no llevan blasón.

Me coloqué el casco y me pasé el escudo y la espada por encima del hombro izquierdo. Luego tomé la lanza con la mano derecha y por último contemplé el cielo y elegí mi camino de acuerdo con la posición del sol, sabiendo bien que Koro-ba se encontraba al noroeste de las montañas.

Mi paso era leve; mi estado de ánimo óptimo. Estaba otra vez en mi patria, pues allí donde me esperaba mi amada, estaba mi patria. Allí donde mi padre me había esperado, después de una separación de más de veinte años, donde había bebido y reído junto a guerreros amigos, donde había aprendido a leer y escribir por obra de mi querido amigo, el escriba Torm, ahí estaba mi patria.

Mis pensamientos brotaban en goreano, de forma tan espontánea que parecía que no hubiera estado ausente durante siete años. De repente advertí que había empezado a cantar una canción guerrera, mientras caminaba por la hierba. Había regresado a Gor.

**ZOSK**

Había recorrido un buen trecho del camino a Ko-ro-ba, cuando noté con alegría que llegaba a uno de los caminos estrechos que conducen a la ciudad. Lo reconocí, pero aun si no lo hubiera hecho, no hubiera podido pasar por alto las insignias de la ciudad sobre las piedras pasang al borde del camino. Allí podía enterarme acerca de la cantidad de pasangs que todavía faltaban para llegar a las murallas de la ciudad. Un pasang equivalía aproximadamente a un kilómetro.

El camino, como en casi todo Gor, estaba construido en la tierra como un muro, algo que debía perdurar a través de cientos de generaciones. Los goreanos, que tienen poco sentido para el progreso, le dan mucha importancia a un trabajo artesanal bien hecho. No importa qué es lo que construyan, siempre piensan en seguir utilizándolo hasta que por obra del tiempo quede reducido a polvo. Y este camino no era más que un sendero secundario insignificante, sin ancho suficiente como para dar cabida simultánea a dos carretas.

Comprobé con sorpresa que entre las piedras del empedrado crecían matas de hierba; y sin embargo nos encontrábamos muy cerca de la ciudad. De vez en cuando alguna vid extendía sus zarcillos a través del camino.

Comenzaba a anochecer, y de acuerdo con las piedras pasang, todavía debía caminar durante algunas horas. A pesar de que aún no reinaba la oscuridad muchos de los pájaros multicolores se habían retirado ya a sus nidos. Aquí y allá comenzaban a revolotear enjambres de insectos nocturnos. Las sombras de las piedras pasang se habían vuelto más largas y, como están colocadas de tal manera que sirven también como relojes de sol, pude enterarme de que ya había pasado la decimocuarta ahn u hora goreana. El día goreano está dividido en veinte ahns. El décimo ahn corresponde al mediodía, el vigésimo a la medianoche. Cada ahn se compone de cuarenta ehns o minutos, y cada ehn de ochenta ihns o segundos.

Pensé si tenía sentido continuar la marcha. Pronto se pondría el sol y la noche goreana está llena de peligros, particularmente para un hombre a pie.

En la oscuridad el eslín, una fiera impresionante de seis patas, medio serpiente medio mamífero, sale de caza. Todavía no había visto a ninguno de estos monstruos, pero hacía años me habían mostrado, en cierta oportunidad, sus huellas.

A la luz de las tres lunas goreanas también se divisaba a veces la sombra del ul,

un gigantesco lagarto volador, que en busca de su presa se alejaba considerablemente de sus pantanos nativos en el delta del Vosk.

Lo que más me inquietaba imaginar era quizás las manadas de varts, aquellos roedores voladores ciegos, parecidos a los murciélagos, que en pocos minutos podían devorar totalmente un cuerpo; cada animal llevaba un pequeño trozo de carne a su oscura caverna.

Otro peligro más me acechaba en el camino, por el hecho de no contar con ninguna luz para alumbrarme. Al oscurecer, serpientes de las más variadas especies aparecen en el camino buscando calor, ya que las piedras retienen durante largo tiempo el calor diurno del sol. Entre estas serpientes se encontraba la enorme pitón goreana, el hith. Aún más peligroso era quizás el diminuto ost, un pequeño reptil maligno, de color naranja claro, de apenas unos treinta centímetros de largo, cuya mordedura resulta mortal a los pocos segundos.

A pesar de mis ansias de regresar a Ko-ro-ba, decidí abandonar el camino, envolverme en mi capa y pasar la noche al abrigo de algunas rocas o quizá entre algunos arbustos espinosos, donde podía dormir con relativa seguridad. Mas cuando empezaba a pensar en interrumpir el viaje, noté de pronto que tenía hambre y sed y el zurrón con las armas no contenía comida ni agua.

Apenas me había alejado de las piedras del camino, cuando observé una figura ancha y encorvada, que se acercaba con pasos cuidadosamente medidos. Sobre la espalda llevaba un enorme haz de leña, sostenido por dos cordeles, que sujetaba por delante con los puños. Por su figura, así como por su carga, parecía ser un miembro de la Casta de los Portadores de Leña o Leñadores, una casta goreana que, junto con la Casta de los Carboneros, provee en gran medida de combustible a las ciudades goreanas.

El peso que este hombre sostenía sobre su espalda era inconcebible y hubiera dado que hacer a más de uno. El haz sobresalía a una altura casi equivalente al tamaño de un hombre sobre su espalda encorvada y tenía un ancho de más de un metro. Yo sabía que el soporte de la carga dependía, en gran parte, del hábil empleo de sogas y músculos dorsales, pero sin lugar a dudas también intervenía la fuerza pura, y este hombre, lo mismo que sus hermanos de casta, había sido formado a lo largo de generaciones para su tarea.

Se acercó. Sus ojos estaban casi completamente ocultos tras un desgredado mechón de pelo blanco, entremezclado con hojas y pedacitos de corteza. Las patillas probablemente se las había afeitado con su gran hacha de leñador, de doble filo, que se encontraba atada arriba, sobre el haz. Llevaba la vestimenta corta, agujereada y sin mangas, propia de su casta, con trozos de cuero en la espalda y los hombros. Sus pies, descalzos, estaban negros hasta los tobillos.

Me coloqué delante de él en el camino.

—Tal —dije y alcé mi brazo derecho, con la palma de la mano hacia adentro, empleando el saludo goreano acostumbrado.

La figura desgredada, ancha, fuerte, monstruosamente deformada por la

práctica de su oficio, se encontraba delante de mí, con las piernas firmemente apoyadas en el suelo. Levantó la cabeza. Sus anchos ojos rasgados, pálidos, acuosos, me examinaron a través del mechón de pelo que prácticamente los ocultaba.

A pesar de la reacción lenta, a pesar de los movimientos medidos y cuidadosos tuve la impresión de que estaba sorprendido. Evidentemente no había esperado encontrar a alguien en ese camino. Esto me confundió.

—Tal —dijo con voz gruesa.

Supe que pensaba cuánto tardaría en agarrar el hacha que se encontraba arriba sobre su carga.

—No tengo malas intenciones —dije.

—¿Qué quieres? —preguntó el leñador, que mientras tanto debía haber notado que mi escudo no llevaba insignia; ahora seguramente me tomaba por un proscrito.

—No soy un proscrito —dije.

Evidentemente no me lo creyó.

—Tengo hambre —continué—, y no he comido nada desde hace muchas horas.

—Yo también tengo hambre —respondió—, y no he comido nada desde hace muchas horas.

—¿Tu choza se encuentra cerca de aquí? —pregunté. Sabía que debía ser así, pues ya era tarde. El sol regulaba los horarios de la mayoría de las actividades goreanas y el leñador seguramente se encontraba de camino a casa.

—No —dijo.

—No tengo malas intenciones frente a ti o a tu Piedra del Hogar —dije—. No tengo dinero y no puedo pagarte, pero tengo hambre.

—Un guerrero toma lo que desea —dijo el hombre.

—No deseo quitarte nada —respondí.

Me miró y creí percibir la sombra de una sonrisa sobre su rostro apergaminado.

—No tengo ninguna hija —dijo—. No tengo dinero ni otros bienes.

—Entonces te deseo éxito y riquezas —respondí riendo—. Y reanudaré mi camino.

Pasé junto a él y pensaba continuar la marcha.

Apenas me había alejado unos pasos, cuando su voz me detuvo. Me costó entenderlo, pues los solitarios integrantes de la Casta de los Leñadores hablan raramente.

—Tengo guisantes y nabos, ajo y cebollas en mi choza —dijo el hombre cuyo haz de leña parecía una espalda gigantesca.

—Los mismos Reyes Sacerdotes —respondí— no pedirían más.

—Entonces comparte la olla conmigo, guerrero —dijo.

—Me siento honrado —respondí; y era cierto.

A pesar de que yo pertenecía a una casta elevada y él no, en su propia choza era, según las leyes goreanas, el soberano, pues allí se encontraba dentro del ámbito de su propia Piedra del Hogar. Sí; aun un hombre tímido, que en presencia

de personalidades de mayor rango no se atreve a alzar la vista, puede convertirse en un león cuando se encuentra junto a su Piedra del Hogar, orgulloso, despectivo, generoso o reservado, un verdadero rey, aunque sólo sea en su propia choza.

En efecto, había una serie de historias según las cuales hasta guerreros habían sido vencidos por campesinos furiosos, en cuyo hogar habían penetrado, ya que en la proximidad de sus Piedras del Hogar, los hombres luchan poniendo a prueba todo su valor, luchan como el tristemente célebre Iarl de las montañas. Más de un campo de agricultores goreanos está regado con la sangre de algún guerrero imprudente.

El corpulento leñador mostró una amplia sonrisa. Esa noche tendría un invitado. Él mismo hablaría poco, ya que no estaba acostumbrado a hacerlo, y era demasiado orgulloso para formar frases que probablemente resultarían torpemente construidas y gramaticalmente incorrectas, pero estaría sentado junto al fuego hasta el amanecer y no me dejaría dormir, deseando que le contara historias, relatos acerca de mis aventuras, descripciones de lugares alejados. Lo que yo le contara era menos importante que el mero hecho de que se dijera algo, que esa noche no la hubiera vuelto a pasar solo.

—Me llamo Zosk —dijo.

Me pregunté sobre si éste sería el nombre que acostumbraba usar o su nombre verdadero. Los miembros de castas inferiores a menudo utilizan un nombre y reservan el nombre verdadero para su empleo por parte de miembros de la familia y amigos íntimos, para protegerlo de los hechiceros u otros poderes malignos. De alguna manera tuve la sensación de que Zosk era su nombre verdadero.

—¿Zosk de qué ciudad? —pregunté.

La ancha y recia figura pareció quedarse rígida. Los músculos de sus piernas se pusieron tensos, se combaron hacia afuera. El vínculo que durante segundos había existido entre nosotros pareció esfumarse repentinamente, como ante el soplo de un viento frío

—Zosk... —dijo.

—¿De qué ciudad? —pregunté.

—De ninguna ciudad.

—Seguramente —dije— eres de Ko-ro-ba.

El gigante deformado retrocedió como herido por un latigazo y comenzó a temblar. Sentía que este hombre sencillo, ingenuo, de pronto tenía miedo. Creo que hubiera podido enfrentar valientemente un Iarl con su hacha, sin perder un instante, pensando en el peligro, pero ahora sentía miedo. Sus grandes puños, que sostenían las sogas del haz de leña, se tornaron de un color blanco; los pedazos de leña se entrechocaban entre sí.

—Yo soy Iarl Cabot —dije— Iarl de Ko-ro-ba.

Zosk dejó escapar un grito inarticulado y comenzó a retroceder a tropezones. Sus manos se aferraron a las sogas y el gran haz de leña se aflojó y cayó ruidosamente sobre el empedrado del camino. Zosk quiso huir, pero resbaló sobre

uno de los palos y cayó al suelo, casi sobre el hacha que se encontraba en medio del camino. Impulsivamente la agarró, como si se tratara de una tabla salvadora en el torbellino mortal de sus temores.

Con el hacha en la mano pareció recordar su pertenencia a una casta y permaneció acurrucado en el camino, a media luz, como un gorila armado; inhaló profundamente el aire, tratando de dominar su temor.

Sus ojos me examinaron a través de su pelo canoso y enredado. No entendía su miedo, pero me tranquilizaba el hecho de que lo superara, ya que el miedo es el enemigo común de todos los seres vivos, y de alguna manera, consideré su triunfo también como un triunfo mío. Recordé el episodio ocurrido en las montañas de New Hampshire, donde en una ocasión me había dejado dominar vergonzosamente por el miedo y había salido corriendo, esclavo de aquello que consideraba demasiado humano.

Zosk se incorporó, en la medida en que se lo permitía su columna encorvada.

Su miedo había desaparecido.

Habló lentamente. Le costaba hacerlo, pero ya volvía a ser dueño de sí mismo.

—Di que no eres Tarl de Ko-ro-ba —me pidió.

—Pero lo soy —respondí.

—Te lo pido como favor —dijo Zosk, cuya voz vibraba ahora emocionada—.

Dime que no eres Tarl de Ko-ro-ba.

—Yo soy Tarl de Ko-ro-ba —respondí con firmeza.

Zosk alzó su hacha.

Parecía liviana en su mano voluminosa. Sentí que con ella podía derribar un árbol de un solo golpe. Paso a paso se fue acercando, levantando el hacha sobre su hombro con las dos manos.

Finalmente se detuvo delante de mí. Creí ver lágrimas en sus ojos. No hice nada para defenderme, pues de algún modo sabía que Zosk no me atacaría. Luchaba consigo mismo, su rostro sencillo estaba descompuesto por el dolor, sus ojos reflejaban un sentimiento que lo torturaba.

—¡Que los Reyes Sacerdotes me perdonen! —exclamó.

Arrojó el hacha al suelo, que cayó con estrépito sobre el empedrado del camino. Zosk se tumbó de rodillas y luego se sentó con las piernas cruzadas. Su cuerpo corpulento estaba convulsionado por sollozos violentos; ocultó su cabeza maciza entre las manos, y con voz pesada y gutural lanzó un gemido desesperado.

En tales momentos no hay que acercarse a un hombre, ya que según la concepción goreana, el sentimiento de lástima humilla tanto a quien lo experimenta como a aquel a quien va destinado. De acuerdo con las costumbres goreanas se puede sentir amor, pero no lástima.

De modo que reanudé mi camino.

Había olvidado mi hambre. Ya no pensaba en los peligros del camino.

Al amanecer llegaría a Ko-ro-ba.

## EL ESLÍN

En la oscuridad me acerqué a tropezones a los muros de Ko-ro-ba, golpeando el empedrado con el asta de mi lanza, con el propósito de no apartarme del camino y de ahuyentar posibles serpientes. Era un viaje de pesadilla, una empresa carente de sentido esta búsqueda de mi ciudad en medio de la noche. A menudo me rasguñaba, chocaba con obstáculos y caía, pero me impulsaban las dudas y las aprensiones mortificantes, que no me concederían ningún reposo hasta que volviera a encontrarme sobre los elevados puentes de Ko-ro-ba.

¿Acaso yo no era Tarl de Ko-ro-ba? ¿Acaso no existía esta ciudad? Cada piedra pasang proclamaba que al final del camino se encontraba Ko-ro-ba. Pero ¿por qué el camino se hallaba tan descuidado? ¿Por qué no transitaba nadie por él? ¿Por qué Zosk, perteneciente a la Casta de Portadores de Leña, se había comportado de manera tan extraña? ¿Por qué mi escudo, mi casco y el resto de mi armadura no ostentaban el orgulloso emblema de Ko-ro-ba?

De pronto, lancé un grito dolorido. Dos colmillos se habían clavado en mi muslo. Un ost, pensé en un primer momento. Pero los dientes no aflojaban, y escuché el ruido crepitante, chupador del pericarpio vesicular de una planta carnívora, que a la manera de unos pulmones pequeños y feos se contraían y volvían a expandirse. Me incliné y arranqué la planta del suelo, al borde del camino. Sus cápsulas jadeantes se contraían en mi mano como una serpiente. Saqué de mi carne las dos puntas semejantes a colmillos. La planta carnívora ataca como una cobra y clava dos espinas huecas en sus víctimas. Las reacciones químicas sobre las cápsulas vesiculares producen un efecto mecánico de bomba, y la sangre es chupada por la planta, sirviéndole de alimento. Cuando la aparté de mi pierna, aliviado porque no habían sido los dientes del vart maligno, aparecieron las tres lunas de Gor detrás de las nubes oscuras. Sostuve en lo alto la planta moribunda y la despedacé. Mi sangre, con un resplandor oscuro en la noche plateada, se mezclaba ya con los jugos de la planta y oscurecía el tallo hasta las raíces. En unos dos o tres segundos la planta había chupado casi un cuarto litro de líquido. Estremecido, la arrojé lejos de mí. Por lo general tales plantas están alejadas del borde del camino y de las zonas pobladas. Son peligrosas, en



particular para niños y animales pequeños, pero también pueden dañar seriamente a un hombre, si llega a extraviarse y se ve rodeado por un grupo de ellas.

Me dispuse a continuar mi marcha, agradeciendo que las tres lunas goreanas me iluminaran un poco el peligroso camino. En un momento de lucidez me pregunté si no hubiera sido preferible buscar un refugio, y sabía que no podía hacer nada mejor que eso, pero no fui capaz de decidirme. Dentro de mí ardía una pregunta que no me atrevía a contestar. Sólo con la vista y los oídos podría desechar o confirmar mis temores. Buscaba una verdad que no conocía, pero que era necesario encontrar, y esa verdad me esperaba al final del camino.

Percibí un olor extraño, desagradable, como proveniente de una comadreja común, solo que más fuerte. De inmediato estuve bien alerta.

Me puse rígido; una reacción instintiva.

No hice ningún ruido, no me moví, busqué la protección del silencio y la inmovilidad. Volví la cabeza imperceptiblemente y escudriñé las rocas y arbustos del lado izquierdo y derecho del camino. Creí percibir un leve resoplido, un gruñido, un aullido perruno. Luego volvió a reinar la calma.

También el ser desconocido se había paralizado; probablemente percibía mi presencia. Al parecer se trataba de un eslín; ojalá fuera un animal joven. Supuse que no me había querido dar caza, pues de lo contrario seguramente no lo hubiera podido oler; en tal caso se me hubiera aproximado en dirección contraria al viento. Permanecí inmóvil durante unos seis o siete minutos. Entonces divisé al eslín, que cruzaba el camino retorciéndose delante de mí sobre sus seis sólidas patas, como un lagarto recubierto de piel. El hocico puntiagudo y peludo se movía de izquierda a derecha, y olfateaba en el viento.

Respiré aliviado.

En efecto, se trataba de un eslín joven, de apenas unos dos metros y medio de longitud. Al animal le faltaban aún la experiencia y la paciencia del animal adulto. Su ataque, si llegara a percatarse de mi presencia, sería bastante ruidoso, un ataque sibilante, un avance torpe, acompañado de chillidos. El animal se perdió en la oscuridad, quizás no muy seguro de hallarse solo; un animal joven, al que aún no le preocupaban demasiado las tenues señales que en este brutal mundo animal de Gor podrían significar la diferencia entre la muerte y la supervivencia.

Reanudé, pues, mi marcha.

Nuevamente las tres lunas de Gor se habían ocultado detrás de unas nubes oscuras y el viento comenzó a levantarse. Vi las sombras de grandes árboles de Ka-la-na, que se inclinaban ante la oscuridad de la noche; las incontables hojas colgaban de largas ramas y se movían crepitantes. Olfateé lluvia en el aire. En la lejanía se divisó un relámpago, y pocos segundos más tarde, llegó a mis oídos el ruido de un trueno remoto.

Mientras continuaba mi marcha apresurada, aumentaba mi preocupación. Me parecía que ya debía estar divisando desde hacía tiempo las luces de la ciudad cilíndrica de Ko-ro-ba. Y sin embargo no se veía nada. La ciudad debía

encontrarse a oscuras.

¿Por qué no colgaban lámparas en los puentes elevados? ¿Por qué las habitaciones de la ciudad no estaban iluminadas con diversos colores, que según el código de luces de Gor nos hablaban de conversaciones, bacanales o aventuras amorosas? ¿Por qué no alumbraban en los muros las luces poderosas, que ofrecían la protección de las murallas a los tarnsmans de la ciudad que se alejaban de ella?

Me detuve junto a una piedra pasang y traté de responderme a estas preguntas; traté de revelar el misterio. Me sentía confuso, inseguro. Me incliné y contemplé la cifra sobre la piedra. Era la cifra prevista; ya debía estar en condiciones de ver las luces de Ko-ro-ba. Y sin embargo delante de mí no había más que oscuridad. También entonces reparé en el hecho de que no había visto siquiera las fogatas de los campesinos, en los montes que circundaban la ciudad, así como tampoco las antorchas de los valientes cazadores que de noche acechan al eslín. Y sobre todo, no había escuchado la voz de alerta de las patrullas nocturnas de la ciudad, que me habrían dado el alto al menos una docena de veces.

Una monstruosa serie de rayos explotó en la noche, me ensordecí con el estruendo del trueno, destrozó la oscuridad en fragmentos violentos, la despedazó como a una vasija de arcilla, golpeada por un martillo de fuego, y con los rayos se levantó la tormenta; violentos torrentes de agua helada, azotados por el viento.

A los pocos segundos estaba completamente empapado. Comencé a sentir frío. El viento tironeaba de mi túnica. A ciegas proseguí mi camino a través del tremendo temporal. Froté mis ojos para secarlos y pasé los dedos por el pelo para apartarlo de mi rostro. La furia de los relámpagos se descargaba una y otra vez sobre las colinas, me cegaba durante un instante, seguida por un trueno ensordecedor, y volvía a desaparecer de inmediato en la oscuridad.

Apenas unos cincuenta metros delante de mí un rayo cayó sobre el camino. Por un instante me pareció que me obstruía el paso como una lanza gigantesca, encorvada, luminosa, intimidadora, amenazante, y luego desapareció. El rayo había caído en mi camino. No pude dejar de pensar que acaso era una señal de los Reyes Sacerdotes para que diera marcha atrás.

Sin embargo, reanudé mi camino y me coloqué en el lugar en el que había caído el rayo. A pesar del viento helado y de la lluvia que me azotaba, sentía el calor de las piedras a través de mis sandalias. Levanté la mirada, alcé mi lanza y mi escudo y grité a la tormenta. Mi voz se desvaneció en medio de la turbulencia de la naturaleza, un grito desafiante frente a los poderes que aparentemente se habían conjurado contra mí.

—¡Iré a Ko-ro-ba! —grité.

Apenas había dado otro paso, cuando a la luz de los relámpagos divisé a un eslín, que en esta ocasión era adulto, de unos cinco a seis metros de longitud. El monstruo corrió hacia mí, ligero, silencioso, las orejas pegadas a la cabeza, la piel completamente mojada, los ojos nocturnos iluminados por el ansia de matar.

Emití un sonido extraño, una risa increíble. ¡Al fin algo que podía ver, sentir,

combatir!

Con un ardor comparable al del monstruo, corrí hacia adelante en la oscuridad, y cuando intuí su cuerpo, me arrojé hacia adelante con mi lanza goreana puntiaguda. Sentí sobre mi brazo dos hileras de dientes afilados, a la vez que sacudido de aquí para allá por el animal que aullaba de rabia y dolor, y se retorció en el camino. Retiré mi brazo, para protegerlo de las débiles mandíbulas, incapaces ya de un ataque certero.

Al caer el próximo rayo vi al eslín apoyado sobre su vientre; desesperado mordía el asta de mi lanza, sus grandes ojos nocturnos estaban desprovistos de todo brillo. Mi brazo estaba cubierto de sangre, pero la sangre provenía principalmente del eslín. Mi mano había penetrado casi hasta las fauces del animal, al impulso del movimiento violento de mi lanza. Moví el brazo y los dedos; estaba ileso. El siguiente rayo me reveló que el eslín ya no vivía.

Me estremecí involuntariamente, aunque no sabía bien si esta reacción se debía al frío y a la lluvia o al espectáculo del largo cuerpo peludo, parecido al de un lagarto. Traté de extraer la lanza, pero se encontraba trabada entre las costillas del animal.

Fríamente extraje mi espada, corté la cabeza del animal y rescaté mi arma. Siguiendo la costumbre de los cazadores del eslín, y, en parte también porque tenía hambre, despedacé al animal y devoré su corazón.

Se dice que sólo el corazón del larl de las montañas trae más suerte que el del maligno y astuto eslín. La carne cruda, caliente aun de la sangre del animal, sació mi hambre, y en cuclillas junto a mi presa en el camino a Ko-ro-ba, yo era una fiera más entre las fieras.

Me ref. —¿Acaso quisiste mantenerme alejado de Ko-ro-ba, Negro Hermano de la Noche? —pregunté en el vacío.

Cuán absurdo parecía que un débil eslín quisiera interponerse entre yo y mi ciudad. Me reí irracionalmente, pensando de qué manera necia se había comportado el animal. Pero ¿cómo hubiera podido saber algo? ¿Cómo podía saber que yo era Tarl de Ko-ro-ba y que regresaba a mi ciudad? Existe un refrán goreano, según el cual un hombre que regresa a su ciudad no puede ser detenido, ¿Acaso el eslín no conocía este axioma?

Sacudí la cabeza para librarme de pensamientos insensatos. Sabía que todo esto no tenía sentido, que después de la breve lucha y la primera y rápida colación estaba ligeramente mareado; al fin y al cabo había pasado hambre durante muchas horas.

Si bien lo deseché como superstición, sin embargo me dediqué a continuación al ritual goreano de leer en la sangre. Junté mis manos y recogí un poco de sangre, bebí una bocanada, conservé el resto, y esperé la aparición del próximo rayo.

Se contempla la sangre recogida en las manos. Se dice que si se ve la propia cara negra y devastada se morirá de una enfermedad, si uno se ve a sí mismo destrozado y de color rojo sangre, se sucumbirá en la lucha, pero si en cambio el

propio rostro aparece viejo y rodeado de canas, se morirá en paz dejando tras de sí muchos descendientes.

Nuevamente relampagueó y miré fijamente la sangre.

En ese breve instante no vi en el pequeño charco que conservaba en las manos mi propio rostro, sino un rostro extraño, una cabeza semejante a una esfera de oro con ojos que parecían discos, un rostro diferente a cualquier otro que jamás hubiera visto, un rostro que me llenó de un terror inexplicable.

Reinó de nuevo la oscuridad y a la luz del siguiente relámpago volví a mirar la sangre, pero ahora no era más que sangre, la sangre de un eslín que yo había matado en el camino a Ko-ro-ba. Ni siquiera vi mi propia imagen reflejada en el líquido. La bebí y finalicé de esta manera con el ritual.

Luego me levanté y limpié mi lanza en la piel del eslín. Su corazón me había insuflado nuevas fuerzas.

—Gracias, Negro Hermano de la Noche —le dije al animal.

Vi que el agua se había acumulado en el lado cóncavo del escudo. Agradecido, lo levanté y la bebí.

## 5

### EL VALLE DE KO-RO-BA

Ahora el camino comenzaba a ascender.

Conocía bien ese camino, la subida larga, relativamente empinada hasta las cumbres de una serie de colinas, detrás de las cuales se encontraba Ko-ro-ba, una subida que era el tormento de todos los conductores de caravanas, portadores de cargas y demás viajeros.

Ko-ro-ba se encontraba en medio de verdes colinas, unos centenares de metros sobre la superficie del alejado Golfo de Tamber y de aquellas aguas misteriosas que los goreanos simplemente llaman Thassa, el mar. La ciudad de Ko-ro-ba no se encontraba tan elevada y remota como por ejemplo Thentis, en las montañas de Thentis, famosa por sus bandadas de tarns, pero tampoco se contaba entre las ciudades de las grandes llanuras, como la lujosa metrópoli de Ar, o entre las de la costa, como el sensual y populoso Puerto Kar, junto al Golfo de Tamber. Si bien a Ar podía llamársela grandiosa, una ciudad cuyo esplendor y belleza eran

reconocidos aun por sus enemigos mortales, Thentis prosperaba en la orgullosa violencia de las ásperas montañas de su mismo nombre y Puerto Kar podía tratarse fraternalmente con el ancho Tamber y el reluciente y misterioso Thassa, situado detrás de él, sin embargo consideraba a mi ciudad la más hermosa de todo Gor, una acumulación única de delicados cilindros, que se alzaba graciosamente entre las verdes colinas.

Un poeta antiguo, que había cantado las glorias de diversas ciudades de este mundo —tarea bastante poco común para una mente goreana—, había llamado a Ko-ro-ba “Las Torres de la Mañana”, y aún se la llama así ocasionalmente. La palabra goreana Ko-ro-ba no es más que una expresión para mercado de pueblos en goreano arcaico.

La tempestad seguía bramando, pero a mí ya no me importaba. Empapado, frío, seguía trepando, sosteniendo mi escudo oblicuamente para desviar el viento y facilitar mi ascenso. Cuando finalmente llegué a la cima, me detuve y me sequé los ojos, húmedos de agua fría, esperando el próximo relámpago, que después de tantos años me revelaría por fin mi ciudad.

Extrañaba esta ciudad y a mi padre, el magnífico Matthew Cabot, que había sido una vez Ubar de Ko-ro-ba y se desempeñaba ahora como su Administrador. Me alegraba volver a encontrar a mis amigos, al orgulloso Tarl el Viejo, mi instructor en el manejo de las armas, y a Torm, el pequeño escriba alegre y gruñón que hasta en el sueño y la comida veía parte de una conjuración que se proponía mantenerlo alejado de sus amados rollos escritos. Pero a quien más extrañaba era a Talena, a quien había elegido como compañera, por quien había luchado en el Cilindro de la Justicia de Ar, que me quería así como yo a ella, la hermosa Talena de cabellos oscuros, hija de Marlenus, ex Ubar de Ar.

—¡Te quiero, Talena! —exclamé.

En el instante mismo en que el grito escapó de mis labios, una serie de relámpagos iluminó el valle entre las colinas, un valle en el que no se veía nada.

¡Ko-ro-ba ya no existía!

¡La ciudad había desaparecido!

La claridad producida por la luz de los relámpagos fue seguida por la oscuridad, y el estruendo del trueno me llenó de espanto.

Una y otra vez relampagueaba, retumbaba el trueno y nuevamente me envolvía la oscuridad. Y una y otra vez volvía a ver lo mismo. El valle estaba vacío. Ko-ro-ba había desaparecido.

—Has sido tocado por los Reyes Sacerdotes —dijo una voz detrás de mí.

Me di la vuelta rápidamente, alzando el escudo; la lanza preparada para el ataque.

La luz del próximo relámpago me permitió ver la blanca vestimenta de un Iniciado, la cabeza rasurada y los ojos tristes de un miembro de la casta bendita, de los supuestos servidores de los Reyes Sacerdotes. Se encontraba delante de mí una figura erguida en medio del camino, con los ojos fijos en mí.

De algún modo este hombre me parecía diferente de los demás Iniciados que había conocido en Gor. No lograba precisar la diferencia; sin embargo parecía haber algo en él que lo diferenciara de los demás miembros de su casta. Podía haber sido un simple Iniciado, pero no lo era. No había en él nada de extraordinario, prescindiendo quizás de la expresión de su rostro, que era más orgullosa que de costumbre, y de sus ojos, que pudieran haber contemplado algo que pocos hombres habrían visto.

Se me ocurrió de pronto que yo, Tarl de Ko-ro-ba, un simple mortal, aquí en este sendero, de noche, quizás estaba contemplando el rostro de un rey sacerdote.

Mientras nos encontrábamos allí mirándonos recíprocamente, cedió la tormenta, cesaron los relámpagos y el trueno dejó de ensordecirme. El viento se calmó y el cielo se había despejado. En los fríos charcos de agua sobre el camino se reflejaban las tres lunas de Gor.

Me volví y miré el valle en el cual se había levantado Ko-ro-ba.

—Tú eres Tarl de Ko-ro-ba —dijo el hombre.

Me sobresalté. —Sí —dije—. Soy Tarl de Ko-ro-ba —y me volví para mirarlo.

—Te he estado esperando —dijo el hombre.

—¿Eres un rey sacerdote? —le pregunté.

—No —respondió.

Examiné a esta persona que parecía ser un hombre corriente y al mismo tiempo algo más.

—¿Hablas en nombre de los Reyes Sacerdotes? —pregunté.

—Sí —dijo. Yo le creí.

Naturalmente, no era nada extraño el hecho de que los Iniciados pretendieran hablar en nombre de los Reyes Sacerdotes; de hecho, según su propia opinión, la misión de su casta consistía en interpretar a los hombres la voluntad de los Reyes Sacerdotes.

Pero a este hombre yo le creía.

No se parecía a los demás Iniciados, a pesar de llevar su vestimenta.

—¿Pertenece verdaderamente a la Casta de los Iniciados? —pregunté.

—Soy un hombre que trasmite a los mortales la voluntad de los Reyes Sacerdotes —dijo el hombre sin responder a mi pregunta.

Callé por un instante.

—De ahora en adelante —dijo el hombre—, serás Tarl sin ciudad.

—Yo soy Tarl de Ko-ro-ba —dijo orgullosamente.

—Ko-ro-ba ha sido destruida —respondió el hombre—. Es como si esa ciudad no hubiera existido nunca. Sus piedras y sus habitantes han sido dispersados hacia los rincones más apartados del mundo, y nunca más dos piedras o dos personas de esa ciudad podrán volver a encontrarse.

—¿Por qué ha sido destruida Ko-ro-ba? —pregunté.

—Ha sido la voluntad de los Reyes Sacerdotes —dijo el hombre.

—Pero ¿por qué razón ha sido la voluntad de los Reyes Sacerdotes?

—Por ser su voluntad —dijo el hombre—. Y no hay nada que pueda cuestionar la voluntad de los Reyes Sacerdotes.

—Yo no acepto su voluntad —dije.

—¡Sométete! —exclamó el hombre.

—¡No!

—Como quieras —contestó—. De ahora en adelante estarás condenado a recorrer el mundo solo y sin amigos, sin ciudad, sin muros que puedas llamar tuyos, sin Piedra del Hogar que puedas honrar. Desde este momento eres un hombre sin ciudad, una advertencia para todos aquellos que quieran desdeñar la voluntad de los Reyes Sacerdotes, pero aparte de esto no eres nada.

—¿Y qué ha sido de Talena? —exclamé— ¿Qué ha sido de mi padre, de mis amigos, de los habitantes de mi ciudad?

—Se hallan dispersos en los rincones más alejados del mundo —dijo la figura embozada— y ni siquiera dos piedras pueden volver a juntarse.

—¿Acaso no he servido a los Reyes Sacerdotes en el sitio de Ar? —pregunté.

—Los Reyes Sacerdotes te han puesto al servicio de sus fines según sus propias conveniencias.

Alcé mi lanza y pensé que hubiera podido matar a la figura que se me enfrentaba de manera tan serena y aterradora.

—Mátame si ese es tu deseo —dijo el hombre.

Bajé mi lanza. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Me sentía confuso. ¿Acaso una ciudad había desaparecido por mi culpa? ¿Había sido yo quien trajo la desgracia a sus habitantes, a mi padre, a mis amigos y a Talena? ¿Acaso había sido demasiado necio y no había comprendido que yo no era nada frente al poder de los Reyes Sacerdotes? ¿Y habría de recorrer ahora, cargado de culpa y agonía, los caminos y campos abandonados de Gor, un triste ejemplo del destino que los Reyes Sacerdotes deparan a todos los hombres necios y orgullosos?

De repente dejé de autocompadecerme, y me sentí impactado, porque al mirar ahora los ojos del hombre vi en ellos calor humano, vi lágrimas, lástima, el sentimiento prohibido se reflejaba en su mirada, un impulso que no podía contener. De alguna manera el poder que yo había sentido en su presencia parecía haber desaparecido. Ahora sólo me hallaba frente a un hombre, mi prójimo, aunque llevara las sublimes vestiduras de la orgullosa Casta de los Iniciados.

Parecía estar luchando consigo mismo, como si quisiera decirme sus propias palabras y no el mensaje de los Reyes Sacerdotes. Parecía sacudido por el dolor, apretaba las manos contra la cabeza, tratando de hablarme, tratando de decirme algo. Una mano se extendió hacia mí y las palabras, sus propias palabras, que no tenían nada de la autoridad resonante de sus enunciados anteriores, llegaron hasta mí de forma ronca y casi imperceptible.

—Tarl de Ko-ro-ba —dijo—, quítate la vida con la espada.

Parecía tambalearse y yo lo sostuve.

Me miró a los ojos: —Quítate la vida con la espada —rogó.

—¿No se frustraría de este modo la voluntad de los Reyes Sacerdotes? — pregunté.

—Sí —dijo.

—¿Por qué me dices que haga eso? —pregunté.

—Yo te seguí en el sitio de Ar —dijo—. Sobre el Cilindro de la Justicia luché a tu lado contra Pa-Kur y sus Asesinos.

—¿Tú, un Iniciado? —pregunté.

Sacudió la cabeza. —No —dijo—. Yo era uno de los guardias de Ar y luché por salvar mi ciudad.

—Ar, la gloriosa —dije en voz baja.

Se estaba muriendo. —Ar, la gloriosa —dijo en voz baja, pero llena de orgullo y volvió a mirarme—. Muere ahora, Tarl de Ko-ro-ba, héroe de Ar.

Sus ojos comenzaron a arder en su cabeza.

—No te deshonres —dijo.

De repente aulló como un perro torturado, y apenas puedo describir lo que ocurrió a continuación. Parecía como si todo el interior de su cabeza empezara a explotar y arder, a hervir como lava líquida y terrible dentro del cráter de su cráneo.

Fue una muerte horrible, y solamente por haber querido hablar conmigo, por haber querido decirme lo que conmovía su corazón.

Lentamente comenzó a aclarar, y los primeros resplandores del amanecer aparecieron por encima de las colinas que en tiempos pasados habían protegido a Ko-ro-ba. Liberé al cuerpo del muerto de las odiadas vestiduras de los Iniciados y lo alejé del camino.

Cuando comencé a cubrirlo con rocas, observé los restos del cráneo, que apenas consistían en algo más que un puñado de desechos óseos. El cerebro había sido literalmente extraído por las llamas. La luz matinal brilló brevemente sobre algo dorado entre los blancos trozos óseos. Lo levanté. Era una pequeña red de fino alambre dorado. No sabía qué hacer con ella y la arrojé a un costado.

Amontóné unas piedras sobre su cuerpo, suficientes en cantidad como para que la tumba fuera visible y para mantener alejadas a las fieras.

Coloqué una gran piedra plana cerca de la cabecera de la tumba y grabé en ella las siguientes palabras con la punta de mi lanza: “Soy un hombre de Ar, la gloriosa”. No conocía nada más acerca de ese hombre.

De pie junto a la tumba desenvainé mi espada. El muerto me había dicho que me matara con ella para evitar mi deshonra, para frustrar una vez al menos la voluntad de los poderosos Reyes Sacerdotes de Gor.

—No, amigo —le dije a los restos del guerrero de Ar—. No, no me mataré. Tampoco me someteré a los Reyes Sacerdotes ni viviré la vida vergonzosa que me tienen destinada.

Alcé la espada en dirección hacia el valle en el cual se había levantado la ciudad de Ko-ro-ba.



—Hace mucho tiempo —dije— consagré esta espada al servicio de Ko-ro-ba. Este compromiso no se ha modificado.

Como todo goreano, conocía la ubicación de las Montañas Sardar, la patria de los Reyes Sacerdotes, una vasta zona prohibida en la que no podía penetrar ningún mortal, ningún ser humano que viviera a la sombra de las Montañas. Se decía que la Piedra del Hogar suprema de todo Gor se encontraba en esos montes y que era la fuente del poder de los Reyes Sacerdotes; se decía también que ningún hombre había regresado vivo de aquellas montañas, que nadie había visto jamás a un rey sacerdote y sobrevivido a ese encuentro.

Volví a envainar la espada, sujeté el casco a mi hombro, recogí el escudo y la lanza y me encaminé en dirección hacia las Montañas Sardar.

## 6

### VERA

Las Montañas Sardar, que nunca había visto hasta entonces, se hallaban a una distancia de más de mil pasangs de Ko-ro-ba. Mientras que los hombres que viven a la sombra de los Montes, como se suele llamar a los mortales, raramente los penetran y en el caso de hacerlo nunca regresan, muchos llegan hasta sus orillas aunque sólo sea para hallarse a la sombra de estas rocas que ocultan los secretos de los Reyes Sacerdotes. De hecho, se espera de todo goreano que al menos una vez en su vida lleve a cabo tal peregrinación.

Cuatro veces al año, coincidiendo con los solsticios y equinoccios, se realizan ferias en las llanuras al pie de las Sardar, presididas por comités de Iniciados, ferias en las que los hombres de muchas ciudades se mezclan sin derramamiento de sangre, épocas de tregua, de juegos y competencias, de compras y ventas.

Torm, mi amigo perteneciente a la Casta de los Escribas, había concurrido a tales ferias para intercambiar rollos escritos con los estudiosos de otras ciudades, hombres a quienes nunca hubiera conocido a no ser por estas ferias, hombres de ciudades enemigas, a quienes sin embargo les interesaban más las ideas que el odio al enemigo, hombres como Torm, que amaban el saber de tal manera que de buena gana arriesgaban el peligroso viaje a las Montañas Sardar, si esto les brindaba la posibilidad de discutir acerca de un texto o tratar de adquirir un rollo valioso. De la

misma manera, hombres pertenecientes a las Castas de los Médicos, Constructores y de otras profesiones, utilizaban las ferias para difundir e intercambiar información.

Las ferias contribuyen a unir intelectualmente a las ciudades goreanas, aisladas en otros aspectos. Y supongo que las ferias contribuyen, de manera similar, a que se estabilicen los dialectos goreanos, que de lo contrario se desarrollarían independientemente unos de otros, de modo que en el curso de pocas generaciones se volverían mutuamente ininteligibles. Esto es algo que comparten todos los goreanos: el saber su lengua materna, a través de sus centenares de variantes, a la que simplemente llaman “el idioma”, y aquel que no lo habla, sin tener en cuenta su origen o su rango, es considerado inaceptable. A diferencia de los habitantes de la Tierra, el goreano otorga poca importancia al criterio de la raza, y en cambio valora en alto grado el idioma y la ciudad. Al igual que nosotros, encuentra razones para odiar a sus semejantes, pero sus razones difieren de las nuestras.

Habría dado mucho por poder contar con un tarn para mi viaje, a pesar de saber que estas aves nunca vuelan por zonas montañosas. Por alguna razón los intrépidos tarns, semejantes a los halcones, así como los más lerdos tharlariones, los lagartos que sirven de cabalgadura y animales de carga a los goreanos, se niegan a internarse en las montañas. Los tharlariones se vuelven incontrolables, y a pesar de que el tarn se esfuerza en volar, el ave pierde casi de inmediato su sentido de la orientación; no logra coordinarse y cae en medio de chillidos sobre las llanuras, al pie de los montes.

En Gor, cuyo índice de población humana es relativamente bajo, prolifera la vida animal, y en las semanas subsiguientes me resultó fácil alimentarme gracias a la caza. Completaba mi dieta con frutos frescos que recogía de los árboles y arbustos, y con pescado, atrapando a los peces con mi lanza en los fríos y rápidos ríos de Gor. En una ocasión, llevé a la choza de una pareja de campesinos un tabuk, un antílope amarillo de un solo cuerno, que había cazado en una espesura de Ka-la-na. Sin formular preguntas, lo cual ante la ausencia de insignias en mis ropas tampoco hubiera sido aconsejable, compartieron el festín y ellos, a su vez, me dieron hilo, pedernal y un odre.

El campesino goreano no teme al proscrito, ya que raramente tiene algo que valga la pena que le sea robado, a menos que tenga una hija. En efecto, la población campesina y los proscritos de Gor viven según un acuerdo casi tácito, según el cual el campesino protege al proscrito y éste, como retribución, comparte con el campesino parte de su botín o presa. El campesino no ve esto como algo deshonesto; para él es una forma de vida a la que está acostumbrado. Por supuesto, la situación es diferente cuando se conoce de manera explícita que el proscrito procede de una ciudad que no es la propia. En tal caso suele considerársele un enemigo que debe ser denunciado cuanto antes a las patrullas.

Por prudencia evité las ciudades en mi largo viaje, a pesar de que pasé por más de una. Pisar una ciudad sin permiso o sin razón satisfactoria equivale a un crimen

capital, castigado por lo general con un empalamiento rápido y brutal. Las almenas de las murallas de las ciudades goreanas se hallan coronadas a menudo por los restos de visitantes poco gratos. El goreano se muestra desconfiado frente a cualquier extraño, en particular en las proximidades de su ciudad natal.

Se decía que existía una ciudad donde se trataba al extranjero de manera diferente; la ciudad de Tharna, que según afirmaban los rumores estaba dispuesta a aceptar la “aventura de la hospitalidad”, como daba en llamarse. Se comentaba que en esta ciudad muchas cosas eran diferentes, entre ellas también el hecho de ser gobernada por una reina o Tatrix, y que en consecuencia, la posición de las mujeres en esta ciudad, en contraste con las costumbres goreanas generales, era de privilegio y de oportunidad.

Me alegraba saber que al menos existiera una ciudad goreana en la cual las mujeres libres no tuvieran necesidad de llevar ropas que sirvieran para ocultarlas, y limitar sus actividades en gran medida a las tareas de la casa. Suponía que también podrían hablar con otras personas y no sólo con sus parientes y Compañeros Libres.

Yo consideraba que gran parte de la barbarie goreana quizá debía retrotraerse a esta torpe represión del bello sexo, cuya dulzura e inteligencia podría contribuir significativamente a suavizar las rudas costumbres reinantes. En efecto: las mujeres de algunas ciudades, como había sucedido do en Ko-ro-ba, ya habían podido desempeñar cierto papel dentro del sistema de las castas y habían gozado de una vida relativamente libre.

En Ko-ro-ba una mujer podía abandonar su casa sin necesidad de contar antes con el permiso de un pariente del sexo masculino o del Compañero Libre, una libertad poco común en Gor. Las mujeres de Ko-ro-ba hasta podían ir al teatro sin ser acompañadas o dedicarse a la lectura de epopeyas. De entre las ciudades de Gor que yo conocía prescindiendo posiblemente de Tharna, Ko-ro-ba era la ciudad donde la mujer había gozado de mayor libertad pero ahora Ko-ro-ba ya no existía.

Me pregunté si podría adquirir un tarn en la interesante ciudad de Tharna, acortando mi viaje a las Montañas Sardar en un periodo de varias semanas. Por supuesto que no tenía dinero para adquirir un tarn, pero consideré que mi paga como espada tendría que bastar para comprar una cabalgadura. Además, de acuerdo con la concepción goreana, yo, en cuanto proscrito sin ciudad natal propia, tenía derecho a apropiarme de un ave o su precio de compra de la manera que quisiera, si bien no me tomaba en serio esta posibilidad.

Mientras seguía reflexionando observé a cierta distancia, en una verde pradera, la figura oscura de una mujer que se movía en dirección hacia mí, pero sin verme. Aunque era joven caminaba lentamente, apesadumbrada, ausente, sin rumbo fijo.

Es poco común encontrarse con una mujer sin acompañamiento en las afueras de una ciudad, aun cerca de los muros. Me sentí sobresaltado al verla sola en ese paraje salvaje y desierto, alejada de los caminos y las ciudades.

Decidí esperar que se aproximara; me sentía confundido.

En Gor una mujer normalmente sólo viaja con una escolta de guardianes adecuadamente armados. En ese mundo bárbaro, las mujeres desgraciadamente a menudo son consideradas meros objetos de conquista y no personas, seres humanos con derechos, dignos de consideración. Se las veía más bien como esclavas destinadas al placer, prisioneras adornadas, bellos objetos para los jardines de sus conquistadores. Existe un dicho en Gor según el cual las leyes de una ciudad no rigen más allá de sus murallas.

La mujer todavía no me había visto. Me apoyé sobre mi lanza y esperé.

La ruda intuición de la captura es un componente esencial en la vida goreana. Se considera un mérito el rapto de mujeres de una ciudad extranjera, preferentemente enemiga. Quizá esta institución, que a primera vista parece tan deplorable, es provechosa desde el punto de vista de la raza, ya que impide la endogamia paulatina en ciudades que, de otra manera, se hallarían en gran medida aisladas, autosuficientes. Pocos parecen oponerse a esta institución, ni siquiera las mujeres que podrían parecer víctimas de ella. Al contrario, a pesar de que pueda resultar increíble, hay algunas cuya vanidad se siente terriblemente herida, cuando no se considera que vale la pena correr por ella los riesgos, que generalmente consisten en mutilación o empalamiento. Una cruel cortesana de la gran ciudad de Ar, que hoy no es más que una vieja bruja sin dientes, se jactaba de que más de cuatrocientos hombres habían muerto a causa de su belleza.

¿Por qué se encontraba sola la joven?

¿Habrían matado a sus protectores? ¿Sería acaso una esclava fugitiva, que huía de un dueño odiado? ¿Acaso podría ser, como yo, una exiliada de Ko-ro-ba? Los habitantes de esta ciudad habían sido dispersados, me dije, y ni dos piedras ni dos personas de Ko-ro-ba podían volver a juntarse nuevamente. Me rechinaron los dientes. Este pensamiento me perseguía.

Si efectivamente esa mujer era oriunda de Ko-ro-ba, no podía quedarme a su lado o ayudarla por su propia seguridad. Significaría la muerte llameante, probablemente para los dos. Una vez había visto morir a un hombre en la muerte llameante, al Iniciado Supremo de Ar, consumido por una repentina llamarada de fuego azul, que indicaba la ira de los Reyes Sacerdotes. A pesar de las escasas posibilidades que tenía de salvarse de los animales salvajes o de los traficantes de esclavos, su situación era mejor que si trataba conmigo y conjuraba así la ira de los Reyes Sacerdotes.

En el caso de que se tratara de una mujer libre y no desgraciada, su presencia en este lugar denotaba imprudencia y necedad.

Ella tenía que saberlo, pero no parecía importarle.

La naturaleza de la institución goreana de la captura quizá se vuelva más comprensible si decimos que a menudo se cuenta entre las primeras tareas de los jóvenes tarnsmanes la captura de una esclava para su propia morada. Cuando lleva a su casa a la cautiva, que yace desnuda delante de él en la silla de montar, la pone en manos de sus hermanas que bañan a la muchacha, la perfuman y la visten con

las ropas propias de una esclava.

Esa misma noche se realiza una gran fiesta, en la que se presenta a la cautiva, que para esa ocasión viste la seda roja y transparente de las danzas goreanas. Campanas pequeñas resuenan en sus tobillos y las manos esposadas. Orgullosamente el joven la presenta a sus padres, amigos y compañeros de lucha.

Mientras resuenan festivamente las flautas y los tambores, la muchacha se arrodilla. El joven se acerca y le coloca un collar de esclava, en el que están grabados su nombre y su ciudad.

La muchacha no olvidará jamás el sonido del “clic” de su collar de esclava.

A continuación felicitan al joven. Este regresa, a su sitio; se instala entre sus familiares, se sienta, de acuerdo con el uso goreano con las piernas cruzadas, detrás de una mesa de madera larga y baja, repleta de comida.

Entonces todas las miradas se dirigen hacia la muchacha.

Se le quitan las esposas que traban sus movimientos. Ella se levanta. Sus pies se mueven descalzos sobre la alfombra gruesa y ornamentada que cubre el suelo de la habitación. Las campanitas suenan levemente. Está enojada, desafiante. Aunque sólo está vestida con un traje de seda transparente, se mantiene erguida y alza orgullosa la cabeza. Está decidida a no dejarse dominar, a no someterse. Con los puños apretados, se encuentra de pie en el medio de la habitación, sola, con todas las miradas fijas en ella, hermosa bajo la luz de las lámparas colgantes.

Se dirige hacia el joven cuyo collar lleva.

—¡Nunca me domarás! —grita.

Su exclamación provoca risas, comentarios escépticos y algunas burlas benévolas.

—Te domaré a la manera que más me plazca a mí —responde el joven y hace señas a los músicos.

Nuevamente se escucha la música. Quizá la muchacha vacile. De la pared pende un látigo para los esclavos. Finalmente comienza a bailar para su dueño al ritmo de la música bárbara y embriagadora de las flautas y tambores; al hacerlo, las campanas en sus tobillos subrayan cada movimiento, los movimientos de una muchacha que ha sido robada de su hogar, y que ahora debe vivir para agradar al audaz extraño cuyo collar siente en el cuello.

Al final del baile recibe una copa de vino, pero no puede beberla. Se acerca al joven, se postra delante de él, las rodillas en la posición prescrita para la esclava de placer y con la cabeza gacha le ofrece el vino.

El joven bebe. Nuevamente los espectadores lo felicitan, y la fiesta comienza, pues nadie puede empezar a comer antes que él en esta ocasión. Desde este instante las hermanas no servirán nunca más a su hermano, ya que ésta es ahora la tarea de la muchacha. Ella es su esclava.

Mientras le sirve una y otra vez durante la larga fiesta le mira furtivamente y observa que es aún más atractivo que lo que ella había creído. En cuanto a su fuerza y su valor, el joven ya ha dado pruebas positivas. Come y bebe

abundantemente durante esta fiesta triunfal, y la joven le examina una y otra vez con una extraña mezcla de temor y alegría. —Sólo un hombre como éste —se dice— podría domarme.

Quizá habría que añadir que el amo goreano, si bien es severo, raramente es cruel. La muchacha sabe que su vida será fácil si complace a su amo. No se la trata con sadismo o maldad, ya que el clima psicológico en el que brotan tales enfermedades es prácticamente desconocido en Gor. Ello no significa que no será castigada si en alguna ocasión desobedece a su amo o provoca su disgusto. Por otra parte, hay casos en que la relación entre amo y esclava se vuelve más estrecha, de una manera muy particular.

Me pregunté si la muchacha que se aproximaba sería bonita, y sonreí para mis adentros.

Paradójicamente, el goreano, que en algunos aspectos parece tener tan poco en cuenta a la mujer, en otros la aprecia de modo extravagante. Es sumamente sensible a la belleza que alegra su corazón, y sus canciones y su arte se relacionan a menudo con esto. Las mujeres goreanas, ya sean esclavas o mujeres libres, saben que su mera presencia regocija a los hombres, y no puedo creer que esta circunstancia no les agrade.

Llegué a la conclusión de que la muchacha debía ser hermosa. Quizá esto se relacionara con su porte, sutil y agraciado, algo que no podían ocultar ni su abatimiento, su paso lento, su evidente agotamiento, ni siquiera las toscas y pesadas ropas que vestía. Semejante muchacha, estaba seguro, indudablemente tenía un amo o bien, y así lo deseaba pensando en su propio interés, un compañero y protector.

En Gor no existe el matrimonio tal como nosotros lo conocemos, pero existe la institución del así llamado Compañerismo Libre, que es lo que más se le aproxima. Resulta sorprendente que una mujer, que es comprada a sus padres por unos tarns o por oro, sea considerada una Compañera Libre, aunque no hubiera sido consultada en la transacción. Aun más: una mujer libre puede también, por propia iniciativa, dar su consentimiento para convertirse en compañera de un hombre. Y no es poco frecuente que ciertos amos concedan la libertad a una de sus esclavas para convertirla en Compañera Libre, con todos los derechos y privilegios que ello implica. En Gor se puede tener, en un momento dado, tantas esclavas como se desee, pero sólo una Compañera Libre. Tales vínculos no se contraen, pues, con ligereza y por lo general sólo son destruidos por la muerte. El goreano, como sus hermanos en nuestro mundo, y quizá con mayor frecuencia que nosotros, llega a conocer el verdadero sentido del amor.

La muchacha se encontraba ya bastante cerca de mí, pero todavía no me había visto. Llevaba la cabeza gacha. Vestía ropas que la ocultaban, confeccionadas sólo con una arpillera tosca. Sus ropas estaban rotas y sucias. Todo en ella indicaba miseria y abatimiento.

—Tal —dije en voz baja, para no asustarla demasiado, alzando mi brazo con

un leve saludo.

A pesar de que todavía no me había visto, apenas pareció sorprendida. Era sin duda el instante que había estado esperando desde hacía muchos días. Alzó la cabeza y me miró, con sus hermosos ojos grises apenados. No parecía interesarse por mí, ni por su destino.

Durante un instante nos contemplamos sin hablarnos.

—Tal, guerrero —dijo suavemente, con voz inexpresiva.

A continuación hizo algo increíble, tratándose de una mujer goreana.

En silencio apartó lentamente el velo de su rostro y lo dejó caer sobre sus hombros. Se encontraba de pie delante de mí, con el rostro descubierto, y me miró abiertamente, sin desafío y sin temor. Tenía hermosos cabellos castaños y sus maravillosos ojos grises se veían aún más claros; su rostro era hermoso, más hermoso de lo que había supuesto.

—¿Te gusto? —preguntó.

—Sí —dije—. Me gustas mucho.

Sabía que esa era posiblemente la primera vez que un hombre veía su rostro, presenciando de los miembros de su familia.

—¿Soy hermosa? —preguntó.

—Sí —dije—. Eres hermosa.

Con ambas manos deslizó un poco hacia abajo su vestimenta, mostrando su cuello blanco. No había señales de ningún estrecho collar goreano. Era una mujer libre.

—¿Quieres que me arrodirle para que me puedas colocar tu collar? —preguntó.

—No —le dije.

—¿Quieres verme desnuda?

—No —respondí.

—No he sido nunca esclava —dijo—. No sé qué debo hacer, aparte de obedecerte.

—Has sido libre —dije—, y seguirás siéndolo.

Por primera vez pareció sobresaltada. —¿No eres tú uno de ellos? —preguntó.

—¿Uno de quiénes? —interrogué alerta, pues si a esta joven la buscaban traficantes de esclavas, esto podría acarrearle dificultades, quizás derramamiento de sangre.

—Uno de los cuatro hombres que me han seguido, hombres de Tharna.

—¿Tharna? —pregunté, verdaderamente sorprendido—. Creía que los hombres de Tharna eran quizás los únicos en Gor que honraban a las mujeres.

Se rió amargamente. —Ahora no están en Tharna —dijo.

—No te podrían llevar a Tharna como esclava —argumenté—. ¿Acaso la Tatrix no te pondría en libertad?

—No me llevarían a Tharna —respondió—. Abusarían de mí y me venderían, quizá a algún traficante en el camino, o bien en el mercado de esclavas en Ar.

—¿Cómo te llamas? —inquirí.

—Vera —respondió.

—¿De qué ciudad?

Antes de que pudiera responder, si es que pensaba hacerlo, sus pupilas se dilataron aterrorizadas y yo me volví. A través de la pradera, cuatro guerreros se me aproximaban, provistos de cascos y armados de lanzas y escudos. Las insignias sobre sus escudos y los cascos azules me indicaron que procedían de Tharna.

—¡Corre! —gritó la joven y quiso huir.

La retuve con el brazo.

Se puso rígida, llena de odio hacia mí. —¡Entiendo! —gritó—. ¡Quieres retenerme y hacer valer tu derecho de conquista para obtener una parte de mi precio de venta!

Me escupió en la cara.

Me gustó su temperamento.

—No te muevas —dije—. No llegarías muy lejos.

—Estoy huyendo desde hace seis días —dijo la joven llorando—. Me alimento de bayas e insectos, duermo en zanjas y me escondo en cualquier parte.

No habría podido seguir corriendo aunque lo hubiera deseado. Sus piernas comenzaron a flaquear. La sostuve con mi brazo.

Los guerreros se me acercaron en formación marcial. Uno de ellos, que no era el oficial, se dirigió directamente hacia mí, otro lo seguía por la izquierda a algunos pasos de distancia. El primero debía atacarme, en caso de necesidad, mientras que el segundo se aproximaría desde un costado con su lanza. El oficial era el tercero en la formación y el cuarto guerrero permaneció a alguna distancia, detrás de los otros. Este último no debía perder de vista la totalidad del campo visual, ya que era posible que yo no estuviera solo, y debía cubrir con su lanza la retirada de sus compañeros, en caso necesario. Admiré la sencilla maniobra, llevada a cabo sin órdenes especiales, casi como un acto reflejo, e intuí por qué Tharna había sobrevivido en medio de las ciudades goreanas hostiles, a pesar de estar gobernada por una mujer.

—Queremos a la mujer —dijo el oficial.

Suavemente me separé de la muchacha y la empujé detrás de mí. Los guerreros comprendieron el significado de este movimiento. Pude ver cómo el oficial frunció el ceño a través de la ranura en forma de Y de su casco.

—Soy Thorn —dijo—. Un Capitán de Tharna.

—¿Para qué queréis tener a la mujer? —pregunté burlonamente—. ¿Acaso los hombres de Tharna no reverencian a sus mujeres?

—Aquí no estamos en Tharna —dijo el oficial fastidiado.

—¿Porqué habría de dártela? —continué.

—Porque soy un Capitán de Tharna —dijo.

—Pero aquí no nos encontramos en Tharna —le recordé.

Detrás de mí la joven susurró: —¡Guerrero, no permitas que te maten por mi culpa! De todos modos da lo mismo —en voz alta dijo—: No le mates, Thorn de



Tharna. Yo te seguiré.

Lancé una carcajada. —¡Ella me pertenece! —dije—. ¡Y vosotros no la tendréis!

La joven dejó escapar un grito de sorpresa y me miró inquisitivamente.

—A menos que paguéis su precio —agregué.

Vera cerró los ojos, aplastada.

—¿Qué precio? —preguntó Thorn.

—Su precio es acero —respondí.

La muchacha me miró agradecida.

—Matadlo —ordenó Thorn a sus hombres.

## 7

### THORN, CAPITÁN DE THARNA

Tres espadas se desenvainaron simultáneamente: la mía, la del oficial y la del guerrero que debía ser el primero en atacarme. El hombre colocado a la derecha no desenvainó la suya, sino que se proponía esperar hasta que el primer guerrero me hubiera atacado. Arremetería entonces desde un costado, con la lanza. El guerrero de la retaguardia alzó su lanza, lista para ser arrojada en caso que se presentara una ocasión favorable.

Entonces fui yo el primero en atacar.

Repentinamente me dirigí hacia el guerrero de mi derecha provisto de lanza y lo atacé con la rapidez de un larl de las montañas; eludí el golpe torpe y sobresaltado de su lanza y mi espada se introdujo entre sus costillas. Retiré el arma y giré justo a tiempo de parar el ataque de su compañero. Nuestros aceros apenas se habían cruzado seis veces cuando éste yacía a mis pies también, y se retorció en la hierba.

El oficial se acercó apresuradamente, pero luego se detuvo. Se sentía tan sorprendido como sus hombres. A pesar de que ellos eran cuatro y yo estaba solo, era quien les había impuesto la lucha. El oficial se había retrasado en una fracción de segundo. Ahora mi espada se encontraba entre nuestros cuerpos. El cuarto guerrero se había aproximado hasta una distancia de diez metros con la lanza en alto. A esa distancia difícilmente podría errar el blanco. Y aunque sólo diera en mi

escudo, ya no podría utilizarlo, lo que significaría una ventaja para ellos. De todos modos, la situación era ahora más pareja.

—Ven Thorn de Tharna —dije y le hice señas—. Pongamos a prueba nuestra destreza con las armas.

Pero Thorn retrocedió, indicándole al otro guerrero que bajara su lanza. Se quitó el casco y se puso en cuclillas en la hierba, mientras que el otro guerrero se colocaba detrás de él.

Thorn, capitán de Tharna, me miró y yo respondí a su mirada.

De pronto sentía respeto por mí, lo que también lo volvía más peligroso. Había visto mi lucha rápida con sus guerreros y reflexionaba sobre si estaba ahora en condiciones de enfrentársele. Intuí que sólo se prestaría al combate cuando se sintiera convencido de su triunfo, pero que, al menos por el momento, no se sentía muy seguro al respecto.

—Hablemos —dijo Thorn de Tharna.

Seguí su ejemplo y me puse en cuclillas.

—Hablemos —contesté.

Envainamos nuestras espadas.

Thorn era un hombre grande, de huesos anchos y poderoso, que ya tendía un poco a la obesidad. Su cara, de una tonalidad amarillenta, en algunas partes presentaba manchas purpúreas, pues había sufrido pequeños derrames debajo de la piel. No tenía barba, sino sólo un poco de vello a ambos lados del mentón. Su pelo era largo y, a la manera mongólica, estaba atado detrás de la cabeza formando un nudo. Sus ojos se parecían a los de un urt, un pequeño roedor cornudo que se encuentra en Gor. Eran oblicuos y daban la impresión de estar velados y enrojecidos, con huellas de largas noches de buena vida y disipación. Era evidente que Thorn, en contraposición con mi viejo enemigo Pa-Kur, no se hallaba por encima de los vicios de los sentidos, no era el hombre que con pureza fanática y devoción confiada se sacrificaba a sí mismo y a poblaciones enteras en aras de su ambición y poder. Thorn no tenía pasta para ser un Ubar; en todo caso sería un secuaz.

—Dame a mi hombre —dijo Thorn—, señalando a la figura que aún se movía en la hierba.

Llegué a la conclusión de que Thorn, aparte de todo lo que podía o no podía ser, era un buen oficial.

—Tómalo —dije.

El hombre que llevaba la lanza y se encontraba detrás de Thorn se colocó junto al herido y lo examinó. El otro guerrero estaba muerto sin lugar a dudas.

—Quizá se salve —dijo el hombre.

Thorn asintió con la cabeza: —Entonces venda su herida.

Y se volvió nuevamente hacia mí.

—Aún no he renunciado a la mujer —dijo.

—No la tendrás.

—Si no es más que una mujer —dijo Thorn.

—Entonces renuncia a ella —respondí.

—Uno de mis hombres ha muerto —dijo Thorn—. Puedes quedarte con su parte en el precio de la venta.

—Eres generoso —comenté.

—¿Entonces estás de acuerdo?

—No.

—Creo que podremos matarte —dijo Thorn, arrancando una brizna de hierba y masticándola pensativamente, mientras me examinaba.

—Quizás —admití.

—Por otra parte no quisiera perder otro hombre.

—Entonces renuncia a la mujer.

Thorn me miró fijamente. Parecía perplejo.

—¿Quién eres? —preguntó.

Callé.

—Eres un proscrito —dijo—. Lo veo en el hecho de que no llevas insignias en tu escudo y tu túnica.

No encontré motivo alguno para cuestionar su opinión.

—Proscrito —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Tarl —respondí.

—¿De qué ciudad?

La pregunta era inevitable.

—De Ko-ro-ba.

Esta respuesta tuvo un efecto electrificante. La joven, de pie detrás de nosotros, ahogó un grito, Thorn y sus guerreros se levantaron de un salto. Desenvainé mi espada.

—Regresado de la Ciudad del Polvo —dijo Thorn impaciente—. ¡Has sido maldito por los Reyes Sacerdotes!

Miré a la muchacha.

—Tu nombre es el nombre más odiado en todo Gor —dijo con voz inexpresiva y eludió mi mirada.

De este modo permanecimos los cuatro en silencio. Parecía no transcurrir el tiempo. Sentía la hierba en los tobillos, las briznas, mojadas aún por el rocío matinal. Oí el canto de un pájaro en la distancia.

Thorn se encogió de hombros.

—Necesito tiempo para enterrar a mi hombre.

—Concedido.

En silencio, Thorn y el otro guerrero cavaron un estrecho foso y sepultaron a su compañero. Luego ataron los extremos de una manta a dos lanzas, y los sujetaron cuidadosamente. Colocaron al compañero herido sobre esa camilla improvisada.

Thorn miró a la muchacha, y observé con sorpresa que ella se le acercó y extendió sus muñecas, dejando que las esposas las aprisionaran.

—No tienes por qué ir con ellos —dije.

—No te traería alegría —respondió amargamente.

—Te daría la libertad.

—No acepto nada de Tarl de Ko-ro-ba.

Extendí la mano para tocarla, pero ella se estremeció y retrocedió.

Thorn se rió; pero con una risa sin alegría. —Mejor irte a la Ciudad del Polvo que ser Tarl de Ko-ro-ba —dijo.

Miré a la muchacha, que después de tantos días de huida y sufrimientos era al fin una esclava, la esclava de Thorn, cuyas odiosas cadenas llevaba ahora, unas esposas magníficamente labradas, pintadas de variados colores, adornadas con joyas, pero de acero resistente como las cadenas de todos los esclavos. Las esposas de acero se destacaban frente a la pobreza de su tosca vestimenta de color castaño. Thorn tocó el vestido.

—Te quitaremos esto —dijo—. Una vez que estés bien preparada, vestirás sedas costosas, tendrás pañuelos de seda, sandalias, joyas y vestimentas de las que agragan el corazón de una muchacha.

—De una esclava —dijo.

Thorn le colocó el dedo debajo del mentón: —Tienes un cuello hermoso —dijo.

Ella lo miró airadamente, intuyendo lo que se proponía decir.

—Que pronto llevará un collar —prosiguió Thorn.

—Un collar ¿de quién? —preguntó Vera con arrogancia.

Thorn la examinó cuidadosamente. La caza había valido la pena. —El mío —dijo.

La muchacha casi se desmaya.

Yo apreté los puños.

—Pues bien, Tarl de Ko-ro-ba —dijo Thorn—, con esto finaliza nuestro encuentro. Yo me llevo a la muchacha y te dejo en manos de los Reyes Sacerdotes.

—Si te la llevas a Tharna —dije— la Tatrix la liberará.

—No la llevaré a Tharna, sino a mi casa de campo —dijo Thorn—, que se encuentra fuera de la ciudad —se rió de una manera desagradable—. Y allí, como corresponde a todo buen ciudadano de Tharna, la honraré para regocijo de mi corazón.

Sentí que mi mano se aferraba a la empuñadura de la espada.

—Cuidado, guerrero —dijo Thorn y volviéndose hacia la muchacha agregó—: ¿A quién perteneces?

—Pertenezco a Thorn, guerrero de Tharna —contestó.

Volví a envainar mi espada, aniquilado, impotente. Quizá lograría vencer a Thorn y a su guerrero y liberar a la joven. ¿Pero de qué serviría? ¿La dejaría a merced de las fieras de Gor o de otro traficante de esclavas? Nunca aceptaría mi protección, y hasta por su modo de actuar había demostrado que prefería a Thorn y una existencia de esclava, al favor de un hombre que se llamaba Tarl de Ko-ro-ba.

La miré. —¿Eres de Ko-ro-ba? —pregunté.

Se puso rígida y me examinó con ira. —Lo era —dijo.

—Lo siento.

Me miró. Pude ver sus ojos empapados en lágrimas de odio. —¿Cómo te has atrevido a sobrevivir a tu ciudad? —preguntó.

—¡Para vengarla! —respondí.

Me contempló largamente. Luego, cuando Thorn y el guerrero alzaron la camilla con su compañero herido para alejarse, dijo: —Adiós, Tarl de Ko-ro-ba.

—Te deseo suerte, Vera de las Torres del Amanecer —respondí.

Se volvió apresuradamente y siguió a su amo. Yo permanecí solo en el campo.

## 8

### LA CIUDAD DE THARNA

Las calles de Tharna estaban transitadas por una multitud, pero reinaba un silencio extraño. Las puertas de la ciudad estaban abiertas, y a pesar de que había sido examinado minuciosamente por sus guardias —altos portadores de lanzas con cascos azules—, nadie se había opuesto a mi entrada en la ciudad. Parecía ser cierto lo que se decía, o sea, que las calles de Tharna se hallaban abiertas a todos los hombres que llegaran con fines pacíficos, no importa de qué ciudad procedieran.

Examiné con curiosidad a las multitudes humanas, aparentemente concentradas en sus negocios. Los habitantes de Tharna eran extrañamente taciturnos y apagados, se diferenciaban considerablemente de las muchedumbres normales, animadas, de otras ciudades goreanas. Los hombres, en su mayoría, llevaban una túnica gris quizás como un indicio de superioridad frente al goce del placer, a su decisión de ser serios y responsables, a mostrarse como dignos representantes de una ciudad sobria y laboriosa.

En su conjunto me pareció una multitud pálida y deprimida, pero presentía que podían llevar a cabo lo que se proponían, que podrían tener éxito en tareas que el hombre goreano medio simplemente rechazaría considerando que eran desagradables o que no valía la pena hacerlas, en su típica impaciencia y despreocupación. Tenemos que admitir que el goreano medio del sexo masculino

tiende a valorar algo más las alegrías de la vida que sus responsabilidades.

En los hombros de sus túnicas grises sólo una pequeña franja de color indicaba a qué casta pertenecía su dueño. Por lo general, los colores de las castas no pueden pasarse por alto en las calles goreanas; animan las calles y puentes de la ciudad, un espectáculo maravilloso en el claro y resplandeciente aire goreano.

Me pregunté si los hombres de esta ciudad no se sentirían acaso orgullosos de sus castas, como sucedía con los demás goreanos, aun los que pertenecen a las así llamadas castas inferiores. Hasta los miembros de una casta tan baja como la de los Criadores de Tarns se sentían increíblemente orgullosos de su misión, pues ¿quién, aparte de ellos, podría criar y entrenar a las monstruosas aves de rapiña de Gor? Suponía que también Zosk, el Portador de Leña, era consciente de que, con su hacha ancha y poderosa, podía derribar un árbol de un solo golpe, algo que posiblemente hasta ni un Ubar podría llevar a cabo. Hasta la Casta de los Campesinos llegaba a considerarse el “buey que lleva el peso de la Piedra del Hogar” y raramente se lograba que abandonaran sus estrechas franjas de tierra, que ellos, así como sus antepasados, habían poseído y cultivado.

Eché de menos la presencia de las muchachas esclavas en las calles, muchachas que se encuentran con frecuencia en otras ciudades, generalmente jóvenes hermosas con sus cortas túnicas características, con rayas oblicuas, vestidos cortos sin mangas que terminan algunos centímetros por encima de las rodillas, y que de ese modo contrastan violentamente con las pesadas y entorpecedoras Vestiduras de Encubrimiento, que visten las mujeres libres. Efectivamente, se sabía que algunas mujeres libres envidiaban a sus hermanas esclavas, ligeras de ropas, que si bien debían soportar la carga de un collar, eran relativamente libres en su vida, que podían sentir, sobre los puentes elevados, el viento sobre su cuerpo, así como los brazos de un amo que sabía valorar su belleza y las reclamaba para sí. Recordé que en Tharna, bajo el reinado de la Tatrix, existirían pocas esclavas mujeres, si es que existían. En cambio, si se encontraban esclavos varones era algo que no podría determinar, ya que los collares estarían ocultos bajo las túnicas grises. En Gor no existe una vestimenta típica para los esclavos varones ya que, se decía, no sería conveniente que descubrieran cuán numerosos eran.

Lo que más me intrigaba en las calles silenciosas de Tharna eran las mujeres libres. No iban acompañadas, su paso era algo imperioso, y los hombres de Tharna se hacían a un lado para dejarlas pasar, para evitar todo roce. Todas estas mujeres llevaban espléndidas Vestiduras de Encubrimiento, de colores alegres y aspecto refinado, una vestimenta que contrastaba con las túnicas grises de los hombres; pero en lugar del velo, que suele acompañar tal vestimenta, utilizaban una máscara de plata que ocultaba sus rostros. Estas máscaras eran todas idénticas, todas mostraban el mismo rostro hermoso pero frío. Algunas de estas máscaras se habían vuelto para contemplarme; mi roja túnica guerrera parecía llamarles la atención. Me sentía incómodo al ser objeto de sus miradas, y verme enfrentado a estas máscaras de plata relucientes y frías.

Recorriendo la ciudad llegué a la plaza de Tharna. A pesar de que evidentemente era día de mercado, a juzgar por los numerosos puestos de verdura, carne, barriles con pescado salado, ropas, telas y artículos de regalo, detrás de los cuales se hallaban los mercaderes, no se observaba el ajetreo que suele encontrarse en los mercados goreanos.

Eché de menos los gritos interminables y chillones, diferentes unos de otros, de los vendedores, las bromas bienintencionadas de amigos, que intercambiaban chismes e invitaciones a cenar, los gritos de los robustos mozos de cordel, que se abrían paso entre el tumulto; las voces de los niños, que se habían escapado de sus tutores, y que jugaban al escondite entre los puestos, la risa de las muchachas embozadas, que bromeaban con los hombres jóvenes, muchachas que en realidad debían hacer las compras para sus familias, y sin embargo siempre encontraban unos instantes para dedicarse a los hombres jóvenes, aunque sólo consistiera en un breve centelleo de sus ojos negros y un arreglo disimulado del velo que cubría sus rostros.

A pesar de que una joven libre, de acuerdo con el uso goreano, tan sólo puede ver a su futuro compañero después de que sus padres han hecho la elección, a menudo se trata de un joven con quien la muchacha ya se ha encontrado antes en el mercado. El compañero que pide su mano pocas veces le es desconocido, sobre todo si ella pertenece a una casta baja.

Pero este mercado era diferente a otros mercados de Gor. Aquí reinaba una atmósfera extrañamente aplastante, y las personas se limitaban a hacer sus compras o a intercambiar sus mercaderías. Hasta el trato por los precios, que nunca son fijos en un mercado de Gor, se llevaba a cabo de una manera monótona y torva, y carecía por completo del ímpetu y la alegre rivalidad de otros mercados que yo conocía, con sus espléndidas exclamaciones e insultos superlativos, intercambiados con estilo y placer entre el comprador y el vendedor.

Aquí el comprador simplemente entraba y se acercaba a la tienda, señalaba un artículo y mantenía algunos de sus dedos en alto. El vendedor levantaba algunos dedos más, que a veces doblaba en el nudillo para dar a entender una fracción de la unidad de valor, con frecuencia discotarns de cobre.

En lo posible, el comprador mejoraba la oferta o se aprestaba a seguir su camino. El vendedor entonces lo dejaba ir o rebajaba su precio, mientras alzaba menos dedos que antes. Si alguna de las partes daba por finalizado el trato, cerraba el puño. Terminado el trato, el comprador tomaba la suma exigida en monedas perforadas que colgaban de un cordel sobre su hombro izquierdo, se las daba al vendedor, recogía la mercancía y se marchaba. Si se llegaba al diálogo, se conversaba sólo en voz baja.

Cuando abandoné el mercado advertí la presencia de dos hombres que parecían seguirme disimuladamente. Sus rostros estaban ocultos entre los pliegues de sus túnicas grises que, a modo de capucha, habían echado sobre sus cabezas. Supuse que eran espías. Una inteligente medida de precaución de la ciudad. Siempre era

bueno no perder de vista a los extranjeros, para que no abusasen de la hospitalidad. No me tomé el menor trabajo en sacarme a los hombres de encima, ya que quizás hubiera sido interpretado como una violación a la etiqueta por parte mía, y hasta como una confesión de malas intenciones. Además, ellos no sabían que yo los había observado, de modo que les llevaba cierta ventaja. Por otra parte, existía la posibilidad de que sólo fuesen curiosos. Después de todo ¿cuántos guerreros vestidos de rojo se dejaban ver en las calles de Tharna?

Subí a una de las grandes torres para abarcar el panorama de la ciudad. Así alcancé el puente más alto que pude encontrar. A diferencia de la mayoría de los puentes goreanos, tenía una balaustrada. Lentamente dejé vagar la mirada sobre la ciudad que, en lo que respecta a la gente y sus costumbres, era una de las más inusitadas de Gor.

Aunque Tharna era una ciudad de cilindros, no me parecía tan hermosa como muchas otras ciudades que había visto. Puede ser que fuera porque los cilindros en general resultaban menos elevados y mucho más anchos que los de otras ciudades, lo que producía la impresión de ser una serie de discos chatos, acumulados, que los diferenciaba mucho de las altas torres que ascendían como buscando el cielo en otras ciudades goreanas. Además, los cilindros de Tharna parecían excesivamente solemnes, como abrumados bajo su propio peso. Apenas se diferenciaban unos de otros, y presentaban una mezcla de tonos grises y pardos muy distintos a los mil alegres colores de las otras ciudades, en las cuales cada cilindro parecía querer sobrepujar a los demás.

También las llanuras que rodeaban la ciudad, ocasionalmente quebradas por trozos de rocas desprendidas, daban una impresión fría, gris, sombría, quizás triste.

Tharna no era una ciudad que levantara el espíritu de un hombre. Al mismo tiempo, sabía que esta ciudad, desde mi punto de vista, era una de las más civilizadas y avanzadas en todo Gor. A pesar de esta convicción, incomprensiblemente, Tharna me deprimía un poco, y me preguntaba si, a su manera, no sería en algún modo sutil, más bárbara, inhumana, dura, que sus ciudades hermanas, más rudas, menos nobles y más hermosas. Resolví que trataría de adquirir un tarn y proseguir mi viaje a las Montañas Sardar tan pronto como me fuera posible, para concretar mi entrevista con los Reyes Sacerdotes.

—Extranjero —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví.

Uno de los dos hombres que me habían seguido estaba detrás de mí. No se podía reconocer su rostro bajo la capucha. Con una mano sujetaba su túnica, para que el viento no moviera el paño y descubriera sus rasgos. Con la otra, se aferró a la balaustrada del puente, como si se sintiera incómodo por la altura.

Había comenzado a llover suavemente.

—Tal —dije y levanté mi mano para el obligado saludo goreano.

—Tal —respondió el hombre, sin quitar el brazo de la balaustrada, acercándose a mí desagradablemente.



—Tú eres un extranjero en esta ciudad —dijo.

—Sí —respondí.

—¿Quién eres, extranjero?

—Soy un hombre sin ciudad y mi nombre es Tarl.

Quise evitar una reacción parecida a la que ya había ocasionado anteriormente con la mera mención del nombre de Ko-ro-ba.

—¿Cuáles son tus planes en Tharna? —me preguntó.

—Quisiera adquirir un tarn para un viaje que proyecto —respondí con bastante franqueza. Supuse que sería un espía que debía averiguar el motivo de mi visita. No tenía el propósito de callar ese motivo, a pesar de reservarme la mención del objetivo de mi viaje. Mi interlocutor no tenía por qué saber que yo estaba resuelto a avanzar hasta las Montañas Sardar. Mis asuntos con los Reyes Sacerdotes no eran de su incumbencia.

—Un tarn es caro —dijo.

—Ya lo sé.

—¿Tienes dinero?

—No.

—¿Y cómo piensas entonces obtener tu tarn?

—No soy ningún proscrito —respondí—, aunque no tenga insignias sobre mi túnica o escudo.

—Naturalmente que no —dijo con rapidez—. En Tharna no hay lugar para proscritos. Somos hombres laboriosos y honestos.

Me di cuenta de que no me creía, y de algún modo tampoco yo le creía a él. Comenzó a molestarme, sin causa especial. Con ambas manos agarré su capucha y se la arranqué del rostro. Él cogió la tela bruscamente y la colocó de nuevo en su lugar. Eché un vistazo sobre un rostro descolorido de pálidos ojos azules, cuya piel se parecía a un limón seco. Su compañero, que había estado mirando furtivamente a su alrededor, dio un paso hacia adelante y se detuvo. El primer hombre, ocultando nuevamente el rostro tras la capucha, volvió la cabeza a derecha e izquierda para ver si había alguien cerca, que pudiera haberle observado.

—Me gusta ver con quién hablo —dije.

—Naturalmente —respondió el hombre de forma insinuante, un tanto inseguro, a la par que se ocultaba cada vez más tras la capucha.

—Quiero adquirir un tarn —dije— ¿Puedes ayudarme?

Si su respuesta era negativa, me proponía dar por terminado el diálogo.

—Sí —dijo el hombre.

Me interesé.

—No sólo puedo ayudarte a adquirir un tarn —continuó el hombre—, sino también mil discotarns de oro y todas las provisiones que pudieras necesitar para un largo viaje.

—No soy ningún Asesino —dije.

—Ah —respondió el hombre.

Desde los tiempos del sitio de Ar, cuando Pa-Kur, Asesino Supremo, transgredió los límites marcados a su casta, oponiéndose a las tradiciones goreanas, y condujo una horda contra la ciudad con la intención de convertirse en Ubar, los miembros de la Casta de los Asesinos habían vivido como hombres odiados y perseguidos. Dejaron de ser los apreciados mercenarios a cuyo servicio recurrían las ciudades, y muy frecuentemente también, distintos bandos de éstas. Ahora muchos Asesinos erraban por Gor y no se atrevían a llevar la sombría túnica negra de su casta. Se vestían como miembros pertenecientes a otras, con frecuencia como guerreros.

—No soy ningún Asesino —repetí.

—Naturalmente —dijo el hombre—, la Casta de los Asesinos ya no existe.

Lo puse en duda.

—¿Pero no te sientes intrigado, extranjero? —preguntó el hombre y sus ojos descoloridos me hacían guiños a través de los pliegues de su túnica gris— ¿Por la oferta de un tarn, oro y provisiones?

—¿Qué debo hacer a cambio de esto? —pregunté.

—No necesitas matar a nadie —dijo el hombre.

—¿Qué entonces? —quise saber.

—Tú eres audaz y fuerte.

—¿Qué debo hacer?

—Sin duda has tenido experiencias en asuntos de esta índole —sugirió el hombre.

—¿Qué queréis de mí? —pregunté de forma cortante.

—El secuestro de una mujer —dijo.

La fina llovizna, que casi parecía una niebla gris que cuadraba con la oprimente solemnidad de Tharna, no había cesado y mis ropas estaban empapadas. El viento, que apenas había sentido, ahora me resultaba frío.

—¿Qué mujer? —pregunté.

—Lara —dijo.

—¿Y quién es Lara?

—La Tatrix de Tharna —respondió.

De pie sobre el puente, en medio de la lluvia, mirando al obsequioso y embozado conspirador, de pronto me sentí triste. Hasta allí, en la noble ciudad de Tharna, había intrigas, luchas políticas por el poder y hombres poseídos por la ambición. Se me había tomado por un asesino o un proscrito, adecuado instrumento para los sucios proyectos de un grupo de descontentos dentro de los muros de Tharna.

—Me niego —dije.

El hombrecillo con cara de limón retrocedió como si le hubiera asestado un golpe. —Yo represento a un personaje poderoso de esta ciudad —dijo.

—No deseo ocasionar ningún daño a Lara, Tatrix de Tharna.

—¿Qué significa ella para ti? —preguntó el hombre.

—Nada.

—¿Y sin embargo, rehusas?

—Sí, rechazo la propuesta.

—Tienes miedo —dijo.

—No, no tengo miedo.

—Nunca conseguirás un tarn —siseó el hombre.

Giró sobre sus talones y se precipitó hacia la entrada del cilindro, mientras seguía aferrándose a la barandilla del puente. Su compañero le precedía. Se detuvo a la entrada y se volvió hacia mí.

—No abandonarás vivo los muros de Tharna —dijo.

—Y aunque así fuera —respondí—, no acepto tu propuesta.

El hombrecillo vestido de gris, que parecía tan insignificante como la niebla misma, hizo ademán de irse, pero de repente vaciló. Por un instante pareció irresoluto, pero al final se volvió hacia su compañero, discutieron ambos brevemente y parecieron llegar a un acuerdo. Mientras su compañero se quedaba rezagado, él volvió precavidamente al puente.

—Hablé de forma precipitada —dijo—. No correrás ningún peligro en Tharna, somos un pueblo honrado y trabajador.

—Me complace saberlo.

Advertí con sorpresa que me puso en la mano un pesado saquito de cuero con monedas. Me sonrió; una sonrisa irónica que percibí a través de los pliegues de su túnica.

—Bienvenido a Tharna —dijo, y se alejó corriendo a través del puente hacia el cilindro.

—¡Vuelve! —grité, alzando el bolso con las monedas—. ¡Vuelve!

Pero ya había desaparecido.

Por lo menos esa noche, esa noche lluviosa, no tendría que dormir otra vez al raso, pues, gracias al desconcertante regalo del conspirador encapuchado, tenía los

medios para proporcionarme alojamiento. Abandoné el puente y bajé por la escalera de caracol del cilindro, encontrándome otra vez en las calles de la ciudad.

Los hospedajes no abundan en Gor, lo que no es sorprendente si se tiene en cuenta la enemistad existente entre las ciudades, pero por regla general se puede encontrar alguno en cada ciudad. Después de todo, hay que proporcionar alojamiento a los mercaderes y delegaciones de otras ciudades, visitantes autorizados por un motivo u otro y, digámoslo abiertamente, el hotelero no siempre es escrupuloso en cuanto a las credenciales de sus huéspedes y no hace muchas preguntas a cambio de un puñado de discotarns. En Tharna, sin embargo, famosa por su hospitalidad, creía no tener dificultades para encontrar alojamientos; por eso me sorprendió no poder hallar ninguno.

Consideraba que en caso de necesidad podía ir a una simple taberna de Paga donde, si las tabernas en Tharna se parecían a las de Ko-ro-ba, podía pasar la noche de forma disimulada bajo una mesa, lo que sólo me costaría una jarra de Paga, esa fuerte bebida fermentada, que se obtenía del dorado grano Sa-Tarna, o Hija de la Vida. Esta expresión se encuentra relacionada con Sa-Tassna, la palabra que sirve para designar carne o alimento en general, que se traduce por Madre de la Vida. Paga es una corrupción de Pagar-Sa-Tarna, que significa Placer de la Hija de la Vida. En las tabernas de Paga se solían encontrar también otras diversiones, además del alcohol, pero en la gris ciudad de Tharna seguramente el sonido de címbalos, tambores y flautas de los músicos, así como el tintineo de las campanillas de los tobillos de las bailarinas debían ser sonos desacostumbrados.

Detuve a uno de los anónimos seres vestidos de gris que caminaba apresuradamente en el crepúsculo húmedo y frío.

—Hombre de Tharna —pregunté—, ¿dónde puedo encontrar un albergue?

—No hay albergues en Tharna —respondió el hombre y me miró atentamente—. Eres un extranjero —añadió.

—Un viajero cansado que busca alojamiento.

—Huye, extranjero —dijo el otro.

—Yo he sido bienvenido en Tharna.

—Huye mientras puedas hacerlo —murmuró y miró a su alrededor como si temiera a un oyente inoportuno.

—¿No existe ninguna taberna de Paga en la vecindad donde pueda descansar? —pregunté.

—No hay tabernas de Paga en Tharna —respondió el hombre levemente divertido, según me pareció.

—¿Dónde puedo pasar la noche?

—Fuera de los muros de la ciudad, al aire libre —dijo—, o en el palacio de la Tatrix.

—Me parece que el palacio de la Tatrix me resultaría más cómodo.

El hombre se rió amargamente. —¿Hace cuántas horas —preguntó— que estás dentro de los muros de Tharna, guerrero?

—Llegué alrededor de la sexta hora.

—Entonces ya es demasiado tarde —dijo el hombre con cierta tristeza—, pues hace más de diez horas que estás en la ciudad.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté.

—Bienvenido a Tharna —dijo el hombre y desapareció en la oscuridad.

El diálogo me había intranquilizado y, sin proponérmelo realmente, eché a andar por el camino que lleva hacia los muros de la ciudad. Allí permanecí ante la gran puerta de Tharna. Las dos gigantescas trancas que la cierran estaban echadas. Eran dos vigas que sólo una yunta de robustos tharlaciones o cien esclavos hubieran podido mover. Las puertas, engastadas en aros de acero y cubiertas por placas de metal que relucían opacas en la niebla, estaban cerradas.

—Bienvenido a Tharna —dijo un guardia que se apoyaba sobre una lanza detrás de la puerta.

—Muchas gracias, guerrero —dije.

Regresé a la ciudad.

Le oí reír a mis espaldas, con la misma risa amarga que ya había oído ese día en otro momento.

En mi peregrinación a través de las calles de la ciudad di por último con una puerta baja en el muro de un cilindro. A cada lado de la puerta, en pequeños nichos que la protegía de la llovizna, oscilaba una llama amarilla de lamparitas de aceite de tharlación. A la luz titilante de las lámparas leí las palabras VENTA DE KAL-DA.

Kal-da es una bebida caliente, que se hace con vino Ka-la-na diluido, mezclado con jugos de cítricos y especias picantes. No me gustaba mucho esa bebida picante y sumamente caliente, pero era muy estimada por algunos de los miembros de las castas bajas, especialmente por los hombres que tenían que llevar a cabo duros trabajos corporales. No sospechaba que su popularidad se debía más a su capacidad de calentar a un hombre a módico precio que a su sabor, ya que para hacerla sólo se empleaba un vino Ka-la-na de baja calidad. Llegué a la conclusión que esa noche como en ninguna otra, en esa fría, deprimente, húmeda oscuridad, un jarro de Kal-da sería muy bienvenido. Además donde hay Kal-da, seguramente se puede conseguir pan y carne. Pensé en el dorado pan goreano, que se cuece en hogazas planas y redondas y se sirve fresco y caliente, y se me hacía agua la boca al imaginar una tajada de carne de tabuk asada o quizás, si tenía suerte, una tajada de tark, de aquella formidable especie de jabalí de seis colmillos, de los templados bosques goreanos. Sonreí para mis adentros; palpé la bolsa de monedas que llevaba en la túnica, me incliné y abrí la puerta de un empellón.

Tres escalones conducían a una sala con numerosas mesas bajas tan comunes en Gor, apenas iluminada, cálida, alrededor de las cuales se encontraban sentados grupos de cinco a seis hombres vestidos de gris.

Enmudecieron en cuanto yo entré. Los parroquianos me examinaron. No

parecía haber guerreros entre ellos; ninguno de los hombres parecía estar armado. Debí causarles una extraña impresión, la presencia de un guerrero armado, vestido de rojo, que de pronto surge en la noche, un visitante de otra ciudad que sorprendentemente irrumpe en su círculo.

—¿Qué asuntos te traen por aquí? —preguntó el dueño del establecimiento, un hombrecillo calvo que vestía una túnica gris de mangas cortas y un brillante delantal negro. No se acercó sino que permaneció tras su mostrador de madera mientras lenta y deliberadamente secaba algunas gotas de Kal-da, derramadas sobre la superficie.

—Estoy de paso por Tharna —dije—, y querría comprar un tarn para continuar mi viaje. Esta noche necesito comida y alojamiento.

—Este no es lugar para un hombre de las castas elevadas.

Miré a mi alrededor, examiné a los presentes, miré sus rostros abatidos y extenuados. A media luz era difícil reconocer a qué casta pertenecían, pues vestían sin excepción las grises túnicas de Tharna y sólo una franja de color en el hombro indicaba su puesto en la escala social. Lo que me llamó la atención y que nada tenía que ver con la casta era la falta de bríos. No sabía si eran débiles o simplemente se tenían a sí mismos en poca estima. Parecían no tener energía, ni orgullo; hombres chatos, secos, aplastados, hombres sin respeto a sus personas.

—Tú perteneces a una casta elevada, la Casta de los Guerreros —dijo el tabernero—, no está bien que permanezcas con nosotros.

La perspectiva de tener que salir otra vez a la noche fría y lluviosa y continuar luego mi desconsolada peregrinación a través de las calles desiertas, buscando un lugar donde comer y dormir, no tenía nada de atrayente. Saqué una moneda del bolso de cuero y se la arrojé al tabernero. La atrapó con destreza en el aire como un cormorán. Examinó la moneda; era un discotarn de plata. Mordió el metal, y los músculos de su mandíbula se pusieron tensos a la luz de las lámparas. Sus ojos se iluminaron con cierto brillo codicioso. No le depararía ningún placer devolverme la moneda.

—Y bien ¿a qué casta pertenece esto? —le pregunté.

El tabernero sonrió. —El dinero no tiene casta —contestó.

—Entonces tráeme de comer y de beber —dije.

Me acerqué a una mesa oscura y solitaria en el fondo del establecimiento, desde donde podía ver la puerta. Apoyé escudo y lanza contra la pared, coloqué el casco junto a la mesa, me desabroché el cinto de la espada, y colocando el arma sobre la mesa delante de mí, esperé.

Apenas me hube acomodado, cuando el tabernero me trajo un jarro grande y pesado de Kal-da humeante. Casi me quemo las manos con el jarro. Bebí un trago largo y ardiente y, aunque normalmente el sabor no me agradara, sentí adentro de mí como unas burbujas de fuego. Bebida chispeante y brutal que levantaba el ánimo. Sabía mal, no obstante sentí ganas de reír.

Lancé una carcajada.

Los hombres de Tharna, sentados a sus mesas, me miraron como si estuviera loco. Sus rostros manifestaban incredulidad y falta de comprensión. Ese hombre se había reído. Me pregunté si en Tharna los hombres reían con frecuencia.

Era un lugar melancólico, pero a la luz del Kal-da, lo veía algo más prometedor.

—¡Conversad, reíd! —dije a los hombres de Tharna, que desde mi llegada no habían cambiado palabra. Los miré con enojo. Bebí una vez más de mi jarro y sacudí la cabeza para quitar de mis ojos y de mi cerebro ese torbellino de fuego. Tomé mi lanza de la pared y golpeé con ella sobre la mesa.

—¡Si no sabéis hablar, si no sabéis reír, entonces cantad!

Los hombres estaban convencidos que se encontraban frente a un demente. Probablemente sería por causa del Kal-da, pero quisiera creer también que era la impaciencia hacia los hombres de esa ciudad, mi desmedida exasperación frente a ese lugar gris y lóbrego y sus habitantes solemnes y sumisos. Los hombres de Tharna continuaban en silencio.

—¿No hablamos todos nosotros el Idioma? —pregunté, refiriéndome a la bella lengua materna, que se habla en la mayoría de las ciudades de este mundo—. ¿No es vuestro idioma?

—Pues sí —murmuró uno de los hombres.

—¿Por qué no habláis entonces? —dije desafiante.

El hombre calló.

El tabernero me trajo pan caliente, miel, sal y para mi embeleso, un gran pedazo de carne de tark asada. Llené mi boca de comida y la acompañé con otro trago de Kal-da.

—¡Tabernero! —grité golpeando la mesa con mi lanza.

—Sí, Guerrero.

—¿Dónde están las esclavas de placer?

El tabernero parecía perplejo.

—Me gustaría ver bailar a una mujer.

Los hombres parecían horrorizados. Uno susurró: —No hay esclavas de placer en Tharna.

—¡Qué lástima! —exclamé— ¡Ninguna portadora de collar en Tharna!

Dos o tres hombres se rieron. Por fin había logrado romper el hielo.

—Esos seres que atraviesan las calles tras sus máscaras de plata ¿son realmente mujeres? —pregunté.

—Sin lugar a dudas —dijo uno de los hombres, al tiempo que contenía la risa.

—Pues yo no lo creo —exclamé—, ¿Queréis que busque una para ver si baila para nosotros?

Los hombres volvieron a reírse.

Hice ademán de levantarme y el tabernero, aterrorizado, me sentó nuevamente sobre la silla y fue a buscar más Kal-da. Evidentemente quería servirme tanta Kal-da como para que no pudiera hacer otra cosa que rodar bajo la mesa y dormir.

Algunos hombres se me acercaron.

—¿De dónde vienes? —preguntó uno ansiosamente.

—He pasado toda mi vida en Tharna.

Resonantes carcajadas festejaron mi respuesta.

Poco después ya estaba dirigiendo un bronco coro de hombres, marcando el ritmo con el extremo de mi lanza sobre la mesa y entonaba canciones; en su mayor parte, fogosas canciones báquicas y guerreras: cantos de los campamentos y de las marchas, pero también enseñé a los hombres canciones que había aprendido en las caravanas del comerciante Mintar. Eran canciones que había cantado hacía tanto tiempo, cuando comenzaba a amar a Talena; canciones de amor, de soledad, de la belleza de la ciudad natal y de los campos de Gor.

Esa noche el Kal-da corrió a torrentes, y tres veces el regocijado tabernero tuvo que llenar con aceite las lámparas de tharlarión. Atraídos por el ruido insólito, entraron algunos hombres de la calle y también algunos guerreros, que se quitaron el casco, e increíblemente, lo llenaron con Kal-da y participaron de nuestro coro.

Las lámparas de tharlarión llamearon finalmente por última vez y se extinguieron, y el primer reflejo del alba penetró pálidamente en la sala. Muchos hombres se habían ido, otros dormían sobre las mesas o yacían en el suelo. Hasta el tabernero dormía, con la cabeza apoyada sobre el mostrador, detrás del cual se encontraban los grandes jarros de Kal-da, finalmente vacíos y fríos. Miré a mi alrededor y sacudí el sueño de mis párpados. Sentí una mano sobre mi hombro.

—Despiértate —dijo una voz.

—Es éste —se oyó decir a una segunda voz que me resultó conocida.

Me levanté con esfuerzo y vi ante mí al hambrecillo de cara de limón.

—Te hemos estado buscando —dijo la otra voz, que pertenecía a un robusto guardia de la ciudad. Tras él se hallaban otros tres guardias con sus cascos azules.

—Este es el ladrón —dijo el hombre de la cara arrugada, señalándome. Echó mano al saco de monedas, que se encontraba medio abierto sobre la mesa manchada. Se lo mostró al guardia.

—Estas son mis monedas —dijo el conspirador—. Mi nombre está bordado en el cuero del saco.

Acercó el bolso al guardia.

—Ost —leyó el hombre. Ese era también el nombre de un pequeño reptil de color naranja claro, el más venenoso de Gor.

—Yo no soy un ladrón —dije—. Él me dio las monedas.

—Miente —dijo Ost.

—¡No miento!

—Estás detenido —dijo el guardia.

—¿En nombre de quién? —pregunté.

—En nombre de Lara, Tatrix de Tharna.



## EL PALACIO DE LA TATRIX

No hubiera tenido sentido resistirse.

Me habían quitado las armas mientras dormía. Como un tonto había confiado en la hospitalidad de Tharna. Estaba desarmado frente a los guardias. Sin embargo el oficial debió percibir un desafío en mis ojos; hizo una seña y sus hombres y tres lanzas se volvieron amenazadoras hacia mi pecho.

—Yo no he robado nada —dije.

—Puedes exponer tu caso ante la Tatrix —dijo el guardia.

—Encadenadlo —intervino Ost.

—¿Eres un guerrero? —preguntó el guardia.

—Sí.

—¿Me das tu palabra de que me acompañarás pacíficamente al palacio de la Tatrix?

—Sí —dije.

El guardia se volvió hacia sus hombres. —No es necesario encadenarlo.

—Soy inocente —repetí.

El guardia me miró fijamente. Sus francos ojos grises me examinaban a través de la abertura en Y de su casco celeste. —Eso lo decidirá la Tatrix —dijo.

—Hay que encadenarlo —rezongó Ost.

—Tranquilo, gusano —dijo el guardia y el conspirador se calló.

Rodeado de guardias seguí al oficial al palacio de la Tatrix. Ost corría detrás de nosotros, resoplando y jadeando, tan rápido como se lo permitían sus piernas cortas y arqueadas.

Aun cuando hubiera faltado a mi palabra, lo que no haría siendo guerrero de Gor, mis posibilidades de escapar hubieran sido escasas. Probablemente un instante después de mi primer paso hacia la libertad tres lanzas hubieran traspasado mi cuerpo. Yo respetaba a los tranquilos y eficientes guardias de Tharna, y ya había conocido a sus diestros guerreros en el campo, lejos de la ciudad. Me preguntaba si Thorn estaría en Tharna y si Vera llevaría vestidos de seda en su villa.

Sabía que sería puesto en libertad —si en Tharna existía la justicia—, pero me sentía intranquilo. ¿Cómo podía saber si mi caso sería oído y juzgado con

equidad? Era una clara prueba de culpabilidad a primera vista el hecho de que yo había estado en posesión del saco de Ost, y esto podría influir en la decisión de la Tatrix. ¿Cómo podía mi palabra, la palabra de un extranjero, pesar más que la palabra de Ost, un ciudadano de Tharna, que quizá fuera incluso una importante personalidad en la vida pública?

Puede parecer imposible pero, a pesar de estas sombrías consideraciones, me alegraba el hecho de ir al palacio de la Tatrix y encontrarme al fin cara a cara con ella, con esta increíble mujer que sabía gobernar, y gobernar bien, una ciudad goreana. Si no me hubieran arrestado, quizás me hubiera presentado espontáneamente ante la Tatrix de Tharna y pasado la noche en su palacio, como me había dicho un ciudadano.

Después de haber caminado alrededor de veinte minutos por las sombrías y tortuosas calles de Tharna, en las que los ciudadanos vestidos de gris se apartaban de nuestro camino dando un amplio rodeo y mirando fija e inexpresivamente al prisionero vestido de rojo, llegamos a una avenida que ascendía formando amplias curvas. Estaba pavimentada de basalto negro, sobre el que brillaba aún la lluvia de la noche anterior. A ambos lados se alzaban muros de ladrillo que se elevaban gradualmente. A medida que avanzábamos, los muros eran cada vez más altos y la avenida más estrecha.

Después, a la fría luz de la mañana, vi alzarse ante nosotros el palacio, a unos cien metros de distancia. Era una fortaleza redonda, de ladrillo negro, pesada, sin adornos, impresionante. A la entrada, los muros se aproximaban aún más. La calle había llegado a ser tan estrecha que dos hombres no podían marchar juntos. A ambos lados los muros se elevaban a una altura de nueve metros.

La entrada misma era una sencilla puerta de hierro de un ancho aproximado de cincuenta centímetros y quizá de metro y medio de alto. Un solo hombre podía entrar o salir a la vez del palacio de Tharna. Nada recordaba aquí los cilindros centrales de amplias puertas de muchas ciudades goreanas, a través de las cuales se podía conducir cómodamente una yunta de tharlariones enjaezados de oro. Me pregunté si en esta fortaleza lóbrega y brutal, en este palacio de la Tatrix de Tharna, podría hacerse justicia.

El guardia abrió la puerta y se colocó detrás de mí. Yo era el primero en el estrecho pasaje que enfrentaba la puerta.

—Nosotros no os acompañamos, iréis sólo tú y Ost —dijo el guardia.

Me giré para mirarle e inmediatamente tres lanzas se dirigieron a mi pecho.

Sonó el chirrido de un cerrojo y la puerta de hierro se abrió no dejándonos ver más que oscuridad.

—¡Entra! —ordenó el guardia.

Eché una última mirada a las lanzas, miré al guardia con torva sonrisa, me volví e inclinando la cabeza entré por la puerta.

De repente lancé un grito de espanto, di manotazos al aire, sentí cómo el suelo cedía bajo mis pies y caí al vacío. Detrás de mí oí a Ost gritar horrorizado, al ser

igualmente empujado a través de la puerta. En un clima de absoluta oscuridad caí cinco metros debajo del umbral sobre un suelo cubierto de paja mojada. Casi al mismo tiempo, Ost se precipitó sobre mí. Respiré con dificultad, manchas púrpuras y doradas danzaban ante mis ojos. Apenas advertí que un animal grande me agarraba con su hocico y me arrastraba a través de una abertura redonda similar a un túnel. Intenté defenderme sin éxito; estaba sin aliento y el túnel era muy angosto. Olía la húmeda piel del animal, que debía ser una especie de roedor, percibía el olor de su cubil, de la paja sucia. A lo lejos, escuchaba los gritos histéricos de Ost.

Durante algún tiempo, el animal, moviéndose hacia atrás, recorrió el túnel, arrastrando su presa entre las mandíbulas. Debido a los movimientos agitados del animal fui arrojado contra la pared de piedra, lo que me ocasionó contusiones y me desgarró la túnica.

Finalmente llegamos a un espacio redondo, abovedado, iluminado por dos antorchas sujetas a agarraderas de hierro, fijadas a las paredes de piedra. Oí una voz dura, sonora, acostumbrada a impartir órdenes. El animal chilló disgustado. Restalló el chasquido de un látigo y la misma orden, expresada con mayor energía. De mala gana la fiera me dejó en libertad y retrocedió, se agazapó y me observó con sus ojos estrechos, oblicuos y llameantes, que fulguraban como oro fundido a la luz de las antorchas. Se trataba de un urt gigantesco, una bestia gorda y blanca. Me mostraba sus tres hileras de dientes brillantes, agudos como agujas, y emitía chillidos de furia. Dos colmillos arqueados sobresalían de sus mandíbulas. Dos cuernos semejantes a los colmillos se alzaban sobre el hueso frontal, se levantaban sobre sus ojos llameantes, que ya parecían devorarme, como si sólo esperaran el permiso del guardián para arrojarse sobre mí. Su grueso cuerpo temblaba esperanzado.

Restalló el látigo nuevamente y sonó otra orden. La fiera, frustrada, movió de un lado a otro su rabo largo y pelado y se arrastró hacia otro túnel. Una reja de hierro rechinó al cerrarse tras ella.

Varias manos robustas me sujetaron y vi vagamente un objeto curvado, brillante y pesado. Intenté enderezarme, pero me aplastaron de cara al suelo. Me arrojaron un objeto pesado, grueso como una viga, por encima y por debajo del cuello. Me sujetaron fuertemente los brazos y me ataron el extraño dispositivo alrededor del cuello y de las muñecas. Con una sensación de abatimiento oí cerrarse un pesado candado.

—El yugo está listo —dijo una voz.

—Levántate, esclavo —ordenó otra.

Intenté levantarme, pero el peso era excesivo. Oí el chasquido de un látigo y apreté los dientes cuando la correa mordió mi carne. Una y otra vez cayó como un rayo. Finalmente logré alzar las rodillas y muy dolorido pude alzar el pesado yugo. Me enderecé, inseguro, oscilando de un lado a otro.

—¡Bien hecho, esclavo! —dijo una voz.

A pesar de las ardientes heridas producidas por el látigo, sentí en mis espaldas el aire frío de la mazmorra en que me hallaba. La correa había desgarrado mi túnica y yo debía estar sangrando. Me di la vuelta para ver quién me hablaba; era el mismo hombre que sostenía el látigo. Advertí que el cuero estaba rojo de sangre.

—No soy ningún esclavo —dije.

El hombre estaba desnudo hasta la cintura, un mozo robusto con brazaletes de cuero guarnecidos de metal. Llevaba el pelo sujeto con una faja de tela gris.

—En Tharna —dijo—, un hombre como tú no puede ser otra cosa.

Observé la prisión en que me encontraba, que a unos cinco metros del suelo formaba una especie de cúpula. Había varias salidas, la mayoría de ellas bastante pequeñas y obstruidas. De algunas salían sordos lamentos. En otras aberturas había animales que escarbaban o chillaban. Posiblemente otros urts gigantescos. Junto a una pared se encontraba un recipiente con tizones encendidos, entre los cuales sobresalían los extremos de varios hierros. Una especie de soporte se levantaba a un costado del recipiente. Era lo bastante grande como para que cupiera un hombre. Aquí y allá había cadenas sujetas a las paredes y otras oscilaban desde el techo. Como en un taller, pendían diversos instrumentos de las paredes que no describiré. Baste decir que estaban destinados a torturar a seres humanos.

Era un lugar terrible.

—Aquí —dijo el hombre con orgullo— se defiende la paz de Tharna.

—Exijo ser llevado ante la Tatrix —dije.

—Naturalmente —respondió el hombre y se rió de forma desagradable—, yo te llevaré personalmente a su presencia.

Oí deslizarse una cadena a través de una polea y vi que se levantaba lentamente una reja. El hombre hizo un movimiento con el látigo. Entendí que debía pasar por allí.

—la Tatrix de Tharna te espera —dijo.

Entré a través de la abertura y comencé a subir penosamente un estrecho pasaje circular. El peso del yugo de metal me dificultaba la marcha, y yo me balanceaba

de un lado a otro. El hombre del látigo me urgía maldiciendo. Me empujaba violentamente con el látigo, ya que el corredor, estrecho, no le permitía usarlo como deseaba.

Me dolían las piernas y los hombros por la increíble carga del yugo.

Llegamos a una amplia sala, poco iluminada, que tenía salida por varias puertas. Desdeñosamente el guardia me empujó otra vez con el látigo y me condujo a través de una de estas puertas, repitiéndose esto varias veces. Me parecía que atravesábamos un laberinto o unas alcantarillas. Los corredores estaban iluminados de vez en cuando por lámparas de aceite de tharlarión, fijadas a la pared por medio de unos soportes de hierro. El palacio parecía extrañamente vacío. No había nada colorido, ningún adorno. Yo seguí a tropezones, atormentado por el dolor provocado por las heridas del látigo, aplastado casi contra el suelo por el peso del yugo. Dudaba si podría salir de este laberinto siniestro sin ayuda ajena.

Por último, llegamos a una gran sala abovedada iluminada por antorchas. A pesar de su tamaño, también era sencilla, como las otras salas y pasillos que había visto hasta ese momento, sombría, deprimente. Un solo ornamento embellecía las melancólicas paredes: la imagen de una gigantesca máscara dorada, que mostraba los rasgos de una mujer hermosa.

Debajo de esa máscara, sobre una plataforma, se elevaba un trono de oro monumental.

Sobre los amplios peldaños que llevaban hacia el trono había sillones en los que, de acuerdo con mis suposiciones, se encontraban sentados miembros del Consejo Superior de Tharna. Sus fulgurantes máscaras de plata mostraban sin excepción el mismo rostro hermoso y me miraban fijamente, inexpresivas.

Dispersos en la sala se encontraban severos guerreros de Tharna, con sus típicos cascos azules, y cada uno llevaba un pequeño antifaz de plata sujeto a las sienes, como señal de que pertenecía a la guardia del palacio. Uno de estos guerreros se hallaba cerca del trono. Me parecía conocido.

Sobre el trono se hallaba una mujer, orgullosa, arrogante, vestida con majestuosas ropas bordadas en oro. Su máscara no era de plata, sino de oro puro. Los ojos, detrás de la máscara, me observaron atentamente. No necesitaron decirme que me encontraba delante de Lara, Tatrix de Tharna.

El guerrero que estaba junto al trono se quitó el casco. Era Thorn, Capitán de Tharna, a quien había conocido en los campos, lejos de la ciudad. Sus ojos estrechos, que parecían los de un urt, me miraban despectivamente.

Se acercó a mí.

—¡De rodillas! —ordenó—. Estás delante de Lara, Tatrix de Tharna.

No quise arrodillarme.

Thorn me dio un empujón y el peso del yugo me hizo caer, indefenso, al suelo.

—¡El látigo! —dijo Thorn y extendió el brazo con gesto imperativo. El fornido verdugo se lo alcanzó. Thorn lo levantó en el aire con intención de desgarrarme la espalda.

—No lo golpees —dijo una voz imperiosa, y el brazo de Thorn que sostenía el látigo cayó de inmediato, como si le hubieran seccionado los músculos. Era la voz de la mujer tras la máscara de oro, la voz de la misma Lara. Me sentí agradecido.

Cada fibra de mi cuerpo se rebelaba cada vez que me esforzaba por volver a erguirme, bañado en sudor. Finalmente logré ponerme de rodillas, pero la mano de Thorn no permitió que me levantara más. Estaba arrodillado, bajo el yugo, ante la Tatrix de Tharna.

Los ojos tras la máscara dorada me examinaron curiosos.

—¿Es cierto, extranjero —preguntó con voz fría—, que pretendías llevarte las riquezas de Tharna?

Me sentí desconcertado; el dolor me atormentaba, el sudor me corría por la cara y me nublaba los ojos.

—El yugo es de plata —dijo ella—. Plata de las minas de Tharna.

Quedé estupefacto, pues si el yugo realmente era de plata, el metal que pesaba sobre mis hombros habría podido rescatar a un Ubar.

—Aquí en Tharna —dijo la Tatrix—, estimamos en tan poco las riquezas que las utilizamos para uncir a los esclavos al yugo.

Mi mirada furiosa le hizo saber que yo no me consideraba esclavo.

De una butaca junto al trono se levantó otra mujer. Llevaba una máscara de plata magníficamente trabajada y ropas espléndidas, hechas con pesada tela de plata. Se irguió soberbia junto a la Tatrix, y su máscara inexpresiva me miró fijamente. A la luz de las antorchas, su rostro metálico daba la impresión de crueldad. Habló a la Tatrix, sin desviar de mí la máscara. —Destruye a este animal —era una voz clara, fría, resonante, autoritaria.

—Dorna la Orgullosa, Segunda en Tharna, ¿la ley de Tharna no permite que hable un prisionero? —preguntó la Tatrix, cuya voz fría y acostumbrada a dar órdenes pese a todo, me caía mejor que la de la mujer de la máscara de plata.

—¿Acaso la ley reconoce a las bestias? —preguntó la mujer cuyo nombre era Dorna la Orgullosa. Esto sonó como si desafiara a su Tatrix, y me pregunté si Dorna estaría conforme con su papel de Segunda en Tharna. El sarcasmo había sido claramente perceptible en su voz.

La Tatrix no hizo caso de la observación de Dorna.

—¿Tiene todavía lengua? —preguntó la Tatrix, volviéndose al hombre del látigo, colocado detrás de mí.

—Sí, Tatrix —dijo.

Tenía la sensación de que Dorna se alteró al oír esa respuesta. La máscara de plata se volvió hacia el hombre del látigo. Este comenzó a balbucear y me pareció que había comenzado a temblar.

—La Tatrix ordenó expresamente que el esclavo, uncido al yugo, fuera llevado ileso y lo antes posible a la Sala de la Máscara de Oro.

Reí para mis adentros, recordando los dientes del urt y el látigo, que me habían lastimado.

—¿Por qué no te arrodillaste, extranjero? —preguntó la Tatrix.

—Soy un guerrero —respondí.

—¡Eres un esclavo! —siseó Dorna la Orgullosa. Se volvió hacia la Tatrix—. Arráncale la lengua —dijo.

—¿Quieres dar órdenes a quien es la Primera en Tharna? —preguntó la Tatrix.

—No, amada Tatrix —respondió Dorna la Orgullosa.

—Esclavo —dijo la Tatrix.

Ignoré el tratamiento.

—Guerrero —dijo.

Levanté lentamente la cabeza, que se encontraba bajo el yugo, y dirigí la mirada hacia su máscara. En la mano, cubierta por un guante dorado, tenía un pequeño y oscuro saco de cuero medio lleno de monedas. Supuse que debían ser las monedas de Ost y me pregunté dónde estaría el conspirador.

—Confiesa que has robado estas monedas a Ost de Tharna —dijo la Tatrix.

—No he robado nada, dame la libertad —contesté.

Thorn soltó una carcajada desagradable a mis espaldas.

—Te aconsejo que confieses —dijo la Tatrix.

Tuve la sensación que, por alguna razón, estaba interesada en mi confesión, pero como yo era inocente me rehusé a confesar.

—No he robado el dinero.

—Entonces, extranjero, lo siento por ti —dijo la Tatrix.

No pude comprender el significado de su comentario; mi espalda parecía querer estallar bajo el peso del yugo. El cuello me dolía, el sudor me corría por todo el cuerpo y la espalda ardía por los incontables latigazos con que me habían castigado.

—Trae a Ost —ordenó la Tatrix.

Creí percibir que Dorna la Orgullosa perdía la calma en su butaca. Su mano, cubierta por un guante de plata, alisaba nerviosamente los pliegues de su vestido.

Se escuchó un sordo gimoteo, seguido de un forcejeo en el suelo. Con sorpresa advertí que Ost, el conspirador, fue arrojado al suelo delante del trono, por uno de los guardias, uncido a un yugo igual al mío. El yugo de Ost era mucho más liviano pero como Ost era también más pequeño, el peso podría oprimirlo tanto como a mí.

—De rodillas ante la Tatrix —ordenó Thorn, que aún retenía el látigo.

Con un grito de miedo, Ost intentó erguirse, pero no pudo alzar el yugo.

Thorn levantó la mano con el látigo.

Pensé que la Tatrix intervendría en su favor, como lo había hecho conmigo, pero calló. Parecía estar observándome y me preguntaba qué pensamientos habría detrás de aquella reluciente máscara dorada.

—No lo golpees —dije.

Sin apartar la vista de mí, Lara dijo a Thorn: —Prepárate para golpearlo.

Sobre el rostro amarillento, con manchas rojas, apareció una sonrisa irónica, y

el puño de Thorn se cerró alrededor del extremo del látigo. No apartaba sus ojos de la Tatrix, dispuesto a golpear en cuanto ella le diera permiso.

—Levántate —dijo la Tatrix—, o morirás sobre tu vientre como la víbora que eres.

—No puedo —sollozó Ost—, no puedo.

La Tatrix levantó la mano. En cuanto la bajara el látigo caería sobre Ost.

—¡No! —dije.

Todos los músculos de mi cuerpo se encontraban en tensión para conseguir mantener el equilibrio, y los tendones de las piernas y de la espalda parecían cables torturados. Lentamente extendí mi mano hacia la de Ost, y poniendo en juego mis últimas fuerzas, deslicé mi yugo debajo del suyo y logré que se pusiera de rodillas.

Las mujeres enmascaradas prorrumpieron en un grito de sorpresa. Algunos guerreros, desdeñando los cánones de Tharna, manifestaron su aprobación golpeando los escudos con sus lanzas.

Thorn, irritado, arrojó el látigo al verdugo.

—Eres fuerte —dijo la Tatrix de Tharna.

—La fuerza es el atributo de las bestias —dijo Dorna la Orgullosa.

—Es cierto —dijo la Tatrix.

—Pero es una hermosa bestia ¿no es cierto? —preguntó una de las mujeres.

—Que se le utilice entonces en las Diversiones de Tharna —sugirió otra.

Lara levantó la mano imponiendo silencio.

—¿Cómo puede ser que le ahorres los latigazos a un guerrero y mandes azotar a un ser tan mísero como Ost? —pregunté.

—Tenía la esperanza de que fueras inocente, extranjero —dijo ella—, en cambio sé que Ost es culpable.

—Soy inocente —dije.

—Sin embargo admites que no robaste las monedas.

Me sentí confundido, —Así es —dije—, yo no las robé.

—Entonces eres culpable —dijo Lara tristemente—, o así al menos me lo parece.

—¿De qué? —quise saber.

—De conspiración contra el trono de Tharna —dijo la Tatrix.

No supe qué decir.

—Ost —prosiguió la Tatrix, con tono glacial—, tú eres culpable de traición. Se sabe que conspiraste contra el trono.

Uno de los guardias que había conducido a Ost a la sala tomó la palabra: —El informe de tus espías es correcto, Tatrix. En su alojamiento encontramos documentos comprometedores, cartas con instrucciones que aludían a la toma del poder, además de unos sacos de oro que debían emplearse en el reclutamiento de cómplices.

—¿Ha confesado estos hechos? —preguntó Lara.

Ost comenzó a hablar implorando piedad, y su flaco cuello se mecía en la



abertura del yugo.

El guardia se rió. —A la vista del blanco urt, las palabras fluyeron de sus labios —dijo.

—¿Quién te dio el dinero, víbora? —dijo la Tatrix—. ¿De quién son las cartas con las instrucciones?

—No sé, amada Tatrix. Las cartas y el dinero me los trajo un guerrero con el rostro cubierto por un casco.

—¿Al urt con él! —bufó Dorna la Orgullosa.

Ost comenzó a temblar con todo su cuerpo y a implorar perdón. Thorn le propinó un puntapié para hacerlo callar.

—¿Qué más sabes de la conspiración contra el trono? —preguntó Lara.

—Nada, amada Tatrix —gimió Ost.

—Pues bien —dijo Lara, y volvió su máscara fulgurante hacia el guardia que había arrojado a Ost a sus pies—, ¡llévale a la Cámara de los urt!

—¿No, no! —imploró Ost—, sé más.

Las mujeres de la máscara de plata se inclinaron hacia adelante. Sólo la Tatrix y Dorna permanecieron inmóviles en sus asientos. Aunque la sala era fresca, advertí que a Thorn, oficial de Tharna, el sudor le corría por la frente. Cerraba y abría los puños.

—¿Qué más sabes? —preguntó la Tatrix.

Ost miró a su alrededor, dentro de sus posibilidades. Los ojos se le salían de las órbitas debido al miedo que sentía.

—¿Conoces al guerrero que te llevó las cartas y el dinero? —preguntó.

—No lo conozco.

—¿Déjame que bañe su yugo en sangre! —dijo Thorn y sacó la espada—. Terminemos con la vida de este miserable.

—No —dijo Lara—. ¿Qué más sabes, víbora? —preguntó al mísero conspirador.

—Sé que el cabecilla de la conjura es de alto rango en Tharna. Una persona que lleva máscara de plata: una mujer.

—¿Imposible! —exclamó Lara y se levantó de un salto—. Nadie que lleve máscara de plata podría ser desleal a Tharna.

—Y sin embargo es cierto —lloriqueó Ost.

—¿Quién es la traidora? —preguntó Lara.

—No conozco su nombre.

Thorn se rió.

—Pero —dijo Ost lleno de esperanzas— yo hablé con ella una vez y quizá reconozca su voz si me perdonaran la vida.

Thorn rió otra vez. —Es un truco para comprar su vida.

—¿Qué piensas tú, Dorna la Orgullosa? —preguntó Lara, volviéndose hacia la Segunda Soberana de Tharna.

Pero Dorna quedó extrañamente muda. No contestó, sino que extendió su mano

enguantada y ejecutó un violento movimiento hacia abajo, como si fuera una cuchilla.

—¡Piedad, gran Dorna! —chilló Ost.

Dorna repitió el movimiento, lenta y cruelmente.

Pero Lara había extendido las manos con la palma hacia arriba y las levantó levemente, un gentil ademán que significaba piedad.

—Gracias, amada Tatrix —gimió Ost, mientras las lágrimas corrían por su rostro—. ¡Muchas gracias!

—¡Dime, víbora! —dijo Lara— ¿El guerrero te robó las monedas?

—No, no —dijo Ost sollozando.

—¿Se las diste?

—¡Sí, sí!

—¿Y él las aceptó?

—Así es.

—Tú me urgiste a aceptar las monedas y te apartaste corriendo —dije—, no me quedó otra alternativa que tornarlas.

—Él aceptó las monedas —murmuró Ost y me miró malignamente. Parecía decidido a hacerme compartir el destino que le esperara.

—No me quedó otra alternativa —dije tranquilamente.

Ost me lanzó una mirada venenosa.

—Si yo fuera un conspirador —proseguí—, si me hubiera confabulado con este hombre, ¿por qué me habría acusado del robo de las monedas? ¿Por qué me habría hecho arrestar?

Ost palideció. Su mente estrecha, de roedor, saltaba de una idea a otra, pero su boca se movía en silencio, descontrolada.

Thorn tomó la palabra: —Ost sabía que estaba bajo sospecha de ser partícipe de una conjura contra el trono.

Ost le miró perplejo.

—Así que debió crear la impresión de que él no había dado dinero a este guerrero o Asesino, según fuera el caso —dijo Thorn, y continuó:

—Afirmó entonces que le había sido robado. De este modo pasaría por inocente y al mismo tiempo podía aniquilar al hombre que sabía de su complicidad.

—¡Así es! —gritó Ost, agradecido, listo para echar mano al cable que le arrojaba el poderoso Thorn.

—¿De qué manera te dio Ost las monedas, guerrero? —preguntó la Tatrix.

—Ost me las dio... como regalo —respondí.

Thorn echó la cabeza hacia atrás, riéndose.

—En toda su vida Ost no ha regalado nada a nadie —dijo con voz ahogada por la risa. Se limpió los labios e intentó recuperar la seriedad.

Incluso las figuras cubiertas por las máscaras de plata, sentadas en los escalones que conducían al trono, se mostraron levemente divertidas.

También Ost se rió con risa sofocada.

Pero la máscara de la Tatrix resplandeció sobre él y la risa sorda se ahogó en su cuello. La Tatrix se levantó de su trono y señaló al conspirador. Se volvió hacia el guardia que lo había traído a la sala y le dijo con voz helada: —¡Llévale a las minas!

—¡No, amada Tatrix, no! —imploró Ost. El horror pareció agazaparse tras sus ojos como un gato encerrado y comenzó a temblar bajo el yugo como si fuera un animal enfermo. El guardia le levantó despectivamente y sacó arrastrando de la sala al hombre que gemía y tropezaba. Sospeché que una condena a las minas era similar a la pena de muerte.

—Eres cruel —dije a la Tatrix.

—Una Tatrix debe ser cruel —dijo Dorna.

—Eso —dije— me gustaría oírlo de boca de la Tatrix.

Dorna se puso rígida.

Después de un momento de silencio, la Tatrix, que había vuelto a sentarse en el trono, tomó la palabra. Su voz era tranquila. —A veces no es fácil ser la Primera Mujer de Tharna.

No había esperado semejante respuesta.

Me pregunté qué clase de mujer se escondía tras la máscara de oro. Por un instante sentí compasión por la dorada criatura, ante cuyo trono me postraba.

—En cuanto a ti —dijo Lara y su máscara centelleó—, admites no haber robado a Ost las monedas y con esta admisión afirmas al mismo tiempo que él te las dio.

—Me las puso en la mano —dije—, y se fue corriendo.

Miré a la Tatrix. —Yo vine a Tharna para comprar un tarn. No tenía dinero. Con el dinero de Ost habría conseguido el animal y seguido mi viaje. ¿Acaso debí rechazarlas?

—Con estas monedas —dijo Lara sosteniendo la bolsa en sus manos— debía pagarse mi muerte.

—¿Con tan pocas monedas? —pregunté escépticamente.

—Evidentemente el resto debía pagarse después de que se ejecutara lo prometido —dijo.

—Las monedas fueron un regalo —respondí—, o al menos yo lo creí.

—No te creo.

Callé.

—¿Cuál fue la suma total que te ofreció Ost? —preguntó.

—Yo me negué a participar en sus proyectos —dije.

—¿Cuál fue la suma total que te ofreció Ost? —repitió.

—Habló de un tarn, mil discotarns de oro y vituallas para un largo viaje.

—Los discotarns de oro, a diferencia de los de plata, son escasos en Tharna dijo la Tatrix—. Aparentemente hay alguien dispuesto a pagar bastante por mi muerte.

—No por tu muerte —dije.

—¿Qué entonces?

—Tu rapto.

La Tatrix se puso rígida y, llena de furia, comenzó a temblar con todo su cuerpo. Se levantó de un salto y parecía fuera de sí.

—Ensangrienta el yugo —urgió Dorna.

Thorn se adelantó con la espada alzada.

—No —exclamó la Tatrix. Ante la sorpresa de todos, ella misma descendió los peldaños.

Temblando de ira se colocó delante de mí. —¡Dame el látigo! —chilló. El verdugo se arrodilló precipitadamente delante de ella y le alcanzó lo pedido. Ella hizo restallar el látigo en el aire.

—¿De modo que tú querías verme yacer sobre la alfombra roja, atada con cordones amarillos? —me dijo. Sus manos se crisparon temblorosas alrededor del mango del látigo.

No comprendí lo que quería decirme.

—¿Querías verme con el collar y las ropas de una esclava? —siseó.

Las mujeres de las máscaras de plata retrocedieron con un estremecimiento. Comenzaron a lanzar gritos de ira y de horror.

—¡Soy una mujer de Tharna! —chilló—, ¡La primera entre todas!

Fuera de sí, comenzó a golpearme. —¡El beso del látigo para ti! —gritaba. Una y otra vez me golpeaba con todas sus fuerzas, pero logré permanecer de rodillas.

La sala a mi alrededor comenzó a ponerse borrosa. Mi cuerpo, torturado por el peso del yugo, abrasado por el fuego del látigo, se estremecía con un dolor incontrolable. Cuando se agotaron las fuerzas de la Tatrix, pude lograr lo que aún hoy me resulta increíble. Junté las últimas fuerzas que me quedaban y me puse de pie. La sangre corría a chorros sobre mi cuerpo; curvado por el peso del yugo de plata la miré desde arriba.

Ella se dio la vuelta y huyó hacia su trono. Sólo me miró cuando hubo alcanzado su asiento.

Me señaló con gesto imperioso. Su guante dorado estaba empapado con su propio sudor y oscurecido por mi sangre.

—¡Que sea usado para las Diversiones de Tharna! —dijo.

Se me colocó una capucha y se me arrastró a través de las calles bajo el peso de mi yugo. Finalmente llegué a un edificio, donde debí bajar una larga rampa, seguida de largos pasillos húmedos. Cuando me quitaron la caperuza me encontré con el yugo encadenado al muro de una mazmorra.

El cuarto estaba alumbrado por una débil lámpara de aceite de tharlarión, sujeta en el muro cerca del techo. No sabía en absoluto a qué profundidad bajo tierra se hallaba la cueva. El suelo y las paredes eran de piedra oscura, enormes trozos de piedra, quizás de una tonelada cada uno. El cuarto era húmedo y sobre el suelo había algo de paja.

Apenas podía alcanzar un pequeño recipiente con agua. Un tazón con alimentos se encontraba cerca de mis pies.

Agotado, dolorido, me acosté sobre las piedras y dormí. No sé cuánto duró el sueño. Cuando me desperté me dolían todos los músculos del cuerpo, un dolor sordo y desgarrador. Intenté moverme y de inmediato mis heridas me torturaron.

A pesar del yugo luché por alcanzar una posición sentada, me crucé de piernas y sacudí la cabeza. En el tazón había media hogaza de pan. Con el yugo auestas no tenía posibilidad alguna de llegar hasta el pan. Podía arrastrarme sobre el vientre hasta el tazón y, si mi hambre empeoraba, no tendría más remedio que hacerlo, pero sólo el hecho de pensarlo me enfurecía. El yugo no solamente tenía como finalidad evitar la fuga de un prisionero, sino que debía degradarlo, rebajarlo como si fuera un animal.

—Déjame ayudarte —dijo una voz de mujer.

Me di la vuelta y la inercia del yugo casi me hizo perder el equilibrio. Dos pequeñas manos agarraran la plateada carga, lucharon un instante con ella y la colocaron en el lugar debido, de manera que yo recuperaré mi equilibrio.

Miré a la muchacha. Podía no ser bonita, pero yo la encontré atractiva. Irradiaba un calor humano que no había esperado encontrar en Tharna. Sus ojos oscuros me miraban preocupados. Su cabello, de un color castaño rojizo, estaba atado por detrás de la cabeza.

Cuando advirtió mi mirada, bajó tímidamente los ojos. Llevaba un sencillo vestido color castaño, semejante a un poncho, que apenas llegaba hasta sus rodillas, ceñido a su cintura por una cadena.

—Sí —dijo avergonzada—. Llevo las ropas de una esclava.

—Eres hermosa —dije.

Me miró sobresaltada, pero agradecida.

Extendió la mano y tocó el yugo de plata que arrastraba: —Son crueles —dijo.

Luego, silenciosamente, tomó el pan del tazón y lo levantó hasta mi boca. Mordí parte de él con voracidad y lo tragué.

Advertí un aro de metal gris alrededor de su cuello. Supuse que ello significaba que era una esclava estatal de Tharna.

Tomó la taza de agua. En primer lugar limpió la superficie para apartar la capa verde que la cubría y, en el hueco de sus manos, levantó el líquido fresco hasta mis labios resecos.

—Gracias —dije.

Ella sonrió. —No se agradece a una esclava.

—Yo pensé que en Tharna las mujeres eran libres y señalé su collar gris.

—No me quedaré aquí —dijo—. Me sacarán de la ciudad y me llevarán a las Grandes Granjas donde acarrearé agua para los esclavos del campo.

—¿Qué delito cometiste? —pregunté.

—Traicioné a Tharna —dijo.

—¿Estuviste involucrada en una conspiración contra el trono? —pregunté.

—No —dijo la muchacha—. Quise a un hombre.

Me quedé sin habla.

—En un tiempo llevaba máscara de plata, guerrero —dijo—. Ahora no soy más que una mujer degradada, pues me tomé la libertad de amar.

—Eso no es un delito —dije.

La muchacha rompió a reír regocijada. Me gusta escuchar esa música alegre que es la risa de una mujer, una risa que puede alegrar tanto a un hombre, que actúa sobre él como si fuera vino Ka-la-na.

De repente me pareció que ya no sentía el peso del yugo.

—Cuéntame de él —dije—, pero antes dime tu nombre.

—Soy Linna de Tharna —dijo—. Y tú ¿cómo te llamas?

—Tarl —respondí.

—¿De qué ciudad?

—De ninguna ciudad.

—¡Ah! —dijo la muchacha sonriendo. No preguntó más. Seguramente pensó que compartía la celda con un proscrito. Se sentó, apoyándose sobre sus talones y me miró alegremente.

—El ni siquiera pertenecía a esta ciudad —dijo.

Emití un silbido. Esto podía ser un asunto serio desde el punto de vista goreano.

—Y todavía algo peor —dijo riendo y batiendo palmas—. Pertenecía a la Casta de los Cantores.

Habría podido ser peor, pensé. Después de todo, aunque la Casta de los Cantores o Poetas no era una casta elevada, gozaba de mayor prestigio que, por ejemplo, la Casta de los Alfareros o Talabarteros, con las que a veces se la comparaba. En Gor, el cantor o poeta es considerado un artesano que hace coplas memorables, así como el alfarero o el talabartero pueden hacer un buen cántaro o una buena silla de montar. Ocupa su lugar en la estructura social, rememorando batallas y sucesos históricos, cantando a los héroes y a las ciudades, pero también

se espera de él que cante a la vida, al amor y a la alegría, y no meramente a la gloria y a las armas; y es también su función la de recordar de tanto en tanto a los goreanos la soledad y la muerte, para que no olviden que son humanos.

Se consideraba que el cantor poseía una habilidad poco común, pero lo mismo se atribuía también al criador de tarns o al portador de leña. Los poetas de Gor, como sucede en mi planeta de origen, eran tratados con cierto escepticismo y se los consideraba algo tontos, pero a nadie se le ocurriría que podrían sufrir la locura divina o que podrían ser los receptáculos periódicos de la inspiración de los dioses. Los Reyes Sacerdotes, que hacían de divinidades en este rudo planeta, no inspiraban otra cosa que un temor reverente o temor a secas. Los hombres vivían en un estado de tregua con ellos, respetando sus leyes y festivales, ofreciéndoles las libaciones y sacrificios requeridos, pero al mismo tiempo, relegándolos al olvido dentro de lo posible. Si se le hubiera sugerido a un poeta que había sido inspirado por un rey sacerdote, el poeta se habría escandalizado. —Yo, Fulano de tal ciudad, hice esta canción —diría—, y no un rey sacerdote.

A pesar de algunas excepciones, el poeta o cantor era querido en Gor. A los miembros de esta casta no se les había ocurrido que la miseria se la debían a su profesión y, por lo general, se los tenía por un grupo de gente alegre. “Un mendrugo de pan por una canción” solía ser la invitación goreana que se les hacía a los miembros de esta casta, y tal invitación podía provenir de los labios de un campesino o de un Ubar. El poeta se sentía muy orgulloso de poder cantar la misma canción en ambos lugares, tanto en la choza del campesino como en las grandes salas del Ubar, aunque sólo ganara unas migajas de pan en aquélla y un discotarn de oro en ésta, recompensas que muy frecuentemente gastaba con una bella mujer que finalmente no le dejaría otra cosa que sus canciones.

Para los poetas de Gor la vida no era fácil, pero nunca se morían de hambre, nunca estaban forzados a quemar las vestimentas de su casta. Algunos, incluso, habían cantado visitando una ciudad tras otra, y su pobreza los había protegido de los forajidos y su buena estrella de las fieras de Gor. Nueve ciudades se disputaban al hombre que, hacía muchos siglos, había llamado a Ko-ro-ba las Torres del Amanecer.

—No es tan mala la Casta de los Poetas —le dije a Linna.

—Por supuesto que no —respondió—. Pero en Tharna están proscritos.

—Ah —dije.

—A pesar de ello —dijo y me miró regocijada—, este hombre, Andreas, vino ocultamente a nuestra ciudad, desde Tor, la Ciudad del Desierto, en busca de una canción, según decía —ella se rió—. Pero yo creo que en realidad deseaba mirar detrás de las máscaras de plata de nuestras mujeres.

Batió las palmas encantada. —Y fui yo quien lo detuvo y lo inculpé —continuó—. Yo vi la lira bajo su túnica gris y reconocí en él a un cantor. Le seguí con mi máscara de plata y me cercioré de que había permanecido más de diez horas en la ciudad.

—¿Y eso qué significa? —pregunté, pues ya en otra oportunidad me había llamado la atención este comentario.

—Significa que se es bienvenido a Tharna —dijo la joven—. En otras palabras, que se es enviado a las Grandes Granjas para cultivar el suelo de Tharna como esclavo, encadenado hasta su muerte.

—¿Y por qué no se previene a los extranjeros acerca de esto, a su llegada a Tharna?

—¿No sería insensato? —preguntó la muchacha riendo—. ¿Cómo podríamos llenar de otro modo las filas de nuestros esclavos campesinos?

—Ya entiendo —dije. Comprendí por primera vez las causas de la hospitalidad de Tharna.

—Como mujer que llevaba máscara de plata —continuó la joven— era mi deber denunciarlo a las autoridades. Pero sentía curiosidad, pues nunca había conocido a un hombre que no fuese de Tharna. Lo seguí hasta que estuvimos solos, entonces lo inculpé y le informé sobre el destino que le esperaba.

—¿Y él qué hizo? —pregunté.

Bajó tímidamente la cabeza. —Me arrancó la máscara de plata y me besó —dijo—. De modo que ni siquiera pude pedir socorro.

Le sonreí.

—Nunca había estado en los brazos de un hombre —dijo Linna—, pues a los hombres de Tharna no les está permitido tocarnos.

Debió advertir mi perplejidad.

—La Casta de los Médicos, bajo la dirección del Consejo Superior de Tharna, se ocupa de estos asuntos —me aclaró.

—Comprendo —dije.

—Y sin embargo —continuó— aunque yo había llevado la máscara de plata y me consideraba una mujer de Tharna, no me desagradó cuando me tomó entre sus brazos.

Me miró con cierta tristeza.

—Así fue como me di cuenta de que yo no era mejor que él, que no era superior a un animal, que sólo merecía la condición de esclava.

—¿De verdad piensas eso?

—Sí —respondió—, pero no me importa, pues prefiero llevar el traje de una esclava y haber sentido su beso, antes que vivir toda mi vida detrás de la máscara de plata.

Sus hombros comenzaron a sacudirse; habría deseado poder tomarla en mis brazos y consolarla. —Soy un ser degradado —continuó—. Una traidora a los más elevados principios de Tharna.

—¿Qué fue del hombre? —pregunté.

—Lo oculté —dijo—, y logré sacarlo subrepticamente de la ciudad.

Suspiró. —Me arrancó la promesa de seguirlo, pero sabía que no podría cumplirla.



—¿Y qué hiciste?

—Cuando él estuvo a salvo —dijo—, cumplí con mi deber. Comparecí ante el Consejo Superior de Tharna y lo confesé todo. Se decretó que yo debía perder la máscara de plata, vestir ropas de esclava y llevar el collar de hierro. Y después debía ser enviada a una de las Grandes Granjas para llevar el agua a los esclavos del campo.

Comenzó a llorar.

—No hubieras debido presentarte al Consejo Superior —dije.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Acaso yo no era culpable?

—Tú no eras culpable —respondí.

—¿Acaso el amor no es un delito? —preguntó.

—Sólo en Tharna —contesté.

—También tú eres extraño —dijo riendo—, como Andreas de Tor.

—¿Qué fue de Andreas? —pregunté—. Al no seguirlo tú ¿no vendrá a buscarte otra vez a la ciudad?

—No; él pensará que ya no lo quiero —bajó la cabeza—. Él seguirá su camino y buscará otra mujer que sea más dulce que una joven de Tharna.

—¿Crees eso de verdad?

—Sí —dijo y agregó—, y no volverá a la ciudad. Él sabe que lo prenderían y, a juzgar por su delito, posiblemente sería enviado a las minas —se estremeció—. Quizás, incluso, lo usarían en las Diversiones de Tharna.

—¿Entonces crees que él tiene miedo de volver a la ciudad? —pregunté.

—Sí, él no vendrá a la ciudad. No es tonto.

—¿Qué? —exclamó una alegre voz juvenil, afable e insolente—. ¿Qué podría saber una muchacha como tú acerca de los tontos, de la Casta de los Cantores, de nosotros los poetas?

Linna se puso de pie de un salto.

A través de la puerta del calabozo un hombre uncido a un yugo fue empujado hacia adelante por dos astas de lanza. Siguió tambaleándose a través de toda la mazmorra, hasta que chocó ruidosamente contra la pared. Luego logró hacer girar el yugo y deslizarse hasta conseguir sentarse.

Era un mozo desaliñado y robusto, de alegres ojos azules y una salvaje cabellera que me recordó la melena de un larl negro. Se sentó en la paja y nos miró con una sonrisa alegre y avergonzada. Estiró el cuello en el yugo y movió los dedos.

—Pues bien, Linna —dijo—, he venido a llevarte conmigo.

—¡Andreas! —exclamó Linna, y corrió a su encuentro.

## LOS JUEGOS DE THARNA

El sol me hería los ojos. La blanca arena perfumada, entremezclada con mica y plomo rojo, me quemaba los pies. Parpadeé una y otra vez intentando aminorar la tortura de la luz deslumbrante. Podía sentir cómo el calor del sol traspasaba mi yugo de plata.

Las astas de varias lanzas me pinchaban la espalda, empujándome. Avanzaba a tropezones, y me hundía hasta los tobillos en la arena ardiente. A mi derecha e izquierda otros prisioneros sufrían una suerte parecida; uncidos a sus yugos eran empujados como si fueran animales. Algunos se lamentaban, otros echaban maldiciones. Uno de ellos, el que iba a mi izquierda, se hallaba silencioso, yo sabía que era Andreas, de la ciudad desértica de Tor. Finalmente terminó el tormento de las puntas de lanza.

—¡De rodillas ante la Tatrix de Tharna! —ordenó una voz imperiosa, que nos hablaba a través de una especie de bocina.

Escuché la voz de Andreas junto a mí. —Qué extraño —dijo—, la Tatrix no suele presenciar los espectáculos de Tharna.

Me pregunté si no sería acaso yo la causa por la cual la Tatrix misma estuviera presente.

—¡De rodillas ante la Tatrix de Tharna! —repetió la voz, imperiosamente.

Los demás prisioneros obedecieron. Sólo Andreas y yo permanecemos de pie.

—¿Por qué no te arrodillas? —pregunté.

—¿Crees que sólo los guerreros son valientes?

De repente recibió un brutal golpe con una lanza en la espalda y cayó al suelo gimiendo. También a mí me alcanzó varias veces el asta de la lanza, me golpeó los hombros y la espalda, pero permanecí de pie. De alguna manera firme en el yugo como un buey. De pronto, con un sordo chasquido, el látigo se enroscó alrededor de mis piernas, como una serpiente de fuego. Sentí como si me separaran los pies del resto del cuerpo y caí pesadamente a la arena.

Miré a mi alrededor.

Como imaginaba, nos hallábamos hincados en la arena de un gran ruedo.

Se trataba de un espacio ovalado y tenía un largo aproximado de cien metros. El ruedo estaba tapiado por muros de cuatro metros de altura. Los muros estaban divididos en sectores, pintados de colores vivos: dorado, púrpura, rojo, naranja, amarillo y azul.

La superficie del ruedo, de blanca arena perfumada y reluciente de mica y

plomo rojo, contribuía a presentar un cuadro de alegre colorido. En algunas partes privilegiadas de las tribunas, que se levantaban por todos lados, flotaban gigantescos toldos de seda rayada amarilla y roja, que ondeaban al viento.

Parecía que todos los magníficos colores de Gor, ausentes en los edificios de Tharna, se prodigarán en este lugar de diversiones.

En las tribunas, a la sombra de los toldos, vi cientos de máscaras de plata. Las altivas mujeres de Tharna, tranquilamente sentadas en sus bancos sobre abigarrados cojines de seda, aguardaban expectantes el comienzo de los juegos.

También observé el gris de los hombres en las tribunas. Algunos de éstos eran guerreros armados, que posiblemente estuviesen apostados para cuidar el orden, pero muchos debían ser ciudadanos comunes de Tharna. Algunos parecían conversar entre ellos y acaso hicieran apuestas, pero los más estaban sentados rígidamente en sus bancos de piedra, graves y silenciosos en sus túnicas grises, y no era posible adivinar sus pensamientos. En el calabozo, Linna nos había contado a Andreas y a mí que el hombre de Tharna tenía la obligación de asistir a las diversiones de la ciudad por lo menos cuatro veces al año ya que, de lo contrario, él mismo era arrojado al ruedo.

Se oyeron gritos de impaciencia en las tribunas; agudas voces de mujer, que contrastaban extrañamente con la placidez de las máscaras plateadas. Todos los ojos parecían dirigirse hacia el sector de las tribunas delante del cual nos hallábamos arrodillados, resplandeciente de oro.

Alcé la mirada hacia el muro y allí, sobre un trono de oro, vi a la única mujer que tenía el derecho a llevar una máscara de oro, la Primera Mujer de Tharna, Lara, la Tatrix.

Se levantó de su trono dorado y alzó la mano. Llevaba un guante dorado en el que aleteaba un pañuelo también dorado.

Se hizo silencio en todo el ruedo.

A continuación, advertí con gran sorpresa, que los hombres de Tharna uncidos al yugo, arrodillados junto a mí en el ruedo, expulsados por su ciudad, condenados, comenzaron a cantar un extraño himno. Andreas y yo, que no éramos oriundos de la ciudad, fuimos los únicos que no participamos en el coro. Me atrevo a afirmar que Andreas estaba tan sorprendido como yo.

Aunque somos bestias abyectas  
que vivimos tan sólo para proporcionaros comodidad,  
que morimos tan sólo para proporcionaros placer,  
glorificamos las máscaras de Tharna.  
¡Gloria a las máscaras de Tharna!  
¡Gloria a la Tatrix de nuestra ciudad!

El pañuelo dorado cayó revoloteando sobre la arena del ruedo, y la Tatrix volvió a sentarse y se recostó cómodamente sobre los almohadones de su trono.

Una voz resonó por el tubo acústico. —¡Que comiencen los espectáculos de Tharna!

Este anuncio fue saludado por aclamaciones de entusiasmo y gritos estridentes, pero apenas pude escucharlos, ya que alguien me asió con rudeza y me puso de pie.

—En primer lugar —dijo la voz—, se procederá a la carrera de bueyes.

Nos encontrábamos en el ruedo unos cuarenta míseros cautivos, aproximadamente. En pocos segundos, los guardias nos separaron en grupos de a cuatro, sujetando nuestros yugos con cadenas. A punta de látigo nos llevaron hasta un lugar donde se hallaban algunos bloques grandes de granito, cada uno de los cuales pesaría una tonelada. A los costados de los bloques estaban adheridos unos aros de hierro; cada grupo fue encadenado a uno de esos bloques.

Se nos indicó la dirección que debíamos tomar. La carrera comenzaba y concluía frente al muro dorado, detrás del cual estaba sentada la Tatrix de Tharna resplandeciente de oro. Cada yunta tenía un auriga que llevaba consigo un látigo y se hallaba sentado sobre el bloque de piedra. Laboriosamente arrastramos los pesados bloques hasta llegar delante del muro dorado. El yugo de plata, que ardía al calor del sol, me quemaba el cuello y los hombros.

Al detenernos junto al muro oí la risa de la Tatrix y la ira me nubló la vista.

Nuestro auriga era el hombre de los brazaletes de cuero, que me había llevado de los calabozos del urt hasta la sala del trono de la Tatrix. Se aproximó e inspeccionó nuestras cadenas. Mientras examinaba mi yugo y mi cadena, dijo: —Dorna la Orgullosa apostó cien discotarns de oro a este bloque. Haz lo posible para que no pierda.

—¿Y si pierde? —pregunté.

—Entonces os querrá ver hervidos en aceite de tharlarión —dijo riendo.

Con un gesto displicente, la Tatrix levantó la mano unos centímetros por encima del brazo del trono y se dio comienzo a la carrera.

Nuestro bloque de granito no perdió.

Con los músculos doloridos, acuciados una y otra vez por el látigo de nuestro auriga, avanzábamos salvajemente. No tardamos mucho en maldecir la arena coloreada del ruedo, que se amontonaba delante del bloque, mientras arrastrábamos la roca metro a metro. Pero logramos ser los primeros en llegar hasta la zona del muro dorado. Al liberársenos de nuestras cadenas, descubrimos que uno de los hombres de nuestro tiro había muerto en el trayecto.

Nos dejamos caer en la arena sin avergonzarnos.

—¡Las luchas de bueyes! —gritó una de las máscaras plateadas, y su grito fue imitado por otras mujeres hasta que en todo el ruedo resonó: —¡La lucha de bueyes! —en boca de las mujeres de Tharna.

Por segunda vez se nos puso violentamente en pie, y advertí con espanto que en nuestros yugos se introducían púas de acero, de puntasafiladísimas de casi cuarenta centímetros de largo.

Andreas, cuyo yugo también fue provisto de esas púas, se volvió hacia mí — Tal vez debamos despedirnos, guerrero —dijo—. Sólo espero que no nos hagan luchar entre nosotros.

—Yo no te mataría —dije.

Me miró de una manera extraña. —Tampoco yo a ti —me respondió, después de un breve silencio— pero, si nos hacen luchar uno contra el otro y no lo hacemos, nos matarán a los dos.

—Que así sea —dije.

Andreas me sonrió. —¡Que así sea, guerrero! —asintió.

Uncidos a nuestros yugos, nos miramos con la certeza de que allí, en las arenas del ruedo de Tharna, ambos habíamos encontrado un amigo.

Mi adversario no fue Andreas, sino un hombre vigoroso y corpulento de cabeza rubia y rapada, Kron de Tharna, de la Casta de los Metalistas. Sus ojos eran azules como el acero. Una oreja le había sido arrancada.

—He sobrevivido tres veces a los espectáculos de Tharna —me dijo cuando nos vimos frente a frente.

Lo observé atentamente. No cabía duda de que era un adversario peligroso.

El hombre de los brazaletes nos rodeó con su látigo sin apartar la vista del trono de la Tatrix. Cuando volviera a levantarse el guante dorado comenzaría la terrible lucha.

—Seamos humanos —le dije a mi adversario—. Neguémonos a participar en este juego sin sentido. No tengo deseos de matarte para darle el gusto a estas mujeres de máscaras plateadas.

El hombre rubio me miró fijamente con rabia, como si no me comprendiera. Luego creí advertir que mis palabras habían llegado hasta él, tocaban algo en lo más íntimo de su ser. Un breve resplandor iluminó sus ojos celestes, pero no duró más que un segundo.

—Nos matarían a los dos —dijo.

—Sí.

—Forastero —dijo—. Quiero sobrevivir, aunque solo sea una vez más, a los espectáculos de Tharna.

—Como quieras —contesté, y me puse en guardia.

La mano de la Tatrix debió haberse levantado. No la vi, pues ya no despegaba la vista de mi adversario.

—Comenzad —dijo el hombre de los brazaletes.

Kron y yo empezamos a dar vueltas uno en torno al otro, levemente inclinados hacia adelante para poder herir al adversario con los cuernos de nuestro yugo.

Una, dos veces, Kron me atacó, deteniéndose empero en el último momento, para ver si podía hacerme avanzar y perder el equilibrio, al intentar detener el golpe.

Nos movíamos cautelosamente, de tanto en tanto, amagábamos una embestida con nuestros terribles yugos. En las tribunas cundió el desasosiego. El látigo sonó

en la mano del hombre de los brazaletes: —¡Que corra la sangre! —dijo.

De repente, el pie de Kron se deslizó por la blanca arena perfumada, resplandeciente de plomo rojo y mica, y una nube de partículas coloreadas voló por los aires en dirección hacia mis ojos. Los granos de arena cayeron sobre mí como una tormenta plateada y carmesí. Me tomaron por sorpresa, me cegaron.

Me dejé caer rápidamente de rodillas y las púas de Kron pasaron sobre mi cabeza. En el mismo instante me enderecé debajo de su cuerpo, lo cargué sobre mis hombros y lo arrojé hacia atrás sobre la arena.

Oí el ruido sordo de su cuerpo al caer, el grito de miedo, el furioso jadeo de Kron. No podía volverme para atravesado con mis púas, pues no podía correr el riesgo de fallar.

Sacudí la cabeza salvajemente; con mis manos, presas en el yugo, trataba infructuosamente de alcanzar los ojos para restregármelos y poderme sacar así los granos de arena que tenía bajo los párpados, que me quemaban y me cegaban. A través de las tinieblas, cubierto de sudor, uncido al yugo que se sacudía violentamente, oía los gritos salvajes de la muchedumbre.

Casi ciego, oí cómo Kron se enderezaba, levantando el pesado yugo que lo sujetaba. Oí su respiración entrecortada, su fuerte jadeo, que me hacía pensar en un animal. Oí sus pasos cortos y rápidos en la arena, que lo acercaban a mí en un ataque semejante al de un toro.

Coloqué mi yugo en posición oblicua, me deslicé entre sus puntas, rechazando el golpe. Se oyó un estruendo, como el de dos yunques al chocar.

Traté de asir sus manos, pero él mantenía los puños cerrados y alejados de mí, en la medida en que el yugo se lo permitía. Mi mano se aferró a su puño y resbaló, incapaz de sostenerlo debido al sudor que nos empapaba a ambos.

Kron volvió al ataque, una, dos veces más y yo siempre lograba parar el golpe y resistir la poderosa embestida de su yugo, eludiendo los cuernos asesinos. En una ocasión no fui tan afortunado y un cuerno de acero me rasgó el costado haciéndome sangrar.

La multitud de las tribunas deliraba.

Súbitamente logré colocar mis manos bajo su yugo; éste ardía bajo el efecto del sol, igual que el mío, y de inmediato empezaron a dolerme las palmas de las manos. Kron era un hombre pesado pero pequeño, y pude levantar su yugo junto con el mío, dejando atónita a la multitud de espectadores, que había enmudecido.

Kron lanzó una maldición al sentir que sus pies habían perdido contacto con el suelo. Empezó a retorcerse, aprisionado, pataleando en dirección hacia mí, pero en un alarde de fuerzas lo arrastré hasta el muro dorado y lo arrojé contra él. La conmoción fue sumamente violenta para el hombre, preso en su yugo; de haber sido menos robusto habría significado su muerte.

Kron, que seguía uncido al yugo, estaba inconsciente. El peso de éste fue arrastrando lentamente su cuerpo inerte a lo largo del muro, hasta quedar yaciendo de costado en arena. Entretanto, el sudor y las lágrimas provocados por la ardiente

irritación de la arena, me habían limpiado los ojos.

Alcé el rostro Y miré la máscara resplandeciente de la Tatrix. Junto a ella pude distinguir la máscara plateada de Dorna la Orgullosa.

—Mátalo —dijo Dorna y señaló a Kron, que yacía inconsciente.

Recorrí las tribunas con la vista.

Por todas partes veía las máscaras plateadas y oía voces estridentes que me ordenaban: —¡Mátalo!

Por doquier veía el gesto despiadado, la mano derecha extendida con la palma hacia adentro, el gesto que imita el movimiento de una cuchilla que cae. Las mujeres de las máscaras plateadas se habían puesto de pie y la estridencia de sus gritos agudos me penetraba como un cuchillo. El aire parecía vibrar al grito de: — ¡Mátalo!

Me volví y lentamente caminé hasta el centro del ruedo.

Permanecí de pie con la arena hasta los tobillos, cubierto de sudor y polvo, con la espalda ensangrentada por los latigazos de la carrera de la roca y el costado herido por el cuerno del yugo de Kron. Permanecí inmóvil.

La ira de los espectadores no tenía límites.

Ahora que me encontraba en el centro del ruedo solo y silencioso, con un aire ausente, aparentando no escuchar, aquellos cientos o más bien miles de mujeres que llevaban máscaras plateadas comprendieron que allí había alguien que no se doblegaría a su voluntad. Que el ser que se hallaba solo de pie frente a ellas les había arruinado la fiesta. De pie, chillando, amenazando con sus puños plateados, arrojaban sobre mí su furia y frustración. La ira estridente de estos seres enmascarados no parecía tener límites, parecía rayar en la histeria o la demencia.

De pie en medio del ruedo, aguardaba tranquilamente a los guerreros.

El primero en llegar fue el hombre del látigo; su rostro estaba distorsionado por la ira. Violentamente me azotó la cara con la correa. —¡Eslín! —gritó—. ¡Has arruinado los espectáculos de Tharna!

Dos guerreros me quitaron apresuradamente los cuernos del yugo y me arrastraron hasta el muro dorado. Nuevamente me encontré a los pies de la máscara dorada de la Tatrix.

Me pregunté si me sería deparada una muerte rápida. De repente reinó el silencio en el estadio. Una extraña tensión vibraba en el aire, mientras todos esperaban las palabras de la Tatrix. Encima de mí resplandeció la túnica y la máscara dorada. Sus palabras fueron claras y precisas.

—¡Quitadle el yugo! —dijo.

Creí haber oído mal.

¿Había conquistado mi libertad? ¿Era esto lo que ocurría en los espectáculos de Tharna? ¿O bien, la salvaje y altanera Tatrix habría reconocido la crueldad de los juegos? ¿Un corazón habría latido súbitamente bajo la fría y reluciente túnica de oro, demostrando que esa mujer era capaz de sentir compasión? ¿O habría logrado imponerse el sentido de la justicia, el sentimiento de que yo era inocente y podría

abandonar Tharna dignamente?

Mi corazón se sintió invadido por una emoción, el agradecimiento. —Gracias, Tatrix —dije.

Ella se rió. —Para que sirva de alimento al tarn —dijo.

## 14

### EL TARN NEGRO

Me quitaron el yugo.

Los demás prisioneros fueron alejados del ruedo a latigazos, llevados a sus calabozos para ser utilizados en otra oportunidad en los espectáculos, o quizás enviados a las minas.

Andreas de Tor trató de permanecer a mi lado y compartir mi destino, pero lo habían golpeado llevándose del ruedo en estado inconsciente.

Los espectadores parecían aguardar con particular expectación la función que tendría lugar a continuación. Las máscaras de plata se movían impacientemente debajo de los toldos de seda que ondeaban al viento. Algunas acomodaban los almohadones de seda, otras se servían distraídamente dulces y otros manjares que les ofrecían individuos vestidos de gris. Rompían el silencio voces que reclamaban la presencia del tarn y se escuchaban burlas dirigidas hacia mí.

Tal vez los espectáculos de Tharna no habían sido estropeados del todo, quizás aún quedaba lo mejor por ver. Indudablemente mi muerte por obra del pico y las garras de un tarn ofrecería un espectáculo gratificante a las insaciables máscaras de Tharna, una adecuada compensación por la desilusión sufrida, por el menosprecio a su voluntad, por el desafío que habían debido tolerar.

Pese a que tenía conciencia de que había llegado el momento de morir, no me disgustó la manera en que ocurriría. El espectáculo podría parecerle terrible a las máscaras de Tharna, pero ellas ignoraban que yo había sido tarnsman y que conocía al tarn, su poder y ensañamiento, que lo amaba a mi manera y que, como guerrero, no consideraba deshonroso morir víctima de un tarn.

Reí torvamente para mis adentros.

A mí me ocurría lo mismo que a la mayor parte de los miembros de mi casta: el monstruoso tarn, el gigantesco halcón carnívoro de Gor, me inspiraba menos temor



que otros seres como, por ejemplo, el diminuto ost, aquel pequeño reptil venenoso anaranjado, de pocos centímetros de largo, que puede acechar junto al pie de un hombre y atacar súbitamente sin provocación ni advertencia previa. Los dientes del ost son finos como agujas, y su mordedura no es más que el prelude de un tormento terrible, que indefectiblemente lleva a la muerte. Entre los guerreros, la mordedura de un ost se consideraba una de las puertas más crueles de acceso a la Ciudad del Polvo; se prefería morir destrozado por las garras afiladas de un tarn.

Me habían liberado de mis cadenas.

Estaba libre y podía caminar por la arena; las únicas murallas que me mantenían cautivo eran las que circundaban el ruedo. Disfrutaba de mi nueva libertad, sin estar uncido al yugo, si bien sabía que sólo me la concedían para hacer aún más atractivo el espectáculo. El hecho de que yo pudiera correr, gritar y patear, que pudiera tratar de ocultarme en la arena, todo esto seguramente deleitaría a las máscaras plateadas de Tharna.

Moví las manos, los hombros, la espalda. Mi túnica hacía rato que estaba desgarrada hasta la cintura, de modo que desprendí del todo los fastidiosos harapos hasta la cintura. Mi cuerpo gozaba de la libertad reconquistada.

Lentamente me encaminé hasta el pie del muro dorado, donde se encontraba el pañuelo de la Tatrix, a cuya señal se habían iniciado los juegos.

Lo recogí.

—Guárdalo como un obsequio —dijo una voz orgullosa desde arriba.

Alcé la cabeza y fijé la vista en la reluciente máscara dorada de la Tatrix.

—Consérvalo como algo que siempre te recordará a la Tatrix de Tharna —dijo una voz detrás de la máscara de oro, en tono divertido.

Con una sonrisa sarcástica miré la máscara dorada, usé el pañuelo para quitarme del rostro el sudor y la arena.

Allá en lo alto, la soberana profirió un grito de furia.

Me colgué el pañuelo al cuello y regresé al centro del ruedo

Apenas hubé llegado, una parte de la pared fue enrollada dejando un portón al descubierto, que llegaba casi a la misma altura que la pared, y un ancho de aproximadamente cinco metros. Por el portón avanzaban dos largas filas de esclavos uncidos a un yugo que, azuzados por los latigazos de los guardias traían a rastras una gran plataforma de madera asentada sobre ruedas enormes.

Desde las gradas se oían gritos de sorpresa y alegría procedentes de las excitadas máscaras de plata de Tharna.

La crujiente plataforma fue sacada al ruedo, lentamente, arrastrada por los esclavos que, uncidos como bueyes, caminaban pesadamente en la arena y, poco a poco, vi aparecer al tarn, un animal negro y gigantesco que llevaba la cabeza envuelta y el pico atado. Una de sus patas estaba encadenada a una pesada barra de plata. El pájaro no podría volar, pero sí podría moverse, arrastrando consigo la barra. También él estaba uncido a un yugo en Tharna.

La plataforma se iba aproximando y la multitud advertía, con sorpresa, que yo

iba a su encuentro.

El corazón me latía violentamente.

Examiné al tarn.

El diseño de sus plumas no me era desconocido. Observé el plumaje, de un negro resplandeciente, y el monstruoso pico amarillo, ahora cruelmente atado. Contemplé el aleteo de las alas enormes, que batían el aire, arrojando al suelo a los esclavos al pasar por encima de ellos como un huracán, haciendo rechinar las cadenas. El enorme animal alzó la cabeza. Olió el aire libre y empezó a aletear violentamente.

Por supuesto no intentaría volar mientras tuviese la cabeza cubierta; yo dudaba también de que el ave intentara tomar altura mientras tuviera que arrastrar la enorme barra de plata. Si realmente se trataba del pájaro que yo creía reconocer, no se prestaría fácilmente a servir de espectáculo a sus carceleros. Sé que esto podrá parecer extraño, pero creo que muchos animales conocen el orgullo, y sí es así, este monstruo era uno de ellos.

—¡Atrás! —gritó uno de los guardias, provisto de un látigo.

Le arranqué el látigo de la mano y lo hice a un lado con mi brazo. Trastabilló y cayó en la arena. Despreciativamente arrojé el látigo detrás de él.

Me hallaba cerca de la plataforma y quería ver el aro del ave. Comprobé con satisfacción que sus garras estaban reforzadas con acero. Se trataba de un tarn de guerra, un animal adiestrado para demostrar su resistencia, su temeridad; un animal adiestrado para la lucha por los cielos de Gor. Mi olfato inhaló la fragancia salvaje y penetrante del tarn, que a algunos les resulta repugnante, pero que a un tarnsman le huele a perfume.

De pie junto al pájaro casi me sentí feliz, a pesar que sabía que el tarn se encontraba allí para matarme. Era como si por fin hubiera regresado a Ko-ro-ba, como si en esta ciudad gris y hostil hubiera encontrado algo que me era conocido y propio, que también había contemplado las Torres del Amanecer. Cogí el aro del ave con la mano y, como suponía, comprobé que con una lima habían borrado el nombre de su ciudad natal.

—Este tarn —le dije a uno de los esclavos— procede de Ko-ro-ba.

El esclavo se estremeció bajo el yugo al oír el nombre la ciudad. Se apartó de mí, ansioso de ser llevado de nuevo, como si se tratara de un animal, a la seguridad de su celda.

Aunque a la mayor parte de los espectadores debió parecerle que el tarn se hallaba extrañamente tranquilo, yo sabía que el animal temblaba de excitación, al igual que yo. Parecía inseguro. El tarn había levantado la cabeza, parecía alerta en la oscuridad de cuero de su envoltura. Me preguntaba si habría inhalado mi olor. En ese preciso momento el pico amarillo se volvió inquisitivamente en mi dirección.

El hombre de los brazaletes de cuero, que tantas veces me había azotado con su correa en las últimas horas, se acercó con el látigo en alto.

—¡Sal de ahí! —gritó.

Clavé mis ojos en él. —¡Ya no soy un esclavo uncido al yugo! —exclamé—. ¡Te hallas frente a un guerrero!

Su puño se crispó en torno al látigo.

Me reí en su cara. —¡Si me golpeas te mataré!

—No te temo —dijo. Tenía el rostro pálido—, retrocedió. Bajó el brazo que sostenía el látigo, un brazo que temblaba.

Volví a reírme.

—De todos modos, pronto estarás muerto —balbuceó—. Cien tarnsmanes intentaron montar este ave y ninguno sobrevivió al intento. La Tatrix decidió que este tarn se reservara únicamente para los espectáculos, a fin de que devorara a eslines como tú.

—¡Quítale la envoltura de la cabeza! —Ordené—. ¡Ponlo en libertad!

El hombre me miró como si yo hubiese perdido el juicio. A decir verdad, a mí mismo me sorprendió la vivacidad con que pronuncié estas palabras. Algunos guerreros, armados con lanzas, se acercaron apresuradamente y me hicieron retroceder, alejándome del tarn. Quedé de pie en la arena, a alguna distancia de la plataforma, mirando como soltaban al animal.

La multitud, en las tribunas, había enmudecido.

Me preguntaba qué estaría ocurriendo detrás de la máscara dorada de Lara, la Tatrix de Tharna, y también si el ave me reconocería.

Un esclavo de talla menuda, sostenido en vilo por otro esclavo, empezó a soltar las cuerdas que sujetaban el pico con movimientos rápidos, y la envoltura en torno a la cabeza del tarn. Luego saltó al suelo.

El ave abrió el pico y las cuerdas sueltas se cayeron al suelo. Con un altivo movimiento de cabeza estalló en el aire el estremecedor grito de guerra del tarn. Las plumas negras de su cerviz se erizaron y el viento parecía agitarlas una a una.

Me impresionó como un espectáculo magnífico.

Sabía que tenía delante de mí a uno de los animales de rapiña más peligrosos de Gor, pero aun así me parecía hermoso.

Sus brillantes ojos redondos, con pupilas semejantes a estrellas negras, se volvieron hacia mí.

—¡Sí, Ubar de los cielos! —exclamé y extendí los brazos. Había lágrimas en mis ojos—. ¿No me conoces? ¡Soy Tarl! ¡Tarl de Ko-ro-ba!

No supe qué efecto pudo tener esta exclamación sobre los espectadores, pues me había olvidado de ellos. Me dirigía al tarn gigantesco, como si fuese un guerrero, un miembro de mi casta: —Tú, al menos, no temes al nombre de mi ciudad.

Despreciando el peligro corrí hacia el ave. Salté sobre la pesada plataforma de madera sobre la cual se encontraba. Le eché los brazos al cuello y empecé a llorar. El tarn me tocó con su gran pico, como si estuviera interrogándome. Naturalmente un animal como él no podía sentir emociones; sin embargo, cuando sus grandes

ojos redondos me examinaron, me pregunté qué pensamientos albergaría su cerebro de ave. ¿Recordaría acaso las aventuras que habíamos vivido juntos, el sonido de las armas en la lucha aérea?

¿Recordaba el Vosk que, semejante a una cinta plateada, se deslizaba debajo de nosotros, la escarpada Cordillera Voltai, recordaría Thentis, las luces de la ciudad de Ar, en la que en cierta oportunidad se había festejado la fiesta de Sa-Tarna, cuando los dos nos habíamos atrevido a apoderarnos de la Piedra del Hogar de la ciudad más grande que se conocía en Gor? No; probablemente el ave no compartía estos recuerdos, que tanto significaban para mí. Suavemente el gigantesco tarn metió su pico debajo de mi brazo. En ese momento tuve la certeza de que los guerreros de Tharna tendrían que matar a dos seres, ya que el tarn me defendería a muerte.

El ave alzó su terrible cabeza de gigante y clavó la mirada en las tribunas. Luego sacudió la pata que lo sujetaba a la gran barra de plata.

Me arrodillé y comprobé que la barra no estaba soldada, ya que en la jaula del tarn se la habían quitado para que pudiera posarse en ella y moverse con libertad. Por suerte, tampoco había candado; lo que sí descubrí fue un perno pesado de aproximadamente cinco centímetros de diámetro.

Tiré del perno, pero éste no se movió; lo habían ajustado con una llave de tuercas. Lo agarré con más fuerza, pero continuó sin ceder. Luché, comencé a lanzar maldiciones. Una voz interior imploraba para que el perno se moviera; pero no pasó nada.

Tomé conciencia de los gritos de las tribunas. No eran simplemente gritos de impaciencia, sino de consternación. Las máscaras plateadas de Tharna no sólo se veían defraudadas por segunda vez al privárselas del espectáculo, sino que estaban confusas, perplejas. No tardaron mucho en advertir que el tarn, cualquiera fuera la extraña causa que lo motivara, no me atacaría y que yo, fuera cual fuere mi suerte, estaba dispuesto a ponerlo en libertad.

La voz de la Tatrix llegó a mis oídos.

—¡Matadle! —gritó.

También oí la voz de Dorna la Orgullosa que azuzaba a los guerreros para que se apresuraran. Pronto las lanzas de Tharna estarían junto a nosotros. Dos o tres guerreros ya habían saltado los muros de las tribunas y se aproximaban. La gran puerta por la que habían traído al tarn se fue abriendo y un grupo de guerreros se precipitó al ruedo.

Mis manos se aferraron con más fuerza al extremo del perno, manchado ahora con mi sangre. Podía sentir los músculos de mis brazos y de mi espalda, presionando el metal que se resistía. Una lanza se clavó en la madera de la plataforma. Yo estaba bañado en sudor. Una segunda lanza vibró en la madera, más cerca que la primera. Tenía la sensación de que el metal me desgarraba la carne, de que quebrantaba los huesos de mis dedos. Una tercera lanza cayó y rozó mi pierna. El tarn deslizó su cabeza por encima de mí y lanzó un grito penetrante y

feroz, un grito terrible de rabia, que debió paralizar a todos, espectadores y guerreros. Los lanceros parecían petrificados y retrocedían, como si el gigantesco tarn ya estuviese en libertad.

—¡Imbéciles! —gritó el hombre del látigo—. ¡El tarn está encadenado! ¡Atacad! ¡Matadlos a ambos!

En ese momento cedió el perno, desprendiendo la cadena con la barra plateada del aro de la pata.

Como si comprendiera que estaba en libertad, el tarn sacudió el metal aborrecido de su pata, levantó el pico al cielo y lanzó un grito que seguramente se debió oír en toda Tharna, un grito de aquellos que quizá sólo se oyen en las montañas de Thentis o en la Cordillera Voltai: el grito del tarn salvaje, victorioso, que reclama para sí toda la tierra con todo lo que en ella se encuentre.

Durante un segundo tuve la sensación humillante de que el ave alzaría el vuelo de inmediato; pero a pesar de que el metal ya no la sujetaba, a pesar de estar libre, a pesar de que los guerreros se aproximaban, el ave permaneció inmóvil.

Salté sobre su lomo y me aferré a las plumas del cuello. Habría dado cualquier cosa por una silla de tarn y el ancho cinto color púrpura que sujeta al guerrero a la silla.

Apenas el tarn sintió mi peso, gritó una vez más y con una explosión de sus anchas alas levantó el vuelo y enseguida ganó altura, describiendo círculos vertiginosos. Algunas lanzas cayeron lentamente, describiendo una parábola debajo nuestro sobre la coloreada arena del ruedo. Se escucharon gritos de ira, cuando las máscaras de plata de Tharna se empezaron a dar cuenta que la presa se les escapaba, que los espectáculos habían fracasado.

No tenía posibilidad de guiar al tarn a mi voluntad. Generalmente este ave es conducida con la ayuda de arreos. Se le pasa un aro alrededor del cuello, el que, a intervalos regulares, lleva seis riendas. Éstas pasan al aro que está firmemente sujeto a la silla. Presionando las riendas se logra conducir al animal; pero yo carecía tanto de silla como de riendas y ni siquiera tenía un aguijón de tarn, sin el cual la mayor parte de los tarnsmanes ni se atreven a aproximarse a sus salvajes cabalgaduras.

Esto último no me preocupaba seriamente, ya que muy rara vez había utilizado este instrumento. Al principio lo usaba poco, pues temía que el efecto de su cruel estímulo pudiera menguar si lo aplicaba con excesiva frecuencia; finalmente dejé de emplearlo por completo, y sólo lo llevaba conmigo para poder defenderme en caso de que el ave, particularmente si estaba hambrienta, se volviera contra mí. En efecto: se sabía que en caso de pasar mucha hambre los tarns devoraban a sus propios dueños, y no es raro que, cuando buscan alimento, ataquen a un ser humano con la misma avidez que dedican al antílope amarillo, el tabuk, su presa favorita, o al maligno y corpulento bosko, un buey salvaje de larga y enmarañada pelambre, que se encuentra en las llanuras goreanas. En mi opinión, el aguijón de tarn, al menos con mi monstruo, no mejoraba sino, por el contrario, perjudicaba su

actuación.

Vi como se iban empequeñeciendo las torres de Tharna y el óvalo brillante del ruedo debajo de las alas del tarn. Me colmaba el sentimiento de exaltación que había experimentado en mi primer vuelo con este animal. Más allá de Tharna y sus parajes sombríos, divisé los verdes campos de Gor, los bosques de árboles amarillos de Ka-la-na, la superficie resplandeciente de un plácido lago y allí arriba el cielo azul que me atraía.

—¡Estoy libre! —grité.

Pero al emitir esta exclamación sabía para mis adentros, que esto no era cierto y la vergüenza me hizo arder las mejillas. Porque ¿cómo podía estar libre si otros tenían que seguir viviendo cautivos en aquella ciudad gris?

Allí estaba, por ejemplo, la muchacha, la cálida Linna que me había ayudado, cuyo pelo color castaño estaba anudado con un tosco cordón y que llevaba el collar gris de una esclava estatal de Tharna. Ahí estaba Andreas de Tor, de la Casta de los Cantores, joven, valiente, indomable, un hombre que prefería morir antes que matarme, condenado a los espectáculos o a las minas de Tharna. Y tantos otros, libres o uncidos a un yugo esposados o no, en las minas y en las Grandes Granjas, en la ciudad misma. Y todos ellos sufrían bajo el poder de Tharna y de sus leyes, aplastados por el peso de las tradiciones de la ciudad, seres humanos que sabían que lo mejor que podía sucederles en su vida era cuando, al final de una ardua jornada de trabajo, recibían una escudilla de Kal-da.

—¡Tabuk! —le grité al gigante emplumado—. ¡Tabuk!

El tabuk es el antílope goreano más común, un animal pequeño y gracioso, de color amarillo y provisto de un solo cuerno, que habita las espesuras de Ka-la-na del planeta, y que a veces se interna cautelosamente en las praderas en busca de sal y bayas. El tabuk es una de las presas favoritas del tarn.

El tarnsman emplea el grito de “tabuk” en vuelos largos cuando el tiempo es precioso, y desea que el tarn cace sin necesidad de desmontar. Si divisa en los campos un tabuk o cualquier otro animal que suela servir de alimento al ave, grita “tabuk”.

Es la señal para que el tarn emprenda la caza. Da el zarpazo, devora su presa y prosigue el vuelo, sin que el tarnsman tenga que apearse en ningún momento. Era la primera vez que yo exclamaba “tabuk”; pero mi tarn seguramente estaba bien amaestrado por los criadores de tarns de Ko-ro-ba y tal vez reaccionaría frente a la orden, aprendida hacía tantos años. Por mi parte, siempre había puesto en libertad a mi tarn cuando se disponía a cazar. Sentía que era conveniente que el animal pudiera descansar de vez en cuando, y además, para ser sincero, no sentía muchos deseos de presenciar las comilonas del animal.

Advertí con alegría que el gran tarn negro no tardó en describir largos círculos, como si me lo hubiera entregado el criador un día antes. Realmente era el tarn de los tarns; mi Ubar de los cielos.

Me había decidido por llevar a cabo un plan desesperado, que me ofrecía muy

pocas perspectivas de éxito, a menos que el tarn trabajara a mi favor. Sus ojos malignos brillaban examinando el suelo, la cabeza y el pico estaban extendidos, las alas apenas se movían mientras que, describiendo amplios círculos, volaba sobre las grises torres de Tharna, perdiendo cada vez más altura.

Sobrevolamos el ruedo de Tharna en el que aún reinaba el bullicio de las multitudes furiosas. Las tribunas seguían llenas de personas, a la espera que la dorada Tatrix abandonara la primera el escenario de las macabras diversiones de la ciudad gris.

En medio de la muchedumbre descubrí allí abajo, en la distancia, la vestidura dotada de la Tatrix.

—¡Tabuk! —exclamé— ¡Tabuk!

El gran animal de rapiña giró hábilmente en su vuelo. Se detuvo con el sol a sus espaldas. Sus garras armadas de acero colgaban como ganchos. Inmóvil, parecía estremecerse en el aire y luego levantó las alas, que me envolvieron casi por completo y no se movió más.

La caída fue tan suave y silenciosa como la de una piedra, como cuando se abre una mano. Me aferré violentamente al ave. Sentía el corazón en la boca. Las tribunas, repletas de vestiduras y máscaras, parecía venírseme encima.

Debajo de nosotros se oían gritos estridentes de terror. Allí abajo se notaba una gran agitación en las vestiduras relucientes de las máscaras de plata; las mujeres de Tharna, sedientas de sangre hasta hacia pocos minutos, huían ahora presas de terror, corrían para salvar sus vidas, se atropellaban unas a otras, se arañaban y forcejeaban, saltaban sobre los bancos, e inclusive se arrojaban por encima de la muralla a la arena del ruedo.

En un instante, que debió ser el más terrible de su vida, la Tatrix de Tharna se encontró sola delante de su trono, abandonada por todos, de pie en medio de los almohadones y platos con dulces desparramados. Miraba hacia arriba. Un grito salvaje resonó detrás de la dorada máscara plácida e inexpressiva. Las mangas doradas de su vestidura, las manos protegidas por guantes de oro, se alzaron y cubrieron su rostro. Por una fracción de segundo pude ver sus ojos detrás de la máscara y leer en ellos un temor histérico.

El tarn atacó a su presa.

Las garras reforzadas de acero se cerraron como ganchos poderosos alrededor del cuerpo de la Tatrix. Durante un instante, mi animal se mantuvo quieto, extendiendo la cabeza y el pico, batiendo las alas, con la presa entre las garras, profiriendo el terrible grito de captura del tarn, un grito de triunfo y desafío.

La Tatrix no estaba siquiera en condiciones de gritar.

El ave gigantesca batió las alas y levantó el vuelo delante de todos los espectadores, se alzó por encima de las tribunas del ruedo, de las torres y los muros de Tharna y partió rumbo al horizonte. El reluciente cuerpo de la Tatrix pendía de sus garras.

## CERRAMOS UN TRATO

El grito de “tabuk” es la única palabra ante la que, gracias al adiestramiento, un tarn reacciona. Todas las demás indicaciones se le transmiten a través de las riendas y el aguijón. Me reproché amargamente el no haber acostumbrado al ave a responder a otras órdenes verbales. En mi estado actual, desprovisto de riendas y de silla de montar, tal adiestramiento me hubiera resultado muy valioso.

Entonces, súbitamente, se me ocurrió una idea. Cuando llevé a Talena de Ar a Ko-ro-ba, la había iniciado durante el vuelo en los secretos de las riendas, para ayudarle, al menos mientras yo estuviera a su lado, a aprender a dominar al monstruo.

Cada vez que había sido necesario cambiar el rumbo le había gritado qué riendas debía utilizar: “¡Primera rienda! ¡Sexta rienda!”. Ella tiraba entonces de la rienda correspondiente. Esa había sido la única conexión entre la voz humana y la posición de las riendas en el collar que mi tarn conocía. Naturalmente, era imposible que el ave aprendiera en tan poco tiempo. Por otra parte, tampoco había sido ésta mi intención, ya que sólo había hablado pensando en Talena. Y aun si al ave se la hubiera adiestrado en tan poco tiempo, no era posible que todavía recordara aquella enseñanza casual, ocurrida hacía más de seis años.

—¡Sexta rienda! —exclamé.

La gran ave se desvió hacia la izquierda y comenzó a ascender levemente.

—¡Segunda rienda! —exclamé, y el animal giró hacia la derecha, continuando el ascenso.

—¡Cuarta rienda! —grité, y el ave comenzó a descender, disponiéndose a aterrizar.

—¡Primera rienda! —exclamé riendo, fuera de mí de gozo, y el gigante emplumado, el titán de Gor, rápidamente ganó altura.

Me callé y el ave terminó su ascenso, mientras sus alas batían el aire con grandes golpes rítmicos. Vi cómo los pasangs se deslizaban velozmente a mis pies, y cómo Tharna desaparecía a la distancia.

Espontáneamente, sin pensarlo, eché los brazos alrededor del cuello del animal y lo estreché cariñosamente. El ave prosiguió su vuelo imperturbablemente, sin



hacer caso de mí. Me reí y le di dos palmadas en el cuello. Naturalmente era sólo uno de los animales de ese planeta, pero yo lo quería.

Deben perdonarme si les digo que en ese momento me sentía feliz, un poco extraño dadas las circunstancias. Pero yo sentía como un tarnsman, y un tarnsman me comprendería. Conozco pocas sensaciones tan magníficas y divinas como compartir el vuelo de un tarn.

Y yo era un tarnsman, era uno de esos hombres que prefería la silla de montar de uno de esos feroces titanes al trono de un Ubar.

Se dice que si uno ha sido alguna vez un tarnsman, ya no puede prescindir de estos pájaros gigantescos, y creo que esto es cierto. Uno es consciente de que debe dominar al tarn o de lo contrario, será devorado por él. Se sabe que se trata de un animal libre y maligno. Todo tarnsman sabe que su animal puede volverse contra él en cualquier momento, de forma inesperada. Y a pesar de todo no elige otra vida. Una y otra vez monta al ave con alegría en su corazón, tira de la primera rienda y, con un grito, urge al monstruo para que levante el vuelo. Más que todo el oro del mundo, por encima de los innumerables cilindros de Ar valora aquellos momentos sublimes, solitarios en las alturas, en los que, expuesto al viento, él y el ave se encuentran unidos como si fueran un solo ser. Diré para concluir que me sentía gozoso de volver a montar mi tarn.

Por debajo del ave se oyó de pronto un gemido fuerte, tembloroso, un sonido incontrolado de desamparo, proveniente de la presa dorada sostenida por sus garras.

Me recriminé haber sido tan inconsciente. Mi alegría al sentirme de nuevo volando me había hecho olvidar completamente a la Tatrix. ¡Qué terrible debía haberle parecido a ella nuestro viaje de cientos de metros sobre las llanuras de Tharna, presa en las garras del animal, sin saber si en cualquier momento no la arrojarían al vacío o la llevarían a cualquier peñasco donde sería desgarrada por el pico monstruoso y las terribles garras del tarn!

Me volví para ver si me perseguían. Los perseguidores no podían dejar de aparecer a pie o sobre tarns. Tharna no mantenía una gran caballería de tarns, pero seguramente lanzaría al menos algunos escuadrones de tarnsmanes para rescatar y vengar a la Tatrix. El hombre de Tharna, que desde su nacimiento está educado de tal modo que se considera un ser inferior e indigno, y en el mejor de los casos, un torpe animal de carga, no es casi nunca un buen tarnsman. Sin embargo yo sabía que había tarnsmanes en Tharna, buenos jinetes, pues el nombre de esta ciudad gozaba de respeto entre las aguerridas y hostiles ciudades goreanas. Sus tarnsmanes serían mercenarios u hombres como Thorn, Capitán de Tharna que, a pesar de su educación, habían conservado cierta altivez y un mínimo de orgullo de casta.

Oteé el cielo en vano. Todavía no se advertía ninguna de las pequeñas manchas que me hubieran indicado que otros tarns hubiesen partido de Tharna. El cielo estaba azul y vacío. Hacía rato que el último tarnsman debía haber alzado el vuelo,

pero yo no vi nada.

Mi presa dorada lanzó otro gemido.

A unos cuarenta pasangs de distancia divisé algunos picos rocosos que se elevaban en una gran llanura llena de flores de talendro, una delicada flor de pétalos amarillos, con la que las jóvenes goreanas suelen hacer guirnaldas.

Al cabo de unos diez minutos nos hallábamos encima de la formación rocosa.

—¡Cuarta rienda! —grité.

El monstruo contuvo su vuelo, moderó la velocidad con sus alas y al final se posó suavemente sobre una de las elevaciones. Una arista rocosa desde la cual se podía contemplar el paisaje en muchos pasangs a la redonda, un lugar sólo accesible a un tarn.

Salté del lomo del monstruo y me apresuré a colocarme junto a la Tatrix para protegerla, en caso de que el tarn quisiera saciar su hambre inmediatamente. Arranqué las garras encorvadas del cuerpo de la mujer, hablándole al tarn y empujando sus patas hacia un costado. El ave parecía confundida. ¿Acaso no la había incitado al grito de tabuk? ¿Acaso no se le permitiría comer lo que había cazado? ¿No era ésta su presa?

Empujé al tarn hacia atrás alejándolo de la joven y la tomé en mis brazos. La apoyé cuidadosamente contra la roca escarpada, lejos del precipicio. El peñasco donde nos encontrábamos tenía aproximadamente seis metros de ancho y el mismo largo; uno de esos lugares que el tarn elige para hacer su nido.

Me coloqué entre la Tatrix y el ave carnícera y exclamé: —Tabuk.

El ave comenzó a avanzar hacia la muchacha que se puso de rodillas, apoyándose contra la roca y lanzando un grito.

—Tabuk —exclamé de nuevo, tomando en mi mano el gran pico del ave y volviéndolo de costado hacia los campos que se hallaban a nuestros pies.

El ave pareció vacilar. Con un movimiento casi cariñoso tocó mi cuerpo con su pico. —Tabuk —dije tranquilamente, señalando una vez más la campiña.

Con una última mirada a la Tatrix, el ave apartó la vista de nosotros y se colocó junto al borde del precipicio. Con un movimiento rápido y brusco de sus alas se lanzó al espacio. Su enorme sombra era un mensaje de terror para toda presa que se hallara en las proximidades.

Me volví hacia la Tatrix. —¿Estás herida? —pregunté.

A veces un tarn ataca tan violentamente a su presa que rompe su columna. Era un riesgo que yo había decidido correr, ya que no me quedaba otra alternativa. Con la Tatrix como rehén estaba en condiciones de negociar con Tharna. Probablemente no lograría reformar las inflexibles costumbres de la ciudad, pero esperaba obtener la libertad de Linna y de Andreas, y quizá podría hacer algo por los pobres seres que había conocido en el ruedo. Seguramente no era éste un precio demasiado elevado por la devolución de la Tatrix.

La Tatrix se incorporó con dificultad.

Era costumbre en Gor que una mujer cautiva se arrodillara ante su dueño, pero

ella, con todo, era una Tatrix, de modo que no insistí en ese detalle. Llevó sus manos, que todavía vestían los guantes de oro, a la máscara dorada, como si lo que más temiera fuera que la protección metálica ya no estuviera en su sitio. Sólo después de esto sus manos se dispusieron a alisar y arreglar la vestimenta desgarrada. Yo sonreí. Las garras agudas del ave habían despedazado la tela y el viento la había terminado por reducir a harapos. Altaneramente se ajustó aún más la vestidura, cubriéndose lo mejor que pudo. A pesar de la máscara que brillaba fría y metálicamente como siempre, llegué a la conclusión de que la Tatrix podía ser una mujer hermosa.

—No —dijo orgullosamente—, estoy ilesa.

Esa era exactamente la respuesta que yo había esperado, a pesar de las contusiones y cortes que sufriera y seguramente de los dolores que sintiera.

—Estás dolorida —le dije—, pero sobre todo sientes frío y estás entumecida por falta de circulación.

La observé: —Luego te dolerá más aún.

La máscara me miró inexpresivamente.

—También yo —proseguí— pendí una vez de las garras de un tarn.

—¿Por qué el tarn no te mató en el ruedo? —preguntó.

—Porque es mi tarn —dije.

¿Qué más le podía decir? El hecho de que no me hubiera matado me resultaba casi tan inconcebible como a ella, dada la naturaleza de estas aves. Si no hubiera sabido más respecto a los tarns, habría supuesto que sentía algún afecto por mí.

La Tatrix miró a su alrededor y examinó el cielo.

—¿Cuándo regresa? —susurró. Yo sabía que si existía algo que lograba aterrorizar a la Tatrix era el tarn.

—Pronto —dije—. Esperemos que allí abajo encuentre alimento.

La Tatrix se estremeció.

—Si no halla una presa —dijo—, volverá furioso y hambriento.

—Así es —asentí.

—Entonces intentará resarcirse con nosotros —dijo.

—Quizá —respondí.

Finalmente le brotaron las palabras de forma lenta, cuidadosa.

—Si no caza ningún animal —dijo—, ¿dejarás que tu tarn me devore?

—Sí —dije.

Profiriendo un grito de terror, cayó de rodillas delante de mí y extendió los brazos en actitud suplicante. Lara, la Tatrix de Tharna, estaba tendida a mis pies, en actitud suplicante.

—Si no te portas bien —añadí.

Se incorporó llena de furia: —Te has burlado de mí —exclamó—. Me llevaste a adoptar la actitud de una cautiva.

Yo sonreí.

Extendió el puño enguantado para pegarme. La cogí de la muñeca,

inmovilizándola. Observé que los ojos detrás de la máscara eran azules. Le permití que se liberara. Corrió hacia la roca, contra la cual se apoyó dándome la espalda.

—¿Te divierto? —preguntó.

—Lo siento.

—Soy tu prisionera, ¿no es cierto? —preguntó desafiante.

—Sí.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —preguntó, mientras seguía dándome la espalda.

—Te venderé a cambio de una silla de montar y armas —respondí. Pensé que convenía alarmar a la Tatrix para favorecer mis posibilidades en cuanto a la negociación.

La Tatrix comenzó a temblar de rabia y de miedo. Furiosa se volvió hacia mí con los puños cerrados.

—¡Nunca! —gritó.

—Lo haré si ése es mi deseo —respondí.

La Tatrix me miró temblando de rabia. Apenas pude barruntar el odio que la devoraba detrás de la plácida máscara dorada. Finalmente volvió a hablarme. Sus palabras caían como gotas de ácido.

—Bromeas —dijo.

—Quítate la máscara —sugerí—, para que pueda juzgar mejor qué beneficios me reportarás en el mercado de esclavos de Ar.

—¡No! —gritó, y sus manos se aferraron a la máscara dorada.

—Tengo la impresión de que solamente con la máscara podría adquirir un buen escudo y una lanza.

La Tatrix rió amargamente: —Podrías comprar un tarn por su valor —dijo.

Me di cuenta de que ella no sabía si yo realmente estaba hablando en serio. Pero para mis planes era importante que se creyera en peligro, que pensara que yo efectivamente me atrevería a vestirla como a una esclava y a colocarle un collar.

Se rió, poniéndome a prueba. Cuidadosamente levantó el bajo desgarrado de su vestimenta. —Mira —dijo con irónica desesperación— con los míseros harapos que me cubren seguramente no te darían mucho por mí.

—Eso es cierto —respondí.

Ella se rió.

—Sin vestidos, aumentará tu precio —añadí.

Esta respuesta escueta pareció sobresaltarla. Advertí que ya no se sentía segura. Resolvió jugar su triunfo. Se incorporó en forma altanera e insolente. Su voz era fría, cada palabra un cristal de hielo: —No osarías venderme.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque soy la Tatrix de Tharna.

Y diciendo estas palabras, echó la cabeza hacia atrás y su desgarrado vestido dorado envolvió su silueta esbelta.

Levanté una piedra y la arrojé al precipicio, mirando cómo caía al abismo.

Observé las nubes que se deslizaban por el cielo oscurecido y escuché el viento que silbaba entre los peñascos solitarios. Luego me volví hacia la Tatrix.

—Eso sólo contribuirá a elevar tu precio.

La Tatrix parecía aturdida. Su orgullo se había desvanecido.

Con voz débil preguntó: —¿Realmente me venderías como esclava?

La miré sin responderle.

Sus manos palparon la máscara: —¿Me quitarían la máscara?

—Y tu ropa.

Retrocedió asustada.

—Simplemente serás una esclava más entre las demás esclavas, ni más ni menos que las otras.

Le costó pronunciar las palabras: —¿Sería exhibida en el mercado?

—Naturalmente —respondí.

—¿Completamente desnuda?

—Quizá te permitan llevar esposas —exclamé irritado.

La Tatrix parecía a punto de desmayarse.

—Sólo un imbécil —dije— compraría una esclava vestida.

—No..., no —balbuceó.

—Es la costumbre.

Había retrocedido y ahora su espalda rozaba el duro granito de la roca. Le temblaba la cabeza. Aunque la plácida máscara no manifestara ninguna emoción, el cuerpo de la Tatrix delataba la desesperación que se había apoderado de ella.

—¿Serías capaz de hacer algo semejante? —preguntó en un susurro estremecido.

—Antes de que anochezca dos veces —dije—, te encontrarás desnuda en el cepo de Ar y serás vendida al mejor postor.

—No, no —gimió. Su cuerpo atormentado no la sostuvo más. Cayó sobre la roca de forma lastimosa y comenzó a llorar.

Yo no había contado con esto, y tuve que resistir la tentación de correr junto a ella y consolarla, de decirle que no iba a lastimarla, que no corría peligro. Pero pensé en Linna y en Andreas, y en los pobres esclavos utilizados en los espectáculos y me contuve. Más aún, al pensar en la Tatrix y sus crueldades, en todo lo que había hecho, me preguntaba si no convenía venderla realmente en el mercado de esclavos de Ar. Seguramente en los Jardines de Placer de un tarnsman sería más inofensiva que sobre el trono de Tharna.

—Guerrero —dijo y alzó lastimosamente la cabeza—. ¿Tu venganza tiene que ser tan terrible?

Sonreí para mis adentros, pues esto ya sonaba como si la Tatrix estuviera dispuesta a negociar. —Tú me has tratado de una manera muy injusta —dije severamente.

—Pero si sólo eres un hombre, sólo un animal.

—También yo soy humano —le dije.

—Dame mi libertad —rogó.

—Me has uncido a un yugo —respondí—. Me has hecho azotar. Me condenaste a los espectáculos del ruedo. Quisiste que el tarn me devorase —me reí—. ¡Y ahora me suplicas que te deje en libertad!

—Te pagaré mil veces lo que conseguirías en el mercado de esclavos de Ar —rogó.

—Ni siquiera si multiplicaras por mil el precio que consiguiera en el mercado de esclavos de Ar, ello alcanzaría para aplacar mis sentimientos de venganza. Serás vendida como esclava.

La Tatrix empezó a gemir.

Me pareció que había llegado el momento propicio. —Y además —agregué—, no sólo me maltrataste a mí, sino también esclavizaste a mis amigos.

La Tatrix se incorporó; ahora estaba arrodillada. —¡Los liberaré! —exclamó.

—¿Puedes modificar las leyes de Tharna? —pregunté.

—Lamentablemente no, ni siquiera yo puedo hacerlo, pero puedo liberar a tus amigos. Y lo haré. Mi libertad por la de ellos.

Simulé estar reflexionando sobre este asunto.

Ella se levantó de un salto. —Guerrero, piensa en tu honor —había una nota de triunfo en su voz—. ¿Satisfarías tu venganza si tus amigos tuvieran que pagar por ello el precio de la esclavitud?

—¡No! —dije enojado, pero interiormente satisfecho—, pues soy un guerrero.

Su voz sonaba triunfante: —Entonces, guerrero, tienes que negociar conmigo.

—¡Contigo no! —respondí, tratando de parecer abatido.

—Sí —se rió—. Mi libertad por la de ellos.

—No basta —gruñí.

—Y entonces ¿qué? —preguntó.

—Libera a todos los esclavos que participaron en los espectáculos de Tharna.

La Tatrix me miró consternada.

—A todos —exclamé—, o te enviaré al mercado de esclavos de Ar.

Bajó la cabeza. —Bien, guerrero, los liberaré a todos.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunté.

—Sí —dijo sin mirarme—, tienes la palabra de la Tatrix de Tharna.

Me pregunté si realmente podría confiar en ella y comprendí que no tenía otra alternativa.

—Mis amigos —dije— son Linna de Tharna y Andreas de Tor.

La Tatrix me miró: —Pero —dijo incrédula— esos dos se han amado.

—A pesar de ello deben quedar en libertad.

—Ella es una Mujer Degradada —respondió la Tatrix— Y él pertenece a una casta proscrita en Tharna.

—¡Libéralos!

—Pues bien —dijo la Tatrix humildemente—, los liberaré.

—Y yo necesito armas y una silla de tarn.

—Concedido.

En ese instante la sombra del tarn se deslizó sobre el peñasco. Con un poderoso aleteo el monstruo aterrizó junto a nosotros. En sus garras traía un gran pedazo de carne, todavía sangrante. El tarn lo dejó caer delante de mí.

No me moví.

No sentí deseos de enfrentarme al tarn por el botín. Pero él no hizo caso de la carne. Supuse que ya había comido abajo en la llanura. Un rápido examen de su pico confirmó esta suposición. Y aquí arriba no había ningún nido, ninguna hembra ni cría de jóvenes tarns hambrientos. El gran pico empujó la carne contra mi pierna.

Era un regalo.

Acaricié al ave y le dije: —Gracias, Ubar de los cielos.

Me incliné y con las manos y los dientes arranqué un trozo de carne. Vi cómo la Tatrix se estremeció cuando me vio comer la carne cruda, pero yo estaba famélico y las costumbres de la buena mesa me eran indiferentes. Le ofrecí un trozo de carne a la Tatrix, pero ella lo rechazó como si estuviera por vomitar y no quise insistir.

Mientras yo devoraba el regalo del tarn, la Tatrix se colocó al borde del peñasco y contempló la pradera de talendros. Era una vista magnífica y el suave aroma llegaba incluso hasta nosotros. Sujetó el vestido alrededor de su cuerpo y observó las flores, que, semejantes a un mar amarillo, se movían mecidas por el viento. Parecía una figura solitaria, bastante perdida y triste.

—Talendros —dijo para sí en voz baja.

Yo estaba acurrucado junto a la carne. —¿Qué podrá saber de talendros una mujer de Tharna? —pregunté sarcásticamente.

Ella se apartó sin responder.

Cuando concluí de comer, me dijo: —Ahora llévame a la Columna de los Canjes.

—¿Y eso qué es? —pregunté.

—Es una columna en la frontera de Tharna, donde Tharna realiza los canjes de prisioneros con sus enemigos. Yo te guiaré —y añadió—. Allí encontrarás a hombres de Tharna que te estarán esperando.

—¿Esperando? —pregunté.

—Naturalmente —dijo— ¿Acaso no te resultó extraño que no hubiera ninguna persecución?

Rió tristemente: —¿Quién sería el insensato que raptar a la Tatrix de Tharna, si devolviéndola, puede obtener un rescate equivalente al oro de una docena de Ubares?

La miré atentamente.

—Yo temía —dijo con la mirada baja— que tú fueras uno de esos insensatos —en su voz parecía vibrar una emoción que yo no lograba entender.

—No —dije riendo—, tú vuelves a Tharna.

Yo todavía llevaba el pañuelo dorado alrededor del cuello, aquel pañuelo que en el ruedo había señalado el comienzo de los espectáculos y que había recogido para enjugarme la arena y el sudor de la cara. Ahora me lo quité.

—Date la vuelta —le dije a la Tatrix— y junta las manos a la espalda.

Con la cabeza en alto obedeció. Le quité los guantes dorados y los guardé en mi cinturón. Luego le até las muñecas con el pañuelo.

Sin gran esfuerzo coloqué a la Tatrix sobre el lomo del tarn y salté, sentándome a su lado. Con un brazo sostuve a mi prisionera y con la otra mano me agarré a las plumas del cuello del tarn y exclamé: —¡Primera rienda!

El animal saltó al vacío desde el angosto promontorio e inmediatamente comenzó a ganar altura.

## 16

### LA COLUMNA DE LOS CANJES

Guiados por la Tatrix, vimos delante de nosotros, después de apenas unos treinta minutos, la Columna de los Canjes de Tharna. Estaba a unos cien pasangs de la ciudad en dirección noroeste, una blanca columna solitaria de mármol de cien metros de altura y treinta metros de diámetro. Sólo era accesible desde el lomo de un tarn.

No era mal lugar para el intercambio de prisioneros, ya que ninguna de las partes tenía que temer una emboscada. El sólido pilar no permitía la entrada de hombres desde abajo y desde lejos podía divisarse a cualquier tarn que se aproximara antes de que llegara al lugar.

Observé el paisaje a mi alrededor. Estaba despoblado. En la columna se encontraban tres tarns con sus guerreros correspondientes, así como una mujer cuyo rostro estaba cubierto con la máscara plateada de Tharna. Cuando sobrevoló la columna, uno de los guerreros se quitó el casco y me hizo señas para que aterrizara. Reconocí a Thorn, Capitán de Tharna. Advertí que él y sus acompañantes iban armados.

—¿Es costumbre que los guerreros lleven armas a la Columna de los Canjes? —pregunté a la Tatrix.

—No tienes por qué temer una traición —dijo la Tatrix.



Yo dudé sobre si hacer volver al tarn y abandonar esta aventura peligrosa.

—Puedes confiar en mí —dijo ella.

—¿Cómo puedo saber eso? —pregunté desafiante.

—Porque soy la Tatrix de Tharna —dijo con orgullo.

—¡Cuarta rienda! —le grité al ave, dándole de esta manera la señal de aterrizaje. Pero el tarn no pareció comprenderme.

—¡Cuarta rienda! —repetí más severamente. Por alguna razón el animal no parecía dispuesto a aterrizar—. ¡Cuarta rienda! —grité, ordenándole ásperamente.

El tarn aterrizó encima de la columna de mármol y sus garras reforzadas de acero resonaron sobre la piedra.

No descendí sino que sujeté más firmemente a la Tatrix.

El tarn parecía nervioso. Traté de tranquilizarlo, hablándole en voz baja y acariciando su cuello.

Se adelantó la mujer con la máscara plateada. —¡Viva nuestra querida Tatrix! —exclamó. Era Dorna la Orgullosa.

—¡No te acerques más! —dije bruscamente.

Dorna se detuvo a unos cinco metros delante de Thorn y de los dos guerreros, que no se habían movido del lugar.

La Tatrix respondió al saludo de Dorna con un movimiento de cabeza.

—¡Toda Tharna es tuya, guerrero! —exclamó Dorna la Orgullosa—, si dejas en libertad a nuestra noble Tatrix. ¡La ciudad está de luto! ¡Temo que no habrá alegría en Tharna hasta que vuelva a ocupar su trono dorado!

No pude por menos que reírme al escuchar esas palabras.

Dorna se puso rígida. —¿Cuáles son tus condiciones, guerrero?

—Una silla de montar y armas —respondí—, y la libertad para Linna de Tharna, Andreas de Tor y todos aquellos que lucharon en los espectáculos de Tharna.

Durante unos instantes reinó un silencio absoluto.

—¿Eso es todo? —preguntó Dorna la Orgullosa perpleja.

—Sí —dije.

Detrás de ella se oyó la risa de Thorn.

Dorna miró a la Tatrix: —A ese precio yo agregaré el peso de cinco tarns en oro y además una habitación llena de plata y cascos llenos de joyas.

—En verdad quieres mucho a tu Tatrix —dije.

—Así es, guerrero —dijo Dorna.

—Y eres excesivamente generosa —agregué.

La Tatrix se movía nerviosamente en mis brazos.

—Ofrecer menos sería una ofensa para nuestra querida Tatrix.

El ofrecimiento me alegraba, pues aunque yo no tendría ocasión de aprovechar tales riquezas en las Montañas Sardar, seguramente serían de provecho para Linna, Andreas y los pobres esclavos de Tharna.

Lara, la Tatrix, se incorporó. —Estas condiciones no me satisfacen —dijo—.

Aparte de lo exigido por él, dadle el peso de diez tarns en oro, dos habitaciones repletas de plata y cien cascos llenos de joyas.

Dorna la Orgullosa se inclinó gentilmente.

—En efecto, guerrero, por nuestra Tatrix daríamos hasta las piedras de nuestras murallas.

—¿Te satisfacen mis condiciones? —preguntó la Tatrix, en un tono condescendiente. Por lo menos, así me pareció.

—Sí —dije. Intuí la afrenta que esto significaba para Dorna la Orgullosa.

—Entonces ponme en libertad —ordenó.

Me deslicé del lomo de mi tarn con la Tatrix en brazos. La bajé, allí arriba en la columna azotada por los vientos en la frontera de Tharna, y me incliné para quitarle el pañuelo dorado.

Apenas tuvo sus manos libres volvió a ser la Tatrix real de Tharna, de la cabeza a los pies.

Me pregunté si ésta podía ser la joven que acababa de soportar una aventura violenta, cuyos vestidos habían sido desgarrados, cuyo cuerpo debía estar aún dolorido por su contacto con las garras de mi tarn.

Con un movimiento imperioso, sin dirigirme la palabra, señaló los guantes dorados que yo había guardado en mi cinturón. Se los devolví, y ella se los puso lenta, deliberadamente, sin dejar de mirarme.

Algo en su manera de comportarse empezó a inquietarme.

Se volvió y avanzó majestuosamente hacia Dorna y los guerreros.

Cuando estuvo junto a ellos, se dio la vuelta y señalándome con el dedo dijo: —¡Prendedlo!

Thorn y los guerreros se adelantaron de un salto y de inmediato me vi rodeado de armas.

—¡Traidora! —rugí.

La Tatrix respondió alegremente: —¡Insensato! ¿Acaso no sabes aún que no se pacta con un animal, que no se negocia con una bestia?

—Me diste tu palabra —grité.

La Tatrix ciñó sus ropas alrededor de su cuerpo: —No eres más que un hombre —comentó.

—Matémoslo —dijo Thorn.

—No —dijo la Tatrix imperiosamente—, eso no bastaría.

La máscara resplandeciente, que reflejaba ahora la luz del sol poniente, me pareció más que nunca feroz y repulsiva. —Encadenadlo —dijo—, y llevadlo a las minas de Tharna.

Detrás de mí el tarn de repente lanzó un grito de rabia y comenzó a batir las alas.

Thorn y los guerreros se sobresaltaron, y yo aproveché la ocasión para dar un salto entre sus armas, agarrar a Thorn y a uno de sus guerreros, apretarlos uno contra el otro, y arrastrarlos con estrépito de armas al suelo de mármol de la

columna. La Tatrix y Dorna la Orgullosa chillaron.

El otro guerrero me atacó con la espada; yo esquivé el golpe y agarrándolo por la muñeca le retorcí la mano que sostenía el arma. La levanté por encima de mi brazo izquierdo y le di un tirón hacia abajo. El guerrero cayó al suelo emitiendo un grito quejumbroso.

Thorn estaba otra vez de pie y me atacó desde atrás, seguido por el otro guerrero. Me defendí violentamente. Maldecían sin poderse defender cuando los eché por encima de mis hombros, haciéndolos caer de golpe sobre el suelo. En aquel instante, la Tatrix y Dorna la Orgullosa se adelantaron y me pincharon con unos objetos agudos, una especie de agujas, en la espalda y en el brazo.

Me reí de este absurdo ataque, pero de inmediato se me turbó la vista, la columna comenzó a girar y me caí a sus pies. Mis músculos ya no me obedecían

—Encadenadlo —dijo la Tatrix.

Mientras el mundo giraba lentamente a mis pies, sentí cómo los brazos y las piernas parecían carecer de toda energía y no opusieron resistencia cuando fueron brutalmente encadenados.

La risa alegre de la Tatrix resonó en mis oídos.

Oí decir a Dorna la Orgullosa: —¡Matad al tarn!

—Se ha escapado —respondió el guerrero ileso.

Sin recuperar la fuerza perdida, lentamente, mis ojos volvieron a ver claramente, primero en el centro y luego gradualmente en los costados, hasta que pude divisar la columna, el cielo allá a lo lejos, y a mis enemigos.

En la lejanía descubrí una mancha diminuta: debía ser mi tarn. Al verme caer, evidentemente, había alzado el vuelo de inmediato. Ahora, pensaba yo, gozaría nuevamente de la libertad, de una vida sin sillas ni riendas, sin trabas que lo sujetaran, y se convertiría en el Ubar de los cielos que en realidad era. Su desaparición me entristeció, pero estaba contento de que se hubiera podido poner a salvo. Mejor que morir traspasado por la lanza de uno de los guerreros.

Thorn me agarró por las esposas y me arrastró por el suelo de mármol hacia uno de los tres tarns que estaba esperándome. Me sentía completamente indefenso. Mis piernas y brazos estaban tan flojos como si cada nervio hubiera sido cortado por un cuchillo.

Me encadenaron al aro que uno de los tarns llevaba en la pata.

La Tatrix, al parecer, había dejado de interesarse por mí, pues se volvió hacía Dorna la Orgullosa y Thorn, Capitán de Tharna.

El guerrero cuyo brazo había roto poco antes, estaba arrodillado en el suelo, sujetando su brazo herido. Su compañero estaba de pie, cerca de mí entre los tarns, quizá para vigilarme, quizá para tranquilizar a los gigantes excitables.

De forma altanera, la Tatrix se dirigió hacia Dorna y Thorn: —¿Por qué — preguntó— se encuentran aquí tan pocos de mis soldados?

—Somos suficientes —dijo Thorn.

La Tatrix miró por encima de la llanura en dirección hacia la ciudad.

—En estos instantes, filas de regocijados ciudadanos estarán abandonando la ciudad —dijo.

Dorna la Orgullosa y Thorn, Capitán de Tharna, callaban.

La Tatrix atravesó la columna, majestuosa en sus ropas destrozadas, y se me acercó: —Guerrero —dijo—, si te quedaras en esta columna el tiempo suficiente podrías ver las procesiones que me darán la bienvenida a mi regreso a Tharna.

Se oyó la voz de Dorna la Orgullosa: —No creo que así sea, querida Tatrix.

La Tatrix se volvió, perpleja: —¿Por qué no? —preguntó.

—Porque —respondió Dorna, e intuí que sonreía detrás de su máscara plateada— tú no volverás a Tharna.

La Tatrix la miró aturdida, sin comprender.

El guerrero ileso había montado el tarn a cuya pata yo estaba encadenado. Tiró de la primera rienda y el monstruo levantó el vuelo. De un tirón fui arrastrado hacia arriba, sintiendo el dolor de las cadenas que me atenazaban. Vi la columna blanca que iba desapareciendo allí abajo con las figuras que se encontraban en ella: dos guerreros, una mujer con máscara plateada y la dorada Tatrix de Tharna.

## 17

### LAS MINAS DE THARNA

La cámara era larga, baja y angosta; quizás tuviera un metro y medio de altura y de ancho, y aproximadamente treinta metros de largo. En cada extremo ardía una pequeña y hedionda lámpara de tharlarión. No sabía cuántos calabozos semejantes a éste existían en las numerosas minas que se encontraban debajo de la superficie de Tharna. La larga fila de esclavos encadenados unos a otros se agachaba y se arrastraba a lo largo de la cámara. Cuando estuvo repleta de ocupantes, se cerró una puerta que tenía una pequeña ventana de observación. Oí cómo de golpe se cerraban los cuatro cerrojos.

Era un lugar lóbrego. Aquí y allá se veían charcos de agua en el suelo. Las paredes estaban húmedas, y en algunas partes el agua goteaba desde el techo. La ventilación inadecuada provenía de algunas aberturas redondas de más o menos tres centímetros de diámetro. En el centro de la gran cámara se observaba un agujero más grande, de unos sesenta centímetros.

Andreas de Tor, que se encontraba encadenado junto a mí, lo señaló: —Por este agujero —dijo— se inunda la cámara.

Yo asentí y me recliné contra la pared húmeda y sólida. Me pregunté cuántas veces, bajo la tierra de Tharna, se habrían inundado estos calabozos, cuántos pobres desgraciados habrían sucumbido ya en las trampas subterráneas. No me extrañaba, entonces, la excelente disciplina que reinaba en las minas de Tharna. Me enteré que hacía apenas un mes un prisionero había causado alboroto en una mina cercana. A consecuencia de esto el administrador había decidido inundar toda la mina. No me sorprendía, pues, que los prisioneros pensarán con horror en la mera idea de resistirse.

Andreas dijo: —Para quienes están hartos de la vida este lugar ofrece muchas conveniencias.

—Sin lugar a dudas —asentí.

Me dio una cebolla y una corteza de pan: —Come —dijo.

—Gracias —respondí y comencé a masticar.

—También tú aprenderás a disputar el pan como los demás.

Antes de que nos hubieran introducido en la celda, afuera, en una cámara ancha, rectangular, dos guardianes habían arrojado pan y cebollas a un comedero sujeto a la pared. Los prisioneros se habían echado encima del alimento como animales, chillando, blasfemando, empujando, tratando de llegar hasta él y agarrar todo lo que pudieran antes de que se acabara la comida. Con repugnancia me había apartado de esta triste disputa, a pesar que mi cadena me había arrastrado hasta el borde del comedero. Pero Andreas tenía razón: algún día tendría que acercarme al comedero, porque yo no deseaba morir y no podía continuar dependiendo de la caridad de Andreas.

Sonreí y me pregunté por qué nos importaba tanto la vida a mí y a mis compañeros. ¿Por qué elegíamos vivir? Quizá esta pregunta fuera tonta, pero allí en las minas no me pareció así.

—Tenemos que trazar un plan de evasión —le dije a Andreas.

—Cállate, imbécil —chilló una voz aterrorizada a cierta distancia.

Era Ost de Tharna que, al igual que Andreas y yo, había sido enviado a las minas.

Ost me odiaba, ya que por alguna razón me culpaba de su triste suerte. Había desparramado el mineral que yo, apoyado sobre mis manos y rodillas, había extraído de los estrechos pozos de la mina. Por dos veces robó el mineral que yo había acumulado, colocándolo en el saco de lona que cada esclavo llevaba colgado del cuello. El del látigo me había castigado por no contribuir adecuadamente a la entrega diaria correspondiente a la comunidad encadenada, a la que yo pertenecía.

Si la cantidad de entrega no era satisfactoria, los esclavos no cenaban. Si durante tres días consecutivos no producían su cuota, se los llevaba a latigazos hasta la celda alargada, se cerraba la puerta y se inundaba el lugar. Muchos esclavos me miraban con poca simpatía, quizás porque la cuota había sido

umentada el día en que me sumé a la cadena. Supuse también que esa no había sido una mera coincidencia.

—Yo te delataré —susurró Ost— por planear una huida.

A la media luz procedente de las dos pequeñas lámparas de tharlación colocadas en los extremos de la cámara, vi que el hombre de figura recia que se encontraba al lado de Ost colocó, sin mediar palabra, la cadena que ceñía su muñeca alrededor del flaco cuello de éste. La cadena iba apretando el cuello y Ost trató inútilmente de liberarse de ella. Sus ojos parecían salirse de las órbitas. —Tú no delatarás a nadie. —dijo una voz que yo reconocí inmediatamente. Pertenecía al robusto Kron de Tharna, de la Casta de los Metalistas, a quien yo había perdonado la vida en el ruedo de Tharna durante las Luchas de Bueyes. La cadena apretaba cada vez más el cuello de Ost, quien comenzó a temblar convulsivamente.

—No lo mates —le dije a Kron.

—Como quieras, Guerrero —respondió Kron y dejó caer al asustado Ost, liberándolo rudamente de la cadena. Ost yacía sobre el suelo húmedo con las manos en la garganta y respirando con dificultad.

—Parece que tienes un amigo —comentó Andreas de Tor.

Con un fuerte ruido de cadenas y un violento movimiento de sus anchos hombros, Kron se acomodó lo mejor que pudo. Al cabo de unos pocos segundos su respiración tranquila indicó que se había dormido.

—¿Dónde está Linna? —pregunté a Andreas.

—En una de las Grandes Granjas de Tharna —dijo—. No he podido ayudarla. Su voz sonaba triste, cosa poco frecuente en él.

—Nosotros mismos no hemos podido ayudarnos —dije.

Se hablaba poco en la celda, pues los hombres quizá tenían poco que decirse, y además quedaban agotados por el esfuerzo de una jornada de trabajo. Estaba reclinado con la espalda en el muro húmedo y escuchaba los sonidos que delataban el sueño de mis compañeros.

Me hallaba lejos de las Montañas Sardar, lejos de los Reyes Sacerdotes de Gor. No había podido ayudar ni a mi ciudad, ni a mi adorada Talena, ni a mis amigos, ni a mi padre. Ni siquiera dos piedras volverían a juntarse jamás. El enigma de los Reyes Sacerdotes, de su voluntad cruel e incomprensible, no se revelaría. Su secreto quedaría bien guardado y yo moriría, tarde o temprano, víctima de los azotes o del hambre, en esta negra galería de minas.

Tharna tiene quizás cien o más minas, cada una mantenida por su propia cadena de esclavos. Las galerías de estas minas se extienden interminablemente, a través de los ricos yacimientos de minerales, en los que se basa la riqueza de esta ciudad. En la mayoría de los túneles ningún hombre puede mantenerse erguido. Muchos están mal asegurados. En el trabajo, el esclavo avanza apoyándose sobre sus manos y sus rodillas, que al principio sangran, hasta formar luego gruesas callosidades. Alrededor de su cuello cuelga un saco de lona en el que recoge los

trozos de mineral que serán llevados a la balanza. El mineral se extrae con un pequeño pico de la roca. Unas lámparas diminutas proveen una luz débil.

La jornada de trabajo consta de quince horas goreanas. Teniendo en cuenta que el período de rotación de Gor alrededor del Sol es diferente del de la Tierra, equivalen más o menos a dieciocho horas terrestres. Los esclavos nunca salen a la superficie y una vez sumergidos en la fría oscuridad de las minas, jamás vuelven a ver la luz del sol. Cuentan con un único momento de alivio en su triste existencia: una vez al año, en el cumpleaños de la Tatrix, reciben una pequeña torta de miel y semillas de sésamo y un pequeño jarro de Kal-da. Un hombre, que se encontraba atado a mi misma cadena —poco más que un esqueleto sin dientes— se jactaba de haber tomado ya tres veces Kal-da en las minas. La mayoría no es tan afortunada. Las expectativas de vida de un esclavo de las minas, teniendo en cuenta su trabajo y su comida, oscilan generalmente entre los seis meses y un año, si no es muerto antes a latigazos.

Instintivamente fijé la mirada en el gran agujero redondo que se encontraba en el techo de nuestra estrecha celda.

A la mañana siguiente —si bien yo sólo sabía que era de mañana por las maldiciones de los esclavos del látigo, los latigazos, los gritos de los esclavos y el rechinar de las cadenas—, mis compañeros y yo salimos arrastrándonos de la celda y llegamos de nuevo al ancho espacio rectangular.

El comedero ya había sido llenado.

Los esclavos trataron de abrirse paso hacia los víveres, pero los echaron hacia atrás a golpe de látigo. Todavía no se había dado la orden que les franqueaba el paso.

Al esclavo del látigo, uno más entre los esclavos de Tharna, quien estaba a cargo de la cadena, le complacía su tarea. Aunque tampoco él volvería a ver la luz del día, por lo menos era quien sostenía el látigo, quien era el Ubar en este mundo macabro.

Los esclavos tenían los músculos tensos, los ojos fijos en el comedero. El esclavo alzó el látigo. Cuando lo bajara, ésta sería la señal de que los esclavos podían acercarse al comedero.

Se reflejaba placer en los ojos del esclavo del látigo, gozando de ese momento de suspense angustioso, causado por su brazo levantado. Gozaba de las miradas ávidas de los míseros y hambrientos esclavos.

El látigo cayó con un chasquido. —¡A comer! —gritó.

Los esclavos se precipitaron hacia adelante.

—No —grité yo, deteniéndolos con mi voz.

Algunos tropezaron y cayeron; dieron contra el suelo con gran estrépito de cadenas, arrastrando a otros consigo en su caída. Pero la mayoría quedó de pie, manteniendo el equilibrio y, casi como un solo hombre, el degradado y harapiento montón de esclavos fijó sus ojos temerosos y vacíos en mí.

—¡A comer! —rugió el guardián, e hizo chasquear el látigo por segunda vez.

—No —dije.

Los hombres estaban indecisos.

Ost trató de abrirse paso hasta el comedero, pero estaba esposado a Kron y no pudo hacerlo. Se sentía como si estuviera encadenado a un árbol.

El esclavo del látigo se me acercó. Siete veces me azotó sin conseguir que me moviera.

Entonces le dije: —No me azotes más.

El hombre retrocedió y bajó el brazo que sostenía el látigo. Me había comprendido y sabía que su vida corría peligro. ¿Qué consuelo podría depararle el pensar que se inundaría toda la mina, si él sería el primero en morir con mi cadena alrededor de su cuello?

Me volví hacia los hombres: —No sois animales —dije—. Sois hombres.

Luego hice un ademán para que avanzaran y los conduje al comedero.

—Ost —dije— distribuirá la comida.

Ost metió las manos en el comedero y se llevó un gran pedazo de pan a la boca.

Las esposas de Kron lo golpearon en una mejilla y en una oreja, y no pudo comer el pan.

—Distribuye el pan —dijo Kron.

—Te hemos elegido a ti —dijo Andreas de Tor— porque eres bien conocido por tu honradez.

Y, ¡cosa sorprendente! los esclavos encadenados comenzaron a reírse.

Mientras el esclavo del látigo nos vigilaba, Ost repartió de mala gana el miserable alimento del comedero.

Partí en dos pedazos el último trozo de pan, tomé uno y le di a Ost la otra mitad: —Come —dije.

Su mirada furiosa iba de aquí para allá, mientras mordía el pan que empezó a masticar apresuradamente: —Inundarán la cámara por esto —dijo.

Andreas de Tor comentó: —Yo, por mi parte, me sentiría honrado de morir en compañía de Ost.

Los hombres volvieron a reírse y hasta me pareció que en los labios de Ost se dibujaba una sonrisa.

El esclavo del látigo nos observaba, mientras recorrimos el largo camino hasta el lugar donde se abría la galería. Nos miró extrañado, pues uno de los hombres de la Casta de los Campesinos había empezado a tararear una canción de labranza, y poco a poco las voces de los otros se unieron a la suya.

Aquel día y el siguiente obtuvimos una buena cantidad de mineral.



## COMPARTIMOS LA MISMA CADENA

Ocasionalmente, algunas noticias se filtraban hasta las minas traídas por los esclavos que llenaban los comederos. Estos esclavos eran más afortunados que nosotros, ya que tenían acceso al pozo central. Cada una de las cien minas de Tharna, a uno u otro nivel, desembocaba en este pozo. Este pozo se distinguía considerablemente de los pozos de mineral mucho más pequeños, que se encontraban en cada mina. Los pozos de mineral son aberturas angostas hundidas en la piedra y sus plataformas apenas pueden dar cabida al saco de mineral de un esclavo.

A través del pozo central las minas de Tharna recibían sus provisiones, no sólo alimentos, sino, de acuerdo con sus necesidades, también lona, herramientas y cadenas. El agua potable la suministraban las fuentes naturales de cada mina. Mis compañeros y yo habíamos descendido a través del pozo central a este mundo subterráneo. Sólo los esclavos que morían recorrían el camino a la inversa.

Partiendo de los esclavos que atendían las poleas que controlaban la plataforma proveedora del pozo central, se había difundido una noticia, que por último había llegado hasta nuestra mina, la más profunda de todas.

Había una nueva Tatrix en Tharna.

—¿Quién es la nueva Tatrix? —pregunté.

—Dorna la Orgullosa —dijo un esclavo, mientras echaba cebollas, nabos, rábanos, patatas y pan al comedero.

—¿Qué se le hizo a Lara? —pregunté.

Se rió: —No tienes idea de nada —exclamó.

—Las novedades tardan mucho en difundirse en las minas —respondí.

—¡Ha sido raptada!

—¿Qué? —exclamé.

—Sí —dijo—, y por lo que se supo, se trataba de un tarnsman.

—¿Cómo se llamaba? —le pregunté.

—Tarl —respondió, y agregó susurrando—: Tarl de Ko-ro-ba.

Quedé sin habla.

—Es el proscrito —continuó el hombre— que sobrevivió a los espectáculos de Tharna.

—Lo sé —dije.

—Había un tarn con una traba plateada, que debía matarlo; pero él liberó al tarn, montó sobre él y logró escapar.

El esclavo depositó en el suelo el recipiente con los alimentos. Este asunto lo divertía mucho, golpeándose los muslos.

—El tarnsman sólo regresó para raptar a la Tatrix —dijo—. El tarn se la llevó como si se tratara de un tabuk.

Su risa resonaba en el espacio estrecho y los otros esclavos, los de mi cadena, participaron entusiasmados. Empecé a comprender mejor que antes el afecto que se sentía en las minas por la Tatrix de Tharna.

Fui el único que no reí.

—¿Y qué ocurrió en la Columna de los Canjes? —pregunté—. ¿Acaso no fue entregada allí y puesta en libertad?

—Todos creyeron eso —dijo el esclavo— pero el tarnsman aparentemente la prefirió a las riquezas de Tharna.

—¿Qué hombre! —exclamó uno de los esclavos.

—Quizá era muy hermosa —comentó otro.

—¿No fue canjeada? —pregunté al esclavo del comedero.

—No —dijo—. Dos de las personas más importantes de Tharna, Dorna la Orgullosa y Thorn, un capitán, estuvieron en la Columna, pero la Tatrix nunca fue devuelta. Más tarde se la buscó en las colinas y los campos circundantes, pero Dorna la Orgullosa y Thorn sólo encontraron su ropa destrozada y la máscara dorada. Y ahora es Dorna quien lleva la máscara.

—¿Y qué habrá sido de Lara? —pregunté.

El esclavo se rió.

—Bueno —dijo—, sabemos que ya no lleva sus vestiduras doradas.

—Indudablemente —comentó otro de los esclavos— fueron remplazadas por una vestimenta más adecuada.

—Sí —dijo el esclavo riendo y golpeándose el muslo—. ¡Cuesta imaginarlo! ¡Lara, la Tatrix de Tharna, vistiendo las ropas de seda de una esclava!

La cadena de esclavos se rió; todos menos Andreas de Tor y yo, quien me miró interrogativamente. Le sonreí y me encogí de hombros; no tenía respuesta a su pregunta.

Poco a poco, traté de devolverles a mis compañeros esclavos el respeto por sí mismos. El primer paso fue la simple ceremonia de la comida. Después los alenté para que hablaran más entre ellos, para que se llamaran por sus nombres y el de su ciudad, y aunque allí se encontraran hombres de diferentes ciudades, todos compartían la misma cadena y se aceptaron mutuamente.

Cuando un hombre enfermaba, los demás se preocupaban de llenar su saco de mineral. Cuando azotaban a un hombre, los demás le alcanzaban agua, que iba pasando de mano en mano, para lavar sus heridas y darle de beber. Y con el tiempo, todos los que nos encontrábamos esposados en la misma cadena llegamos a conocernos. No éramos lúgubres figuras anónimas, apiñadas en la húmeda mina de Tharna. Al final, sólo Ost se sintió asustado por este cambio, ya que

continuamente temía la inundación de nuestra cámara.

Nuestra cadena de hombres trabajaba bien y día tras día se cumplía con la cuota exigida. Cuando fue aumentada tampoco tuvimos problemas. A veces, inclusive, los hombres tarareaban una melodía mientras trabajaban y ese tarareo resonaba por los túneles de la mina. Los esclavos del látigo se sorprendieron ante estos hechos y comenzaron a temernos.

La noticia de la distribución de la comida se había difundido, gracias a los esclavos que la repartían, también a las otras minas. Y estos esclavos relataban asimismo otras cosas extrañas que acontecían en la mina, allí debajo de la galería central, de cómo los hombres se ayudaban mutuamente y cómo lograban tener el tiempo y la voluntad necesarios para recordar alguna melodía.

Y más adelante supe, a través de los esclavos de la comida, que esta revolución había comenzado a expandirse de una mina a otra, de forma tan secreta como la pisada de un larl. Pronto pude constatar que los esclavos que nos traían la comida ya no hablaban y supuse que se les había advertido que callaran. Sin embargo, sus rostros me delataban que en las minas llameaba una epidemia contagiosa de autoestima y nobleza. Allí, en ese mundo subterráneo de las minas, en la patria de los seres más bajos y degradados de toda Tharna, los hombres nuevamente podían mirarse a sí mismos y a los demás con satisfacción.

Decidí que había llegado la hora.

Esa noche, cuando se nos llevó a la celda alargada y se cerraron los cerrojos, me volví hacia los hombres.

—¿Quién de vosotros quisiera ser libre? —pregunté.

—Yo —dijo Andreas de Tor.

—Y yo —gruñó Kron de Tharna.

—Y yo —exclamaron otras voces.

Sólo Ost vaciló: —Esas palabras están prohibidas —gimió.

—Tengo un plan —dije—; pero exige mucho valor y quizás perdamos la vida todos.

—No hay escapatoria en las minas —gimió Ost.

—¡Condúcenos, Guerrero! —dijo Andreas.

—En primer lugar —respondí—, debemos procurar que se inunde la cámara.

Ost lanzó un chillido de terror y el poderoso puño de Kron se cerró alrededor de su cuello y lo silenció. Ost se retorció en sus brazos.

—Cállate, serpiente —dijo el robusto Kron, y dejó caer a Ost, quien se arrastró hasta donde se lo permitió su cadena y, tembloroso, se apoyó contra la pared rocosa.

Su grito me había indicado lo que yo deseaba saber. Ahora estaba seguro de cómo lograr la inundación de la celda. —Mañana por la noche —dije simplemente mirando a Ost— intentaremos evadirnos.

Al día siguiente, tal como yo había esperado, Ost tuvo un accidente. Parecía haberse lastimado el pie con el pico y suplicó al esclavo del látigo con tal

vehemencia que éste lo soltó de la cadena, le colocó un collar alrededor del cuello y se lo llevó. Este habría sido un trato inusualmente solícito de parte del esclavo del látigo, pero indudablemente se había dado cuenta de que Ost quería hablar a solas con él, que tenía que comunicarle algo sumamente importante.

—Deberías haberlo matado —dijo Kron de Tharna.

—No —respondí.

El hombre fornido me miró inquisitivamente y se encogió de hombros.

Aquella noche los esclavos que nos trajeron la comida venían acompañados por una docena de Guerreros.

Ost no volvió a ser encadenado: —Su pie requiere cuidados —dijo el esclavo del látigo, mientras nos empujaba hacia la celda alargada.

Cuando se hubo cerrado la puerta de hierro y echado el cerrojo, oí la risa del esclavo.

Los hombres estaban abatidos.

—Sabes que esta noche se inundará nuestra celda —dijo Andreas de Tor.

—Sí —respondí. Él clavó en mí una mirada incrédula.

Llamé al hombre que se encontraba en el otro extremo de la cámara: — Alcánzanos la lámpara —dije.

Cogí la lámpara y, acompañado a la fuerza por algunos otros esclavos, la coloqué bajo el gran agujero circular, de unos sesenta centímetros de ancho, por el cual el torrente de agua se derramaría sobre nosotros. La luz me reveló una reja, fijada a la piedra, a más o menos dos metros de altura. Desde no sé dónde allí arriba oímos el movimiento de una válvula.

—¡Levantadme! —exclamé.

Andreas y otro esclavo me levantaron sobre sus hombros dentro del pozo, cuyos muros eran lisos y viscosos. Mis dedos resbalaron por ellos.

Encadenado como estaba, no pude alcanzar la reja.

Lancé una maldición.

Entonces Andreas y el otro esclavo parecieron crecer bajo mis pies. Otros esclavos se arrodillaron, permitiéndoles que se apoyaran en sus espaldas, elevándolos más. Mis manos encadenadas asieron la reja.

—¡La tengo! —exclamé—. Ahora tirad hacia abajo.

Andreas y el otro esclavo se dejaron caer y yo sentí en mis miembros el tirón de las cadenas que me sujetaban a los otros dos por las muñecas y los tobillos.

—¡Tirad! —exclamé.

Los cien esclavos de nuestra larga celda empezaron a tirar las cadenas. Mis manos comenzaron a sangrar, y la sangre goteaba sobre mi rostro levantado; pero no solté las barras de metal.

—¡Tirad!

Un hilo de agua corrió a lo largo de un costado del pozo.

La válvula se estaba abriendo.

—Tirad —grité de nuevo.

De pronto la reja cedió y me fui con ella al suelo, en medio de un estrépito de cadenas y metal.

Un torrente fluía por el pozo.

—El primero de la cadena —llamé.

Se oyó un rechinar de cadenas, y delante de mí se presentó un pequeño hombre rubio.

—Tienes que trepar —dije.

—¿Pero cómo? —preguntó perplejo.

—Apoya la espalda contra el muro del pozo —dije—. Usa tus pies.

—No puedo.

—¡Lo lograrás!

Su compañero de cadena y yo le levantamos y le alzamos dentro de la abertura. Escuchamos cómo se esforzaba, jadeante, por trepar, y cómo su cadena arañaba la piedra, mientras comenzaba el penoso ascenso centímetro tras centímetro.

—¡Me estoy resbalando! —gritó y cayó llorando delante de nuestros pies.

—Prueba otra vez —dije.

—No puedo —gimió histéricamente.

Le agarré por los hombros y le sacudí. —Tú eres un hombre de Tharna —dije—. Muéstranos lo que es capaz de hacer un hombre de Tharna.

Este era un desafío que pocos hombres de Tharna habían oído jamás.

Nuevamente lo levantamos al pozo.

Coloqué debajo de él al que ocupaba el segundo lugar en la cadena y al tercero debajo del segundo. El agua salía ahora por la abertura echando espuma; bajaba un chorro del grosor de un puño. En nuestra cámara el agua ya nos llegaba hasta los tobillos.

Entonces el primer hombre de la cadena sostuvo su propio peso, y el segundo le siguió, con un rechinar de cadenas, apoyado por el tercero, de pie sobre la espalda del cuarto, y así sucesivamente.

En un momento dado el segundo resbaló, arrastrando consigo al primero y al tercero, pero para entonces ya había muchos hombres en el pozo y el cuarto y el quinto no cedieron. El primero comenzó una vez más su penoso ascenso, seguido por el segundo y el tercero.

El agua debía ascender a unos sesenta centímetros en la celda, presionando hacia arriba, hacia el bajo techo, cuando yo seguí a Andreas al túnel. Kron era el cuarto hombre detrás de mí.

Andreas, Kron y yo nos encontrábamos ya en el túnel pero ¿qué sería de los desdichados que se hallaban detrás de nosotros en la cadena?

Miré hacia arriba, al túnel, a lo largo del cual trepaban los esclavos: —Apresuraos —grité.

La corriente de agua parecía presionarnos hacia abajo, entorpeciendo nuestro progreso. Era como una pequeña catarata.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —se oyó el grito ronco, aterrorizado de un hombre que

aún se encontraba abajo.

El primer hombre de nuestra cadena había alcanzado ahora la fuente misma del agua, un segundo túnel. Oímos un repentino fluir de agua. Gritó asustado: —¡Ahí viene un torrente enorme!

—¡Esforzaos! —grité a los que se encontraban encima y debajo de mí— ¡Arrastrad a los últimos hasta el túnel! ¡Sacadlos de la celda!

Pero mis últimas palabras se perdieron; una violenta catarata dio en mi cuerpo como un puño gigantesco y me dejó sin aliento. El torrente bramaba pozo abajo, e iba golpeando a los hombres como un martillo. Algunos perdieron pie y los cuerpos quedaron apretados en el pozo. No podíamos ver, ni respirar, ni movernos.

De repente el torrente cesó. Arriba, el hombre que regulaba la válvula debió de haberse impacientado, abriéndola por completo, o quizá ese torrente repentino podía interpretarse como un gesto de compasión, para ahogar lo más pronto posible a los supervivientes.

En cuanto recuperé el aliento, me sacudí el pelo mojado, apartándolo de la cara. Miré hacia arriba, a la húmeda oscuridad y grité: —¡Seguid trepando!

Después de dos o tres minutos había alcanzado el túnel horizontal a través del cual el agua había sido arrojada al túnel vertical. Encontré a los esclavos que me precedían. Al igual que yo, también ellos estaban empapados y temblaban de frío pero estaban vivos. Sacudí al primero en el hombro.

—Bien hecho —dije.

—Soy de Tharna —respondió con orgullo.

Al fin, hasta el último hombre de nuestra cadena se encontraba en el túnel horizontal, aunque los últimos cuatro tuvieron que ser izados desde arriba. No daban señales de vida. No sabíamos cuánto tiempo habían estado debajo del agua.

Nos ocupamos de ellos, en la oscuridad, tres hombres de Puerto Kar, que eran expertos en tales cosas, y yo. Los otros esclavos esperaban pacientemente. Ni uno solo se quejaba, nadie nos urgía a apresurarnos. Finalmente los cuerpos inanimados reaccionaron y sus pulmones se abrieron para inhalar el aire húmedo y frío de la mina.

El hombre a quien yo había salvado se incorporó y me tocó el hombro.

—Somos de la misma cadena —dije.

Era una frase que habíamos generalizado, entre nosotros, en la mina.

—Venid —dije a los hombres.

Y conduciéndolos en doble fila nos arrastramos a través del túnel horizontal.

## REVUELTA EN LAS MINAS

—No, no —había gritado Ost.

Lo habíamos encontrado junto a la válvula que vaciaba el depósito de agua en el calabozo de los esclavos, que se encontraba unos sesenta metros más abajo. Llevaba las ropas de un esclavo del látigo, como premio a su traición. Arrojó el látigo lejos de sí y trató de huir, agitando las piernas como un urt pero, fuera cual fuese la dirección que tomase, estaba rodeado por una cadena de hombres macilentos y furiosos, y cuando el círculo se cerró Ost se hincó de rodillas, temblando.

—No le hagáis daño —dije.

Pero la mano del fornido Kron de Tharna ya apretaba el cuello del traidor.

—Esto corre por cuenta de los hombres de Tharna —dijo. Sus ojos, de un azul acerado, se clavaron en las caras inflexibles de los esclavos encadenados.

También los ojos de Ost, semejantes a los de un urt aterrorizado, erraron implorantes de cara en cara. No halló compasión en los hombres que tenían la mirada fija en él, como si fueran de piedra.

—¿Ost pertenece a nuestra cadena? —preguntó Kron.

—¡No! —exclamó una docena de voces—. No pertenece a nuestra cadena.

—Sí —gritó Ost—, yo pertenezco a la cadena.

Miraba, con expresión de roedor, los rostros de sus compañeros esclavos.

—¡Llevadme! ¡Liberadme!

—Esas palabras merecen su castigo —dijo uno de los hombres.

Ost comenzó a temblar.

—Encadenadlo y dejadlo aquí —dije.

—Sí, sí —rogó Ost histéricamente y se echó a los pies de Kron—. ¡Hacedlo, señores!

Entonces intervino Andreas de Tor: —Haced lo que dice Tarl de Ko-ro-ba. No manchéis nuestras cadenas con la sangre de esta serpiente.

—Muy bien —dijo Kron con excesiva tranquilidad—. No manchemos nuestras cadenas.

—Gracias, señores —dijo Ost, resoplando aliviado, y su rostro volvió a reflejar la expresión ladina que yo conocía tan bien.

Pero Kron le miraba y Ost palideció.

—Tendrás más suerte de la que nos has deparado a nosotros —dijo el fornido hombre de Tharna. Ost chilló aterrorizado.

Traté de adelantarme, pero los hombres de la cadena no se movieron de su lugar. Por consiguiente, no pude acudir en ayuda del traidor.

Quiso arrastrarse en dirección hacia mí, extendiendo las manos. Yo también extendí las mías; pero Kron le agarró y le echó hacia atrás.

El hombrecillo fue arrojado de esclavo en esclavo a lo largo de la cadena, hasta que el último hombre lo tiró cabeza abajo al pozo estrecho y negro por el que habíamos ascendido. Oímos cómo su cuerpo golpeó los muros del túnel una docena de veces, oímos su grito de horror que se extinguió lentamente y fue finalmente silenciado al caer su cuerpo en el agua, allí en lo más hondo.

Nunca se había vivido una noche semejante en las minas de Tharna.

Conduciendo la cadena de esclavos, que formaban una doble fila detrás de mí, corrimos a través de los pozos como si fuéramos una erupción de lava ardiente en el interior de la tierra. Armados únicamente con trozos de mineral y de los picos con los que extraíamos éste de los muros, tomamos por asalto los cuarteles de los esclavos del látigo y guardianes, quienes apenas tuvieron tiempo de asir las armas. Quienes no fueron muertos en las violentas luchas que, en gran medida se desarrollaron en la oscuridad de los túneles, fueron encadenados con grilletes y encerrados en las celdas de provisiones, y puede decirse que los hombres de la cadena no trataron con especial suavidad a sus antiguos opresores.

Poco después encontramos los martillos que nos liberarían de nuestras cadenas, y uno después de otro, pasamos junto al gran yunque donde Kron de Tharna, miembro de la Casta de los Metalistas, desprendió, con destreza, los aros de metal que sujetaban nuestras muñecas y tobillos.

—¡Al Pozo Central! —grité sosteniendo una espada que le había quitado a un guardián.

Un esclavo que solía traernos la comida se mostró sumamente dispuesto a guiarnos.

Por fin llegamos junto al Pozo Central.

Nuestra mina se abría al pozo a unos trescientos metros debajo de la superficie. Pudimos ver las poderosas cadenas que oscilaban en el centro del pozo, iluminadas por las pequeñas lámparas que estaban en la entrada de otras minas, encima de nosotros, y hasta bien arriba, inclusive, por el reflejo de la luz lunar. Los hombres se agolparon sobre la superficie del pozo, que se encontraba sólo a unos pocos centímetros debajo de la entrada a nuestra mina, ya que ésta era la más profunda de todas.

Miraron fijamente hacia arriba.

El hombre que se había vanagloriado de haber tomado Kal-da tres veces en las minas de Tharna rompió a llorar cuando contempló una de las tres lunas goreanas.

Envié a varios hombres para que trepan por la cadena hasta llegar arriba.

—Tenéis que proteger las cadenas. No deben ser cortadas.

Los hombres comenzaron a trepar, como si la rabia y la esperanza les hubieran prestado alas.

Me enorgullecí del hecho que nadie propusiera que los siguiéramos, nadie



pidió que huyéramos antes que dieran la alarma.

¡No! Trepamos a la segunda mina.

¡Qué terribles fueron aquellos instantes para los guardianes y para los esclavos del látigo, en que de pronto se encontraron frente a nosotros, libres de cadenas e irresistibles, una avalancha de furor y venganza que caía sobre ellos! Dados, barajas, tableros y bebidas cayeron al suelo en las cámaras de los guardianes, cuando éstos y los esclavos del látigo alzaron su mirada y se encontraron con una cuchilla al cuello, acosados por hombres desesperados y condenados, de hombres ahora embriagados por el sabor de la libertad y decididos a liberar a sus compañeros de infortunio.

Se abrió una celda después de otra y los pobres esclavos fueron puestos en libertad, ocupando sus lugares los guardianes y esclavos del látigo, que sabían que la menor señal de resistencia les acarrearía una muerte rápida y sangrienta.

Liberamos una mina tras otra y los esclavos, renunciando a una pronta oportunidad de hallar su propia seguridad, se nos unieron penetrando en las minas superiores para liberar a sus compañeros de esclavitud. Esto sucedió como si respondiera a un plan preconcebido y, sin embargo, yo sabía que se trataba de una acción espontánea, de hombres que habían reconquistado el respeto de sí mismos, los hombres de las minas de Tharna.

Fui el último esclavo en abandonar las minas. Trepé por una de las gruesas cadenas hasta el enorme cabrestante que se encontraba encima del pozo, y me encontré en medio de cientos de hombres que me vitoreaban, libres de la carga de sus cadenas y cuyas manos empuñaban algún arma, aunque a veces sólo se trataba de un pedazo de roca o de unas esposas. Las figuras que me vitoreaban, muchas de las cuales estaban encorvadas y consumidas por las privaciones sufridas, me saludaron al resplandor de las tres lunas goreanas. Gritaban mi nombre y el de mi ciudad, sin ningún temor. Yo estaba de pie al borde del pozo y sentía sobre mi rostro el soplo frío del viento nocturno.

Me sentía feliz.

Me sentía orgulloso.

Miré la gran válvula con la cual se podían inundar todos los pozos y vi que estaba cerrada.

Me sentí orgulloso de que mis esclavos hubieran defendido la válvula, ya que en las proximidades había cuerpos de soldados muertos que se habían propuesto alcanzarla, pero me sentí aún más orgulloso al ver que los esclavos no habían abierto la válvula ahora, a pesar de saber que abajo, en los estrechos pozos y en las celdas, encadenados e indefensos, yacían sus opresores y enemigos mortales. Podía imaginar el terror de estos pobres seres que, encadenados, esperaban el lejano rumor del agua en los túneles; pero no escucharían ese ruido.

Me pregunté si entenderían que tal acción era indigna de una persona realmente libre, y que los hombres que habían triunfado en esta noche fría y ventosa, que habían combatido como larvas en la oscuridad de los túneles, que no habían pensado

en su propia seguridad sino en la liberación de sus compañeros, eran realmente hombres libres.

Salté sobre el cabrestante y levanté los brazos. A mis pies se abría la oscuridad del pozo central.

Todos callaron.

—Hombres de Tharna y de otras ciudades goreanas —exclamé—. ¡Sois libres!

Se oyó una gran exclamación de júbilo.

—La noticia de nuestras hazañas ya habrá llegado al palacio de la Tatrix —continué.

—¡Que tiemble la Tatrix! —exclamó Kron de Tharna violentamente.

—Reflexiona, Kron de Tharna —proseguí—, pronto los tarnsmanes abandonarán los muros de Tharna y la infantería vendrá a nuestro encuentro.

Se escuchó un murmullo de aprensión entre los esclavos liberados.

—Habla, Tarl de Ko-ro-ba —dijo Kron, usando el nombre de mi ciudad como si se tratara de una ciudad cualquiera.

—No tenemos ni las armas, ni el entrenamiento, ni los animales que necesitaríamos para hacer frente a los soldados de Tharna —dije—. Seríamos aniquilados, aplastados como urts. Por esta razón debemos dispersarnos en los bosques y en las montañas, buscando protección donde podamos hallarla. Todos los soldados y guardianes de Tharna nos buscarán. Nos perseguirán los jinetes armados de lanzas que montan los grandes tharlarios y nos atravesarán con sus lanzas. ¡Nos traspasarán las flechas de los tarnsmanes!

—¡Pero moriremos libres! —exclamó Andreas de Tor, y cientos de voces hicieron eco a su grito.

—¡Y eso también vale para otros! —exclamé—. Debéis escondeos de día y avanzar durante la noche. ¡Debéis eludir a vuestros perseguidores y llevar la libertad a los demás!

—¿Acaso pretendes que nos convirtamos en guerreros? —preguntó una voz.

—Sí —exclamé. Tales palabras jamás habían sido pronunciadas en Gor—. En esta causa tenéis que ser guerreros, aunque pertenezcáis a la Casta de los Campesinos o de los Poetas, de los Metalistas o de los Talabarteros.

—Lo seremos —dijo Kron de Tharna, y blandió el poderoso martillo, con el que había destrozado nuestras esposas.

—¿Es ésta la voluntad de los Reyes Sacerdotes? —preguntó una voz.

—Si es la voluntad de los Reyes Sacerdotes —dije—, que se cumpla.

Luego volví a levantar las manos y de pie sobre el gran cabrestante encima del pozo, sacudido por el viento, con las lunas de Gor iluminándonos, exclamé: —¡Y si no es la voluntad de los Reyes Sacerdotes, que igualmente se cumpla!

—Que así sea —resonó la voz de Kron.

—Que así sea —dijeron los hombres, primero uno, luego otro, hasta que finalmente se oyó un sobrio coro de asentimiento tranquilo pero poderoso, y yo sabía que en este rudo mundo los hombres nunca se habían expresado de esta

manera hasta ese momento. Y me pareció extraño que esta rebelión, esta conformidad de hacer justicia tal como ellos la entendían, independientemente de la voluntad de los Reyes Sacerdotes, no había partido de los orgullosos Guerreros de Gor, ni de los Escribas, Constructores o Médicos u otras castas elevadas de las numerosas ciudades goreanas, sino de los hombres más degradados y despreciados, de los míseros esclavos de las minas de Tharna.

Permanecí allí contemplando la partida de los esclavos. Se alejaron silenciosos como sombras, al encuentro de su nueva vida como proscritos, de un destino que los colocaba fuera de la ley y de las tradiciones de sus ciudades.

En silencio brotó de mis labios la frase de despedida goreana: —Os deseo felicidad.

Kron se detuvo junto al pozo y yo me coloqué a su lado. El hombre fornido de la Casta de los Metalistas permanecía allí, los pies bien separados. Sostenía el poderoso martillo como si fuera una lanza. Vi que su pelo, que antes llevaba rapado, estaba ahora largo y enmarañado, de un color rubio desteñido, y sus ojos azul acero me parecieron más tiernos de lo que recordaba.

—Te deseo felicidad, Tarl de Ko-ro-ba —dijo.

—Y yo a ti lo mismo, Kron de Tharna —respondí.

—Pertenece a la misma cadena —dijo.

—Sí —contesté.

Luego se apartó, algo bruscamente según me pareció, y se perdió entre las sombras.

Ahora sólo Andreas de Tor permanecía a mi lado.

Echó hacia atrás su largo mechón de pelo negro, que recordaba al de un larl, y me sonrió. —Bueno —dijo—, ya probé las minas de Tharna y pienso que ahora probaré las Grandes Granjas.

—Que tengas suerte —dije.

Yo deseaba de todo corazón que encontrara a la dulce Linna de cabellos castaños, que llevaba ropas de esclava.

—¿Y adónde irás tú? —preguntó Andreas con aparente despreocupación.

—Debo saldar cuentas con los Reyes Sacerdotes —respondí.

—Ah —dijo Andreas y permaneció callado.

Nos miramos. Parecía triste, cosa poco frecuente en él.

—Yo te acompañaré —dijo.

Me sonreí, Andreas sabía tan bien como yo que nadie regresaba de las Montañas Sardar.

—No —dije—. No creo que en las Montañas encuentres muchas canciones.

—Un poeta —respondió— busca sus canciones en cualquier parte.

—Lo siento, pero no puedo permitir que me acompañes.

Andreas puso sus manos en mis hombros: —Escucha, guerrero tonto, mis amigos me importan aún más que mis canciones.

Traté de responderle bromeando; me hice el escéptico: —¿Realmente

perteneces a la Casta de los Poetas?

—Nunca más que en este momento —dijo Andreas—, pues ¿cómo podrían serme más importantes mis canciones que los asuntos que en ellas se cantan?

Me maravilló que dijera esto, pues sabía que el joven Andreas de Tor hubiera dado su brazo o años de su vida por una buena canción, digna de lo que había visto, sentido y amado.

—Linna te necesita —dije—. Debes buscarla.

Andreas de la Casta de los Poetas se encontraba indeciso delante de mí. Me miró con expresión atormentada.

—Te deseo felicidad, Poeta —le dije.

Asintió con la cabeza. —Yo también te deseo felicidad —dijo—, Guerrero.

Quizás a los dos nos extrañara que entre miembros de castas tan diferentes pudieran existir tales lazos de amistad, pero tal vez también sabíamos, aunque no lo expresáramos, que en los corazones humanos las armas y las canciones nunca se hallan muy alejadas.

Andreas se había vuelto para irse, pero aún titubeaba, y dijo: —Los Reyes Sacerdotes te estarán esperando.

—Naturalmente —dije.

Andreas levantó la mano. —Tal —dijo tristemente.

Me extrañó que dijera esto, ya que “Tal” es en Gor un saludo de bienvenida.

—Tal —dije, respondiendo a su saludo.

Pienso que quizás quiso saludarme una vez más; que creía que nunca más tendría ocasión de volver a hacerlo.

Andreas se había vuelto y desapareció.

Debo comenzar mi viaje a las Montañas Sardar.

Tal como había dicho Andreas, me estarían esperando. Sabía que pocas cosas que sucedían en Gor escapaban al conocimiento de los Reyes Sacerdotes. El poder y saber de éstos supera tal vez la comprensión de los mortales o, como se decía en Gor, de los hombres que vivían a la sombra de las Montañas.

Se dice que la misma relación que hay entre nosotros y las amebas, es la que tienen los Reyes Sacerdotes en comparación con nosotros; que los vuelos más elevados y líricos de nuestro intelecto son, comparados con el pensamiento de los Reyes Sacerdotes, semejantes a las reacciones químicas de un organismo unicelular.

Había conocido de cerca el poder de los Reyes Sacerdotes, hacía años, en las montañas de New Hampshire, cuando inutilizaron la aguja de mi brújula, y después también en el valle de Ko-ro-ba donde había visto una ciudad aniquilada, como si fuera un descuido, como si alguien hubiera pisado un hormiguero.

Sí, yo sabía que el poder de los Reyes Sacerdotes que, según los rumores, inclusive llegaba a influir sobre el control de la gravedad, podía devastar ciudades, dispersar poblaciones enteras, separar amigos y amantes, causar una muerte horrible a quienquiera deseara. Y sabía, como todos los hombres de Gor, que su

poder inspiraba terror a todo un mundo y que era irresistible.

En mis oídos resonaban aún las palabras del hombre de Ar, que se me apareció llevando las vestiduras de los Iniciados y que me había traído el mensaje de los Reyes Sacerdotes, hacía nueve meses en el camino a Ko-ro-ba: —¡Quítate la vida con la espada, Tarl de Ko-ro-ba!

Pero yo sabía entonces como ahora, que no me mataría con la espada. Y sabía entonces también, que en lugar de ello iría a las Montañas Sardar, que entraría en ellas y buscaría a los Reyes Sacerdotes.

Y que los encontraría.

En alguna parte, en medio de aquellas rocas escarpadas, ni siquiera accesibles a un tarn salvaje, ellos me esperaban. Esos dioses tan poderosos de un mundo tan rudo.

## 20

### LA BARRERA INVISIBLE

Sostenía una espada en la mano, la espada que le había quitado a un guardián de las minas. Era mi única arma. Antes de emprender mi largo viaje me pareció prudente completar mi equipo. La mayoría de los soldados que había luchado arriba, en el pozo, contra los esclavos, estaba ahora muerta o había huido. Y los muertos habían sido despojados de sus ropas, así como de sus armas, objetos que los esclavos harapientos y desarmados necesitaban urgentemente.

Sabía que no me sobraba tiempo, ya que los tarnsmanes de Tharna pronto se harían visibles ante las tres lunas para vengar lo ocurrido.

Examiné las bajas construcciones de madera levantadas alrededor de la mina. Casi todas habían sido forzadas por los esclavos, y su contenido había sido llevado o dispersado. En el depósito de armas no se veía ninguna espada, ninguna lanza, y los recipientes de alimentos habían sido vaciados hasta la última migaja.

En la oficina del Administrador de Minas, el hombre que en cierta ocasión había dado la orden: “¡Ahogadlos a todos!” Encontré un cadáver desnudo, desfigurado por los azotes. Ya había visto una vez a este hombre, cuando fui entregado por los soldados a su custodia. Era el Administrador de Minas en persona: el cuerpo cruel y corpulento estaba completamente destrozado.

De la pared colgaba una vaina de espada vacía. Tenía la esperanza de que el hombre hubiera tenido tiempo de blandir el arma antes de que los esclavos lo atacaran, pues, aunque no me resultaba difícil odiarlo, prefería que no hubiera muerto inerte.

En el tumulto que tuvo lugar en la oscuridad o al resplandor de la lámpara de tharlarión, los esclavos probablemente no habían visto la vaina o quizá no les interesó. La espada naturalmente había desaparecido. Pensé que la vaina podría serme útil y decidí llevármela.

Con el primer resplandor del amanecer que entraba por la ventana polvorienta pude comprobar que la vaina estaba adornada con seis piedras preciosas. Esmeraldas. Quizá no fueran particularmente valiosas, pero de todos modos eran dignas de ser conservadas.

Coloqué mi arma dentro de la vaina vacía, me puse el cinto a la espalda, pasándolo —según la costumbre goreana— sobre el hombro izquierdo.

Al abandonar la choza, oteé el cielo. Todavía no había rastros de tarnsmanes. Las tres lunas habían palidecido y parecían discos blancos en el cielo que se iba aclarando; el sol ya comenzaba a aparecer en el horizonte.

A la débil luz del amanecer se presentó ante mis ojos una escena plena de desolación y espanto. El mísero terreno de la mina, las barracas solitarias, el suelo pardusco y las rocas desnudas, estaban abandonadas, sólo pobladas por cadáveres. Entre los restos del saqueo —papeles, cartones desgarrados, muebles rotos, alambre— yacían los muertos en posición rígida, retorcida, con sus cuerpos desnudos, aplastados.

Pequeñas nubes de polvo, arrastradas por el viento, pasaban girando como animales que husmeaban los pies de los muertos. En una de las barracas se movía una puerta, golpeando a intervalos regulares.

Atravesé el terreno y recogí un casco que se encontraba medio escondido entre los residuos. Sus correas estaban rotas, pero era posible atarlas por los extremos. Los esclavos probablemente no lo habían visto.

Me había propuesto equiparme, pero tan sólo había encontrado una vaina de espada y un casco deteriorado, y pronto llegarían los tarnsmanes de Tharna. A paso de Guerrero, una especie de trote lento que puede mantenerse durante horas, abandoné el terreno de las minas.

Apenas había encontrado el refugio de una arboleda, cuando, a una distancia de algunos miles de metros detrás de mí, distinguí a los tarnsmanes de Tharna que, como enjambre de avispas, descendieron sobre la zona de las minas.

Tres días después volví a encontrar a mi tarn cerca de la Columna de los Canjes. Había visto su sombra y temía que se hubiera vuelto salvaje, pero me propuse vender cara mi vida. Sin embargo, el gran monstruo, mi gigante emplumado, que quizá había vagado durante semanas por las cercanías de la Columna, aterrizó en la llanura a unos treinta metros de distancia; sacudió sus

grandes alas y vino a mi encuentro.

Precisamente ése había sido el motivo por el cual había regresado a la Columna: la esperanza de que el ave no se hubiera alejado de aquel lugar. El lugar era bueno para la caza y los picos rocosos a los que había llevado a la Tatrix ofrecían protección para su nido.

Cuando se me acercó y extendió su cabeza, me pregunté si podría ser cierto aquello que no me había atrevido a soñar, que el ave hubiera esperado mi retorno.

No ofreció la menor resistencia ni manifestó enojo cuando salté sobre su lomo y exclamé: —¡Primera rienda!

A esta señal respondió levantando el vuelo, al tiempo que emitía un grito agudo; sus enormes alas resonaron como látigos y fue ganando rápidamente altura.

Cuando pasamos la Columna de los Canjes recordé que había sido allí donde fui traicionado por la entonces Tatrix de Tharna, y me pregunté qué habría sido de ella. Reflexioné también acerca de su traición, de ese odio extraño que sentía por mí, que parecía estar en desacuerdo con la joven solitaria, de pie junto al borde del peñasco contemplando serenamente las praderas de talendros, mientras un guerrero devoraba la presa de su tarn. Luego volví a enfurecerme al recordar su gesto imperioso, su orden insolente: —¡Prendedlo!

Me decía a mí mismo que ella bien se merecía cualquier cosa que le hubiera ocurrido. Y sin embargo abrigaba la esperanza que quizás no hubiera sido destruida. Me preguntaba, también, qué venganza habría satisfecho el odio de Dorna la Orgullosa. Imaginé con dolor que posiblemente hubiera podido arrojarla a una fosa de ost o quemarla viva en aceite hediondo de tharlarión. Tal vez hubiera deseado arrojarla desnuda a las garras de las insidiosas plantas carnívoras de Gor o echarla de alimento a los urts que se encontraban en las mazmorras, en los sótanos de su palacio. Yo sabía que el odio de los hombres no podía compararse al odio de las mujeres y me preguntaba qué se necesitaría para aplacar la sed de venganza de una mujer como Dorna la Orgullosa. ¿Habría algo que llegara a satisfacerla?

Nos encontrábamos ahora en el mes del equinoccio vernal en Gor, llamado En'Kara o el Primer Kara. La expresión completa es En'Kara-Lar-Torvis que, de forma bastante literal, significa La Primera Vuelta del Fuego Central. Lar-Torvis es una expresión que los goreanos utilizan para nombrar al sol.

La cronología, incidentalmente, es motivo de desesperación de los escribas de Gor, ya que cada ciudad calcula su tiempo de acuerdo con sus propias Listas de Administradores. Así, por ejemplo, se designa un año como el Segundo Año en el que Fulano ha sido Administrador de la ciudad. Podría pensarse que la Casta de los Iniciados proveería cierta estabilidad al calendario, ya que debían consignar sus fiestas y ceremonias, pero los Iniciados de una ciudad no festejan siempre la misma fiesta en la misma fecha que los de otra. Si por ejemplo, el Iniciado Supremo de Ar lograra extender alguna vez su hegemonía sobre los Iniciados Supremos de otras ciudades, hegemonía que aquél pretende ya poseer, podría

introducir un calendario unificado. Pero hasta ahora Ar no ha triunfado militarmente sobre otras ciudades y, por lo tanto, los Iniciados de otras ciudades se consideran las instancias supremas dentro de sus respectivas murallas.

Existen, sin embargo, algunos factores que tienden a reducir la gravedad de la situación, por ejemplo: los mercados, al pie de las Montañas Sardar, que tienen lugar cuatro veces al año y se van numerando cronológicamente. Una segunda circunstancia sería el hecho de que algunas ciudades están dispuestas a agregar en sus registros, aparte de sus propias fechas, la cronología de Ar, la ciudad más grande de Gor.

La cronología de Ar no se mide, felizmente, a partir de sus Listas de Administradores, sino a partir de su fundación mítica por parte del primer ser humano en Gor, un héroe que, según se cuenta, los Reyes Sacerdotes habían formado de barro y sangre de tarn. El año que corre es, según el calendario de Ar, el año 10.117. Aunque yo creo que Ar no alcanza ni un tercio de esta edad. Su Piedra del Hogar, sin embargo, que había visto anteriormente, da fe de una antigüedad considerable.

Cuatro días más o menos viajé por los cielos con mi tarn cuando descubrimos a lo lejos las Montañas Sardar. Si hubiera poseído una brújula goreana, su aguja habría señalado invariablemente dichas montañas, como para indicar la morada de los Reyes Sacerdotes. Delante de las Montañas vi, a modo de espectáculo de sedas y banderas, los pabellones del mercado de En Kara, o Mercado de la Primera Vuelta.

Hice girar al tarn, ya que no deseaba acercarme más por el momento. Contemplé las montañas, que ahora veía por primera vez. Un frío extraño me hizo estremecer, que no provenía de los vientos frescos que soplaban allí arriba.

Las Montañas Sardar no eran tan vastos y grandiosos como las altas cumbres escarlatas de la Cordillera Voltai, aquella inmensidad montañosa casi impenetrable, donde una vez estuve prisionero del Ubar proscrito, Marlenus de Ar, del ambicioso y belicoso padre de la bravía y hermosa Talena, a quien amaba y a quien había llevado hacía años sobre el lomo de mi tarn a Ko-ro-ba, para que fuera mi Compañera Libre.

No, las Montañas Sardar no poseían el soberbio encanto salvaje de las Voltai. Sus cumbres no se elevaban despreciativas sobre las llanuras, no trataban de mofarse del cielo y desafiar a las estrellas en las noches heladas. Allí no se escucharía el grito de los tarns ni el rugir de los larls. Eran inferiores a las Voltai en lo que se refiere a dimensión y grandiosidad, pero al mirarlos ahora mi corazón se llenó de temor, un temor que no sentía en la Cordillera Voltai gloriosamente salvajes, habitados por el larl.

Me aproximé más a las Montañas sobre el lomo de mi tarn.

Las montañas que tenía delante de mí eran negras, con excepción de las altas cumbres y los desfiladeros, donde se podían ver manchas blancas de nieve



resplandeciente. Busqué algún rastro de vegetación en las pendientes más bajas, pero no encontré nada. En las Montañas Sardar no crecía nada.

De distantes formaciones angulares parecía emanar una extraña amenaza, un aliento de peligro intangible. Guíé al tarn hacia arriba, lo más alto que pude, tan alto que sus alas comenzaron a batir frenéticamente el aire enrarecido pero no pude ver nada en las Montañas Sardar que indicara la morada de los Reyes Sacerdotes.

De repente me asaltó una sospecha, una sospecha inquietante; me pregunté si las Montañas Sardar no estarían vacías, si quizás allí no había nada, nada más que viento y nieve, si los hombres veneraban, sin sospecharlo, a la nada. ¿Qué ocurriría con las interminables oraciones de los Iniciados, los sacrificios, los ritos, los innumerables relicarios, altares y templos consagrados a los Reyes Sacerdotes? ¿Era posible que el humo de los sacrificios, el aroma del incienso, el murmullo de los Iniciados y sus genuflexiones fueran dirigidas tan sólo a las cumbres vacías de estos montes, a la nieve, al frío y al viento que rugía entre los negros peñascos?

De pronto el tarn comenzó a chillar y se estremeció en el aire.

La idea acerca del vacío de las Montañas Sardar desapareció como por encanto, pues aquí había evidencias de los Reyes Sacerdotes.

Parecía como si el ave hubiera sido asida por un puño invisible.

No podía percibir nada.

Los ojos del ave, quizás por primera vez en su vida, reflejaron terror, un terror ciego ante lo desconocido.

No podía ver nada.

Protestando, chillando, el tarn comenzó a perder altura. Sus poderosas alas golpeaban a ciegas, faltándoles toda coordinación, como si se tratara de un naufrago. Daba la impresión de que el aire se negaba a soportar su peso por más tiempo. Describiendo círculos, ebria, mareada, confundida, gritando desamparada, el ave siguió descendiendo, mientras yo me asía desesperado a las plumas de su cuello, tratando de mantener el equilibrio.

Al llegar a una altura de unos cien metros, el extraño efecto desapareció tan rápidamente como había aparecido. El ave recuperó su fuerza y sus sentidos, pero se encontraba sumamente agitada y prácticamente incontrolable.

Entonces observé maravillado cómo el valiente animal trató de ascender de nuevo, decidido a seguir volando a las alturas acostumbradas. Una vez más trató de ganar altura y una y otra vez algo parecía obligarlo a descender.

A través de su lomo pude captar la tensión de sus músculos dorsales, el latido excitado de aquel corazón indómito. Pero cada vez que alcanzábamos cierta altura, los ojos parecían salirse fuera de las órbitas y el animal perdía su maravilloso equilibrio y la coordinación de sus movimientos. Ya no estaba asustado sino furioso. Una vez más trató de ascender, cada vez de forma más rápida y salvaje.

Entonces exclamé compasivamente: —¡Cuarta rienda!

Temía que el valiente animal se matara antes que someterse a la fuerza invisible que obstruía su paso.

De mala gana el ave aterrizó en la verde llanura a más o menos dos kilómetros de distancia del Mercado En´Kara. Me pareció percibir una mirada de reproche en los grandes ojos del tarn: ¿Por qué no saltaba nuevamente sobre su lomo y exclamaba la orden que le haría alzar de nuevo el vuelo? ¿Por qué no lo intentábamos una vez más?

Le acaricié el pico y le saqué algunos piojos de entre las plumas del cuello y se los puse en la lengua. Durante unos segundos el tarn encrespó las plumas impacientemente en señal de protesta, pero pronto sucumbió, aunque a disgusto, a los manjares que le ofrecía y los parásitos desaparecieron en su pico curvo.

Lo que acababa de suceder tenía que parecerle a una mente goreana poco entrenada, especialmente a las personas pertenecientes a las castas inferiores, una evidencia de alguna fuerza sobrenatural, como algún efecto mágico de la voluntad de los Reyes Sacerdotes. Por mi parte, no aceptaba de buena gana tales hipótesis.

El tarn había chocado contra cierta especie de campo, que quizá actuaba sobre el mecanismo de su oído interno, lo que traía, como consecuencia, la pérdida del equilibrio y de la coordinación. Algo similar, pensé, podría impedir quizás la entrada de tharlaciones, aquellos lagartos de Gor que se utilizaban como cabalgaduras. Tuve que admirar a los Reyes Sacerdotes, contra mi voluntad. Sabía ahora que era cierto lo que solía decirse al respecto, que todos los que se internaban en las Montañas Sardar debían hacerlo a pie. Me daba lástima abandonar al tarn, pero él no podía acompañarme.

Durante una hora, aproximadamente, le estuve hablando y finalmente le di un golpe en el pico y lo alejé de mí. Le señalé la llanura, alejada de las montañas.

—Tabuk —dije.

El animal no se movió. —¡Tabuk! —repetí.

Era absurdo; pero tenía la sensación que el ave podría sentir que me había fallado al no llevarme a las montañas. Quizá presintió también que yo no lo esperaría a su regreso de la caza.

La gran cabeza se movía indecisa de un lado a otro y se volvió hacia abajo, frotándose contra mi pierna.

¿Me había fallado? ¿Acaso yo lo estaría rechazando?

—¡Vete, Ubar de los Cielos! —dije—. ¡Vete!

Cuando pronuncié la palabra Ubar de los Cielos, el tarn levantó la cabeza. Así lo había llamado al reconocerlo en el ruedo de Tharna. El gran animal se alejó unos quince metros y se volvió hacia atrás, mirándome.

Le señalé la llanura.

El tarn sacudió sus alas, lanzó un grito y levantó el vuelo. Lo seguí con la mirada hasta que desapareció en el cielo azul, perdiéndose en una mancha diminuta.

Sentí una extraña tristeza y me volví para tomar la dirección hacia las Montañas Sardar. En la verde pradera que se extendía delante de ellos se encontraba el Mercado multicolor de En´Kara.

Apenas había recorrido un pasang, cuando en medio de un grupo de árboles, en la otra ribera de un pequeño río, se oyó el grito espantado de una joven.

## 21

### COMPRO UNA MUCHACHA

De inmediato desenvainé mi espada y me puse a vadear el río para llegar a la arboleda.

Nuevamente resonó el grito de terror.

Me encontraba entre los árboles y avancé rápida, pero cautelosamente.

Entonces percibí el olor de un fuego de campamento. Oí una conversación de voces tranquilas. Entre los árboles distinguí toldos y una carreta de tharlariones, cuyos cocheros desenganchaban a los animales. Por lo que veía, ninguno de los hombres había oído el grito o bien no le hacían caso.

Seguí caminando más lentamente y llegué a un claro entre las carpas. Algunos guardias me examinaron con curiosidad. Uno de ellos se levantó e inspeccionó el bosque para cerciorarse de que yo iba solo. Miré a mi alrededor. Una escena pacífica se presentaba ante mí: los fuegos del campamento, las carpas redondas, el cuidado de los animales de tiro, una escena tal como la que recordaba todavía de la caravana de Mintar, de la Casta de los Comerciantes. Pero éste era un campamento pequeño y tenía poco en común con la fila de carretas que cubrían muchos pasangs, con las que solía viajar el rico Mintar.

Nuevamente oí el grito.

Vi que el toldo de la carreta de tharlariones era de seda azul y amarilla.

Había llegado al campamento de un traficante de esclavos.

Envainé mi espada y me quité el casco.

—Tal —dije a los dos guardias sentados junto al fuego, que jugaban a las Piedras, un juego de adivinanzas en el que uno de los jugadores debe adivinar si el número de piedras que el otro esconde en el puño es par o impar.

—Tal —dijo uno de los hombres. El otro, al que le tocaba adivinar, ni siquiera levantó la vista.

Pasé por entre las carpas y vi a la joven.

Era una muchacha rubia, de cabello dorado y tan largo que cubría toda su

espalda. Tenía ojos azules y su belleza era deslumbrante. En ese momento temblaba como un animal acorralado. Estaba desnuda, encadenada, con la espalda contra un tronco de árbol parecido a un abedul, en posición arrodillada. Sus manos estaban esposadas por encima de su cabeza y por detrás del tronco. Los tobillos también estaban encadenados, con una cadena corta que rodeaba el árbol.

Sus ojos se fijaron en mí con expresión suplicante, como si yo la pudiera salvar de su terrible destino, pero al observarme, su mirada se llenó de un espanto aún mayor, si es que esto era posible. Emitió un grito desesperado, comenzó a temblar y dejó caer la cabeza hacia adelante.

Supuse que me tomaba por otro traficante de esclavos.

Junto al árbol había una escudilla de hierro, llena de brasas. Percibía su calor en la distancia: tres hierros candentes se hallaban sobre el fuego.

Al lado de los hierros se encontraba un hombre con el torso desnudo, que llevaba gruesos guantes de cuero, uno de los ayudantes del traficante de esclavos. Era tuerto. Me miraba sin gran interés, mientras esperaba que los hierros estuvieran candentes.

Eché una mirada al muslo de la joven. Todavía no había sido marcado.

Cuando un hombre se apodera de una joven para su uso personal, no siempre la marca, aunque ésta sea una costumbre bastante generalizada. Un traficante de esclavos profesional, en cambio, cuida que su mercancía esté marcada unívocamente, y no es frecuente que una muchacha no marcada llegue a la subasta.

La marca debe ser diferenciada del collar, a pesar de que ambos son una señal de esclavitud. El collar identifica, en primer término, al dueño del esclavo y a su ciudad natal. Una joven puede cambiar de collar innumerables veces en su vida, mientras que la marca permanece igual e indica su status. La marca generalmente está escondida debajo de la corta falda de la esclava. En las muchachas, la marca consiste en un signo de curva graciosa que es la letra cursiva inicial de la palabra *goreana* para esclavo. Si se marca a un hombre, también se utiliza esta inicial pero en otro tipo de letra.

El hombre que estaba junto al fuego, advirtiendo mi interés por la joven, la tomó por el pelo, echando su cabeza hacia atrás para que yo pudiera ver mejor su rostro: —Es hermosa ¿no es cierto? —preguntó.

Yo asentí con un gesto y me pregunté por qué los ojos azules me miraban con tanta angustia.

—¿Quizás quieras comprarla? —preguntó el hombre.

—No —respondí.

El hombre me guiñó el ojo. Susurró, con tono cómplice: —Todavía no está entrenada. Y es tan salvaje como un eslín.

Sonreí.

—Pero el hierro le quitará las mañas —dijo el hombre.

Me pregunté si eso sería cierto.

El hombre sacó uno de los hierros del fuego: estaba al rojo.

Al ver el metal ardiente, la muchacha gritó de forma incontrolable, tirando de sus esposas, de las cadenas que la ataban al árbol.

El hombre volvió a colocar el hierro en el fuego.

—Hace mucho ruido esta muchacha —dijo avergonzado.

Después me lanzó una mirada, se encogió de hombros como para pedirme disculpas, se colocó al lado de la joven y tomó un puñado de su larga cabellera, la enroscó formando una pequeña pelota firme y se la metió rápidamente en la boca. El cabello se expandió de inmediato y, antes de que ella lo pudiera escupir, rodeó su cabeza de más pelo, atándolo, de modo que ella ya no pudo sacar el que tenía en la boca. La joven luchó en silencio contra la mordaza, pero fue inútil. Se trataba de una vieja treta de los traficantes de esclavos. Sabía que también algunos tarnsmans silenciaban a sus prisioneros de esa manera.

—Lo siento, muchachita —dijo el hombre—, pero no queremos que aparezca Targo con su látigo y nos azote a los dos ¿no es cierto?

La muchacha sollozaba por lo bajo y dejó caer nuevamente la cabeza sobre su pecho.

El hombre tarareaba distraído una canción de caravana, mientras esperaba que el hierro terminara de calentarse.

Yo sentía emociones contradictorias. Había corrido a salvar a la muchacha, a protegerla. Ahora me daba cuenta que sólo era una esclava y que su propietario pretendía marcarla como a cualquier otro de su propiedad, acto rutinario en Gor. Si hubiera intentado liberarla, habría sido un robo semejante al robo de una carreta de tharlaciones.

Además, estos hombres no sentían enemistad frente a la joven. Para ellos era meramente una de las muchas jóvenes encadenadas, quizá menos entrenada y menos dócil que la mayoría. En todo caso, se mostraban algo impacientes y opinaban que le daba demasiado importancia al asunto. Seguramente no entendían nada acerca de sus sentimientos, su humillación, su vergüenza, su terror.

Suponía que las otras muchachas, inclusive, pensaban que ella era demasiado revoltosa. Después de todo ¿una esclava no tenía que tolerar el hierro candente? ¿Y el látigo?

Vi a las otras que se encontraban a alguna distancia en sus ropas de esclavas, que reían y conversaban, comportándose tan alegremente como hubieran hecho jóvenes libres. Casi no se advertía la cadena que se encontraba escondida en la hierba. Pasaba por el aro que cada una tenía en los tobillos y en cada extremo estaba sujeta cuidadosamente a un árbol.

Pronto los hierros estarían listos.

La muchacha que tenía delante, tan desamparada en sus cadenas, pronto sería marcada.

Yo me había preguntado en otras ocasiones sobre el porqué se aplicaban tales marcas a los esclavos goreanos. Seguramente tendrían otras posibilidades para marcar el cuerpo humano de forma indeleble e indolora. Mi suposición,

confirmada en parte por mi viejo instructor en el manejo de las armas, Tarl el Viejo, era que la marca se aplicaba en primer lugar por su efecto psicológico.

En teoría, sino en la práctica, una muchacha a la que se marca como a un animal, cuya hermosa piel de pronto queda desfigurada por el hierro de su señor, no puede dejar de considerarse íntimamente como un mero objeto poseído por alguien, algo que pertenece al ser brutal que le ha aplicado ese hierro candente en el muslo.

De hecho, yo pienso que el efecto que le produzca la marca depende en gran medida de la muchacha. Algunas sólo la considerarán un signo más de su vergüenza, miseria y humillación. En otras, puede aumentar su hostilidad. Conozco casos en que una mujer orgullosa e insolente, incluso de gran inteligencia, que siempre se había resistido al contacto con el hierro, se transforma en una esclava de placer apasionada y obediente.

Pero, en resumidas cuentas, no sé si la marca se utiliza, en primer término, por sus efectos psicológicos o no. Quizá se trate sólo de un recurso de los traficantes de esclavos que lo necesitan con el fin de poder rastrear a los esclavos prófugos, ya que de otro modo esto constituiría un serio riesgo para su comercio. Pienso también, a veces, que la marca no es más que un vestigio anacrónico de épocas tecnológicamente más atrasadas.

Pero había algo que no dejaba lugar a dudas: la desgraciada joven no quería que la marcaran.

Sentí compasión por ella.

El ayudante del traficante de esclavos sacó un hierro del fuego. Con su ojo sano lo examinó apreciativamente. Movi6 la cabeza, satisfecho.

La joven se apretaba más y más contra el árbol, frotando su espalda contra la corteza áspera y blanca. Con los tobillos y las muñecas tironeaba de las cadenas que la aprisionaban. Su respiración era anhelante. Todo su cuerpo temblaba y en sus ojos se reflejaba la desesperación. La oí lloriquear.

El ayudante del traficante colocó su brazo izquierdo alrededor de su muslo derecho manteniéndolo inmóvil. —No te muevas, tesoro —le dijo sin aspereza—. Podrías estropear la señal.

Le hablaba suavemente como queriendo tranquilizarla. —¿No quieres una marca limpia, bonita? Eso aumentará tu valor y tendrás un dueño mejor.

Alzó el hierro, listo para ser aplicado.

Vi que parte del delicado vello dorado de su muslo se enrollaba y quedaba chamuscado por la proximidad del hierro.

La muchacha cerró los ojos y trató de fortalecerse para soportar el momento de dolor punzante, repentino e inevitable.

—No la marques —dije.

El hombre me miró perplejo.

Los ojos aterrorizados de la joven se abrieron y me miraron interrogativamente.

—¿Por qué no? —preguntó el hombre.

—La compraré —dije.

El hombre se levantó y me miró con curiosidad. Se volvió hacia las carpas. — ¡Targo! —gritó. Luego volvió a colocar el hierro entre las brasas.

La joven se desplomó, tirando de sus cadenas. Se había desmayado.

De entre las carpas redondas surgió un hombre pequeño y gordo con una amplia túnica de seda rayada azul y amarilla y una cinta del mismo material alrededor de la cabeza: era Targo, el traficante de esclavos, el dueño y señor de esta pequeña caravana. Targo llevaba sandalias color púrpura, cuyos cordones estaban bordados con perlas. En sus gruesos dedos llevaba numerosos anillos que brillaban cuando movía las manos. Alrededor del cuello pendían a la manera de los mayordomos, monedas agujereadas, enhebradas en un alambre plateado. De los lóbulos de las orejas colgaban unos aros grandes, pendientes de zafiro en tallos dorados. Su cuerpo estaba recién aceitado, y supuse que se había estado bañando en su carpa, un placer al que son adictos los jefes de caravana al término de un largo día polvoriento. El pelo, largo y negro, bajo la seda amarilla y azul, estaba lustroso, bien peinado. Me recordaba la piel reluciente de un urt doméstico.

—Buenos días, señor —sonrió Targo, inclinándose lo mejor que podía, examinando al extraño que había llegado a su campamento. Luego se dirigió al hombre que cuidaba los hierros. Ahora su voz se hizo cortante y desagradable—. ¿Qué ocurre aquí?

Su ayudante dijo, señalándome a mí: —No quiere que marque a la muchacha.

Targo me miró atónito: —¿Pero por qué? —preguntó.

No supe qué decirle. ¿Qué podía contestarle a este comerciante, a este especialista en el comercio de carne humana, a este hombre de negocios, que seguía las viejas tradiciones y prácticas de su oficio? ¿Podía decirle que no deseaba que se lastimara a la joven? Me hubiera tomado por un loco. Pero ¿acaso había otro motivo?

Me sentí algo estúpido al decirle la verdad. —No quiero que la lastimen.

Targo y su ayudante se miraron.

Pero sólo es una esclava —dijo Targo.

—Lo sé.

El ayudante tomó la palabra: —Dijo que la compraría.

—¡Ah! —exclamó Targo y sus ojuelos brillaron—. Eso es otra cosa.

Una tristeza repentina pareció transformar su cara rechoncha y dijo: —Pero es una lástima que sea tan cara.

—Yo no tengo dinero —dije.

Targo me miró estupefacto. Su cuerpo pequeño y gordo se contrajo. Estaba furioso. Se dirigió al otro hombre sin fijarse más en mí: —Marca a la muchacha —dijo.

Su ayudante se arrodilló para sacar un hierro de entre las brasas.

La punta de mi espada tocó la barriga del gordo traficante.

—No marques a la muchacha —dijo Targo.

El hombre, obediente, volvió a poner el hierro al fuego. Vio que mi espada estaba tocando la barriga de su amo, pero no pareció preocuparse mucho.

—¿Quieres que llame a los guardias? —preguntó.

—Dudo que puedan llegar a tiempo —dije tranquilamente.

—No llames a los guardias —contestó Targo, que comenzaba a sudar.

—No tengo dinero —dije—, pero tengo esta vaina.

La mirada de Targo saltó a la vaina y se posó en las esmeraldas. Sus labios se movían en silencio. Seis piedras.

—Quizás —dijo Targo— podamos ponernos de acuerdo.

Guardé la espada.

Targo se dirigió a su ayudante y le dijo ásperamente: —Despierta a la esclava.

El hombre se fue rezongando a llenar un balde de cuero en el pequeño río próximo al campamento. Targo y yo nos contemplábamos mutuamente hasta que regresó su ayudante, quien volcó el agua helada sobre la joven encadenada, que de pronto abrió los ojos aterida de frío.

Targo se acercó a la muchacha, a pasos cortos, y colocó un pulgar, en el que brillaba un gran anillo con un rubí, debajo de su mentón, levantando la cabeza de la joven.

—Una verdadera belleza —dijo Targo— y perfectamente entrenada a lo largo de meses en Ar.

Detrás de Targo, pude ver cómo el otro hombre sacudía la cabeza, negando lo que decía su amo.

—Y —continuó Targo— está deseosa de agradar.

Detrás de él, su ayudante guiñó el ojo ciego y contuvo un resoplido.

—Suave como una paloma, dócil como una gatita —continuó Targo.

Pasé la hoja de mi espada entre la mejilla y el cabello de la joven que estaba anudado sobre su cabeza. Lo moví y sus cabellos, casi tan livianos como el aire, resbalaron por la hoja.

La joven miró a Targo: —¡Urt gordo y sucio! —exclamó.

—Cállate, tharlarión —bufó él.

—No creo que esta esclava valga mucho —comenté.

—Oh, señor —dijo Targo—, pagué cien discotarns de plata por ella.

Detrás de Targo, su ayudante tuerto levantó los dedos y abrió cinco veces las manos.

—Dudo que valga más de cincuenta —dije.

Targo me miró perplejo. En sus ojos se reflejaba respeto. ¿Acaso yo sería del oficio? En realidad, cincuenta discotarns de plata eran un precio sumamente elevado e indicaban que la joven pertenecía probablemente a una casta superior, aparte de ser muy hermosa. Una muchacha común de una casta baja, agradable pero sin entrenamiento, podía costar, según la situación del mercado, desde cinco hasta treinta discotarns de plata.

—Te daré dos de mis piedras preciosas por ella —dije.



En realidad, yo no tenía la menor idea acerca de su valor e ignoraba si mi oferta era razonable. A juzgar por los anillos de Targo y los zafiros en sus orejas, tuve que admitir disgustado que él debía ser un conocedor mucho más experto que yo en tales asuntos.

—¡Imposible! —exclamó Targo y sacudió la cabeza con vehemencia.

Pensé que no se trataba de un farol, pues ¿cómo hubiera podido saber Targo que yo no conocía el verdadero valor de las piedras? ¿Cómo podía sospechar que yo no las había comprado y mandado colocar en la vaina?

—Es difícil negociar contigo —dije—. Cuatro...

—¿Me dejas ver la vaina, Guerrero? —preguntó Targo.

—Por supuesto —le respondí. Me la quité y se la alcancé, reteniendo la espada.

Targo miró las joyas apreciativamente. —No están mal —dijo—. Pero no es suficiente...

Fingí impaciencia: —Entonces muéstrame a las otras muchachas —dije.

Advertí que mi pedido no complacía a Targo, ya que evidentemente deseaba deshacerse precisamente de la joven rubia. Quizá fuera muy revoltosa o resultara peligroso conservarla por alguna otra razón.

—Muéstrale las otras —dijo su ayudante—. Esta joven ni siquiera quiere decir: “Cómprame, señor.”

Targo le lanzó una mirada furibunda al tuerto. Pero éste sólo se sonrió para sus adentros y examinó los hierros que estaban en las brasas.

Fastidiado, Targo me llevó a un claro entre los árboles.

Con movimientos ligeros batió palmas dos veces, y a nuestro alrededor se percibió un movimiento, y las jóvenes iban apareciendo mientras se escuchaba el sonido de la larga cadena que pasaba a través de los aros de sus tobillos. Ahora las muchachas se habían arrodillado, en la posición de una esclava de placer, formando una línea entre los dos árboles a los que estaban sujetadas sus cadenas. Al pasar delante de ellas, cada una de las jóvenes levantó su mirada, atrevidamente, y dijo: —Cómprame, señor.

Muchas de las jóvenes eran sumamente hermosas y pensé que la cadena, a pesar de ser corta, era muy valiosa, ya que con seguridad cualquier hombre podría encontrar allí a una joven a su gusto. Eran criaturas vitales, espléndidas, muchas de las cuales estaban bien entrenadas para deleitar los sentidos de su amo. Numerosas ciudades goreanas estaban representadas: había una muchacha rubia de la altiva Thentis, una de tez morena de Tor, la ciudad del desierto, cuya oscura cabellera le llegaba hasta los tobillos, jóvenes de las miserables calles de Puerto Kar en el delta del Vosk, incluso muchachas de los elevados cilindros de Ar. Me pregunté cuántas de ellas habrían sido criadas como esclavas y cuántas habrían sido libres alguna vez.

Y mientras me detenía delante de cada beldad de aquella cadena, chocando con su mirada y oyendo sus palabras: —Cómprame, señor—, me preguntaba por qué no habría de comprar a esa joven, por qué no le daría la libertad a ésta, en lugar de

a la otra. ¿Acaso valían menos que ella estas maravillosas criaturas, cada una de las cuales ya llevaba su marca de esclava?

—No —le dije a Targo—, no compraré a ninguna de éstas.

Me sorprendió oír un suspiro de desilusión, incluso de frustración, que corrió a lo largo de la cadena. Dos jóvenes, la de Tor y una de las de Ar, incluso lloraban, ocultando el rostro entre sus manos. Me arrepentí de haberlas mirado.

Pensándolo bien, comprendí que la cadena debía ser un lugar solitario para una joven llena de vida, que sabe que su marca la ha destinado al amor; que cada una de ellas debía ansiar la compañía de un hombre que se interesara suficientemente por ella como para comprarla, que cada una debía anhelar seguir a un hombre a su casa, llevando su collar y sus cadenas, conocer su fuerza y su corazón y aprender los deleites de la sumisión. Eran preferibles los brazos de un amo al frío acero del aro sujeto en el tobillo.

Cuando habían dicho: “Cómprame, señor”, se había tratado de algo más que de una mera frase ritual. Realmente habían deseado que yo las comprara, o probablemente cualquier otro hombre que las liberara de la odiada cadena de Targo.

Targo pareció aliviado. Me tomó por el codo y regresamos junto al árbol, delante del cual la joven rubia seguía arrodillada.

Al mirarla me pregunté por qué mi elección había recaído sobre ella. ¿Por qué no elegía a otra? ¿Por qué razón no me era indiferente el hecho de que esta joven llevara la marca de fuego? Probablemente lo que más me sublevaba era la institución de la esclavitud en sí misma y el hecho de que no cambiaría nada en dicha institución por un acto de compasión sin mayor trascendencia, por la liberación de esta única joven. Naturalmente no podría acompañarme a las Montañas Sardar, y cuando yo la abandonara, sola y desprotegida, sería muy pronto devorada por alguna fiera o volvería a caer en manos de otro traficante de esclavos. “Sí; me dije a mí mismo, era una acción tonta.”

—He decidido no comprarla.

Entonces observé sorprendido que la joven levantaba la cabeza y me miraba. Trató de sonreír. Las palabras brotaron en voz baja, pero clara e inequívocamente:

—Cómprame, señor.

—¡Oh! —exclamó el tuerto, e incluso Targo parecía perplejo.

Había sido la primera vez que la joven había pronunciado esta frase.

La miré y me di cuenta de que era realmente hermosa, pero más que nada me llamó la atención el ruego de sus ojos. Al ver esto, desapareció mi decisión racional de abandonarla, y cedí a mis sentimientos, como ya había hecho tantas veces en el pasado.

—Toma la vaina —le dije a Targo—. La compro.

—Y el casco —dijo Targo.

—De acuerdo —respondí.

Tomó la vaina y la alegría con que sus dedos gordos la sostuvieron me indicó

que, en su opinión, había hecho un excelente negocio. En el último momento se acordó del casco y también me lo arrancó de la mano. Los dos sabíamos que no valía casi nada. Sonreí para mis adentros. Por lo visto, yo no tenía mucho talento para este tipo de negocios. Pero ¿acaso conocía el valor real de las joyas?

La joven me miró, tratando de leer en mis ojos lo que sería de ella, pues yo era su amo. Y desde ahora su destino estaba en mis manos.

Las costumbres en Gor son crueles y extrañas: seis pequeñas piedras verdes, que apenas pesan unos cincuenta gramos, y un casco deteriorado pueden ser el precio de una vida humana.

Targo y su ayudante habían ido a la carpa a buscar las llaves de la cadena de la joven.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Una esclava no tiene nombre —contestó—. Me puedes dar uno si así lo deseas.

En Gor un esclavo no tiene nombre por derecho propio, pues legalmente no es una persona. Desde el punto de vista goreano, uno de los aspectos más temidos de la esclavitud es la pérdida de la identidad. El nombre que se ha llevado desde el nacimiento, con el que se le ha identificado, que se ha convertido en parte de uno, de pronto desaparece.

—Supongo que no eres una esclava de nacimiento —dije.

Me sonrió y sacudió la cabeza.

—No —respondió.

—Me gustaría llamarte por el nombre que tenías cuando eras libre —le dije.

—Eres amable.

—¿Cómo te llamabas? —pregunté.

—Lara.

—¿Lara?

—Sí, Guerrero —dijo—. ¿Acaso no me reconoces? Yo fui Tatrix de Tharna.

Cuando desencadenaron a la muchacha, la levanté en mis brazos y la llevé a

una de las carpas redondas que me habían asignado.

Allí debíamos esperar hasta que grabaran su collar de esclava.

La carpa estaba provista de gruesas alfombras multicolores y adornada con numerosas telas de seda. Una lámpara de tharlarión, que colgaba de tres cadenas, iluminaba el recinto. Había almohadas esparcidas por doquier.

Suavemente, deposité a la muchacha sobre la alfombra, y ella miró lentamente a su alrededor.

—Querrás someterme ahora ¿no es así?

—No —respondí.

Se arrodilló delante de mí y apoyó la frente sobre la alfombra.

—Golpéame —dijo.

La levanté.

—¿Acaso no me has comprado para aniquilarme? —preguntó sorprendida.

—No —dije—. ¿Fue por eso por lo que dijiste: “Cómprame, señor”?

—Pienso que sí. —respondió—. Pienso que quería que me mataras. Pero no estoy segura.

—¿Por qué deseabas morir?

—Yo que fui Tatrix de Tharna —respondió bajando la mirada—, no deseaba vivir como esclava.

—Yo no te mataré —le dije.

—Dame tu espada, Guerrero —dijo—, que yo me mataré con ella.

A un guerrero no le gusta ver la sangre de una mujer en su espada.

—Eres joven, hermosa y estás llena de vida. Olvídate de las Ciudades del Polvo.

Se rió amargamente.

—¿Por qué me compraste? —preguntó—. Seguramente deseabas satisfacer tu sed de venganza. ¿Acaso olvidaste que fui yo quien te unció a un yugo, que te mandé azotar, que te envié al ruedo y quise que el tarn te devorara? ¿Que fui yo quien te traicionó y te envié a las minas de Tharna?

—No —dije con dureza—, no lo he olvidado.

—Yo tampoco —replicó con orgullo.

Era evidente que no esperaba nada de mí y que no me pediría nada, ni siquiera que le perdonara la vida.

Me examinó sin temor, a pesar de estar tan indefensa y completamente a mi merced. Le importaba morir dignamente y yo la admiraba por eso, y me parecía muy hermosa en su desesperanza y rebelión. Su labio inferior temblaba y con un movimiento casi imperceptible lo mordió para controlarlo, para impedir que yo lo viera. Sacudí la cabeza para no seguir pensando que me hubiera gustado probar con mi lengua la sangre de sus labios y secarla con un beso.

Pero sólo dije: —No deseo dañarte.

Me miró sin comprenderme.

—¿Por qué me compraste? —preguntó.

—Te compré para ponerte en libertad —respondí.

—Pero al hacerlo no sabías que yo era la Tatrix de Tharna —dijo burlonamente.

—No —respondí.

—Pero ahora que lo sabes ¿qué harás conmigo? ¿Seré el aceite de los tharlaciones? ¿Me arrojarás en medio de las plantas carnívoras? ¿Me usarás como cebo en una trampa de eslin?

Me reí: —Me has dado mucho en qué pensar —admití.

—¿Qué harás conmigo?

—Te pondré en libertad.

Retrocedió incrédula. En sus ojos azules se reflejaba el asombro y de repente se llenaron de lágrimas. Comenzó a sollozar.

Coloqué mis brazos alrededor de sus frágiles hombros, y advertí con sorpresa cómo esta muchacha que había llevado la máscara dorada de Tharna, que había sido Tatrix de esa ciudad sombría, apoyaba su cabeza en mi pecho y comenzaba a llorar.

—No —dijo—. Yo no merezco ser otra cosa que una esclava.

—Eso no es cierto —contesté—. Recuerda que una vez diste la orden de que no me azotaran. También otra vez dijiste que no era fácil ser la Primera Mujer de Tharna. Recuerda también que contemplaste una pradera llena de talendros y que yo fui demasiado torpe y tonto como para hablarte.

La tenía en mis brazos y sus ojos llenos de lágrimas me miraban. —¿Por qué me llevaste de vuelta a Tharna? —preguntó.

—Para obtener la libertad de mis amigos a cambio —respondí.

—¿Y no te interesaban la plata y las piedras preciosas de Tharna? —preguntó.

—No.

Retrocedió unos pasos. —¿Soy hermosa?

La miré.

—Eres muy hermosa —dije—, tan hermosa que mil guerreros darían su vida por ver tu rostro, tan hermosa que por ti podrían destruirse cien ciudades.

—¿Le gustaría yo a un... a un animal? —quiso saber.

—Sería una gran victoria para un hombre tenerte atada a su cadena —dije.

—Y a pesar de ello, Guerrero, no quisiste retenerme. Amenazaste venderme en el mercado de Ar.

Callé.

—¿Por qué no quisiste retenerme?

Era una pregunta audaz para una muchacha que una vez había sido Tatrix de Tharna.

—Mi amor pertenece a Talena, la hija de Marlenus, que fue hace tiempo Ubar de Ar.

—Un hombre puede tener muchas esclavas —dijo altiva—. Seguramente en tus Jardines de Placer, donde quiera que estén, muchas jóvenes hermosas llevan tu

collar.

—No —dije.

—Eres un guerrero extraño.

Me encogí de hombros.

Estaba de pie delante de mí. —¿No me deseas?

—Verte es desearte —admití.

—¡Entonces tómate! Soy tuya.

Bajé la mirada, en busca de la palabra adecuada. —No te comprendo —dije.

—¡Los animales son necios! —exclamó.

Después de este increíble arrebato se apartó hacia un costado de la carpa, cogió una de las sedas y ocultó su rostro entre los pliegues.

Por último se dio la vuelta. En sus ojos había lágrimas, pero estaba enojada.

Dijo: —Me llevaste de nuevo a Tharna.

—Por amor a mis amigos —contesté.

—¡Y por el honor!

—Quizá también a causa del honor —admití.

—¡Odio tu honor! —exclamó.

—Algunas cosas son aún más imperiosas que la hermosura de una mujer.

—Te odio.

—Lo siento.

Lara soltó una carcajada triste y se sentó, colocando la cabeza sobre una rodilla. —No te odio, sabes —dijo.

—Ya lo sé.

—Pero antes sí te odiaba. Cuando era Tatrix de Tharna te odié mucho.

No respondí. Sabía que decía la verdad. Había percibido el sentimiento virulento que había experimentado hacia mí.

—¿Sabes, Guerrero, por qué te odiaba?

—No —respondí.

—Porque al verte por primera vez te reconocí: ya te había visto en miles de sueños prohibidos —hablaba suavemente. Me miró—. En esos sueños yo era la orgullosa Tatrix de mi ciudad, rodeada de mi Consejo y de mis guerreros, y de pronto aparecía un poderoso tarn que descendía por el techo, que se hacía trizas como si fuera de vidrio, un tarn enorme con un guerrero provisto de un casco. Disolvía mi Consejo, aniquilaba mis ejércitos y me llevaba consigo en la silla de su tarn a su ciudad, donde yo, la orgullosa Tatrix de Tharna, debía llevar la marca de fuego y su collar.

—No debes temer esos sueños —dije.

—Y en su ciudad —prosiguió la muchacha con ojos luminosos— ponía campanillas alrededor de mis tobillos y me vestía con ropas de baile. Yo no tenía otra opción. Debía obedecerle. Y cuando no podía bailar más, me tomaba en sus brazos y me obligaba a que le diera placer como un animal.

—Un sueño muy cruel —dije.

Se reía y su rostro reflejaba vergüenza: —No —dijo—, el sueño no era cruel.

—No comprendo.

—En sus brazos aprendí algo que Tharna no nos podía enseñar. En sus brazos aprendí a compartir la llama ardiente de su pasión. En sus brazos conocí montañas y flores, oí el grito de los tarns salvajes y percibí el contacto de la garra de un larl salvaje. Por primera vez en mi vida mis sentidos fueron estimulados, por primera vez sentí el movimiento de mi vestimenta en mi cuerpo, por primera vez vi cómo se abre un ojo, sentí qué es, de verdad, el roce de una mano; y entonces supe que yo no era ni más ni menos que ese hombre o cualquier otro ser viviente ¡y le amé!

Permanecí callado.

—Yo no hubiera renunciado a su collar ni por todo el oro y la plata de Tharna, ni siquiera por todas las piedras de sus grises muros —continuó.

—Pero tú, en ese sueño, no eras libre —dije.

—¿Acaso era libre en Tharna?

Miré fijamente el diseño de la alfombra y callé.

—Naturalmente —continuó—, como mujer que llevaba la máscara de Tharna reprimía ese sueño, lo odiaba. Me aterrorizaba. Me sugería que incluso yo, la Tatrix, compartía la naturaleza indigna de un animal —sonrió—. Al verte, Guerrero, creí reconocer en ti al guerrero de mi sueño. De manera que te odiaba y quería aniquilarte porque me amenazabas a mí y todo lo que yo era, y en tanto que te odiaba y te temía, también te deseaba.

Alcé la vista sorprendido.

—Sí —dijo—, te deseaba.

Inclinó la cabeza y habló en voz tan baja que apenas pude entenderla: —A pesar de que yo era la Tatrix de Tharna deseaba estar a tus pies, quería ser atada con cordones amarillos sobre una alfombra roja.

Recordé que en la sala del Consejo de Tharna ya había hablado de cordones amarillos.

—¿Qué significan la alfombra y los cordones amarillos?

—En épocas antiguas las cosas en Tharna eran muy diferentes de como son en la actualidad.

Y en la carpa del traficante de esclavos, Lara me habló acerca de la singular historia de su ciudad.

Al principio, Tharna apenas se diferenciaba de las demás ciudades goreanas, en las que las mujeres gozaban de poca consideración y de pocos derechos. Había sido parte de los Ritos de la Sumisión, practicados en Tharna, el que la cautiva fuera atada con cordones amarillos y colocada sobre una alfombra roja. El color amarillo de los cordones era el símbolo que representaba a los talendros, flores que muy a menudo se asociaban con el amor y la belleza, y el rojo de la alfombra, el color de la sangre, y quizás de la pasión.

El amo colocaba su espada sobre el pecho de la muchacha y pronunciaba las frases rituales de la esclavitud, las últimas palabras que la joven escucharía como

mujer libre.

Cuando su dueño dejaba a la muchacha en libertad y el ritual llegaba a su fin, cuando ella se incorporaba y lo seguía era, a sus propios ojos y a los del hombre, una esclava.

Con el tiempo, estos ritos crueles fueron olvidados y las mujeres de Tharna fueron tratadas de una manera más razonable y humana. A través de su amor y ternura enseñaron a sus amos que ellas también merecían respeto y afecto. Y cuanto más cerca se hallaban del corazón de sus amos, tanto menor era el deseo de éstos de humillarlas, ya que pocos hombres desean humillar a una mujer por la que experimentan verdaderos sentimientos, a menos que teman perderla si le dan libertad.

Sin embargo, cuando la posición de las mujeres mejoró, comenzaron a modificarse también las diferencias sutiles de dominación y sumisión, que en el mundo animal están regidas por el instinto.

El equilibrio de la mutua estima es siempre muy delicado y, estadísticamente, se considera improbable que se mantenga por mucho tiempo en la totalidad de la población. En consecuencia, las mujeres de Tharna comenzaron a explotar, tal vez inconscientemente, las oportunidades que se les presentaban gracias a la educación de los hijos y al afecto de sus hombres, y con el paso de las generaciones pudieron mejorar mucho su posición, adquiriendo cierto poder social así como también económico.

Con el correr del tiempo, las facultades específicas que la naturaleza le ha otorgado a la mujer, a saber: la educación de los jóvenes y el control sobre su formación, llegaron a predominar sobre las facultades propias del hombre. Y así como en nuestro mundo es posible educar a toda una población para que acepte cosas que para otros pueblos son totalmente increíbles y absurdas, así entre los hombres y mujeres de Tharna se afianzaba más y más la idea de la superioridad de la mujer, lo que gradualmente llevó al establecimiento de una ginecocracia.

Esta situación, a pesar de ser viable a través de muchas generaciones, no favorece de verdad a la felicidad humana.

En efecto: no es fácil decidir si esto es preferible al patriarcado reinante en la mayoría de las ciudades goreanas que, por cierto, también tiene sus aspectos negativos. En una ciudad como Tharna, los hombres, que han sido enseñados a considerarse animales y seres inferiores, raramente desarrollan respeto por sí mismos, indispensable para lograr una auténtica hombría. Pero lo que es más extraño, tampoco las mujeres de Tharna parecen totalmente satisfechas con este sistema. A pesar de menospreciar a los hombres y felicitarse a sí mismas por su status elevado, me parece que ellas tampoco logran respetarse. Odiando a los hombres se odian a sí mismas.

Me he preguntado algunas veces si un hombre para ser hombre no debe dominar a una mujer, y si una mujer para ser mujer no debe sentirse dominada por el hombre. También me pregunté durante cuánto tiempo las leyes de la naturaleza,



si es que tales leyes existen, podían pasarse por alto en Tharna.

He sospechado el deseo contenido de los hombres de Tharna de quitarles la máscara a las mujeres y también que las mujeres deseaban precisamente eso. Si en Tharna se produjera alguna vez una revolución, sentiría compasión por sus mujeres, ya que ellas serían, por lo menos al principio, las víctimas de una frustración contenida durante generaciones. Si el péndulo oscilara en Tharna, oscilaría considerablemente, retrocediendo quizá incluso hasta la alfombra roja y los cordones amarillos.

Delante de la carpa resonó la voz de Targo.

Con sorpresa observé que Lara cayó de rodillas, se colocó en la posición de una esclava de placer y bajó sumisamente la cabeza.

Targo entró en la carpa, trayendo un pequeño envoltorio. Examinó a la muchacha con satisfacción.

—Bien, señor —dijo—, me parece que contigo aprende muy pronto —me hizo un guiño—. He ordenado todos los papeles. Te pertenece.

Me entregó el envoltorio. Era una túnica de esclava doblada y un collar.

—Una pequeña atención para un buen cliente —dijo Targo—. No te cobraré nada por ello.

Sonreí. La mayoría de los traficantes de esclavos habrían dado mucho más. Además advertí que Targo me entregaba un vestido de esclava que evidentemente ya había sido usado.

Metió la mano en el bolso que llevaba en su cinto y me alcanzó dos cordones amarillos que medirían unos cincuenta centímetros.

—Por tu casco me di cuenta —dijo—, de que procedes de Tharna.

—No —dije—, no es así.

—Bueno —dijo Targo—, ¿Cómo podía saberlo? —y tiró los cordones sobre la alfombra, delante de la muchacha.

—No tengo ningún látigo para esclavas —dijo encogiéndose tristemente de hombros—. Pero podría remplazarse sin dificultad por el cinto de la espada.

—En efecto —dije, y le devolví la túnica y el collar.

Targo me miró perplejo.

—Tráele una vestimenta de mujer libre —dije.

Targo abrió la boca, asombrado.

—De mujer libre —repetí.

Targo cerró los ojos y luego miró a su alrededor. Parecía buscar las huellas de una pelea.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Me reí y le hice girar. Con una mano lo tomé por el cuello de su vestimenta y con la otra un poco más abajo. Le empujé hacia la salida de la carpa. Allí, mientras sus aros se bamboleaban, recuperó el equilibrio; me miró como si yo hubiera perdido la razón.

—¿Tal vez el señor comete un error? —sugirió.

—Tal vez —admití.

—¿Dónde imaginas que un traficante de esclavos como yo, puede conseguir una vestimenta de mujer libre?

Me reí y Targo sonrió, a su vez, y se fue.

Me pregunté cuántas mujeres libres, atadas ya, habrían estado a sus pies para ser tasadas y vendidas, cuántas mujeres libres habrían cambiado sus costosos vestidos por una túnica de esclava y un aro en sus tobillos sujeto a la cadena de Targo.

Poco después volvió a la carpa, con un gran paquete de ropa bajo el brazo. Respirando con dificultad lo arrojó sobre la alfombra. —Elige lo que te guste, señor —dijo, y desapareció meneando la cabeza.

Sonreí y miré a Lara.

La muchacha se había puesto de pie.

Con sorpresa vi que se dirigía hacia la entrada de la carpa, cerró la lona que hacía de puerta y la anudó por dentro.

Luego se volvió hacia mí, anhelante.

Estaba muy hermosa, a la luz de la lámpara. Las ricas sedas de la carpa le servían de fondo.

Recogió los dos cordones amarillos, los sostuvo en sus manos y se arrodilló delante de mí en la posición de una esclava de placer.

—Voy a ponerte en libertad —dije.

Sumisamente sostenía delante de mí los cordones para que los aceptara y, cuando me miraron, sus ojos brillantes parecían pedirme algo.

—Yo no soy de Tharna —dije.

—Pero yo sí.

Estaba arrodillada sobre una alfombra roja.

—Voy a liberarte —dije.

—Todavía no soy libre —respondió.

Permanecí callado.

—Por favor —pidió—, señor.

Entonces tomé los cordones de sus manos y en la misma noche, Lara, que tiempos atrás había sido la orgullosa Tatrix de Tharna, se convirtió, según los antiguos ritos de su ciudad, en mi esclava, y en una mujer libre.

Lara y yo subimos a una colina que se encontraba delante del campamento de Targo y miramos a nuestro alrededor. A cierta distancia delante de nosotros, se divisaban los pabellones del Mercado de En´Kara y más lejos los picos rocosos de las Montañas Sardar, sombríos, negros, amenazantes.

Más allá de las luces multicolores del mercado, distinguí el cerco de madera construido con estacas puntiagudas, que separaba el Mercado de las montañas.

Los hombres que querían penetrar en las Montañas, hombres cansados de vivir, jóvenes idealistas, oportunistas que deseaban hallar el secreto de la inmortalidad, todos ellos utilizaban el portón que estaba al final de la calle principal del mercado, un portón doble de vigas negras montado sobre bisagras gigantescas, un portón que se balanceaba, abriéndose en el centro y revelando las Montañas Sardar.

Lara estaba de pie junto a mí. Llevaba la vestimenta de una mujer libre pero no las Ropas de Encubrimiento. Había acertado uno de los hermosos vestidos goreanos de modo que la falda le llegaba sólo hasta las rodillas, y también había achicado las mangas hasta los codos. El vestido era de color amarillo claro, y lo usaba atado con un cinturón rojo. En los pies calzaba unas sencillas sandalias de cuero rojo. Sobre sus hombros llevaba, por sugerencia mía, un pesado manto de lana. Era de color rojo. Supuse que lo necesitaría para abrigarse. Pero pienso que ella más bien lo cogió porque hacía juego con su cinturón.

Sonreí. Lara era libre, y me alegré al ver que parecía feliz.

Se había negado a llevar la acostumbrada Ropa de Encubrimiento. Sostenía que con dicha vestimenta significaría un estorbo mayor para mí. No discutí, pues era cierto. Mientras contemplaba su cabello rubio que ondeaba en el viento, mientras observaba su rostro alegre y hermoso, estaba contento porque había renunciado a la vestimenta tradicional.

Sin embargo, a pesar de mi admiración por la muchacha y por la transformación operada en ella: de Tatrix fría a esclava humillada y finalmente a la magnífica criatura que estaba de pie junto a mí, mis pensamientos vagaban en gran medida por las Montañas Sardar. Me preocupaba la idea de que todavía no había acudido a la cita con los Reyes Sacerdotes.

Presté atención al ruido sordo que llegaba hasta nosotros desde el portón.

—Alguien ha ido a las Montañas —dijo Lara.

—Sí.

—Morirá.

Asentí con la cabeza.

Le había contado a Lara mis planes, le había dicho que quería ir a las Montañas y enfrentarme allí a mi destino. Ella había comentado simplemente: —¡Yo te acompañaré!

Ella sabía, tan bien como yo, que nadie regresaba de esas Montañas, y conocía aún mejor que yo, el poder, basado en el terror, que sustentaban los Reyes Sacerdotes.

Y a pesar de todo quería acompañarme.

—Eres libre —le había dicho.

—Cuando era esclava —respondió—, me hubieras podido ordenar que te siguiera. Ahora que soy libre te acompañaré por decisión propia.

Observé a la muchacha: una muchacha orgullosa y maravillosa estaba a mi lado. Vi que había recogido un talendro en la colina y se lo había puesto en el cabello.

Sacudí la cabeza.

A pesar de que mi voluntad me impulsaba a las Montañas Sardar, a pesar de que en las montañas los Reyes Sacerdotes me esperaban, aún no podía emprender ese viaje. Era inconcebible llevar a la muchacha conmigo, para que fuera destruida como yo. Sacrificar esta vida joven, que apenas había comenzado a conocer las alegrías de los sentidos, que acababa de despertar a la vida y al sentimiento.

¿Qué podría ofrecer yo frente a esto: mi honor, mi sed de venganza, mi curiosidad, mi frustración, mi ira?

La tomé por el hombro y descendimos de la colina. Ella me miró inquisitivamente.

—Los Reyes Sacerdotes deberán esperar —dije.

—¿Qué piensas hacer?

—Devolverte al trono de Tharna.

Se apartó de mí con lágrimas en los ojos.

La atraje y la besé con ternura.

Me miró nuevamente con los ojos llenos de lágrimas. —Sí —dije—, lo deseo.

Apoyó su cabeza en mi hombro.

—Hermosa Lara —dije—, perdóname. No puedo llevarte a las Montañas Sardar. Tampoco puedo dejarte aquí. Serías atacada por los animales salvajes o te convertirían nuevamente en una esclava.

—¿Es necesario que me llesves a Tharna? —preguntó—. Odio Tharna.

—No tengo ninguna otra ciudad a la cual llevarte —dije—. Y creo que tú podrías hacer de Tharna una ciudad a la que no odiarías más.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Eso lo debes decidir tú sola.

La besé.

Tomé su rostro entre mis manos y la miré a los ojos.

—Sí —dije con orgullo—, tú eres capaz de reinar.

Sequé las lágrimas de sus ojos.

—Nada de lágrimas, pues eres la Tatrix de Tharna.

Levantó la vista y sonrió, con una sonrisa triste.

—Naturalmente, Guerrero, no debe haber lágrimas, ya que yo soy la Tatrix de

Tharna y una Tatrix no llora.

Sacó la flor de talendro de sus cabellos.

La recogí del suelo y volví a prendérsela al pelo.

—Te amo —dijo.

—No es fácil ser la Primera Mujer de Tharna —contesté, y descendimos la colina, alejándonos de las Montañas Sardar.

El fuego que había empezado a arder en las Minas de Tharna todavía no había sido sofocado. La sublevación de los esclavos se había extendido desde las Minas hasta las Grandes Granjas. Los esclavos se habían liberado de sus cadenas y habían tomado las armas. Hombres enfurecidos, provistos con cualquier arma que tuvieran disponible, vagaban por todo el territorio, eludiendo el encuentro con los soldados de Tharna, y robaban graneros, prendían fuego a los edificios y liberaban a otros esclavos.

La rebelión avanzaba de granja en granja y la entrega de provisiones para la ciudad, proveniente de las granjas, era cada vez más esporádica hasta que finalmente cesó por completo. Los esclavos segaban o quemaban todo aquello que no podían consumir u ocultar.

A no más de dos horas de marcha de la colina, donde había tomado la decisión de devolver a Lara nuevamente a su ciudad, el tarn nos había encontrado, tal como yo lo había supuesto. El ave anduvo rondando por los alrededores, como ya lo había hecho en la Columna de los Canjes, y su paciencia fue recompensada. Aterrizó a cincuenta metros de nosotros y corrimos hacia él; Lara me seguía a alguna distancia con cierto temor.

Me alegré tanto que abracé al monstruo negro.

Sus ojos negros y brillantes me observaban, sus enormes alas se agitaban, el pico se elevó hacia el cielo y resonó el grito estridente del tarn.

Lara retrocedió espantada cuando el inmenso animal se me acercó con su pico.

No me moví cuando los bordes agudos de su pico se cerraron cariñosamente alrededor de mi brazo. Con un solo movimiento de cabeza me hubiera podido separar el miembro de mi cuerpo. Pero su gesto tenía algo de tierno. Le di una palmada en el pico, hice montar a Lara sobre el ancho lomo del animal y salté arriba, detrás de ella.

Una vez más me inundó esa indescriptible excitación, la que creo era compartida por Lara. —¡Primera rienda! —exclamé, y nuevamente el enorme tarn alzó vuelo.

Durante el vuelo vimos debajo de nosotros muchos campos de Sa-Tarna carbonizados. La sombra del tarn se deslizaba sobre edificios totalmente quemados, sobre corrales en los cuales había sido robado el ganado y sobre huertas que ya no eran otra cosa que árboles derribados; las hojas y los frutos estaban secos y podridos.

Lara comenzó a llorar cuando vio la desolación en que se hallaba sumido su

país.

—Es cruel lo que han hecho —dijo Lara.

—También es cruel lo que se les ha hecho a ellos —respondí. Lara guardó silencio.

El ejército de Tharna había atacado aquí y allá, en supuestos escondites de los esclavos, pero en muy pocos casos había encontrado algo. A lo sumo eran objetos inservibles y cenizas de los fuegos de campamentos. Los esclavos, avisados de antemano del avance de las tropas por otros esclavos o por campesinos empobrecidos, escapaban a tiempo para atacar tan sólo cuando estaban preparados, fuertes, y el ataque se realizaba por sorpresa.

Las expediciones de los tarnsmanes eran más eficaces, pero las bandas de esclavos, que ya casi llegaban a tener la magnitud de regimientos, avanzaban por lo general sólo durante la noche, y durante el día se mantenían escondidas. Con el transcurso del tiempo, a la reducida caballería de Tharna le resultó peligroso enfrentarse con ellos y exponerse así al ataque de proyectiles que parecían surgir de la tierra misma.

A menudo se preparaban emboscadas: grupos pequeños de esclavos se dejaban perseguir hasta los desfiladeros rocosos en los alrededores de Tharna, y allí, bandas ocultas atacaban a sus perseguidores. Cuando los tarnsmanes descendían para apresar a un esclavo, eran alcanzados por innumerables flechas arrojadas por centenares de hombres.

Quizás con el tiempo se hubieran podido disolver y destruir estas bandas valientes pero indisciplinadas de esclavos, si la revolución que se había iniciado en las minas y extendido hasta las Grandes Granjas no hubiera comenzado a invadir también la ciudad.

No sólo los esclavos de la ciudad enarbolaban el estandarte de la resistencia, sino también algunos hombres de las castas inferiores, cuyos hermanos o amigos habían sido enviados a las minas o a los espectáculos, se atrevían por fin a apoderarse de sus herramientas de trabajo y enfrentarse con ellas a guardias y soldados. Se decía que el levantamiento en la ciudad lo conducía un hombre bajo y corpulento de ojos azules y cabeza rapada, un hombre de la Casta de los Metalistas.

Algunos barrios de la ciudad habían sido totalmente quemados para exterminar a los elementos insurrectos, y este acto cruel trajo como consecuencia que hombres indecisos y confundidos hicieran causa común con los rebeldes. Se decía que zonas enteras de la ciudad habían caído en manos de los revolucionarios. Las máscaras de plata de Tharna, en lo posible, habían escapado a las partes de la ciudad que se encontraban aún bajo la influencia de los soldados. Muchas permanecían, según se decía, dentro de las murallas del palacio real. Se desconocía la suerte de las mujeres que no habían podido escapar de los rebeldes.

En las últimas horas de la tarde del quinto día, divisamos a lo lejos los muros grises de Tharna. Ninguna patrulla se interpuso en nuestro camino. Aquí y allá

veíamos tarnsmans entre los cilindros, pero nadie intentó detenernos.

En muchos lugares había columnas de humo sobre la ciudad, que ascendían lentamente hacia el cielo azul.

El portón principal de Tharna estaba abierto, inclinado sobre sus bisagras, y pequeñas figuras entraban y salían corriendo. En el comercio no parecía reinar ningún movimiento. Fuera de los muros, varios edificios pequeños habían sido totalmente quemados. En la muralla misma, sobre el portón principal, habían garabateado las palabras “Sa’ng-Fori”, lo que traducido literalmente significa “sin cadenas”, aunque quizás fuera más correcto traducirlo simplemente como “Libertad”.

Hicimos aterrizar al tarn, sobre el muro, cerca del portón. Puse al ave en libertad. No había ninguna jaula de tarn en las proximidades, para guardarlo, pero aunque hubiera existido, lo hubiera puesto de mala gana en manos de los cuidadores de tarns de la ciudad. No sabía quién estaba de parte de los rebeldes y quién no. Después de todo, quizás quería que el animal estuviera libre en caso de que no se cumplieran mis deseos, en caso de que la Tatrix y yo tuviéramos que morir en alguna apartada calle de Tharna.

En lo alto del muro vimos la silueta de un vigía caído, que se movía con dificultad. Dejó escapar un grito de dolor. Aparentemente se le había dado por muerto, y estaba volviendo lentamente en sí. La túnica gris con las franjas rojas en su hombro estaba manchada de sangre.

Le aflojé el casco y se lo saqué de la cabeza; estaba roto por un lado, una rotura tal vez ocasionada por un hachazo. La correa del casco, el revestimiento de cuero y el cabello rubio del soldado estaban empapados en sangre. Era muy joven todavía.

Al verme quiso sacar su espada, pero la vaina estaba vacía.

—No te muevas —le dije y examiné su herida. El casco había atenuado el golpe, pero el filo del arma había penetrado en la carne, haciendo sangrar la herida. Probablemente se había desvanecido por el impacto del golpe, y la sangre había persuadido a los atacantes de que allí no había nada más que hacer.

Con un pedazo de tela del vestido de Lara vendé la herida. Estaba limpia y no era muy profunda.

—Todo está en orden —dije.

Él nos observaba. —¿Estáis de parte de la Tatrix? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Yo peleé por ella —dijo el joven, apoyándose en mi brazo—. He cumplido con mi deber.

Intuí que no había sentido ningún placer en cumplir con esa obligación, que quizás íntimamente estaba de parte de los rebeldes, pero su orgullo de casta no le había permitido vacilar en su puesto. A pesar de su juventud, ya conocía la lealtad ciega del guerrero, una lealtad que yo respetaba, y que quizá no era más ciega que la que yo mismo había experimentado en ocasiones. Tales hombres eran enemigos temibles, aunque sus espadas estuvieran al servicio de la causa más despreciable.

—Tú no luchaste por tu Tatrix —dije tranquilamente.

El joven se sobresaltó. —Sí, yo luché por ella —exclamó.

—No —dije—, tú luchaste por Dorna la Orgullosa pretendiente al trono de Tharna, una traidora y usurpadora.

El joven abrió los ojos desmesuradamente contemplándonos.

—Aquí —dije y señalé a la hermosa muchacha que estaba a mi lado— está Lara, la auténtica Tatrix de Tharna.

—Sí, valiente soldado —dijo la muchacha, colocando suavemente su mano sobre la frente del hombre, como si quisiera tranquilizarlo—, yo soy Lara.

El vigía se agitó en mis brazos, cayó hacia atrás y cerró los ojos, dolorido.

—Lara —dijo con los ojos cerrados— fue secuestrada por un tarnsman que participaba de los espectáculos.

—Yo soy ese hombre —dije.

Sus ojos, de un azul grisáceo, se abrieron lentamente y me examinaron durante un largo rato. Gradualmente el joven pareció reconocermelo. —Sí —dijo—, recuerdo.

—El tarnsman —dijo Lara suavemente— me llevó a la Columna de los Canjes. Allí fui tomada prisionera por Dorna la Orgullosa y Thorn, su cómplice, y vendida a un traficante de esclavos. El tarnsman me ha liberado y me devuelve a mi pueblo.

—Yo he luchado por Dorna la Orgullosa —dijo el joven; había lágrimas en sus ojos—. Perdóname, auténtica Tatrix de Tharna.

Si no hubiera estado prohibido que él, un hombre de Tharna tocara a una mujer de Tharna, seguramente habría extendido su mano hacia ella.

El joven advirtió con sorpresa que Lara tomaba su mano entre las suyas. —Has obrado bien —dijo—, estoy orgullosa de ti.

El joven cerró los ojos, relajándose en mis brazos.

Lara me miró llena de temor.

—No —dije—, no está muerto. Es joven y ha perdido mucha sangre.

—¡Mira! —exclamó la muchacha y señaló hacia el muro en toda su extensión.

Unas seis figuras grises con lanzas y escudos se acercaban corriendo.

—Vigías —dije, y desenvainé mi espada.

De repente vi el movimiento de los escudos que se colocaban en posición oblicua, vi cómo los brazos derechos se levantaban, cómo aparecían las puntas de las lanzas en alto, sin que los hombres se detuvieran en su marcha. Pronto las seis lanzas volarían dirigidas hacia nosotros.

Sin perder un instante puse la espada en el cinto y tomé a Lara por la cintura. Como se resistía la hice correr a mi lado.

—¡Espera! —me pidió—. ¡Quiero hablar con ellos!

La tomé en mis brazos y seguí corriendo.

Apenas habíamos alcanzado la escalera de caracol que descendía de lo alto del muro, cuando las seis puntas de lanza se clavaron en la pared, encima de nuestras cabezas.



En cuanto hubimos llegado a la base del muro nos mantuvimos pegados a éste, para no ofrecer un blanco a las lanzas. Por otra parte, no creía que los hombres arrojarían sus armas desde allí arriba, pues dieran o no en el blanco, debían bajar del muro para recuperarlas, y la persecución de dos rebeldes no debía parecerles tan importante.

Lentamente fuimos avanzando a través de las calles tenebrosas y cubiertas de sangre de Tharna. Algunos edificios estaban totalmente destruidos, los negocios, clausurados, y por todas partes se encontraba basura desparramada. Las calles, en su gran parte, estaban desiertas. Solamente se veía algún muerto aquí o allá; a veces, el cadáver de un guerrero de Tharna, más frecuentemente el de uno de sus ciudadanos vestidos de gris. En muchos muros se había inscrito la consigna: “Sa’ng-Fori”.

A través de las rendijas de las ventanas ojos asustados nos atisbaban por momentos. Sospechaba que en toda Tharna no habría una puerta que no tuviera echados los cerrojos.

—¡Alto! —gritó una voz y nos detuvimos.

Por detrás y por delante de nosotros aparecieron hombres como surgidos de la nada. Algunos sostenían ballestas, por lo menos cuatro tenían lanzas, algunos llevaban espadas, pero muchos no tenían otra cosa que una cadena o una estaca afilada.

—¡Rebeldes! —exclamó Lara.

—Sí —dije.

Pudimos captar la expresión de desafío en sus rostros. La resolución, la capacidad de matar de aquellos ojos, que a causa de la falta de sueño estaban inyectados de sangre, el aspecto desolador de los cuerpos vestidos de gris, hambrientos y consumidos por las luchas callejeras.

Lentamente desenvainé mi espada y retiré a la muchacha hacia un lado, contra el muro.

Uno de los hombres se rió.

Yo también sonreí, ya que la resistencia no tenía ningún sentido; sin embargo sabía que me resistiría, que no me desarmarían hasta caer muerto sobre las piedras de la calle.

¿Pero qué sería de Lara?

¿Qué harían con ella estos hombres enloquecidos y desesperados? Observé a mis enemigos harapientos, algunos de los cuales habían sido heridos. Estaban sucios, agotados, furiosos, quizás famélicos. Probablemente matarían a Lara de espaldas al muro en el que se apoyaba. Sería una muerte brutal pero rápida.

Las lanzas estaban dirigidas hacia nosotros, las ballestas, preparadas. Incluso las cadenas fueron sujetas con más firmeza y las pocas espadas de que disponían, dispuestas a atacarme.

—¡Tarl de Ko-ro-ba! —exclamó una voz, al tiempo que vi a un hombre

pequeño y delgado con un mechón de cabello rubio, que se abría paso entre los demás.

Era el hombre que estaba al comienzo de la cadena de la mina, el primero, por lo tanto, en ascender por el pozo que lo llevaría desde el cautiverio a la libertad.

En su rostro resplandecía la alegría y me abrazó.

—¡Es él! —exclamó—. ¡Tarl de Ko-ro-ba!

De inmediato advertí con asombro cómo los rebeldes depusieron su actitud hostil y lanzaron un grito de alegría. Me tomaron en brazos y me levantaron sobre sus hombros. Me llevaron en volandas por las calles, donde se nos unieron otros rebeldes que iban apareciendo en las puertas y ventanas, algunos incluso parecían brotar de entre las grietas del empedrado, formando una especie de caravana triunfal. Estos hombres extenuados, pero también transformados, comenzaron a cantar. Reconocí la canción. Era la canción de la labranza, que había escuchado entonar a un campesino en las minas. Se había convertido en el himno de la revolución.

Lara, no menos asombrada que yo, corría junto a nosotros y procuraba no alejarse de mí.

Así fui llevado de calle en calle sobre las espaldas de los hombres, acompañado de exclamaciones alegres. A mi alrededor se levantaban armas a modo de saludo y en mis oídos resonaba la canción de la labranza. Fui llevado a la taberna de Kal-da que recordaba tan bien, donde había cenado en Tharna y me había despertado traicionado por Ost. La taberna se había convertido en el cuartel general de la revolución, tal vez porque los hombres de Tharna recordaban que fue allí donde habían aprendido a cantar.

Delante de la pequeña puerta volví a encontrarme con la enorme figura de Kron, de la Casta de los Metalistas. El gran martillo colgaba de su cinto y sus ojos brillaban llenos de alegría. Sus manos grandes y llenas de cicatrices se extendieron hacia mí.

Con alegría descubrí a su lado el rostro sonriente de Andreas, cuya frente desaparecía bajo los enormes mechones negros de su cabello. Detrás de él, estaba la deslumbrante Linna de Tharna. Llevaba la vestimenta de una mujer libre.

Andreas se abrió paso entre los hombres que estaban junto a la puerta y corrió a mi encuentro. Asió mis manos y me llevó a la calle, tomándome por los hombros y riendo alegremente.

—¡Bienvenido a Tharna! —dijo—. ¡Bienvenido a Tharna!

—Sí —dijo Kron, que lo seguía de cerca y me tomó por el brazo—. ¡Bienvenido a Tharna!

## LA BARRICADA

Me agaché y empujé la pesada puerta de la taberna de Kal-da. El cartel “Aquí se vende Kal-da” había sido pintado nuevamente con caracteres vivos. También aparecía pintada en las paredes la desafiante leyenda revolucionaria: “Sa’ng-Fori”.

Descendí los escalones anchos y bajos. En esa oportunidad la taberna estaba repleta. Apenas se podía avanzar entre el gentío. El ruido era ensordecedor. Me parecía estar en una taberna de Paga en Ko-ro-ba o en Ar y no en una simple taberna de Kal-da en Tharna. Oía ruidos y las risas alegres de hombres que ya no temían reír o gritar.

El tabernero delgado y pelado se encontraba detrás del mostrador. Su frente estaba orlada de sudor y su brillante delantal negro, manchado con especias, jugos y vino. Revolvía enérgicamente en una enorme olla el Kal-da hirviente; sentí su olor inconfundible.

Detrás de tres o cuatro mesas se encontraba un grupo de joviales músicos sudorosos sentado sobre la alfombra. Con sus extraños instrumentos: cuerdas, tambores, platillos, interpretaban esa música indescriptible que llegaba hasta las entrañas, las salvajes, conmovedoras, hermosas y bárbaras melodías de Gor.

Me asombré al ver esta escena, ya que la Casta de los Músicos, así como la de los Poetas, había sido exiliada de Tharna. Las sobrias máscaras de Tharna opinaban que los artistas no tenían cabida en una ciudad seria y laboriosa, ya que la música, como las canciones y el alcohol, enciende el corazón de los hombres, y una vez que está encendido nadie puede saber hacia dónde puede extenderse la llama.

Cuando entré en la taberna los hombres se pusieron de pie, gritaron y levantaron sus copas en forma de saludo.

—¡Tal, Guerrero! —exclamaron.

—¡Tal, Guerreros! —respondí y levanté el brazo. Saludé a todos con el título de mi casta, porque sabía que en su lucha colectiva cada uno de ellos había sido un guerrero. Esta había sido la consigna en las minas de Tharna.

Kron y Andreas entraron detrás de mí en la taberna, seguidos de Lara y Linna. Me preguntaba qué impresión le causaría a la auténtica Tatrix de Tharna, la taberna de Kal-da. Kron me tomó del brazo y me condujo hasta una mesa ubicada en el centro de la habitación. Tomé la mano de Lara y lo seguí. En los ojos de ésta había una expresión particular y miraba a su alrededor con la curiosidad de un niño. No había imaginado que los hombres de Tharna podían ser de esa manera.

De vez en cuando, cuando uno de ellos la miraba con demasiado atrevimiento, bajaba tímidamente la cabeza y se ruborizaba.

Luego me senté con las piernas cruzadas detrás de una mesa baja y Lara se arrodilló a mi lado, apoyándose sobre los talones, a la usanza de las mujeres goreanas.

Cuando entré, la música cesó por un instante, pero Kron batió las palmas dos veces y los músicos volvieron a sus instrumentos.

—¡Barra libre de Kal-da para todos! —exclamó Kron, y cuando el tabernero, conocedor de las reglas de su casta, quiso hacer alguna objeción, Kron le arrojó un discotarn de oro. El hombre, encantado, se inclinó para recogerla del suelo.

—Aquí el oro abunda más que el pan —dijo Andreas, sentado cerca de nosotros.

En realidad la comida en las mesas era más bien escasa y sosa, pero eso no perjudicaba en lo más mínimo el buen humor de los hombres allí reunidos. Les sabían como manjares provenientes de las mesas de los Reyes Sacerdotes. El mismo Kal-da maloliente les parecía una bebida fuerte y agradable, mientras gozaban de este primer hartazgo al sentirse hombres libres.

Kron batió nuevamente las palmas. Con sorpresa oí un tintineo repentino de campanillas, y delante de nuestra mesa se colocaron cuatro muchachas asustadas, que evidentemente habían sido seleccionadas por su encanto y belleza. Aparte de las campanillas sólo llevaban el rojo traje de baile goreano. Echaron la cabeza hacia atrás, levantaron los brazos y comenzaron a bailar al ritmo bárbaro de la música.

Con sorpresa vi que Lara las observaba encantada.

—¿Dónde has encontrado esclavas de placer en Tharna? —pregunté. Había observado los aros de plata en los cuellos de las bailarinas.

Andreas, que acababa de llevarse un trozo de pan a la boca, respondió: —Detrás de cada máscara de plata existe una esclava de placer en potencia.

—¡Andreas! —exclamó Linna y simuló querer golpearlo por su atrevimiento, pero él la hizo callar con un beso, y ella empezó a mordisquear en forma juguetona el pedazo de pan que él sostenía aún entre sus dientes.

—¿Es cierto que éstas son máscaras de plata de Tharna? —pregunté escépticamente a Kron.

—Sí —respondió—. Están bien ¿verdad?

—¿Cómo aprendieron esto? —pregunté.

Se encogió de hombros. —Es algo instintivo en las mujeres —dijo—. Pero naturalmente, éstas no están todavía entrenadas.

Me reí para mis adentros. Kron hablaba exactamente como un hombre de cualquier ciudad de Gor, a excepción de Tharna.

—¿Por qué bailan para ti? —preguntó Lara.

—Si no bailan serán azotadas —respondió Kron.

Lara bajó la mirada.

—¿Veis los collares? —dijo Kron y señaló las delicadas cintas de plata que rodeaban el cuello de las muchachas. Fundimos las máscaras y utilizamos la plata para hacer los collares.

A continuación, aparecieron otras muchachas entre las mesas, que sólo vestían las cortas túnicas de las esclavas y que llevaban collares al cuello. En silencio comenzaron a servir hoscamente el Kal-da que Kron había pedido. Cada una llevaba un pesado jarrón con el líquido maloliente y se lo servía a los hombres.

Algunas observaban a Lara con envidia, mientras que otras la miraban llenas de odio. Sus miradas parecían decirle: ¿por qué no estás vestida como nosotras, por qué no llevas tú también un collar?

Con sorpresa advertí que Lara se quitó el manto, tomó un jarrón con Kal-da de manos de una muchacha y comenzó a servir a los hombres.

Algunas muchachas la miraban agradecidas, porque ella era libre y demostraba con su forma de actuar que no se consideraba superior.

—Ella —dije a Kron y señalé a Lara— es la Tatrix de Tharna.

Cuando Andreas se dio la vuelta para mirarla, dijo suavemente: —Es realmente una Tatrix.

Linna se puso de pie y ella también comenzó a servir.

Cuando Kron se cansó de contemplar a las bailarinas, batió palmas y éstas desaparecieron del recinto con su tintineo de campanillas.

Kron levantó una copa con Kal-da y me miró. —Andreas me dijo que te proponías penetrar en las Montañas Sardar —dijo—; por lo visto no lo has hecho.

Quería decirme así que si realmente hubiera estado en las Montañas Sardar no habría regresado.

—Iré a las Montañas Sardar —dije—, pero antes tengo que ocuparme de un asunto en Tharna.

—Bien —dijo Kron—, necesitamos tu espada.

—He regresado para devolverle a Lara el trono de Tharna —dije.

Kron y Andreas me miraron sorprendidos.

—No —dijo Kron—. No sé cómo te habrá embrujado a ti; pero nosotros no volveremos a tener una Tatrix en Tharna.

—¡Representa todo aquello contra lo que hemos luchado! —protestó Andreas—. Si asciende nuevamente al trono, habremos perdido nuestra batalla. Tharna volvería a ser la misma de antes.

—Tharna —dije— nunca más será la misma.

Andreas movió la cabeza como si procurara entenderme. —¿Cómo podemos esperar que sea razonable? —dijo dirigiéndose a Kron—. Al fin y al cabo no es ningún poeta.

Kron permaneció serio.

—Y tampoco un metalista —agregó Andreas esperanzado.

Pero Kron siguió serio.

Su hosca personalidad, forjada entre yunques y fuelles, no podía tomar a la

ligera la atrocidad que yo acababa de decir.

—Antes tendrías que matarme —dijo Kron.

—¿No seguimos perteneciendo a la misma cadena? —pregunté.

Kron guardó silencio. Luego, sus ojos de un azul acero me miraron y dijo: — Siempre perteneceremos a la misma cadena.

—Entonces déjame hablar —dije.

Kron asintió.

Otros hombres se iban acercando a nuestra mesa.

—Vosotros sois hombres de Tharna —dije—. Pero los hombres contra los que lucháis también pertenecen a esta ciudad.

Un hombre dijo: —Uno de mis hermanos es soldado de la guardia.

—¿Os parece justo que los hombres de Tharna levanten sus armas unos contra otros, hombres que se hallan dentro de los mismos muros?

—Es triste —dijo Kron—, pero no podemos evitarlo.

—Podríamos evitarlo —protesté—. Los soldados y guardias de Tharna han prestado juramento a la Tatrix, pero la Tatrix que defienden es una traidora. La verdadera Tatrix de Tharna, Lara en persona, se encuentra aquí entre nosotros.

Kron observó a la muchacha, que no se había enterado de la discusión. Del otro lado del local, vertía Kal-da en las copas levantadas.

—Mientras ella viva —dijo Kron—, la revolución no estará segura.

—Eso no es cierto —dije.

—Debe morir —dijo Kron.

—No —respondí—. Ella también conoció la cadena y el látigo.

Se oyeron exclamaciones de asombro.

—Los soldados de Tharna y sus guardias abandonarán a la falsa soberana para servir a la Tatrix auténtica —proseguí.

—Si vive... —dijo Kron observando a la inocente muchacha que estaba del otro lado de la habitación.

—Tiene que vivir —dije enfáticamente—. Traerá un nuevo amanecer a Tharna. Sólo ella podrá aunar a los soldados y a los rebeldes. Ella tuvo que experimentar en carne propia cuán crueles eran las costumbres de Tharna. ¡Miradla!

Y los hombres contemplaron a la muchacha que servía Kal-da con movimientos suaves, que voluntariamente compartía el trabajo con las demás mujeres de Tharna. Ese no era el comportamiento al que estaban habituados por parte de una Tatrix.

—Ella merece gobernar —dije.

—¡Ella representa aquello contra lo cual luchamos! —dijo Kron.

—No —respondí—, vosotros luchasteis en contra de las tradiciones crueles de Tharna. Vosotros luchasteis para salvar vuestro orgullo y para obtener vuestra libertad, no en contra de esta muchacha.

—Hemos luchado en contra de la máscara de oro de Tharna —exclamó Kron, golpeando la mesa con el puño.

El ruido repentino atrajo la atención de todos y todos los ojos miraban en nuestra dirección. Lara dejó el jarrón de Kal-da y vino hacia nosotros.

—Ya no llevo más la máscara de oro —dijo, dirigiéndose a Kron.

Y Kron miró a la hermosa muchacha que estaba de pie delante de él, llena de gracia y dignidad, pero sin rastros de orgullo, crueldad o miedo.

—Mi Tatrix —murmuró.

Marchamos por la ciudad, las calles que íbamos dejando detrás de nosotros estaban colmadas por la presencia de los rebeldes, a la manera de un río grisáceo. Cada uno llevaba su propia arma, pero el sonido de aquellos ríos, que convergían hacia el palacio de la Tatrix, no era ni gris ni sombrío. Era el sonido del canto de labranza, tan lento e irresistible como el deshielo de un río, un himno sencillo y melodioso a la tierra, a los comienzos de la tarea, cuando la tierra es removida o abierta.

Eramos cinco quienes encabezábamos aquella fantástica y harapienta procesión: Kron, jefe de los rebeldes; Andreas, un poeta; su mujer, Linna de Tharna, que marchaba con el rostro descubierto; yo, un guerrero de una ciudad devastada y maldita por los Reyes Sacerdotes y una muchacha de cabellos dorados, una muchacha que no llevaba máscara, que había conocido el látigo y el amor, la intrépida y magnífica Lara, auténtica Tatrix de Tharna.

No les cabía duda a los defensores del palacio —que constituían el bastión principal del controvertido régimen de Dorna—, que ese mismo día se definiría la situación y por medio de la espada. Los rumores se nos adelantaban, como si tuvieran alas de tarn, de que los rebeldes habían dejado de lado su táctica de emboscada y evasión y marchaban finalmente hacia el palacio.

Una vez más vi delante de nosotros aquella avenida ancha, sinuosa, que luego se estrechaba y que llevaba hacia el palacio de la Tatrix. Los rebeldes comenzaron a ascender el camino empinado cantando. A través de las suelas delgadas de nuestras sandalias se podían sentir claramente las negras piedras del empedrado.

Nuevamente vi cómo los muros que bordeaban la calle se elevaban a medida que la avenida se hacía más angosta; pero esta vez, además, un buen trecho antes de llegar a la angosta puerta de hierro, divisamos un terraplén doble que atravesaba la calle, mientras que el segundo muro se elevaba por encima del primero. De este modo los guerreros que intentaran derribar el primer muro podían ser alcanzados por las flechas. El primer terraplén mediría unos cuatro metros de altura y el segundo unos seis metros.

Detrás de ellos, pude distinguir el brillo de las armas y el movimiento de los cascos azules.

Estábamos al alcance de un tiro de ballesta.

Hice una señal a los demás para que se quedaran atrás y armado con un escudo y una lanza, además de mi espada, me acerqué al terraplén.

De vez en cuando distinguía sobre el techo del palacio, detrás de ambos

terraplenes, la cabeza de un tarn y escuchaba sus gritos. Pero estos animales no serían muy eficaces en la lucha contra los rebeldes. Muchos revolucionarios se habían fabricado grandes arcos y otros estaban armados con lanzas y ballestas de los soldados caídos. No dejaba de ser peligroso para un tarnsman acercarse a los grupos de rebeldes, durante una batalla.

Y si los guerreros hubiesen hecho el intento de disparar sobre las calles desde los lomos de los tarns, los revolucionarios se habrían puesto a cubierto hasta que las sombras de los animales hubieran desaparecido, y luego podrían avanzar otros cien metros hacia el palacio.

A unos cien pasos del terraplén coloqué a mis pies el escudo y la lanza como señal de una tregua temporal.

Una figura apareció sobre el terraplén e hizo lo mismo que yo. A pesar de que llevaba el casco azul de Tharna, reconocí de inmediato a Thorn.

Nuevamente me puse en movimiento.

El camino me pareció muy largo.

Escalón por escalón, fui ascendiendo la calle y me preguntaba si la tregua sería respetada. Si quien dominara el terraplén hubiera sido Dorna la Orgullosa, en lugar de Thorn, un capitán y miembro de mi casta, seguramente mi cuerpo habría sido traspasado por algún proyectil.

Cuando por fin llegué sano y salvo al pie del doble terraplén, supe que aunque Dorna la Orgullosa reinara en Tharna, aunque ella estuviera sentada en el trono de oro, en este terraplén valían más las palabras de un guerrero que sus órdenes.

—Tal, guerrero —dijo Thorn y se quitó el casco.

—Tal, guerrero —respondí.

Los ojos de Thorn me parecieron más claros de lo que yo recordaba y su cuerpo macizo que tendía a la corpulencia había adelgazado y ganado en vigor en las duras batallas de las semanas pasadas. Las manchas rojas que se destacaban en su rostro amarillento parecían menos pronunciadas. Seguía conservando una franja de barba rala a ambos lados del mentón y su pelo largo estaba atado en un nudo mongólico. Me observaba con sus ojos oblicuos.

—Debí matarte en la Columna de los Canjes —dijo Thorn.

Hablé en voz alta para que me pudieran escuchar todos los hombres que se encontraban en el doble terraplén.

—Vengo en nombre de Lara, que es la Tatrix auténtica de Tharna. Envainad vuestras armas. Que la sangre de los hombres de vuestra ciudad no siga siendo derramada. Os lo pido en nombre de Lara y en nombre de la ciudad de Tharna y de sus habitantes. ¡Y lo pido en nombre de los códigos de vuestra propia casta, ya que vuestra espada ha sido comprometida a la verdadera Tatrix, Lara, y no a Dorna la Orgullosa!

Pude percibir algo de la reacción de los hombres que se hallaban detrás del terraplén.

Thorn también habló en voz alta para que sus hombres lo escucharan: —¡Lara



ha muerto! ¡Dorna es la Tatrix de Tharna!

—¡Yo estoy viva! —exclamó una voz detrás de mí. Me di la vuelta y comprobé consternado que Lara me había seguido. Si la mataban, a los rebeldes les quedaban pocas oportunidades de vencer y podría ser que la ciudad se sumergiera en una guerra civil interminable.

Thorn observó a la muchacha y yo admiré su sangre fría. Su mente debía sentirse confundida, ya que nunca hubiera podido suponer que la Tatrix auténtica se hallara en manos de los rebeldes.

—Esa no es Lara —dijo fríamente.

—Lo soy —exclamó ella.

—La Tatrix de Tharna —dijo Thorn con ironía mirando el rostro de la muchacha— ¡lleva una máscara de oro!

—A la Tatrix de Tharna —replicó Lara— ya no le place llevar una máscara de oro.

—¿De dónde has sacado esta mujer, esta impostora? —preguntó Thorn.

—Se la compré a un traficante de esclavos —respondí.

Thorn se rió y sus hombres también se rieron.

—Al traficante de esclavos a quien tú la vendiste —agregué.

Thorn dejó de reír.

Les grité a los hombres que se encontraban detrás del terraplén. —Yo llevé a esta muchacha, vuestra Tatrix, hasta la Columna de los Canjes, donde se la entregué a este oficial, a Thorn, y a Dorna la Orgullosa. Luego, contrariamente a lo que habíamos pactado, fui traicionado, me prendieron y enviaron a las minas de Tharna. Dorna la Orgullosa y Thorn prendieron a Lara, vuestra Tatrix, y la vendieron como esclava. Se la vendieron a Targo, el traficante de esclavos que en este momento se encuentra instalado con su campamento en el mercado de En'Kara. La vendieron por la suma de cincuenta discotarns de plata.

—Eso no es cierto —exclamó Thorn.

Oí una voz detrás del terraplén, una voz joven: —Dorna la Orgullosa lleva un collar de cincuenta discotarns de plata.

—¡Dorna la Orgullosa es realmente atrevida! —exclamé—. Ha hecho alarde delante de todos con las monedas por las cuales se le impuso la existencia de una esclava a nuestra Tatrix verdadera, a su rival.

Se extendió un murmullo de indignación y algunos gritos de enojo detrás del terraplén.

—Miente —dijo Thorn.

—Vosotros oísteis —grité— que me dijo que debía haberme matado en la Columna de los Canjes. Vosotros sabéis que fui yo quien secuestró a vuestra Tatrix en los espectáculos de Tharna. ¿Por qué otro motivo hubiera volado hacia la Columna si no fuera para entregar a mi prisionera al delegado de Tharna?

Una voz detrás del terraplén exclamó: —¿Por qué llevaste tan pocos hombres a la Columna de los Canjes, Thorn de Tharna?

Thorn se dio la vuelta, furioso.

Yo respondí por él: —¿Acaso no está claro? Quería proteger el secreto de su plan de secuestrar a la Tatrix y de colocar en su trono a Dorna la Orgullosa.

Un segundo hombre apareció sobre el terraplén. Se quitó el casco. Reconocí al joven guerrero cuyas heridas habíamos curado Lara y yo sobre el muro.

—¡Yo creo a este guerrero! —exclamó señalándome.

—¡Es una treta para dividirnos! —gritó Thorn— ¡Vuelve a tu puesto!

Otros guerreros con sus cascos azules y las grises túnicas de Tharna habían subido a lo alto del terraplén para poder ver mejor lo que ocurría.

—¡Volved a vuestros puestos! —gritó Thorn.

—¡Vosotros sois guerreros! —exclamé—. ¡Vuestras espadas están comprometidas a vuestra ciudad y sus muros, a sus habitantes y a la Tatrix! ¡Servidla!

—¡Yo serviré a la verdadera Tatrix de Tharna! —exclamó el joven guerrero.

Saltó del terraplén y colocó su espada a los pies de Lara.

—Recoge tu espada —dijo ella—, en nombre de Lara, auténtica Tatrix de Tharna.

—Así lo haré —respondió el joven.

Con una rodilla apoyada en el suelo, se encontraba delante de la muchacha y tomó el arma. —Tomo mi espada —dijo—, en nombre de Lara, auténtica Tatrix de Tharna.

Se puso de pie e hizo un saludo con el arma a la muchacha —¿Quién es la auténtica Tatrix de Tharna? —exclamó.

—¡Esta no es Lara! —gritó Thorn señalando a la muchacha.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de ello? —preguntó uno de los guerreros desde el muro.

Thorn guardó silencio, pues ¿cómo podía pretender saber que la muchacha no era Lara, si presumiblemente nunca había visto el rostro de la verdadera Tatrix?

—Yo soy Lara —exclamó la muchacha—. ¿No hay ninguno entre vosotros que haya servido en la Cámara de la Máscara Dorada? ¿Ninguno de vosotros reconoce mi voz?

—¡Es ella! —exclamó un guerrero quitándose el casco—. ¡Estoy completamente seguro!

—Tú eres Stam —dijo Lara—, primer vigía de la puerta norte y puedes arrojar tu lanza más lejos que cualquier otro hombre de Tharna. Tú fuiste el vencedor en los torneos de En Kara el segundo año de mi reinado.

Otro guerrero se quitó el casco.

—Tú eres Tai —dijo ella—, un tarnsman, y fuiste herido en la guerra con Thentis un año antes de que yo ascendiera al trono.

Un tercer hombre se quitó el casco.

—A ti no te conozco —dijo Lara.

Se oyó un murmullo entre los hombres.

—Ni podrías conocerme —dijo el hombre—, ya que soy un mercenario de Ar y he venido aquí ahora, cuando comenzó la rebelión.

—¡Es Lara! —exclamó otro hombre. Saltó del muro y puso su espada a los pies de ella.

Nuevamente Lara le pidió que el arma fuese tomada en su nombre y así lo hizo.

Uno de los bloques del terraplén cayó sobre la calle. Los guerreros comenzaban a destruirlo.

Thorn había desaparecido del muro.

Obedeciendo a una señal que les hice con la mano, los rebeldes se acercaron lentamente. Habían depuesto las armas y marchaban cantando hacia el palacio.

Los soldados iban apareciendo por encima del terraplén y alegremente se dieron la bienvenida los unos a los otros. Los hombres de Tharna se abrazaban y daban la mano. Rebeldes y defensores se unían en medio de la calle y el hermano buscaba al hermano, allí donde hasta hacía un instante habían sido enemigos mortales.

Rodeando a Lara con mi brazo, atravesé el terraplén, seguido por el joven guerrero, otros soldados de Tharna, y Kron, Andreas, Linna y numerosos rebeldes. Andreas había traído consigo el escudo y la lanza que yo había dejado en el suelo como signo de tregua y tomé nuevamente las armas para mí. Nos acercábamos a la pequeña puerta de hierro por la que se entraba al palacio; yo iba a la cabeza.

Pedí que me trajeran una antorcha.

La puerta no estaba bien cerrada y la abrí de un puntapié, protegiéndome con mi escudo.

Pero allí dentro sólo reinaban el silencio y la oscuridad.

El rebelde que había sido el primero de nuestra cadena en las minas me entregó una antorcha.

La sostuve iluminando la abertura.

El suelo parecía sólido, pero ahora ya conocía los peligros que ocultaba.

Trajeron una tabla larga del terraplén que colocamos con cuidado sobre el suelo, desde el umbral.

Entré con la antorcha levantada, cuidándome de no apartarme de la tabla. Esta vez no se abrió ninguna trampa y me encontré en un corredor angosto y oscuro frente a la puerta del palacio.

—¡Esperad aquí! —ordené a los demás.

No hice caso de las protestas, sino que inicié silenciosamente mi marcha a través del laberinto, ahora oscurecido, de los corredores del palacio. Mi memoria y mi sentido de la orientación me llevaron certeramente de sala en sala, conduciéndome con rapidez hacia la Cámara de la Máscara Dorada.

No me encontré con nadie.

Este silencio me parecía inquietante y, después de haber estado expuesto a la luz penetrante de la calle, la oscuridad me resultaba opresiva.

Sólo escuchaba el sonido silencioso de mis sandalias sobre las baldosas del

corredor.

Quizá el palacio estuviera desierto.

Por fin llegué a la Cámara de la Máscara Dorada.

Me apoyé sobre la pesada puerta e hice presión sobre ella, abriéndola.

La sala estaba iluminada. En las paredes todavía ardían las antorchas.

Detrás del trono de oro de la Tatrix se destacaba la máscara de oro, hecha a semejanza de una mujer hermosa y fría, cuya superficie lustrosa producía aversión vista a la luz de las antorchas.

Sobre el trono estaba sentada una mujer que llevaba la vestimenta y la máscara dorada de la Tatrix de Tharna. Alrededor de su cuello colgaba un collar de discotarns de plata. En los escalones delante del trono se encontraba un guerrero totalmente armado, que sostenía en su mano el casco azul de su ciudad.

Thorn se colocó lentamente el casco y aflojó la espada en su vaina. Aprestó el escudo e inclinó su lanza larga y gruesa en dirección hacia mí. —Te estaba esperando —dijo.

## 25

### EL TEJADO DEL PALACIO

Cuando Thorn se arrojó por los escalones y yo corrí a su encuentro se entremezclaron los gritos de guerra de Tharna y Ko-ro-ba.

Ambos arrojamos nuestras lanzas en el mismo instante, y las dos armas se cruzaron silbando una al lado de la otra con brillo difuso. Al lanzarlas, ambos habíamos colocado nuestros escudos en posición oblicua, para atenuar el impacto de un golpe directo. Ambos habíamos apuntado bien, y el impulso del proyectil macizo que golpeó mi escudo me hizo girar bruscamente.

La punta de bronce de la lanza había perforado las abrazaderas de latón del escudo y las siete capas de cuero de bosko endurecido. En semejante estado, el escudo no me servía en absoluto. De inmediato desenvainé mi espada y corté las correas que lo sostenían deshaciéndome de él.

Unos segundos después también el escudo de Thorn cayó estrepitosamente sobre las piedras de la Cámara del Trono. Mi lanza lo había atravesado y había pasado por encima de su hombro izquierdo.

Thorn desenvainó asimismo su espada y nos abalanzamos uno sobre otro como larls de la Cordillera Voltai, y nuestras armas se encontraron con un sonido penetrante: el sonido tembloroso y brillante de las espadas bien templadas.

La figura vestida de oro estaba sentada en el trono y contemplaba con aparente indiferencia cómo avanzaban y retrocedían los dos guerreros a sus pies; uno de ellos llevaba el casco azul y la túnica gris de Tharna y el otro estaba envuelto en la túnica escarlata común a toda la casta guerrera goreana.

Nuestros reflejos combatían sobre la superficie reluciente de la gran máscara de oro detrás del trono.

Contra el fondo de las regias paredes de la Cámara iluminadas por las antorchas nuestras sombras violentas, semejantes a gigantes deformes, entrechocaban entre sí.

De repente, las paredes de la Cámara de la máscara de oro reflejaron una sola sombra enorme y grotesca.

Thorn yacía a mis pies.

Le quité la espada de la mano y di la vuelta a su cuerpo con el pie. El pecho de Thorn se agitaba debajo de la túnica ensangrentada; estaba jadeante como si quisiera retener el aire. Su cabeza rodó hacia un lado.

—Has luchado bien —dije.

—He vencido —respondió, escupiendo las palabras en una especie de murmullo. En su rostro observé una risa contorsionada.

Me pregunté qué es lo que quería decirme con eso.

Di un paso hacia atrás y miré a la mujer sentada en el trono.

Lenta, torpemente, descendió del trono, acercándose a Thorn y entonces vi con asombro cómo se arrodilló junto al guerrero y apoyó llorando su cabeza sobre el pecho sangrante.

Limpié la espada en mi túnica y la envainé.

—Lo siento —dije.

Parecía como si la figura no me hubiese oído.

Me alejé para dejarla sola con su dolor. Escuché el sonido de pasos que se acercaban. Eran los soldados y rebeldes que entonaban en los corredores su himno, el canto de la labranza.

La muchacha levantó la cabeza y la máscara de oro me miró.

Yo no habría creído que una mujer como Dorna pudiera sentir algo por un hombre.

—Thorn —dijo— te ha vencido.

—Creo que no —respondí sorprendido—, y tú, Dorna la Orgullosa, eres ahora mi prisionera.

Una risa triste se oyó a través de la máscara, y sus manos enguantadas se la quitaron.

Junto a Thorn no era Dorna la Orgullosa quien estaba arrodillada, sino Vera de Ko-ro-ba, que había sido su esclava.

—Ves —dijo— cómo te ha vencido mi señor, como él sabía que podría hacerlo; no con la espada sino ganando tiempo. Hace rato que Dorna la Orgullosa ha huido.

—¿Por qué hiciste eso? —dije.

Sonrió. —Thorn me trató bien —dijo simplemente.

—Ahora eres libre.

Nuevamente inclinó la cabeza sobre el pecho sangrante del oficial de Tharna, con el cuerpo sacudido por los sollozos.

En ese instante, los soldados y rebeldes de Tharna, conducidos por Kron y Lara, penetraron en la sala.

Señalé a la muchacha que estaba a mis pies. —No le hagáis daño —ordené—. Esta no es Dorna la Orgullosa sino Vera de Ko-ro-ba, quien fue esclava de Thorn.

—¿Dónde está Dorna? —quiso saber Kron.

—Huyó —respondí desalentado.

Lara me miró. —Pero si el palacio está cercado —dijo.

—¡El techo! —exclamé y recordé a los tarns—. ¡Rápido!

Lara corría delante de mí y yo la seguía hacia el techo del palacio. Avanzaba con rapidez por los pasillos oscuros con la precisión de quien conoce bien el lugar. Por fin llegamos a una escalera de caracol.

—Por aquí —exclamó Lara.

La envié hacia atrás, y apoyándome con una mano en el muro, subí los escalones lo más rápido que me fue posible. Cuando subí encontré una trampilla; presionándola con la espalda la empujé hacia arriba. De repente pude ver el rectángulo celeste del cielo. La luz me cegó por un instante.

Sentí el olor de un gran animal peludo y también el hedor del excremento de tarn.

Emergí en el techo, entrecerrando los ojos, deslumbrados por la intensidad de la luz.

Había tres hombres sobre el techo, dos guardias y el hombre de las correas en las muñecas, quien había sido amo y señor de los calabozos de Tharna. Sostenía con una cuerda al gran urt blanco, con el cual ya me había familiarizado en los sótanos que se encontraban debajo del palacio.

Los dos guardias estaban ocupados en atar una canasta a la montura de un gran tarn de plumaje color castaño. Las riendas del animal estaban sujetas a un aro delante de la canasta. En ella se encontraba una mujer, que por su porte y figura reconocí como Dorna la Orgullosa, a pesar de que ahora sólo llevaba una simple máscara de plata.

—¡Alto! —grité, corriendo hacia ellos.

—¡Mátalo! —chistó el hombre del calabozo, señalándome con el látigo, y dejó en libertad al urt.

El monstruo se lanzó hacia mí furioso, con una velocidad inimaginable y antes de que yo pudiera prepararme adecuadamente para hacerle frente, se arrojó sobre

mí, dispuesto a clavarme sus colmillos.

Mi espada se hundió en sus fauces, al tiempo que yo trataba de apartar su cabeza de mi cuello. Su grito salvaje de dolor debió oírse en toda Tharna. El cuello del monstruo se retorció y la espada me fue arrancada de la mano. Cerqué con mis brazos el cuello del animal y aplasté mi rostro contra su piel blanca y brillante. La espada se balanceaba de aquí para allá y finalmente cayó al suelo. Me prendí con fuerza al cuello del animal, para eludir sus mandíbulas que procuraban atraparme y las tres hileras de dientes blancos y afilados como cuchillos, que intentaban hundirse en mi carne.

El animal rodó por el suelo tratando de liberarse de mí; se retorcía y saltaba, se sacudía y se estremecía. El hombre con las correas de cuero había recogido la espada, y con el látigo y la espada nos acechaba, aguardando la oportunidad propicia para arremeter.

Yo trataba de hacer girar al animal lo mejor que podía, con el fin de interponer su cuerpo entre el mío y el hombre armado.

De las fauces del animal corría sangre que se deslizaba sobre su piel y mi brazo. Sentí cómo las gotas de sangre salpicaban mi rostro y mi cabello.

Después me di la vuelta, de manera que mi cuerpo quedó expuesto al ataque del hombre armado. Escuché su gruñido de satisfacción cuando procuró atacarme. Un instante antes de que pudiera darme una puñalada, solté el cuello del animal y me dejé resbalar debajo de su vientre. El urt trató de alcanzarme moviendo su cuello como un látigo y yo sentí cómo sus dientes largos y afilados raspaban mi brazo, pero en ese mismo instante escuché también un nuevo grito de dolor y un gruñido de horror por parte del hombre.

Rodé, saliendo por debajo del animal, y me volví para ver cómo se enfrentaba al hombre. Al urt le había sido arrancada una oreja y la piel en su costado izquierdo estaba empapada de sangre. El animal ahora había dirigido sus ojos hacia el hombre que sostenía la espada, quien le había asestado un nuevo golpe.

Oí la orden aterrorizada del hombre, el chasquido débil del látigo en un brazo casi paralizado por el temor, su chillido abrupto casi imperceptible.

El urt se arrojó sobre él y comenzó a devorarlo.

Aparté la vista de ese espectáculo y me volví hacia los otros.

La canasta había sido colocada en su lugar y la mujer se encontraba de pie dentro de ella sosteniendo las riendas.

La impenetrable máscara de plata estaba fija en mí e intuí que un odio indescriptible debía brillar en sus ocultos ojos oscuros.

Dorna se dirigió hacia los guardias: —¡Destruíde!

Estaba desarmado.

Con sorpresa advertí que los hombres no tomaron las armas. Uno de ellos le respondió.

—Tú has elegido abandonar tu ciudad —dijo—. En consecuencia no tienes ciudad.

—¡Bestia insolente! —le gritó con voz chillona. Luego ordenó al otro guerrero que matara a su compañero.

—Tú ya no gobiernas en Tharna —contestó éste simplemente.

—¡Animales! —chilló.

—Si te quedaras y murieras al pie de tu trono, te seguiríamos y moriríamos junto a ti —dijo el primer guerrero.

—Eso es cierto —dijo el segundo—. Quédate como corresponde a una Tatrix y nuestras espadas estarán a tu servicio. Huye como una esclava y pierde el derecho de disponer de ellas.

—¡Imbéciles! —exclamó.

Luego Dorna la Orgullosa me miró a mí.

El odio que sentía por mí, su crueldad, su orgullo, todo eso era tan tangible como un fenómeno físico, como una ola de calor o la formación de hielo.

—Thorn murió por ti —dije.

Ella se rió. —El también era un insensato —dijo—, como todos los animales.

Me preguntaba cómo había podido Thorn sacrificar su vida por esta mujer. No parecía que aquí estuviera en juego la obligación de su casta, ya que realmente esta obligación no lo ataba a Dorna sino a Lara. Thorn había infringido las reglas de su casta al apoyar la traición de Dorna la Orgullosa.

De repente encontré la respuesta; de pronto adiviné que Thorn debía haber amado, a su manera, a esta cruel mujer; que su corazón de guerrero se había sentido atraído por ella, a pesar de que ésta nunca le había regalado siquiera una sonrisa o el roce de su mano. Y entonces supe que Thorn, un adversario disoluto y salvaje, había sido superior a ella, a quien había convertido en su amor trágico y desesperanzado. Amar a una máscara de plata había sido su perdición.

—¡Entrégate! —le grité a Dorna.

—¡Jamás! —respondió altivamente.

—¿Dónde irás y qué piensas hacer? —pregunté.

Yo sabía que Dorna tendría pocas oportunidades de sobrevivir como una mujer sola. A pesar de estar llena de recursos y artimañas, a pesar de las riquezas que debía llevar consigo, sólo era una mujer, y en Gor, incluso una máscara de plata necesita la espada de un hombre que la proteja. Podría ser atacada por animales salvajes, incluso por su propio tarn, o ser apresada por un tarnsman errante o una banda de traficantes de esclavos.

—¡Quédate y sométete al juicio de Tharna! —dije.

Dorna arrojó su cabeza hacia atrás y se rió.

—¡Tú también eres un insensato! —exclamó.

Tenía la primera rienda enrollada en su mano. El tarn se movía de un lado a otro impacientemente.

Miré detrás de mí y vi a Lara, que observaba a Dorna. Detrás de ella, Kron y Andreas, seguidos por Linna y numerosos soldados y rebeldes habían ascendido hasta allí.



La máscara de plata de Dorna la Orgullosa se dirigió hacia Lara, que no llevaba ninguna máscara y ningún velo. —¡Eres una desvergonzada! —dijo despreciativamente—. ¡No eres mejor que ellos, eres un animal!

—Sí —dijo Lara—, eso es cierto.

—Desde el principio percibí eso en ti —dijo Dorna—. Nunca fuiste digna de ser la Tatrix de Tharna. Sólo yo era digna de ser la verdadera Tatrix.

—Esa Tharna a la que te refieres ya no existe —dijo Lara.

En ese instante los soldados, guardias y rebeldes alzaron sus armas dando la bienvenida a Lara como la Tatrix auténtica de Tharna.

—¡Viva Lara, auténtica Tatrix de Tharna! —exclamaron, y como era costumbre en aquella ciudad, la aclamación fue repetida cinco veces y cinco veces se blandieron las armas.

Las cinco aclamaciones parecieron repercutir como cinco golpes en el cuerpo de Dorna la Orgullosa.

Sus manos cubiertas por guantes de plata se aferraron furiosamente a la primera rienda.

Una vez más miró a los rebeldes, soldados, guardias y a Lara con un odio que podía sentirse, de alguna manera, a través de la máscara impasible, y luego dirigió nuevamente hacia mí la imagen metálica de su rostro.

—¡Adiós, Tarl de Ko-ro-ba! —dijo—. No te olvides de Dorna la Orgullosa, ya que todavía queda un asunto pendiente entre nosotros.

Sus manos enguantadas se estremecieron violentamente al tirar de la primera rienda y las alas del tarn golpearon estrepitosamente el aire. La canasta permaneció todavía en el piso por un instante, y luego, sujeta al tarn por sus largas cuerdas reforzadas con alambres, se deslizó brevemente por el suelo y ascendió a la zaga del tarn.

Contemplé el canasto que se balanceaba de aquí para allá, mientras se iba alejando de la ciudad.

El sol brilló una vez más sobre la máscara de plata.

Luego el ave fue sólo una mancha en el cielo azul sobre la libre ciudad de Tharna.

Dorna la Orgullosa pudo escapar gracias al sacrificio de Thorn, su primer oficial, aunque resultaba difícil imaginar cuál sería su destino.

Ella había mencionado algo referente a un asunto que había quedado pendiente entre los dos.

Sonreí para mis adentros pensando que no sería fácil que encontrara una oportunidad para dirimirlo. Si llegaba a sobrevivir, podría considerarse afortunada si no terminaba atada a la cadena de un traficante de esclavos.

Quizá se encontraría encerrada detrás de los muros de un jardín de placer de algún guerrero, donde la vestirían con sedas según el gusto de su amo, le colocarían campanillas alrededor de los tobillos y no conocería otra voluntad que la de su señor. Quizás sería adquirida por un tabernero en una cantina de Paga o en

una simple taberna de Kal-da, donde tendría que bailar delante de los parroquianos, entretenerlos y servirles la bebida.

Tal vez fuera comprada para servir en la cocina de un cilindro goreano con una vida limitada por los azulejos, el olor a jabón y la tina de lavar. Le darían una estera de paja húmeda y una corta túnica de esclava; recibiría las sobras de los comedores y sería castigada con el látigo si pensaba en abandonar sus habitaciones o sustraerse al trabajo.

Quizá la compraría un campesino para que le ayudara a labrar la tierra. Me preguntaba si en dicho caso, Dorna recordaría con amargura los espectáculos de Tharna. Si había sido destinada para esa suerte miserable, Dorna la Orgullosa, desnuda y sudorosa, con la espalda expuesta al látigo, experimentaría en carne propia que el campesino es un amo muy riguroso.

Pero dejé de lado los pensamientos referidos a la posible suerte que correría Dorna la Orgullosa.

Tenía otras cosas en qué pensar.

En efecto, yo mismo tenía asuntos que atender, y estos asuntos me llevarían a las Montañas Sardar, ya que lo que yo debía dilucidar estaba relacionado con los Reyes Sacerdotes de Gor.

## 26

### UNA CARTA DE TARL CABOT

Escrito en la Ciudad de Tharna a los 23 días de En Kara, en el cuarto año del reinado de Lara, Tatrix de Tharna, en el año 10.117 posterior a la fundación de Ar.

¡Tal a los hombres de la Tierra!

Durante los últimos días que pasé en Tharna me he tomado el tiempo necesario para redactar este relato. Ahora que lo he concluido deberé emprender el viaje hacia las Montañas Sardar.

Dentro de cinco días me encontraré delante del portón negro, en las empalizadas que rodean las Montañas Sagradas.

Golpearé el portón con mi lanza y éste se abrirá, y cuando lo atravesase oiré el sonido lastimero de la enorme barra hueca que cuelga junto al portón, y que indica

que nuevamente un ser que habita a la Sombra de los Montes, un mortal, se ha aventurado a pisar las Montañas Sardar.

Entregaré este manuscrito a un miembro de la Casta de los Escribas que seguramente encontraré en el mercado de En´Kara, al pie de las Montañas. Si el manuscrito sobrevivirá depende, como tantas otras cosas en este mundo bárbaro que yo he llegado a amar, de la voluntad inescrutable de los Reyes Sacerdotes.

Ellos me han maldecido a mí y a mi ciudad.

Ellos me han separado de mi padre y de la muchacha que amo, así como también de mis amigos, y me vi expuesto al sufrimiento, a privaciones y peligros; y sin embargo, siento que, de alguna manera extraña, a pesar de mí mismo, he servido a los Reyes Sacerdotes, que fue su voluntad la que me condujo a Tharna. Ellos destruyeron una ciudad y, en cierto modo, dieron a otra una nueva vida.

Yo no sé quiénes o qué son los Reyes Sacerdotes: pero estoy decidido a averiguarlo.

Pero hablemos de Tharna.

Tharna se ha convertido en una ciudad totalmente diferente a la que había sido jamás a lo largo de su historia.

Su soberana, la dulce y hermosa Lara es, sin lugar a dudas, una de las soberanas más inteligentes y justas en este mundo bárbaro, y ha sido su ingente tarea la de unir una ciudad dividida por las luchas civiles, de reconciliar los distintos grupos y de tratarlos con justicia a todos. Si los hombres de Tharna no la hubieran querido como la quieren, esta labor le habría resultado imposible de realizar.

Cuando ascendió nuevamente al trono, no fueron pronunciadas proscripciones de ninguna clase, sino por el contrario se declaró una amnistía general para todos, tanto para aquellos que habían luchado a su lado como para los que habían defendido a Dorna la Orgullosa.

Sólo las máscaras de plata de Tharna no fueron incluidas en esta amnistía.

En las calles reinaba una atmósfera violenta y los hombres, rebeldes y defensores, se unieron en una caza brutal de las máscaras de plata. Estos pobres seres eran acosados de cilindro en cilindro, de cámara en cámara.

Cuando finalmente eran descubiertas, se les arrancaba la máscara del rostro, eran arrastradas a la calle, encadenadas y llevadas al palacio.

Muchas máscaras de plata fueron encontradas ocultas en salas sombrías del mismo palacio, y los calabozos de los sótanos se colmaron muy pronto de bellas y tristes prisioneras. Poco tiempo después las jaulas de los animales en los sótanos del ruedo de los Espectáculos de Tharna tuvieron que ser habilitadas como cárceles y, por último, se tuvo que hacer lo mismo con el ruedo.

Algunas máscaras de plata fueron descubiertas incluso hasta en las alcantarillas debajo de la ciudad. Eran arrastradas por urts gigantescos, atados a correas y luego apresadas a la salida, con redes.

Otras máscaras de plata habían buscado refugio en las montañas, lejos de la

ciudad, y eran cazadas como eslines por los campesinos airados; juntaban a todas y finalmente las llevaban a la ciudad.

Sin embargo, la mayoría de las máscaras de plata, cuando se dieron cuenta que habían perdido la batalla y que las leyes de Tharna habían cambiado inexorablemente, salieron por propia voluntad a la calle. Se sometían de la forma tradicional a la mujer goreana cautiva: se arrodillaban, bajaban la cabeza y levantaban los brazos con las muñecas prontas para ser esposadas.

Me encontraba al pie del trono de oro cuando Lara dio la orden de que se destruyera la enorme máscara que colgaba detrás de ella. Ese rostro frío y sereno ya no presidiría la cámara del Trono de Tharna.

Los hombres de Tharna habían contemplado incrédulos cómo la enorme máscara se había tambaleado, cómo había caído hacia adelante y, arrastrada por su propio peso, finalmente se había soltado y había caído por los escalones del trono, quebrándose en cien pedazos.

—¡Fundid la máscara! —dijo Lara—. Con el oro deben acuñarse discotarns de oro, que serán distribuidas entre quienes han sufrido en estos tiempos sombríos. ¡Y agregad a los discotarns de oro —exclamó— monedas de plata, que serán acuñadas con las máscaras de nuestras mujeres! ¡De ahora en adelante ninguna mujer de Tharna podrá llevar una máscara, sea de oro o de plata, ni siquiera si se trata de la Tatrix en persona!

Y como según las tradiciones goreanas su palabra era ley, desde ese día ninguna mujer goreana pudo llevar una máscara.

Poco tiempo después de la revolución comenzaron a brillar en las calles de Tharna los colores de las castas goreanas en la vestimenta de los ciudadanos. Las maravillosas sustancias satinadas de los Constructores que habían sido prohibidas hacía mucho tiempo, por considerárselas caras y frívolas, adornaban ahora los muros de los cilindros e incluso las murallas de la ciudad. Las calles de grava fueron provistas de empedrados multicolores con diseños que alegran la vista. La madera del gran portón fue pulida y los puentes, pintados de colores vivos.

Es frecuente oír en Tharna el sonido de las campanas de las caravanas, pues multitudes de mercaderes se han acercado a los portones de la ciudad para explotar ese mercado tan sorprendente.

De vez en cuando la montura de un tarnsman se adorna con un jaez de oro. En un día de mercado vi a un campesino con una bolsa de Sa-Tarna sobre su espalda yataba sus sandalias con un cordón de plata.

He visto viviendas en las cuales relucían tapices provenientes de los talleres de Ar y de vez en cuando observé bajo mis pies las alfombras coloridas del lejano Tor.

Quizá parezca un detalle insignificante el descubrir en el cinturón de un artesano una hebilla de plata al estilo de las que se usan en las montañas de Thentis o descubrir en el mercado las sabrosas anguilas desecadas provenientes de Puerto Kar; pero estas cosas, aunque parezcan insignificantes hablan de una nueva

Tharna.

En las calles oigo los gritos, cantos y ruidos típicamente goreanos. La plaza del mercado ya no es sólo una superficie empedrada donde los hombres se limitan a comprar y vender. Se ha convertido en un lugar de reunión donde se encuentran los amigos, se intercambian invitaciones, se discute de política y se habla del tiempo, la estrategia, la filosofía y la manera de tratar a las esclavas.

Un cambio que me parece interesante, aunque no pueda aprobarlo del todo, es el hecho de que han sido retiradas las barandas de los elevados puentes de Tharna. Pensé que ésta era una medida carente de sentido y peligrosa, pero Kron dijo simplemente: —Quien tema transitar por los puentes elevados debe mantenerse alejado de ellos.

También podría mencionar que los hombres de Tharna se han acostumbrado a llevar en el cinto de sus túnicas dos cordones amarillos, que miden aproximadamente cincuenta centímetros. Gracias a esta peculiaridad, los hombres de otras ciudades pueden reconocer a un habitante de Tharna.

Veinte días después de que se lograra la paz en Tharna se determinó la suerte que correrían las máscaras de plata.

Despojadas de sus máscaras, sin velos, atadas una a otra por el cuello, con las muñecas sujetas en la espalda, fueron llevadas al ruedo de los espectáculos de Tharna. Allí tendrían que oír la sentencia de Lara, su Tatrix. Se arrodillaron delante de ella —estas mujeres que habían sido una vez las orgullosas máscaras de plata y ahora sólo eran prisioneras indefensas y aterrorizadas—, en la misma arena brillante sobre la cual tantas veces se había derramado la sangre de los hombres de Tharna.

Lara había pensado durante mucho tiempo acerca del fallo adecuado y se había dejado aconsejar por muchos, entre los cuales también me encontraba yo. Finalmente tomó ella sola su decisión. No creo que mi sentencia hubiera sido tan dura, pero admito que Lara conocía mejor que yo a su ciudad y a las máscaras de plata.

Por supuesto sabía que no era posible ni deseable restablecer el viejo orden vigente en Tharna. También estaba claro que Tharna no estaba preparada, después de la destrucción de sus instituciones, para ofrecer un refugio indefinido a la gran cantidad de mujeres libres dentro de sus murallas. La familia, por ejemplo, no había existido en Tharna a lo largo de generaciones, siendo remplazada por la división de los sexos y los segregados hogares públicos infantiles.

Tampoco debemos olvidar que los hombres de Tharna hacían valer ahora sus derechos sobre las mujeres, a quienes habían conocido más de cerca durante la revolución. Ningún hombre que hubiera visto a una mujer en vestido de baile, oído sonar las campanillas en sus tobillos o que hubiera visto sus cabellos largos que caían libremente hasta la cintura, estaba dispuesto a vivir durante mucho tiempo sin poseer una criatura tan deliciosa.

Tampoco resultaba lógico ofrecerles a las máscaras de plata la alternativa del

exilio, pues esto hubiera significado condenarlas a una muerte violenta o a la esclavitud en tierras extrañas.

A su manera, y teniendo en cuenta las circunstancias presentes, la sentencia de Lara fue compasiva, a pesar de ser recibida con gritos de queja por parte de las prisioneras.

Cada máscara de plata tenía seis meses de plazo, durante los cuales podía vivir libremente en la ciudad y alimentarse en los comedores públicos, como había sido costumbre hasta antes de la revolución. Pero durante esos seis meses debía buscarse un hombre de Tharna, a quien ofrecerse como Compañera Libre.

Si él no la tomaba como tal —y pocos hombres de Tharna estaban dispuestos a conceder los privilegios de una camaradería libre a una máscara de plata—, podía convertirla sin más en su esclava, o bien rechazarla por completo. Si era rechazada, podía ofrecerse en las mismas condiciones a otro hombre, y quizás a otros más.

Pero transcurridos los seis meses, en los que tal vez no hubiera encontrado a nadie, se le quita su derecho de iniciativa al respecto y pertenecerá al primer hombre que le coloque el collar delgado de la esclavitud alrededor del cuello. En este caso será tratada del mismo modo que una muchacha raptada sobre el lomo de un tarn de una ciudad lejana.

En efecto; en vista de la disposición anímica de los hombres de Tharna, Lara les dio a las máscaras de plata una oportunidad en su sentencia, otorgándoles tiempo para que eligieran a un señor y después de ese lapso serían elegidas ellas mismas como esclavas. Así cuando hubieran pasado los seis meses estipulados, cada máscara de plata pertenecería a un hombre.

No queda mucho más que contar.

Kron permaneció en Tharna, donde ocupa un alto cargo en el Consejo de la Tatrix Lara.

Andreas y Linna abandonarán la ciudad, ya que él afirma que hay muchos caminos de Gor que aún no conoce, y piensa encontrar en alguno de ellos la canción que siempre ha buscado. Le deseo de todo corazón que su búsqueda sea fructífera.

Vera de Ko-ro-ba vivirá, al menos por ahora, en Tharna como mujer libre. Como no procede de Tharna no está sujeta a las limitaciones impuestas a las máscaras de plata.

Si realmente permanecerá en la ciudad, es algo que yo no puedo saber. Ella es una exiliada, como yo y todos los demás habitantes de Ko-ro-ba, y a los exiliados a veces les resulta difícil acostumbrarse a una ciudad extranjera. A veces prefieren los riesgos del camino al amparo de las murallas extranjeras. En Tharna también se encontraría con el recuerdo de Thorn, el guerrero.

Esta mañana me he despedido de la Tatrix, la noble y hermosa Lara. Sé lo que hemos experimentado el uno por el otro, pero nuestro destino no es el mismo.

Al despedirnos nos besamos.

—Sé una buena soberana —dije.

—Trataré de serlo —respondió, reclinando su cabeza en mi hombro—. Y si alguna vez sintiera la tentación de ser orgullosa o cruel —dijo sonriendo— recordaré que una vez fui vendida por cincuenta discotarns de plata y que un guerrero me adquirió a cambio de una vaina de espada y un casco.

—Por seis esmeraldas —la corregí, sonriendo.

—Y un casco —dijo y se rió. Pero había lágrimas en sus ojos.

—Te deseo que seas feliz, hermosa Lara —dije.

—Y yo te deseo lo mismo, guerrero —respondió.

Me miró, con sus ojos llenos de lágrimas, pero sonriente.

—Y si llegara el momento, guerrero, en que desearas una esclava —dijo—, piensa en Lara, Tatrix de Tharna.

—Lo haré, Lara —le contesté.

La besé y nos separamos. Ella reinará en Tharna y reinará bien, y yo comenzaré mi viaje hacia las Montañas Sardar.

No sé qué es lo que encontraré allí.

Durante más de siete años he cavilado acerca de los misterios escondidos en aquellas regiones apartadas. He cavilado acerca de los Reyes Sacerdotes, acerca de su poder, sus naves espaciales y sus agentes, sus planes relativos a Gor y a mi mundo; pero ante todo quiero saber por qué fue aniquilada mi ciudad, por qué sus habitantes fueron dispersados, por qué no puede volver a colocarse una piedra sobre otra; y tengo que saber qué fue de mis amigos, de mi padre y de Talena, mi amada. Pero busco algo más que la verdad en esos Montes; dentro de mi cerebro arde un grito de venganza, mía por el derecho de la espada, mía porque yo soy el hombre que puede vengar a un pueblo desaparecido, a muros y torres derribados, a una ciudad que los Reyes Sacerdotes no aprobaban, pues ¡yo soy un guerrero de Ko-ro-ba! Yo busco algo más que la verdad en las Montañas Sardar: ¡busco la sangre de los Reyes Sacerdotes!

¡Pero qué insensato es hablar de ese modo!

Hablo como si mi frágil brazo pudiera hacer algo contra el poder de los Reyes Sacerdotes. ¿Quién soy yo para desafiar su poder? No soy nada, ni siquiera una partícula de polvo levantada por el viento, como un minúsculo puño desafiante; ni siquiera soy una hierba que puede rozar los tobillos de los dioses en su marcha; pero a pesar de todo, yo, Tarl Cabot, iré a las Montañas Sardar, me enfrentaré con los Reyes Sacerdotes y, así fueran los dioses de Gor, les exigiré que me rindan cuentas.

A veces me pregunto si habría emprendido este viaje si mi ciudad no hubiera sido destruida. Ahora me parece que si hubiera regresado a Gor, y a mi ciudad, y a mi padre, y a mis amigos y a mi amada Talena, quizá no me hubiera interesado penetrar en las Montañas Sardar, no me hubiera interesado renunciar a las alegrías de la vida para averiguar los secretos de aquellos montes sombríos. Luego surge ante mí la temida pregunta: ¿Y si la ciudad sólo había sido destruida para enviarme a los montes de los Reyes Sacerdotes, ya que ellos debían saber que yo iría a

desafiarlos, que treparía incluso hasta las lunas de Gor para pedir explicaciones?

De este modo, es posible que yo acaso me mueva según los designios de los Reyes Sacerdotes, que todo esto haya sido calculado y planeado por ellos. Por otra parte me repito a mí mismo que, sin embargo, soy yo el que me muevo y no los Reyes Sacerdotes, aun si me moviera según sus designios. Si su intención es que yo exija que me rindan cuentas, ésta es también mi propia decisión.

Pero ¿por qué razón los Reyes Sacerdotes querrían que Tarl Cabot viniera a sus montañas? Él no es nadie para ellos, es sólo un guerrero, un hombre sin una ciudad a la cual poder llamar su patria, un proscrito. ¿Acaso los Reyes Sacerdotes con todo su poder y saber necesitan a semejante hombre?

Ha llegado el momento de dejar la pluma.

Sólo lamento que nadie vuelva de las Montañas Sardar, porque yo he amado la vida. Y en este mundo bárbaro la conocí en toda su hermosura y crueldad, con toda su gloria y tristeza. He aprendido que la vida es maravillosa y terrible y preciosa. La he visto en las torres desaparecidas de Ko-ro-ba y en el vuelo de un tarn, en los movimientos de una mujer hermosa, en el brillo de las armas y en el retumbar del trueno sobre los campos verdes. La he encontrado en las mesas de los compañeros de lucha y en el tintineo de las armas, en el contacto de los labios y el cabello de una muchacha, en la sangre de un eslín, en el ruedo y en las cadenas de Tharna, en el perfume de los talendros y en el chasquido del látigo.

Estoy agradecido a los elementos inmortales que permitieron que yo viviera.

Yo fui Tarl Cabot, guerrero de Ko-ro-ba.

Y esto no pueden modificarlo ni siquiera los Reyes Sacerdotes de Gor.

Está anocheciendo y en muchas ventanas de los cilindros de Tharna se encienden las lámparas del amor. Los fuegos de señal están encendidos sobre las murallas y el grito de vigías lejanos me dice que en Tharna todo está en orden.

Los cilindros se van convirtiendo en siluetas oscuras. Pronto va a ser de noche. Pocos advertirán que un extranjero abandona la ciudad, quizá sólo unos pocos recuerden que alguna vez habitó tras sus muros.

Mis armas, mi escudo y mi casco están a mano.

Fuera oigo el grito del tarn.

Estoy satisfecho.

Os deseo buena suerte.

Tarl Cabot

## **UNA OBSERVACION FINAL SOBRE EL MANUSCRITO**



El manuscrito termina con la carta de Tarl Cabot. Esto fue todo. En los meses que siguieron a la entrega misteriosa del manuscrito no se ha recibido ningún mensaje, ninguna noticia.

Por lo tanto supongo que Tarl Cabot realmente se internó en las Montañas Sardar. No haré ninguna especulación acerca de qué es lo que puede haber encontrado allí. Y no creo que sea probable que llegemos a saberlo jamás.

John Norman.